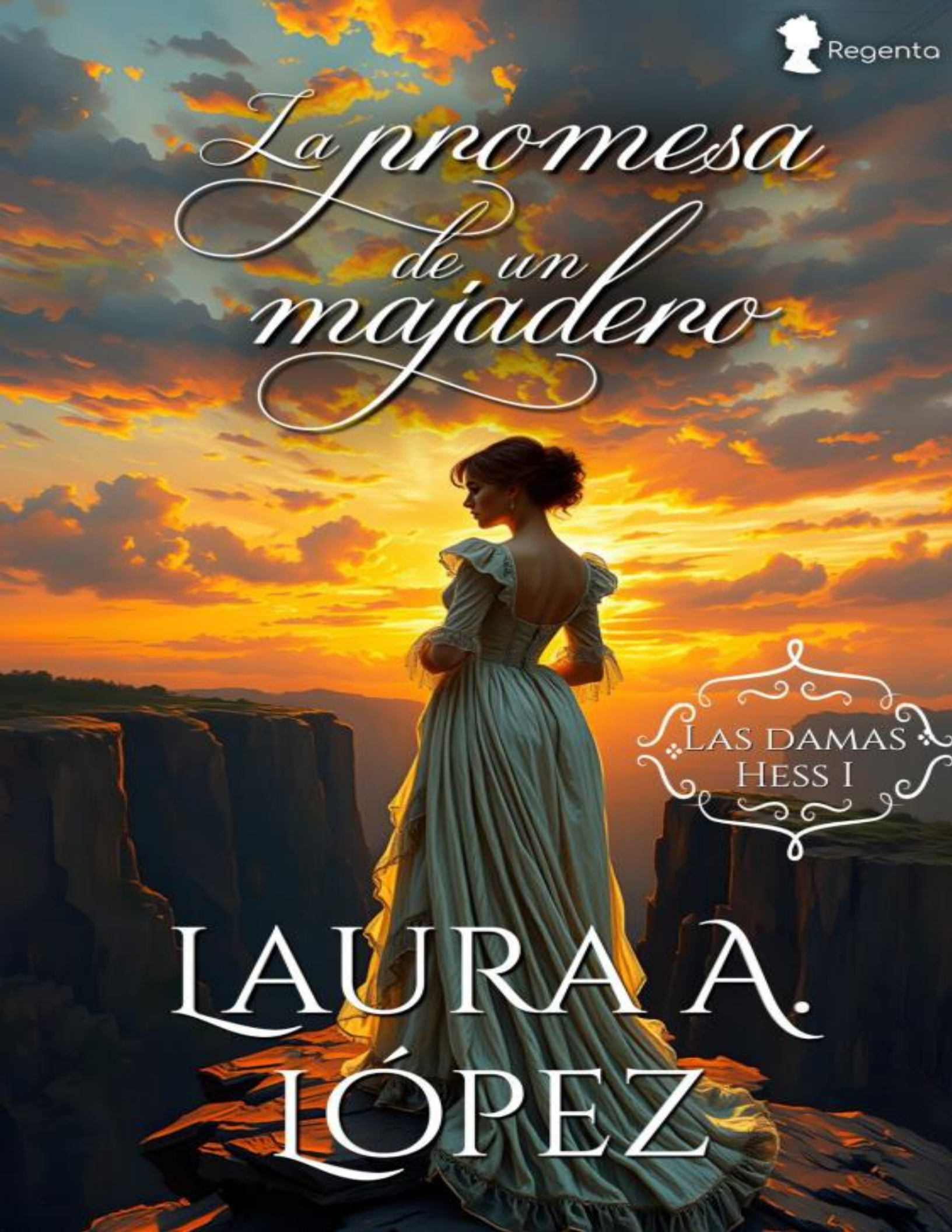
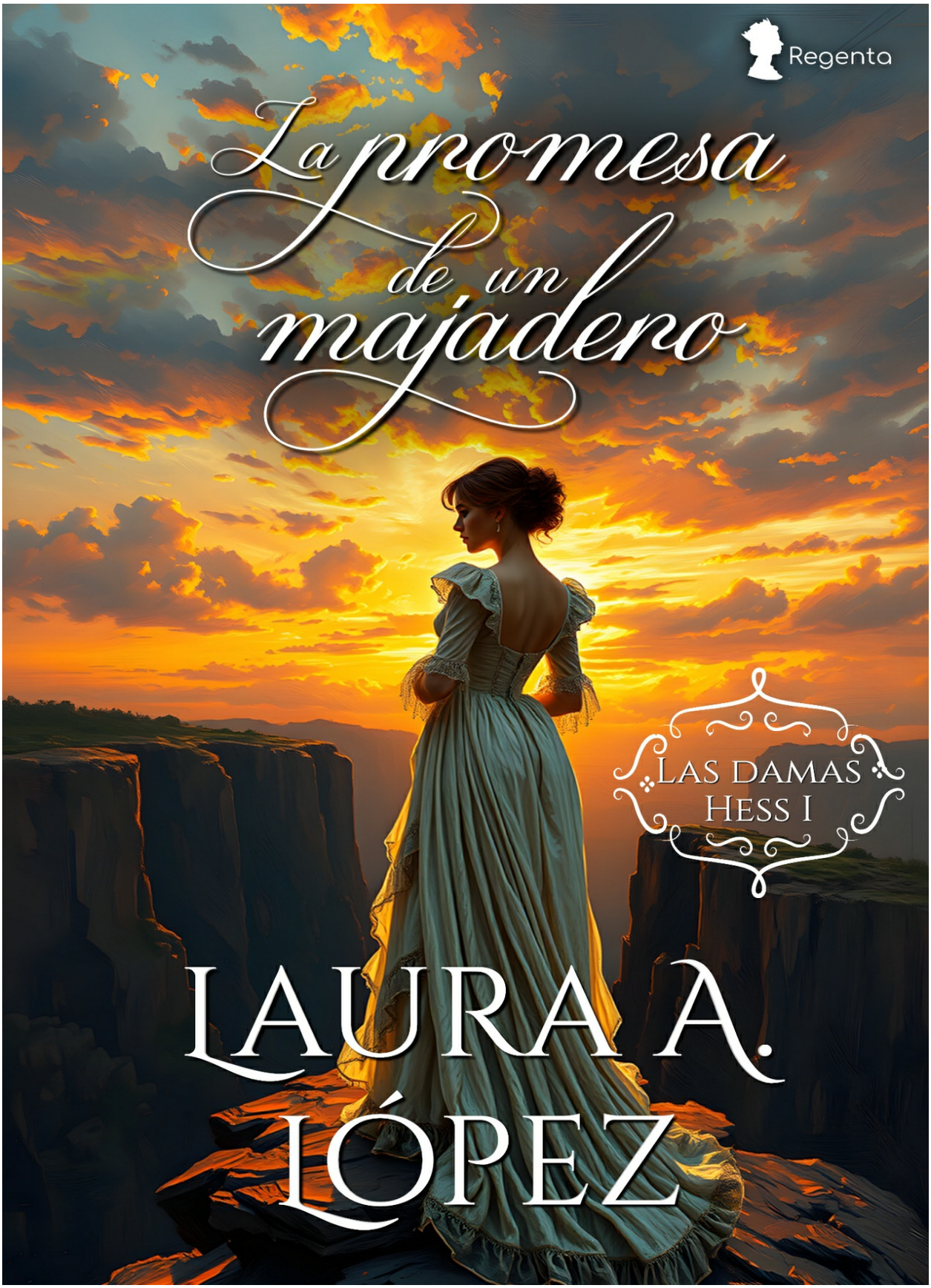

Regenta
La promesa de un majadero
Las damas Hess I
Laura A. López


Regenta
La promesa de un majadero
Las damas Hess I
Laura A. López

Contenido

Contenido
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Conoce la próxima novela serie Las damas Hess
Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…
Si te gustó La promesa de un majadero, podría gustarte…
Biografía

La promesa de un majadero

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2501150646226**

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

Capítulo 1

Las cinco hijas de Carl Hess, último hijo de lord Walton y el que había heredado el título de conde de Walton, miraban cómo las paladas finales cubrían el féretro de su padre. Solo quedaban en compañía de su madre para poder afrontar la vida. El título no contaba con dinero suficiente para pagar dotes generosas, ni siquiera una de ellas había logrado debutar para abrir la puerta para las demás niñas.

La madre de ellas no solo lloraba desconsolada por la muerte de su esposo, sino también porque no sabía qué hacer con esa cantidad de mujeres bajo ese techo que, desde que el conde murió, dejó de pertenecerles. No le había dado ni un solo hijo varón y no lo habían visto como un problema hasta que unos años atrás, el fallecimiento de su cuñado los convirtió en portadores del título. No quedaba ningún familiar masculino en esa rama de la familia. Prácticamente estaban arruinadas si el próximo heredero no quisiera hacerse cargo de ellas.

—Todo estará bien, madre. Saldremos de esta situación, nuestro padre ha dejado dinero escondido para nosotras, nadie sabe de su existencia —dijo Mildred, la mayor de las hermanas Hess, que intentaba consolar a su madre a través de un abrazo. La vio sacar el pañuelo de su rostro para hablar.

—¿Cuánto crees que durará, Mildred? Debes debutar y el destino de tus hermanas está en tus manos. Ese dinero no alcanzará para Frances, Penélope, Hannah y mucho menos para Alethea.

—Cuando Albert regrese, él y yo podremos desposarnos. No olvide que ha prometido casarse conmigo después de conseguir fortuna.

—Esa promesa te la hizo hace casi cinco años. No ha vuelto.

—Pero siempre me escribe, madre. Significa que me quiere…

—No hay tiempo para esperarlo. Si tú no ayudas a tus hermanas, tendremos que esperar a Frances y sabes que todavía le faltan cuatro años y a ti uno.

—No me ponga en esta situación, madre. Adoro a mis hermanas y no podría verlas sufrir, pero no sé si tanto para un matrimonio con alguien a quien no quiero…

—Entonces no quieres a tus hermanas, Mildred, te quieres más a ti. Si Albert no aparece pronto, tendremos que buscar un candidato para ti. Hasta que el heredero no aparezca, nosotras seguiremos aparentando que todavía tenemos relevancia, aunque debemos despedir a los sirvientes y encargarnos de todo nosotras. Así ahorraremos el dinero. No me costará hacerlo, pues he crecido en una familia de campo, solo deseo que ustedes no tengan que pasar por esto mucho tiempo. Tu padre nos ha tenido acomodadas muchos años, pero ahora debemos apretar el torniquete para mantener las apariencias y, por ende, las oportunidades de ustedes. Los demás no pueden saber que pasamos necesidades.

—Haremos lo que debemos por nuestro futuro, madre.

Mildred no sabía cómo encarar el asunto. Estaba de luto y no podía pensar en nada distinto al sufrimiento que le provocaba la muerte de su padre. Quería darle ánimos a su madre, pero ella apenas podía con su propio espíritu, y más aún al escuchar a su progenitora decirle que el futuro de sus hermanas dependía de la mayor. Haber nacido primero le daba problemas, pues esperar a Albert no parecía la opción correcta, pero era lo que le pedía su corazón.

Albert era el hijo de un terrateniente, eran acomodados, pero no más que Mildred y su familia. Él le llevaba cuatro años y cuando él tenía dieciséis le prometió que se casarían cuando regresara de las minas a las que había ido. Lo que compartieron había sido un cariño de infancia. Durante años su padre, lord Carl Hess, se había desempeñado como administrador de otros nobles. Contaba con muchos clientes, con los cuales pudo hacerse de una fortuna considerable. Después cayó el título en sus hombros una vez que falleció su tío. El dinero de su oficio como administrador, él lo estuvo guardando y solo usaba lo que correspondía al título, aunque su hermano no había dejado mucho para gastar. Apenas cuando estaba levantando la figura del condado, enfermó hasta fallecer. Su esfuerzo había sido en vano.

—Frances, coge la mano de Penélope… —mandó Mildred, tomando la dirección de su familia en ese instante. Dejó que su madre caminara sola y fue a recoger a Hannah y Alethea que eran las menores—. Es momento de dejar de llorar, niñas. No porque derramen muchas lágrimas nuestro padre revivirá…

—¿Por qué eres así, Mildred? —increpó su hermana Penélope que miraba a la mayor con molestia—. Somos niñas y morimos de dolor por nuestro padre, déjanos llorar tranquilas.

—Ella solo quiere que avancemos y no le perdamos el paso a nuestra madre —intervino Frances, la segunda hija del fallecido.

—Frances tiene razón, eso es lo que deseo. Me duele verlas llorar, pero alguien tiene que ser fuerte para continuar y apoyar a nuestra madre —alegó Mildred.

La más pequeña se limpió las lágrimas al ver una mariposa que volaba cerca. Alethea con siete años no entendía bien de tristezas, su mundo estaba volcado al juego y la diversión. En cambio, las otras entendían que la vida no sería igual sin el que proveía la paz en esa casa.

Como un cortejo, las cuatro siguieron a su madre, cabizbajas, mientras la más pequeña iba sonriente, olvidando por un momento que su padre nunca volvería.

Llegaron a la residencia y cada una de ellas fue a su habitación para descansar después de tanto tiempo sin tranquilidad. Desde que el conde enfermó, nadie en esa casa podía ser feliz, empezando por la condesa que, pese a que intentaba ser una buena madre, no podía lograrlo del todo, antes que todo eso, ella era la esposa de aquel hombre y sus esfuerzos fueron dedicados a cuidarlo hasta el último día. Se había quedado sola, con la incertidumbre tocando su puerta, amenazando con derrumbar el techo sobre sus cabezas. La muerte no era un símbolo de tranquilidad para nadie, sino de peligro para unas mujeres que quedarían desamparadas.

A medida que pasaban las semanas, el letrado, que se encargaba de llevar los asuntos de lord Walton, se presentó en la residencia.

—¡Es el letrado! —exclamó la condesa que sentía que desfallecería—. Ha venido ese

buitre, quizá para echarnos de aquí… ¡¿Qué haremos?!

—Buscaré a Mildred, madre —dijo Hannah, desesperada, al ver nerviosa a su progenitora.

Mientras tanto, Mildred, estaba luchando por coger un huevo que se encontraba bajo una gallina. Apenas metió la mano ahí, el ave voló sobre su cabeza para picotearla. Ella gritaba y corría en el gallinero de un extremo al otro. Era evidente que, por más que vivieran en el campo, no era una joven que hubiese nacido para las labores domésticas, pero porque su madre despidió a todo el personal de servicio, menos al cochero y a una doncella, que eran los únicos que permanecían, aunque con múltiples labores. Todas debían aprender de todo.

—¡Mildred! —llamó Hannah a su hermana—. ¡Nuestra madre te necesita!

—¡Yo necesito de nuestra madre! ¡Esta gallina está poseída! —Mildred corrió hacia la puerta del gallinero y ahí aquella la dejó tranquila.

La joven suspiró con el canasto de huevos en la mano. Su cabello estaba completamente enmarañado.

—Ha venido el letrado, el señor Sinclair. Apresúrate.

Ella debía ir al salón para escuchar lo que tuviese que decir. Su madre podría sufrir un colapso al saber que el heredero de su padre se presentaría y las echaría de ahí.

—¡Oh, Mildred! —exclamó su madre al ver a la mayor de sus hijas entrando al salón—. ¡Ahí viene ese cuervo, portador de malas noticias para nosotras!

—Madre, antes no lo llamaba cuervo. Lo mejor es calmarse y escuchar lo que tiene que decir antes de sacar conclusiones apresuradas.

—¡Ni siquiera pareces mi hija, Mildred! ¿No ves que esta angustia me matará?

—Su angustia no solo la matará a usted, sino también a nosotras que estamos pasando por la misma incertidumbre. Si no está calmada para escuchar lo que tiene que decirnos el letrado, deje que yo lo escuche.

—¿Harías eso por mí?

—Por supuesto, madre. Diré que está indispuesta, pero vaya ahora a su habitación para que no la vea aquí —alegó viendo a la doncella pasar frente a ellas para abrir la puerta.

La condesa asintió y fue corriendo escaleras arriba, mientras que Mildred suspiraba a causa del cansancio de tener que cargar con el peso de su familia porque su madre estaba perdida.

—Milady… —saludó el señor Sinclair que se acercó a coger la mano de ella para dejar un beso.

—Sea bienvenido, señor Sinclair. Espero que traiga buenas noticias.

—Mmm… me temo que no son buenas ni malas, milady…

—Pase y siéntese, por favor.

El hombre accedió yendo hasta el gran salón de Autum Hall.

—Entonces, cuénteme, señor Sinclair.

—Hemos encontrado al heredero de lord Walton. Es lord Cholmondeley. Ese hombre es de otra rama de la familia de su padre, es un primo lejano, demasiado lejano, creo que ni siquiera existen parentescos de sangre después de tantos siglos.

—¿Dónde está lo bueno?

—A ese hombre no parece interesarle mucho el título, pues no le redituará demasiado. Como conde de Cholmondeley tiene mucho más dinero. Tal vez ni se acerque por aquí.

—Esas sí son buenas noticias, pero no podemos festejar. Debemos esperar a que pase el tiempo para saber qué ocurrirá y si es alguien que puede encargarse de nosotras o al menos dejarnos vivir aquí.

—Esperemos que así sea. Ustedes están desamparadas…

—Será lo que Dios quiera, pero esperemos que sea lo mejor y que ese hombre no nos moleste y que este lugar no le importe. Sabemos que el título de conde de Walton está casi vacío y no es culpa de mi padre, sino de sus portadores anteriores. Él hizo lo posible por devolverle el brío.

—Créame que ha conseguido que vuelva a tener dinero en sus arcas, lord Cholmondeley estará feliz al saberlo y aprovechar ese dinero para sus fiestas escandalosas.

—¿Fiestas escandalosas?

—Es de esos hombres de Londres que se pasan bebiendo y gastando su dinero a manos llenas. No se preocupan por nada más que sus lujuriosas actividades.

Mildred estaba sorprendida de que alguien se dedicara a malgastar sus recursos. Eran de una familia rural, por lo que no sabían mucho de las costumbres londinenses.

—¿Es joven?

—Sí, ni siquiera alcanza los treinta años. Tiene la vara caliente.

—¿Qué es una vara caliente?

—Lo siento, no es algo que tuviera que decirle a alguien como usted, milady. ¿Sabe algo de Albert?

—No, su última carta es de hace seis meses. Espero pronto poder recibir algo. Me escribe cuatro veces al año, pero en este se ha atrasado un poco. Creo que debo enviarle otro escrito por si el anterior se extravió. No quiero que piense que no estoy interesada en él.

—¿Seguirá esperando por él, pese a que usted saldrá al mercado matrimonial en unos meses?

—Esa es la idea, señor Sinclair. Las personas tienen palabra y sin ella no somos nada. Él prometió volver y yo prometí esperar.

—Considero que dar la palabra es de un caballero. Usted se deja llevar por la fidelidad del sentimiento, los hombres no solemos ser de esa manera.

—Tal vez, señor Sinclair, pero me gusta pensar en que mi palabra vale como la de un caballero —alegó sonriente.

Si Mildred tenía un problema era el de creerse fuerte y poderosa cuando en realidad era una dama que solo lo aparentaba. Desde que su padre murió, le había tocado poner el pecho a la situación ante la familia, tomando la responsabilidad que debería corresponderle a su madre. No lo hacía por verdadera vocación, sino porque el barco necesitaba un capitán o terminaría hundiéndose.

La visita del señor Sinclair no había sido del todo portadora de malas noticias. La verdad estaba conforme por el momento, pero no podía bajar la guardia. El dinero seguiría guardado y sin tocarse hasta que tuviesen alguna decisión del heredero.

Capítulo 2

Derbyshire…

La noche era interminable para Daniel Cooper, conde de Cholmondeley. Se sentía feliz al estar en compañía de sus amistades en Derbyshire. El alcohol no dejaba de circular entre ellos. Estaban tan borrachos que saltar sobre los muebles y destruirlos les daba poca diversión.

—¿Qué pasa si quemo estas cartas? —preguntó uno de los amigos del conde.

—¡No, no toques eso! Lo usaré para encender mi cigarro —dijo Daniel.

—Ni siquiera la abriste, ¿y si contiene algo importante? —cuestionó otro de sus acompañantes.

—No creo que tenga nada. Es de un letrado del monte… Esos que no saben nada. ¿Qué se puede esperar de la gente del campo? Estos no hablan, ellos mugen.

Aquellos malvados rieron por lo que había dicho Daniel burlándose de la gente que no vivía en Londres.

—Lo leeré porque soy curioso, y después encenderé tu cigarro con él —siguió el acompañante un poco más prudente que había llevado.

Aquel rompió el sello y comenzó a leerlo.

—¡Demonios! Tienes esto aquí sin abrir desde hace un año, Daniel —lo reprendió su amigo.

—¿Desde hace un año? Mi ayuda de cámara debió traer todo esto desde Londres. ¡Humbert! —gritó arrastrando las palabras.

El ayuda del cámara del conde se acercó, mirando con desagrado a todos y, sobre todo, al desastre que habían hecho.

—Mande usted, milord.

—¿Por qué tengo una carta sin abrir desde hace un año? —cuestionó el conde a su sirviente.

—Porque no le ha dado importancia. Siempre le pongo esa carta entre las nuevas y de todas maneras no la abre. Usted no me ha autorizado a abrir su correspondencia, por lo que si eso no se abre es enteramente su culpa.

—La gente del servicio es cada vez más atrevida —espetó molesto—. Grayson, ¿qué dice la carta?

—Dice lo siguiente:

Estimado lord Cholmondeley.

Me comunico con usted por este medio, para informarle que es el heredero del fallecido Carl Hess, conde de Walton, fallecido días atrás. Él contaba con una numerosa familia; cinco hijas y una esposa. Ahora ellas quedan a su resguardo, en caso de que no quiera mantenerlas, deberá comunicarme su decisión para echarlas de la propiedad llamada Autum Hall.

Me despido atentamente,

John Sinclair.

—Entiendo que tienes un título más… —opinó su amigo que terminó de leer la corta misiva.

Él se levantó del sillón en el que estaba y cogió la carta para leerla con sus propios ojos, pese a que las letras parecían danzar sobre la hoja.

—No entendemos lo mismo —escupió con preocupación—. Tengo inquilinas que no deseo en esa propiedad.

—Échalas, no estás obligado a mantener a nadie y menos a gente que no conoces —aconsejó el otro.

El ayuda de cámara sabía que el conde de Cholmondeley no se destacaba por ser alguien agraciado ni agradable con los demás. De hecho, era prepotente y despreciable. De nada le servía ser tan atractivo con ese cabello castaño, los ojos avellana, una mandíbula bien definida y una nariz recta, si el corazón lo tenía tan podrido para echar a la calle a unas mujeres desamparadas.

—Un título campestre… ¿qué le puedo quitar a eso? Debería ver la contabilidad y las propiedades, quizá tenga algo de valor.

Con eso en mente, Daniel continuó con la reunión que llevaba a cabo con sus amistades. Su vida estaba basada en el libertinaje y con las peores compañías posibles, parecía que siempre buscaba su propia destrucción. Todo empezó desde que tenía memoria, ninguno de sus padres le había hecho caso mientras crecía. Fue un niño solitario y triste hasta que conoció la vida nocturna. Antes solo estudiaba y se encerraba, pues tampoco tenía a mucha gente con la cual charlar. Con los años se volvió prepotente y egoísta, deseando humillar a todo ser que pudiera caminar, no discriminaba en clases sociales para hacer sus humillaciones, aunque sí era un clasista declarado. No trataba con gente inferior o a la que consideraba poco valiosa para su vida. Dentro de las pocas personas a las que toleraba, se encontraban: el letrado, su administrador, algunos parientes bien ubicados en la sociedad, mujeres reservadas y un par de amistades a las que conservaba por diversión.

Al día siguiente, despertó casi a la hora de la siesta. Sus amigos que debían regresar a Londres partieron temprano, pues recordaba de forma vaga haberse despedido de ellos por la noche. La carta que parecía haber sido como un sueño irreal por tanto alcohol que había bebido estaba ahí, justo al lado de su mesita de noche. Cogió aquel papel y se puso a leer.

—Ah, la propiedad está en condado vecino —habló sonriente. No quedaba tan lejos para visitar al letrado e informarse sobre lo que tenía el título. Era escéptico respecto al valor de lo que pudiese heredar.

Debía ir a Cheshire para encontrarse con el letrado y poder hablar acerca de la dichosa herencia. Solo no deseaba responsabilizarse por un título antiguo sin valor alguno en el que tuviese que invertir una fortuna.

Después de comer algo, ordenó a su sirviente que lo acompañara al condado vecino, porque la carta estaba escrita desde ahí.

Aquel durmió durante el trayecto, ante la atenta mirada de Humbert que debía velar por su sueño. Solo podía bostezar, jamás dormir cuando su amo lo hiciera.

Hicieron al menos dos paradas, pues el conde no era alguien que soportaba mucho tiempo los viajes largos. Sus piernas se entumecían y le tocaba a Humbert darle un par de masajes para que recuperaran su color, incluso después de haber caminado. Gracias a eso, siempre tardaban más en los trayectos, aquel era un hombre sin apuros y sin preocupaciones.

Cuando llegaron a la dirección que indicaba la carta, el conde bajó frente a la residencia del hombre y su ayuda de cámara fue a buscar una posada respetable para que pudiera pasar la noche. El frío comenzaba a calar los huesos, por más que él estuviese cubierto por su capa y sus botas, que por dentro estaban forradas con lana. Aparte de su sombrero y unos guantes.

Golpeó la puerta con firmeza y esperó a ser atendido en aquel clima un poco adverso.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarlo? —preguntó un sirviente de la casa del letrado.

—Vengo a conversar con el señor Sinclair sobre la herencia de lord Walton. —Daniel le entregó su tarjeta.

—Por favor, pase, lo anunciaré.

El señor Sinclair estaba en su salón bebiendo whisky mientras acariciaba el pelaje de su perro, un spinel de color negro.

—Disculpe, señor, ha venido un caballero que desea conversar sobre la herencia de lord Walton. —El sirviente le mostró la tarjeta del hombre.

El letrado sintió como si un escalofrío recorriera su espalda. La aparición de lord Cholmondeley no era algo bueno para las jóvenes que estaban en Autum Hall.

—Que pase a mi despacho.

Aquel bebió su whisky de un trago, sintiendo que sufriría con esa visita.

Daniel miraba los detalles de la residencia del letrado. No le pareció que estuviera mal, era cómoda y lujosa, aunque con un aroma peculiar a can, que era algo que a él no le agradaba mucho. Tenía muchos perros, pero todos salían a su lado en las épocas de caza. Ninguno de ellos dormía en su residencia ni cruzaba la puerta. El mayordomo abrió una puerta para que él entrara.

Una vez dentro de ese lugar, los papeles estaban casi hasta el techo, pero tan ordenados que le sorprendía. Ese señor era alguien reputado de la región. Se sentó a esperar al hombre y después de unos instantes, oyó la abertura detrás de sí.

—Lord Cholmondeley, debo confesar que lo esperaba antes —dijo acercándose para hacerle una reverencia que su visitante correspondió con una inclinación de cabeza—. Tal vez hace un año.

—La carta se extravió, pero la hemos encontrado. Vine a interiorizarme del asunto. ¿Qué es lo que he heredado?

—Para su buena fortuna, ha heredado una propiedad interesante, que crece cada día más. De hecho, he recibido el informe del administrador sobre el último trimestre y la cifra le sorprenderá. —El señor Sinclair movió un par de hojas sobre su enorme escritorio de madera y le enseñó los números que debía mirar.

Los ojos de Daniel se abrieron con sorpresa. Esa cifra no era nada despreciable para ser la del trimestre.

—Me gustan esos números, señor Sinclair. Ahora dígame, ¿cuántas propiedades son?

—Son siete, pero una de ellas no está vinculada al título. Es la más grande, Autum Hall. Lord Walton tiene una propiedad en Londres, una en Kent, otra en Durham, en Bath, tiene una casa en Escocia y dos en este condado. Una la usaba el anterior portador del título y la otra su hermano menor, el último conde.

—En la carta, usted habló sobre inquilinos…

—Son la esposa e hijas del fallecido.

—Para mí, son parásitos.

Esas palabras parecían golpes en el estómago para el letrado. Ese caballero era más cruel de lo que consideró en su momento.

—Ellas dependen del dinero que produce Autum Hall, como heredero, usted es responsable de esas mujeres.

—No. No tengo esposa ni hijas. No son mías y no me haré responsable. Todos sabemos que las mujeres son un horrible gasto. No voy a caer por lástima. Imagino que tuvieron una vida y educación privilegiadas, que sean institutrices. Las más tontas serán doncellas. No pienso gastar un penique en ellas, ni uno. Quiero que salgan de la propiedad a más tardar en un mes.

—¿Qué hará con la propiedad?

—La convertiré en mi residencia solariega para traer a todas mis amistades. Si hay una familia numerosa ahí, por supuesto que puedo meter a muchas personas. Haré fiestas inolvidables.

Sabía que no podía obligar a lord Cholmondeley a aceptar a las mujeres de esa casa. Lamentaba que tuviera que comunicar aquello. No tenía cara para hacerlo, tendría que enviar una carta para que la leyera Mildred, que era la más entendida de sus hermanas y que tenía un poco más de criterio que la condesa.

—Está establecido que debe darle una pensión a la condesa que será hasta que ella fallezca.

—No me negaré a eso. Si está estipulado ahí, lo respetaré. Las hijas sí no son mi problema.

—Sería un acto bondadoso de su parte, conseguir un esposo para la mayor de ellas que ha cumplido dieciocho años el mes pasado y debe debutar. Sin dinero y sin casa, no tendrá oportunidades. Al menos una pequeña dote…

Lord Cholmondeley rio con burla.

—No lo haré. Eso sería encargarme de ella y no lo haré. Ningún caballero se interesará en ella con una dote miserable. Es mejor que se case con el verdulero.

—Milord, milady es una dama bella e inteligente, sería un desperdicio que fuese a parar a un mercado.

—Señor Sinclair, se preocupa demasiado por gente sin importancia. Son nobles en desgracia. Ni siquiera merecen la pena, tampoco le pagan los honorarios a usted. Se nota que es un hombre preparado, no se conmueva por las desgracias ajenas, no deben afectarlo.

—Las conozco desde pequeñas, lord Cholmondeley, he compartido la mesa con ellas, no me pida que haga la vista gorda y que finja no tener humanidad, por eso le ruego que tenga en cuenta a la mayor para arreglarle un matrimonio y que de esa manera, pueda encontrarles oportunidades a las otras.

—Cuanto menos nos involucremos usted y yo en este asunto, todo será mejor. Ahora, volviendo a lo importante… Con tan buenos números, no despreciaré esas propiedades. Dígale al administrador que ponga en condiciones las casas de este condado, vendré a vivir aquí cerca, no en la casa más grande, sino en la otra. Mientras, pueden encontrarme en Derbyshire, le dejaré mi dirección. No olvide sacar a esas personas de mi propiedad. Tienen un mes para salir de ahí por las buenas, o tendrán que hacerlo por las malas.

—Sí, lord Cholmondeley.

Estaba conforme con lo que había hecho. Llegó hasta ese lugar sin expectativas por ese título, pero al final salió gratamente sorprendido. Tenía planes para esas propiedades, y entre ellas estaba la renta de la mayoría para poder enriquecerse aún más.

Capítulo 3

Las damas de la familia Hess eran sus propias criadas y hacían todo lo necesario para su supervivencia. En un año habían aprendido a cocinar, hacer quesos, panes, plantar frutas y verduras y criar animales, gracias a la ayuda de su madre. Nadie les había enseñado a cazar, salvo la misma condesa, que antes de convertirse en una dama al casarse con un caballero adinerado, tenía muchos talentos naturales. Las más pequeñas se encargaban del gallinero y de las frutas, mientras que Mildred, Frances, Penélope y su madre, del trabajo más pesado por ser mayores.

—¡El letrado! ¡El letrado! —gritó Hannah corriendo hacia su madre y Mildred que estaban preparando queso y mantequilla, respectivamente.

El rostro de la condesa palideció, pues suponía que esa no era una buena señal.

—Madre, no se preocupe. El señor Sinclair quizá quiera invitarnos a tomar el té en su residencia… —dijo Mildred para tratar de suavizar lo que en realidad pudiera decir el hombre—. Iré a atenderlo y usted termine eso. Quizá tengamos que llevar la mantequilla si es una invitación.

Mildred se secó la mano con el delantal y fue hacia la casa. Alethea que estaba cerca, corrió hacia ella y abrazó su pierna.

—Él viene a echarnos —opinó la menor de las hermanas Hess.

—¡Shh! No digas eso. Es absurdo, ¿sí? —la reprendió Mildred.

—Es que ni siquiera tiene buena cara, Mildred. Lo he visto antes de venir hacia aquí. Me saludó y vi en su mirada lo que digo.

—Eres una niña de ocho años, no entiendes las cosas. Lo más probable es que se le metió algo en uno de sus ojos y eso puede hacer que parezca que está triste. No pienses boberías. Estás desabrigada, ponte algo más.

Dejó a su hermana ahí en el patio de la residencia y fue a paso firme para recibir al hombre. Cuando lo vio en el salón, su estómago dio un vuelco. No era necesario que el señor Sinclair dijera una sola palabra, pues sus ojos demostraban desolación.

—Buen día, señor Sinclair… —saludó Mildred, sonriente. En realidad, no se sentía con ánimos de sonreír, sino que solo trataba de sentirse bien pese a que imaginaba lo que venía.

—Milady, me gustaría decirle lo mismo, pero me temo que no puedo. Traigo la carta con la voluntad del nuevo dueño de todo esto…

El corazón de Mildred primero se detuvo y después este parecía estar a punto de estallar al oír esas palabras. Cuando lo vio extender la carta, ella no podía mover su mano para cogerla. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que eso ocurriera.

—¿Es tan malo lo que dice aquí?

—Es muy malo, él es malo —afirmó el hombre.

Eso desplomaba cualquier esperanza que pudiera tener. Rompió el sello del sobre y sacó la hoja.

«Tienen un mes para salir de la casa. La condesa tendrá su pensión hasta que fallezca».

—Un mes… —dijo la joven tambaleándose.

—Intenté que sintiera un poco de compasión por ustedes, pero es un ser carente de corazón y de buenos sentimientos, milady. Lo mejor es hacer lo que dice para que no sea violento con ustedes.

—¿A dónde iremos?

—Me comprometo a encontrarles un lugar para alquilar…

—Señor, Sinclair, no tenemos dinero para pagar la renta de una casa —confesó Mildred. Si debían pagar eso, se quedarían sin recursos muy pronto.

—No me queda más que buscarle algo que puedan pagar y que no supere un porcentaje decente de la pensión de la condesa.

—¿Qué clase de persona puede ser para echar a unas mujeres a la calle? Este lugar se sustenta solo desde hace un año, señor Sinclair, somos útiles.

—Dudo que eso le importe a milord. No ha mostrado empatía por la situación de ustedes para desahuciarlas. Perdóneme, solo cumplo órdenes.

—Lo comprendo a la perfección. Ahora debo hablar con mi madre. Ella no tomará bien este asunto.

—Temo por la salud de la condesa. Es difícil tener que cargar con tantas niñas y ahora sin institutriz.

—Yo educaré a mis hermanas. Solo debemos… —Se quedó sin palabras optimistas para fingir que no se desmoronaba—, debemos quedarnos tranquilas, en algún lugar.

—Espero poder ayudarlas, milady. Me apena tanto la situación que espero conseguir una solución para ustedes.

Ella entendía que el señor Sinclair era un hombre bien intencionado, pero tampoco podía hacer demasiado por cambiar la vida de ellas, no era su responsabilidad.

El letrado no tardó mucho con su visita, por lo que Mildred pudo sentarse en uno de los sillones y mirar a un punto fijo de la habitación. No pudo evitar que las lágrimas cayeran sobre sus mejillas. Era una mezcla de tristeza, impotencia, ira y frustración, pues como mujer no podía hacer nada para salvar a su familia de lo que les esperaba. La incertidumbre volvía a ser lo único

constante en su vida.

Después de unos minutos, su madre, en compañía de sus hermanas, se acercó a ella.

—Sabía que eran malas noticias, querida. El título está prosperando, ¿crees que alguien dejaría el dinero para nosotras? Eso no pasaría, lo supe siempre, lo presentía. Lamento que mi esposo no durara más tiempo —musitó la condesa entre sollozos.

Las hermanas de Mildred imitaron a su madre y todas comenzaron a llorar al mismo tiempo. Para la mayor de las hermanas Hess, era tan difícil tolerar ver que su familia sufriera, que debía encontrar alguna manera. Si no conseguían un lugar decente en el cual vivir, tendría que pedirle personalmente al nuevo lord Walton que reconsiderara su decisión para que tuvieran oportunidades. Estaba dispuesta a humillarse con tal de que ninguna de sus hermanas ni su madre tuvieran que seguir sufriendo.

Se limpió las lágrimas y se levantó con determinación.

—No se preocupen, encontraremos una salida. El señor Sinclair nos ayudará como pueda para que podamos vivir tranquilas y cómodas. No todo está perdido, debemos tener fe —declaró Mildred queriendo convencerse de que así sería.

A medida que pasaban los días, iban viendo lugares para quedarse en compañía del señor Sinclair. El tiempo parecía agotarse con cada salida y entrada del sol. Mildred no quería demostrar su desesperación ante nadie. Siempre se mostraba tranquila y optimista o su casa se volvería caótica.

Ninguna casa se ajustaba a lo que necesitaban, pues se irían con todos los animales, no dejarían nada, pues ese también sería parte del sustento. Debían ahorrar todo lo posible para que sus hermanas tuvieran alguna oportunidad. La casa en la que vivirían no debía ser horrible, aunque todas las que estaban visitando eran demasiado caras e insuficientes. No quería enloquecer por ocultar sus sentimientos. En ocasiones, iba al rincón más alejado de la propiedad y daba un grito feroz, uno que la liberaba de las cargas mentales que tenía. Ser la mayor no era ningún halago.

No había tenido tiempo de tocar el violín y leer un libro. Solo le quedaba montar a caballo y eso no era por placer, sino por la necesidad de desplazar a los animales para que comieran pasto.

También tenía pendiente comenzar la educación de sus hermanas, al menos terminar la de las dos más grandes. Tuvieron que despedir a la institutriz, no había forma de conservarla. Su madre estaba confiando mucho en Mildred y ella no podía fallar como la actual cabeza de familia. Sus hermanas más pequeñas intentaban ayudar, pero terminaban arruinando muchas cosas, eran una carga pesada en los hombros del resto, pero no había forma de cambiarlas.

—No hemos conseguido nada, señor Sinclair. ¿Qué haremos? —preguntó la condesa viuda.

—Buscar un poco más alejado o en otro condado —respondió el letrado, tan desanimado como la familia Hess.

—No queremos dejar a nuestro círculo para irnos tan lejos —alegó la mujer, entristecida.

Mildred escuchaba desde cerca, pero no decía nada. Su mente estaba nublada por la idea de conseguir algo que no le importaba cómo.

—Señor Sinclair… —Ella interrumpió la conversación que aquel tenía con la condesa.

—Dígame, milady.

—¿Dónde vive lord Cholmondeley?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Para ir junto a él y hablar. Sé que puedo convencerlo de que nos deje vivir aquí.

—Será una pérdida de tiempo, milady. Es un hombre que no puede empatizar con las necesidades ajenas. Es esa clase de aristócrata al que no le importa nada más que su vida y sus diversiones.

—No importa que me diga que no puedo. Haré un intento, mientras ustedes siguen buscando un lugar para nosotras. No hay peor lucha que aquella que no se hace. No me sentiré tranquila, pensando en que pude haber logrado algo y por cobardía no lo hice.

—Él vive en Derbyshire, me dejó su dirección.

—Iré hasta ahí sin que me importe nada. Que el cochero prepare el carruaje, partiré más tarde.

—Hija, es una locura. Escucha al señor Sinclair. Tú no necesitas que nadie te humille. Lo que debemos hacer es presentarte anticipadamente ante la sociedad local en alguna velada a la que tengamos la posibilidad de asistir.

—No puedo, madre. Debo esperar a Albert, se lo prometí. Casarme no es una opción, lo esperaré.

—No puedes pensar de esa manera tan egoísta, siendo que tus hermanas están a punto de quedarse sin un techo sobre sus cabezas.

—Le recuerdo que yo también me quedaré sin un techo y por eso pienso hacer esto, porque estoy preocupada por todas. Es mejor esperar a Albert cómodamente, mientras preparamos a Frances.

—¿Tres años? ¡Dios, Mildred! —espetó su madre.

Miró a su madre, notando en sus ojos la desesperación por su rebeldía, tenía otras hijas a las cuales proteger, pero ella no sería un sacrificio humano, de la misma manera que todas, ella quería encontrar la felicidad, y estaba segura de que Albert era el único hombre al que amaría, su afecto por él era puro y desinteresado. Era un sentimiento albergado por años, casi añejado en su pecho.

—Hablaré con el cochero. —Ella se retiró para no discutir con su progenitora, porque jamás alcanzaría un consenso.

Conversó con el sirviente sobre el camino que debían seguir para ir a la residencia del despreciable conde de Cholmondeley. Después, fue a su habitación a por un par de prendas, algunas que no estuvieran tan ajadas, pero eso era como buscar una aguja en un pajar. No tenía mucho para vestir, al igual que sus hermanas. Su madre guardaba todo el dinero posible, aunque para malgastarlo en una gran presentación para Mildred y que con eso cogiera un esposo rico que pudiera sacarlas de la miseria en la que iban sumiéndose día a día.

Unas horas más tarde, estaba lista para salir. Abrazó a cada una de sus hermanas y también a su madre.

—Lo que haces es una pérdida de tiempo y de recursos, Mildred. No hay esperanzas con ese hombre que no conoce de compasión.

—Lo intentaré todo, madre. De alguna forma debo llegar a su corazón, o a alguna fibra sensible que lo faculte a dejarnos aquí. La razón que sea es buena, solo debo hablarle desde el corazón y la necesidad de unas damas desamparadas.

—Quisiera ser tan optimista como tú, pero volverás aquí con las manos vacías.

—En mi mente me imagino regresando con las manos llenas. No solo tendremos techo, sino que, de la misma forma, tendremos lo que hemos perdido. Hay que confiar.

—No ilusiones a tus hermanas, la realidad es dura para ellas. No hay derecho para hacerlas sufrir con falsas expectativas.

—En todo caso, las expectativas e ilusiones son mías. La quiero, madre.

Subió al carruaje y el cochero cerró la puerta detrás de ella. Mildred se sentó y miró a su familia, aquella que dejaría con la firme esperanza de regresar con algo importante. Lord Cholmondeley debía tener una debilidad y la descubriría para aprovecharla a su favor. Sabía que no sería fácil, porque la prepararon para que ella fuese a chocar con un muro. Aquel caballero era descrito como el mismo Lucifer, no creía que fuese posible algo así, más bien ella creía que era un cascarrabias vanidoso.

Capítulo 4

Derbyshire…

Lord Cholmondeley seguía recibiendo buenas noticias sobre su nueva herencia. Antes de regresar a Derbyshire, observó Autum Hall desde lejos. Ese lugar era hermoso, amplio y al parecer lujoso. Lo bueno era que no estaba vinculado al título, por lo que aquello podía ser hasta apostado o darlo como prenda para conseguir más dinero para invertir en otras cosas. Era demasiado pomposo para que unas niñas destrozaran la propiedad con sus juegos. Tal vez, pronto, ante la desesperación, vendieran objetos de valor que se encontraban dentro, no podía permitir eso. Con el administrador, haría un inventario para saber si todo estaba en su sitio.

Sentado en su sillón del despacho, observaba los informes que le habían enviado desde Cheshire. Algunas propiedades estaban en mal estado, debido a que años atrás se había malgastado el dinero del condado, pero el anterior conde, como buen administrador que fue, comenzó a levantarlo con lentitud, aunque no llegó a hacer las mejoras que estaban proyectadas a mediano plazo, logró que las tierras prosperaran para que de ahí saliera la financiación. Por consejo de quien administraba las propiedades en la actualidad, seguirían con el plan trazado por el anterior lord Walton, era lo mejor.

Cogió su copa y dio un sorbo, mirando hacia la ventana. A través del cristal, podía notar como unos copos de nieve cubrían la propiedad con aquel manto blanco de la época invernal. Humbert, su ayuda de cámara, colocaba más leña en la chimenea de su despacho.

—Ha bajado la temperatura, milord. Si sale a cabalgar, lo mejor es que se abrigue —recomendó el sirviente.

—Estaba pensando en quedarme en casa, con un té caliente y unas galletas…

—Ese no es un plan que usted haría en ningún momento, milord.

—Sabía que no eras tan tonto al creer eso. Que ensillen mi caballo, saldré sin que me importe la nieve. Lo mejor es sentir un poco de frío en el rostro, eso siempre hace que toque la realidad de nuevo.

—Por supuesto, milord.

En el fondo, su sirviente quería que aquel se diera un golpe en la cabeza para ver si no cambiaba la forma en la que se comportaba. Lo último que había hecho era crueldad pura. Su codicia y sus ambiciones parecían hacerlo ajeno a la realidad de otras personas. Tenía tanto dinero que, pese a que podía contabilizarlo, no podría gastarlo en poco tiempo, no le costaba compartirlo con unas desafortunadas personas. Le había contado su hazaña con orgullo y por su puesto de ayuda de cámara, debió sonreír, pero dentro de sí despreciaba esa acción cobarde.

Fue a las caballerizas y dio la orden de que ensillaran el caballo del conde. Aquel tampoco era muy querido por el resto de sus sirvientes, que toleraban el trato por el dinero que ganaban, al menos era generoso con la paga. Regresó a la residencia para preparar la capa, los guantes,

medias y botas, pues a su patrón le encantaban las actividades peligrosas, por eso montaba en medio de tormentas de nieve y practicaba boxeo.

Vistió al conde y fue tras él para verlo subir al caballo que llevaron los mozos hacia la puerta principal.

Daniel subió al lomo de su caballo y sin perder tiempo lo azuzó para que comenzara a correr. La nieve derritiéndose en su piel caliente, hacía que él pensara en su vida, en que la soledad no era tan buena compañía, no le gustaba sentirse solo, por eso siempre estaba en juergas o con amigos, pocas veces disfrutaba del silencio, aquello era más bien cuando debía pensar. Estar sin nadie alrededor le recordaba a su infancia y no quería pensar en la tristeza de no haber sido querido. Perderse en la aventura lo ayudaba a pasar por alto su solitario destino.

De lejos, vio un carruaje que pasaría por su propiedad. Sabía que muchas personas utilizaban su sendero para acortar caminos hacia otros lugares, no le molestaba, siempre y cuando no tuvieran intenciones ocultas de robar caballos o alguna cosa valiosa de sus dominios.

En aquel carruaje iba Mildred casi congelada. Iba lo más abrigada posible; sin embargo, sus dientes seguían castañeando. Lo único que deseaba era llegar a la propiedad de ese hombre, proponer que las dejaran vivir ahí y después regresar. Para evitar morir de frío, ella miraba por la ventana. En la distancia, distinguió a un hombre a caballo. Negó con la cabeza al considerar que era imprudente al salir en medio de un clima poco grato para un paseo. Bostezaba tantas veces, pero le resultaba imposible seguir durmiendo. El cochero le dijo que estaban cerca de donde le habían indicado otras personas en uno de los pueblos cercanos. La mayoría de la gente no conocía a lord Cholmondeley, aunque sí la ubicación de la propiedad era una famosa ruta para llegar al próximo condado, acortando el camino por varias millas.

Cuando el carruaje se detuvo, Mildred sintió un gran alivio. Al acercar sus ojos a la ventanilla, notó la gran residencia que se alzaba frente a ella. Esa sensación de sentirse aliviada desapareció al recordar que debía tratar con alguien que no era muy agradable, sobre el cual le habían advertido. Esperaba que no la mordiera o la atacara.

Bajó con presteza del coche y fue hacia el vestíbulo de la entrada. Apretó el chal por su cuerpo y golpeó la puerta con sus manos cubiertas por sus guantes de cabritilla.

La puerta se abrió al poco tiempo y un sirviente la miró de pies a cabeza.

—Milord no da limosna —espetó con rudeza, sin dejar que se presentara. Quiso cerrar la puerta, pero la joven lo impidió.

—Soy lady Mildred Hess y he venido a hablar con ese hombre sobre su herencia. Déjeme pasar, dejaré que él me eche antes de que lo haga un criado con ínfulas innecesarias —replicó Mildred con determinación.

Al escuchar de quién se trataba, Humbert suavizó su rostro, al parecer las cosas con el título recién adquirido no serían tan sencillas para el conde.

—Disculpe, milady. La confundí de manera absurda. Hay muchos limosneros, lo lamento, por favor, pase…

Ella se sorprendió con el cambio que había tenido el sirviente. En ese instante parecía más amable que un gato queriendo que se lo llevara a la casa. No le dio tiempo a que cambiara de opinión para dejarla pasar.

—Lord Cholmondeley no se encuentra en este momento, pero regresará pronto. Él acostumbra a salir cuando hay nieve. Le agrada —comentó el sirviente—. ¿Un poco de té, milady?

—Se lo agradecería.

—Tome asiento, iré a por uno para que pueda esperar a gusto.

Una vez que aquel hombre se fue, Mildred comenzó a recorrer el salón en el que estaba. Tenía esculturas en forma de mujer por toda la casa y se le hacía extraño. También muchos jarrones y muebles ornamentales lujosos. Todo lo que estaba ahí brillaba por el extremo cuidado, todo parecía muy nuevo, de hecho, tenían un aroma particular a recién tallados.

El salón era cálido por una gran chimenea frente a la que se alzaban dos sillas y una mesa con un juego de ajedrez de cristal. Se quitó los guantes y acercó sus manos al fuego para calentarse. Sus pies estaban helados. Ella se definía como bastante friolera. Le gustaba el invierno, pasar aquellos días gélidos en compañía de su familia, todos juntos al calor de la unión. Fueron tiempos maravillosos, aquellos en que su padre aún estaba. La vida era más dura sin el hombre de la casa, las risas no eran duraderas y la felicidad era escasa. Los buenos tiempos habían sido enterrados junto a su padre el año pasado.

Para su desgracia, a Mildred le tocó madurar de golpe para ser el sostén espiritual de su familia. Nadie se lo había pedido, pero su madre vivía tan agobiada por la preocupación, que no podía pensar las cosas con claridad. Ella había olvidado el cariño que guardaba hacia Albert y que lo estaba esperando alojado en su pecho. A cualquier precio quería que dejara de pensar en él para centrarse en conseguir un esposo acomodado que las ayudara. Si conseguía un poco de compasión de lord Cholmondeley, podría esperar a que Albert cumpliera con su promesa de regresar. Era un hombre de palabra y confiaba plenamente en él.

—Milady, aquí tiene un poco de té y unas galletas… —dijo el sirviente acercándose con una bandeja en la mano.

—Gracias… —Ella guardó sus guantes en su ridículo y se acercó hasta un sillón para tomar asiento.

—Puede llamarme Humbert, estoy a su servicio.

—Se lo agradezco mucho. ¿Sabe de alguna posada cerca?

—No hay ninguna muy cerca, milady. Le llevará al menos unas dos horas encontrar una.

—Entonces espero que venga pronto lord Cholmondeley.

El sirviente se acercó a la ventana y observó que el cielo cada vez estaba más negro.

—Viene una ventisca, eso lo traerá pronto. No se preocupe.

Esas palabras no hacían que ella se sintiera más tranquila. ¿En dónde dormiría si él no aparecía pronto?

Daniel azuzó a su caballo para dejarlo frente a la residencia y que sus sirvientes se encargaran de él. Lo había tomado una tormenta con mucho viento. La nieve ya no era dulce y consoladora.

Bajó del lomo de su caballo y abrió la puerta de la casa, apresurado, para llegar a la chimenea. Aquel no se había dado cuenta de que había una mujer en ese salón. Se quitó la capa, el sombrero y los guantes para coger el calor del fuego. Frotó sus manos, mientras miraba las llamas y oía el crepitar de la leña.

Mildred observó que un hombre alto y atlético entró a la casa. Aquel tenía las mejillas y los labios rojos por el frío. ¿Sería posible que aquel joven que, en esas condiciones parecía un ángel, fuera el terrible e insensible lord Cholmondeley? Dejó su taza a un lado y se puso de pie.

—¿Lord Cholmondeley? —curioseó con su voz temblorosa.

El conde giró su cabeza para observar de donde venía la voz suave de una mujer. Al ver a una joven de cabellera rubia encrespada con grandes ojos verdes como esmeraldas, se quedó boquiabierto con su belleza. Sus labios eran rosados y sus mejillas del mismo tono. Incluso podía jurar que un halo de luz se extendía por su cuerpo.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —interpeló corrigiendo su postura.

Los ojos de Mildred no podían dejar de mirar con atención al atractivo caballero que estaba frente a ella. Desvió su mirada para poder responder.

—Soy lady Mildred Hess —contestó.

Él frunció el ceño antes de hablar y después abrió los ojos con sorpresa, antes de mostrarle una sonrisa sardónica.

—Ajá. Una de las niñas que viven en mi propiedad —dijo con suficiencia. Después miró hacia los pies de la joven y vio que su vestido tenía manchas en el dobladillo, aquellas no salieron con ningún lavado.

—Soy la mayor y he dejado de ser una niña —replicó con el tono calmado, que distaba mucho del que había utilizado él, que era fuerte y burlón.

—Ah, puedo notarlo. Está ensuciando mi casa con su presencia. Sus pies…

Miró hacia sus propios pies y notó las manchas. Se avergonzaba de eso, pero era lo más decente que poseía, no habían gastado en ropa en ese año. Trabajando en el campo las cosas se ensuciaban más. Luego miró hacia los pies de él y aquellos lucían impecables pese a haber venido de la nieve. Era evidente que la gente que poseía mucho dinero siempre se vería más limpia.

—No lo estoy haciendo, milord. Las manchas ya no salen.

—Evite que su vestido toque mis muebles. ¿Qué quiere?

—Vine a conversar con usted.

—Para conversar conmigo requiere una cita anticipada —masculló yendo hacia un sillón para sentarse. Desde ahí la observó con más detenimiento. Sus manos estaban maltratadas y sus uñas rotas. Era demasiado hermosa para estar de esa manera.

—Lamento no haber sabido eso antes —se disculpó. El conde era duro como una piedra—, pero necesito pedirle algo.

—¡Ja! Primero se lo pediré yo, váyase.

Ante esa burla, ella apretó sus labios y arrojó su cuerpo en el sillón frente a Daniel.

—Aquí me quedaré hasta que decida hablar conmigo.

Capítulo 5

Era la primera vez en la vida que una persona se resistía a una orden suya.

—Está ensuciando mi tapizado —acusó sacando el aire por la nariz.

—Lo limpiaré con la lengua si hace falta —alegó Mildred que sabía que no tenía mucho que perder y sí algo por ganar.

—¿Qué clase de dama es usted? Supongo… por su ropa que es una pobre campesina que quiere hacerse pasar por alguien. Considero que la familia Hess debe estar juntando sus míseras pertenencias para dejar mi casa. Nadie tendría tiempo para venir aquí a perderlo.

—Está equivocado, milord. Si me permite, quisiera hablar con usted de manera respetuosa. Sé que mis prendas están maltratadas, pero se debe al arduo trabajo de poder mantenernos. Sabe que no tenemos dinero y hemos despedido a casi todo el personal. Los que se quedan son los que comen y viven bajo ese techo.

—Oh… Me conmueve… ¿Ahora ya puede irse? Qué manía de molestar a los demás.

—Le ruego que me escuche. Usted no necesita esa propiedad, tiene muchas y sabemos que en todas está ganando dinero. No queremos sacarle nada, solo necesitamos en donde vivir, al menos hasta que regrese mi prometido y pueda sacar a mi familia de ahí. Le pido que sea paciente con nosotras, estamos desamparadas.

—No sé con quién piensa usted que está hablando. Si se da cuenta, hace más frío aquí que afuera. No me conmoverá con estupideces. A mí no me importan ni usted, ni su familia y mucho menos sus criados. Quiero que abandonen ese lugar y solo le quedan doce días.

—Haré lo que me pida, pero no deje a mis hermanas sin un techo sobre sus cabezas y comida en la mesa.

—¿De qué me sirve usted? —Rio con desdén—. Qué osadía la suya para invadir mi propiedad.

—No sé en qué pueda serle útil, mas estoy dispuesta a todo por mi familia, por el afecto incondicional que siento por ellas. Sé que harían lo mismo por mí y por eso no dudo en ofrecer lo poco que usted considere. Usted es obscenamente rico y puede ayudarnos con solo una palabra: sí.

Notó como una lágrima traicionera se escapaba de uno de los ojos de la joven al hablar de su familia. Él no sabía de sentimientos familiares, pues nunca había sentido el afecto de ninguno de sus progenitores. Las familias no valían la pena. Quería burlarse de ella, pero algo le impedía hacerlo. Tal vez aún siguiera impactado por su belleza y la sorpresa de encontrar a alguien en su casa. La miraba distinguiendo la vulnerabilidad que significaba su condición actual de pobreza, eso le hacía hasta trazar planes inauditos, como intentar convencerlo de que les dejara vivir ahí. Siguió estudiándola y sacó la conclusión de que era algo extraño y afortunado. Al menos estaba

peleando con alguien, ya que sus empleados evitaban cruzar muchas palabras con él. Esa mujer podría ser lo que él quisiera y no se negaría porque necesitaba de lo que tenía en su poder: Autum Hall.

—Mmm… No puedo decir que me conmueva… —Él se levantó del sillón y ella hizo lo mismo al ver que se acercaba donde se encontraba.

Lo veía acercarse y eso le causaba cierto temor. Su mirada le generaba cierta incomodidad, pues era penetrante y extraña. Después, cuando la rodeó con cierta diversión, sintió más miedo que nunca.

—Le pido que lo considere…

La nariz de Daniel percibió el aroma a jabón en el cabello de la joven, pues estaba tan cerca que podía olerlo. Le gustaba ese aroma, aunque prefería los perfumes costosos. No podía pedirle mucho a una mujer arruinada, pero tenía tanto potencial como amante que le comenzaba a agradar esa idea.

—Creo que comenzaré a considerarlo —murmuró como una serpiente, deslizándose cerca del cuello de ella—, pero lo haré mañana…

Esa era una luz de esperanza. Pese a sus miedos, creía que había algo rescatable en ese hombre.

—Me disculpará, pero ¿no podría pensarlo hoy? Con esta tormenta será difícil que busque un lugar para esperarlo hasta mañana.

—¿Un lugar para qué? Esta casa es grande, podríamos compartirla. —Daniel se alejó de ella con una sonrisa ladina en su rostro.

—¿Dejaría que me quede esta noche?

—Y muchas otras más… —alegó provocando mayor incomodidad en la joven, mientras su mirada libidinosa la recorría.

El valor del que Mildred podía jactarse había desaparecido detrás de los ojos de ese hombre. Tragó saliva y comenzó a sentir que su pecho subía y bajaba con presteza, agitándose. ¿Qué era esa sensación que la recorría cuando lord Cholmondeley la miraba?

—Humbert… —llamó el conde, sobresaltando a la joven.

—Dígame, milord —se presentó el sirviente.

—Lleva a la dama a una de las habitaciones de invitados. Se quedará con nosotros por unos días…

—¿Unos días? —preguntó Mildred, confundida.

—¿Cree que esta nieve se irá mañana? Apenas ha empezado. La esperaré en la cena…

—¿Me acompaña, milady? —indagó el sirviente al ver que la joven estaba pálida al darse cuenta de que estaba encerrada en la casa con el conde. No era la única desesperada con esa idea. Él y los sirvientes también estaban un poco asustados con eso.

—Sí… —habló ella que siguió al sirviente no sin antes echar una última mirada al conde que le hizo un guiño. Ella se escandalizó y el color había vuelto a su rostro.

Después de que la joven fuera con el sirviente, Daniel rio a carcajada suelta al ver el rostro escandalizado de su invitada indeseada. No sabía que podía divertirse tanto con la necesidad ajena. Tenía a esa mujer en la palma de su mano. No tenía oportunidades, más que esas que él podría darle y no le daría nada, porque él solo quería los beneficios de tener a una mujer bella en su cama. No se le ablandaría el corazón, como mucho le haría un par de promesas vacías para conseguir lo que deseaba. Era manipulable y él no hacía caridad con el dinero, ni por más que este le cayera del cielo.

Cualquier ruido de la casa le asustaba después de haber visto la mirada del conde de Cholmondeley. Se sentía extraña al estar cerca de él, cuando la rodeó, no sabía cómo interpretar la situación.

—Esta es la habitación, milady —contó el sirviente que abrió la puerta para que ella entrara.

Entró sin mayor problema y lo vio encender las lámparas, además de la chimenea.

—Usted le ha caído bien al conde —comentó el sirviente.

—¿Qué hubiese sido de mí si le resultara insoportable?

—Créame que ni estaría aquí. Él ha sido muy considerado y amable, algo demasiado extraño para el conde que conozco.

—No es alguien acostumbrado a eso, ¿no es así?

—No. Por lo general es un hombre despreciable con las personas que no conoce y en especial con los pobres. No es alguien que quiera comprender o conversar con alguien de un estatus inferior. Tal vez a usted la considere valiosa de alguna forma.

—Me ha mirado como si fuese la mujer más miserable de la tierra. Él no puede disimularlo, es evidente. Sabe que gracias a su persona no tengo recursos, aunque debo ser sincera, no es su culpa, es mía y de mis hermanas por haber nacido mujer. La vida nos hubiese favorecido de ser varones.

—Eso es algo irremediable, milady. Espero que se sienta bien aquí. Hablaré con su cochero y le daré una habitación en el área de los criados. ¿Tiene un baúl que trajo con usted?

—Se lo agradezco. No, no he traído más que un cambio de ropa en una arpillera.

—Entiendo, iré a por él para entregárselo. ¿Necesita la ayuda de una doncella?

—Qué amable, pero no, puedo hacer todo sola.

—Volveré para anunciarle la cena, con permiso...

Una vez que el sirviente se fue, ella pudo observar esa habitación con tranquilidad. No era grande, tenía lo básico para recibir a alguien y que no sintiera la falta de espacio. Contaba con una cama, un pequeño escritorio, una silla y un armario que, en las condiciones en las que ella se encontraba, le sobraba espacio, una jofaina y un espejo.

Fue hacia la jofaina y con el agua se lavó el rostro como si quisiera despertarse. Pese a que se sentía el frío, ella había decidido hacerlo. Tenía un presentimiento de que estar en esa casa en compañía de lord Cholmondeley no era nada bueno. Sus ojos le dijeron que tuviera cuidado, eran como una advertencia.

Ciertamente, imaginó que ese hombre era mucho mayor, no un anciano, sino como alguien de quizá unos cuarenta años, pero por su color y largo de cabello, ni siquiera había llegado a los treinta. Tampoco supuso que podría ser tan atractivo. En el pueblo, acostumbraba a ver a jóvenes aristócratas e hijos de burgueses que era tan guapos que realmente lograban captar su atención, aunque ella siempre tenía en su cabeza que debía seguir esperando por Albert. A ella no le importaba el dinero para sí, solo para sus hermanas. Él le había dicho que estaba acumulando dinero para regresar y que solo esperaría un poco más; sin embargo, su última carta fue hace un año. Creía que debieron haberse mudado para poder buscar más piedras preciosas y que por eso no había podido escribirle. No se le ocurría pensar que un joven tan amable como Albert no cumpliría con su palabra. Los unía un cariño puro.

Se recostó en la cama para descansar un poco y no tardó demasiado en dormir, pues se sentía cansada. No sabía con precisión cuánto tiempo había descansado, solo se despertó por los insistentes golpes en la puerta. Miró a su alrededor sin conocer el lugar en el que se encontraba, pero después recordó que estaba en la residencia de lord Cholmondeley.

Abandonó el lecho y fue hacia la puerta para abrir.

—Disculpe que la moleste, milady, pero lord Cholmondeley es exigente con el horario para la cena. No querrá perder su gracia recién ganada —advirtió con amabilidad.

—Gracias. Ahora bajo… —Ella se apresuró a cerrar la puerta y fue hasta el espejo en donde se arregló un poco y volvió a lavarse la cara para no tener una apariencia somnolienta.

Respiró un par de veces para volver a su objetivo que era conseguir una ventaja para su familia. Lord Cholmondeley había logrado ser condescendiente con ella, pero debía conseguir una promesa suya y regresar para ayudar en la casa.

En el comedor, Daniel miraba el reloj que estaba ahí y lo hacía con atención, contando los minutos de atraso de su acompañante. Eso le pasaba por invitar gente sin educación, lo habían dejado plantado. Al verla entrar en el comedor, le dirigió una mirada de molestia.

—Dos minutos tarde… —comunicó con su voz gruesa.

Mildred sonrió, avergonzada, e hizo una ensayada reverencia que le había enseñado la señorita Lane, su institutriz.

—Confieso que me he quedado dormida después de tan largo viaje, lo lamento.

El tono acaramelado de la joven hizo que él suavizara su postura, algo que no solía ocurrir, su rigidez característica no hacía gala de su presencia.

—Espero que no lo vuelva a hacer, no me haga dudar de su educación. Siéntese —ordenó.

Ella no dudó en obedecer. Para su sorpresa no la colocó lejos de él, sino a su derecha. El conde arrastró la silla para que ella se sentara y después lo hizo aquel. Su corazón latía desenfrenado al estar tan cerca de ese hombre y desconocía la razón.

—No volverá a pasar. Además, confío que la nieve no será tanta para partir temprano.

—¿Se despertará muy pronto? Porque yo no lo haré. Recuerde que la decisión depende de mí y me levanto tarde todos los días.

—¿Duerme fuera de horarios?

—¿Cree que soy una gallina? La media noche para mí es como la siesta.

—¿No considera que por dormir tan poco tiene ese pésimo carácter?

—¿Qué tiene mi carácter?

—La gente me ha advertido sobre usted y su malhumor constante, llegué a pensar que era un señor mayor por lo que me habían dicho las malas lenguas… —comentó con un poco de jocosidad.

—¿Le parezco un señor viejo?

—No, es joven…

—Y dígalo, no tenga vergüenza… atractivo.

Capítulo 6

El sonrojo cubrió por completo el rostro de Mildred, esa palabra no podría salir de ella con tanta ligereza.

—A una dama no se le permiten decir tales halagos a un caballero… —se excusó.

Los sirvientes se presentaron con la comida en varias bandejas. Había tanta abundancia, una que ella no recordaba. Vivían de carnes y frutas secas en ocasiones, pan que hacían en la casa, queso, leche y mantequilla, todo de la producción de los animales. También criaban gallinas para conseguir más carne y huevos. Pocas veces se daban el lujo de un banquete. Nada podía desperdiciarse, ni siquiera un trozo de pan.

—Si quiere cosas de mí, aprenderá a halagarme, milady. Preguntaré algo sin que me dé pena.

—¿Qué es eso?

—¿Come esta clase de banquetes?

—¿Usted leyó mi mente? Sabe que no podemos permitirnos esto desde que murió mi padre. Hemos aprendido a producir muchas cosas para sustentarnos.

—¿Ustedes?

—Sí, no podemos pagar sirvientes. Lo que hacemos solo alcanza para que nosotras podamos comer. Somos seis bocas más los dos criados que permanecen con nosotros, fieles pese a nuestra desgracia.

—Siempre quiere conmoverme con tonterías. Le diré algo y quiero que guarde eso en su cabeza como una lección para tener en cuenta: no tengo corazón, no me importa la familia de nadie…

—¿Ni la suya?

Los sirvientes se apresuraron para servir lo necesario, incluso las copas de vino. Se dieron cuenta de que más tarde terminarían enterrando un cuerpo en el jardín a causa de la pregunta que había hecho la joven.

—¿Acaso ve a más personas comiendo con nosotros? No tengo familia, no sirven de nada.

—Lamento que sus parientes no sirvan, pero no todas las familias son iguales.

—Ha entrado en un tema del cual no quiero conversar. No le conviene ir por ese sendero si pretende conseguir algo de mí.

La joven comenzaba a unir las piezas en el rompecabezas de desprecio del conde hacia su familia y descubrió algo inquietante, no le importaba ninguna, porque la suya no lo había

querido. Aquel hombre tenía la amargura en el alma por falta de afecto.

—¿De qué quiere conversar? —curioseó para darle gusto.

—De usted, porque al parecer le hicieron un breve resumen de lo que soy.

—Como sabe, soy la mayor de cinco hermanas y por eso estoy aquí, porque me preocupa el futuro de ellas, para mí son importantes.

—Eso lo sé, ¿qué más puede contarme que no tengan que ver con esa horrible carga que lleva en los hombros?

—Debo debutar pronto, pero no hay recursos, aunque prefiero que el mayor esfuerzo se haga por mi siguiente hermana, Frances.

—¿Por qué no le interesa debutar? —indagó.

—Porque eso sería ponerme en el mercado matrimonial, pero yo estoy esperando a un caballero que ha prometido regresar a por mí.

—Por favor, no me haga reír con esas tonterías…

—No todos los hombres son crueles, malvados, sinvergüenzas y soeces…

—¿Me ha descrito?

—¿Se ha identificado?

El conde hizo retroceder su cabeza, sorprendido por la osadía de la joven para dirigirse a él de esa manera. Era fascinante. Sentía tanta vitalidad a su lado, que deseaba saber por qué había tenido la mala suerte de que esa mujer apareciera en su casa.

—Absolutamente. Me ha halagado al notar todas mis virtudes —se burló Daniel que después de decir eso le dio un bocado a su comida.

Esa también era la señal para que Mildred comenzara a comer. Debía estar atenta a lo que hacía el anfitrión.

—No ha sido mi intención el halago, pero si a usted le gusta creer, créalo.

—No puedo parar de reír en mi interior. Usted es una caja de sorpresas… ¿Cómo es su nombre?

—Mildred…

—Mildred… Suena bien saliendo de mis labios.

—Le pido que no se burle de mí, lord Cholmondeley y de mis necesidades. Estoy aquí por una cosa y no para jugar.

—Pues tendrás que jugar, Mildred —dijo tuteando a la joven. Le gustaba su nombre y cómo

este sonaba tan suave al salir de su boca—. Estás en un baile y lo que debes hacer es bailar. Dependes de mí, de mis pensamientos y de una generosidad inexistente. Deberías cuidar tus palabras. Ah, y te tutearé el tiempo que quiera.

—Prefiero que no me tutee. Soy una mujer comprometida.

Él fijó sus ojos en las manos de ella.

—¿Y tu anillo? Sin eso no existe un compromiso, ¿lo sabes?

—Nos comprometimos demasiado jóvenes. —Ella intentó esconder sus manos, pero era inútil, él ya había visto que no estaba diciendo la verdad.

—¿Más jóvenes que dieciocho años? Pobre, has sido embaucada —se burló sin compasión.

El sonrojo recorrió el rostro de Mildred, avergonzada, por cómo él se burlaba de ella.

—Me haces pensar mucho, Mildred, quizá podamos ayudarnos… —Daniel colocó una de sus manos sobre la de ella y le entregó una sonrisa coqueta.

Al ver esa expresión del conde después de sentir su cálido contacto, ella retiró la mano con presteza. Se sentía tan extraña en su presencia, que no sabía qué pensar, ya que no había convivido con caballeros y no sabía qué manifestaciones podrían ser normales en uno. Mildred solo trataba de interpretar todo de acuerdo con las sensaciones que le producían. El atractivo del conde ya suponía un inconveniente y sus acercamientos eran aún peores. No sabía qué podría esperarle si ambos estaban solos en una residencia. Dos personas solteras.

—No puedo ayudarlo en nada, milord, quien necesita ayuda soy yo. —Retiró su mano con presteza.

—Soy un hombre caprichoso, pero mañana te comentaré los planes que tengo para nosotros… —insinuó levantando una ceja después de que ella retirara sus manos.

—¿Planes para nosotros?

—Sí, ¿ves a alguien más? El señor Sinclair me ha pedido algo para ti y pensando en si te lo doy o no.

—Supongo que hoy no me lo dirá —alegó con el corazón latiendo con premura. Quería saber qué era eso.

—Cierto. Dije que todo lo consultaría con mi almohada y a ella solo llegaré después de que acabemos con la cena.

—Entonces apresuremos la cena —opinó Mildred que lo haría con gusto. Era un gran banquete y lo más probable fuera que mañana consiguiera irse con buenas noticias. Si quería que ese hombre le diera eso que buscaba, debía soportar sus malas mañas.

—Adelante, te dejaré comer tranquila…

Él observaba que Mildred comía con ganas. No entendía por qué le gustaba verla, ni siquiera comprendía las razones por las cuales no la había expulsado de la propiedad, eso era algo que haría con cualquier persona. Daniel no sentía compasión por nadie, pero con ella era distinto. Desde que la vio, sintió que fue golpeado por algo desconocido y eso mismo lo impulsaba a mantenerla ahí. Desconfiaba de que fuera su tierna belleza, esos ojos verdes tan penetrantes que hicieron que su fiera interior tomara un corto descanso. Quería saber qué tenía deparada su mente tan depravada para su inocencia y su forma de ser tan esquiva. Correspondía a sus agravios de una forma en que lo mantenía expectante de su próximo movimiento. Ninguna dama antes había logrado captar su atención con tan poco, solo con su presencia.

Se dio cuenta de que había terminado su cena antes del anfitrión y volvió a sonrojarse de vergüenza, pues él no parecía tan apetente como ella que no desaprovechó ni un poco de lo que se le había servido, como si nunca hubiese comido algo semejante.

—Lamento haberme adelantado… —se disculpó bajando la cabeza.

—Era de esperarse si vives en la miseria. Continuaremos con el vino en el salón. Coge tu copa.

—Considero que es hora de irme a descansar.

—Querida, apenas ha empezado la noche. Aquí no somos gallinas. Mi casa, mis reglas…

—Está bien.

Esperaba que ser tan obediente la llevara a lograr lo que deseaba que era seguir viviendo en Autum Hall.

Daniel llevó consigo la botella de vino y miró hacia la servidumbre que estaba recogiendo la mesa.

—Humbert, quiero otra botella de vino para Mildred y para mí.

—Milord, la joven no sabrá beber… —intervino Humbert.

—¿Y eso qué importa? Mejor para mí, así no se resiste a quedarse a mi lado.

—¿Quedarse a su lado?

—No sé lo que dijo —musitó sonriendo ladino para después dejar a su sirviente continuando con su trabajo.

El conde vio a Mildred esperándolo en el salón.

—¿Sabes leer? —curioseó Daniel que se sentó para servir el vino para los dos. Hizo un gesto para que le entregara su copa.

—Por supuesto. Le dije que tuve una institutriz.

—Toma asiento, no me gusta que me acompañen de pie si estoy sentado. Ah, pero a mi

lado, ¿no siente el frío del invierno?

Se sentó con todo el peligro de que aquel caballero la atrapara con sus brazos; sin embargo, solo le entregó su copa.

—¿Qué acostumbra a hacer en invierno? —inquirió Mildred que necesitaba distraerlo.

—No acostumbro a hacer esto. Paso solo cada año. Mis amistades vienen a pasar unos días, después se van y luego regreso a Londres. Me refugio aquí para no leer invitaciones de cenas navideñas o fiestas en las que me invitan para tomar ventaja para que escoja a la hija desafortunada de algún noble. Este es mi refugio en el que usted ha venido a interferir.

—Si quiere estar solo me iré al dormitorio…

—¿Quién dijo que quiero estar solo? Tengo suficiente tiempo para conversar conmigo mismo, ¿no crees? Desde que era pequeño acostumbro a estar sin nadie más que sirvientes a mi alrededor, pero eso no significa que me guste.

—¿Por qué no se ha casado si se siente solo?

—No soy demente ni estoy desesperado, ¿eso te sirve como razón suficiente?

—Si usted no se siente bien estando de esa manera, lo más sencillo es tener una esposa que lo acompañe por siempre, hasta el último día de su vida.

—¿Quieres alentarme o asustarme? Eso de que sea hasta el último día no me apetece. Para compañía tengo a una que otra amante, así no me aburro de una sola mujer.

—Comprendo. —Ella le dio un sorbo a su copa y levantó la mirada hacia los ojos de él. En cierta manera no se veía cruel y despiadado, por más que sus palabras sí reflejaran algo así. La miraba con sus astros brillando por la tenue luz.

—El matrimonio es algo que no me ha tentado y tampoco sé si algún día se dará. Sé lo que es vivir bajo el techo de dos personas que tal vez se sintieron tentados u obligados a juntarse y no ha sido lo mejor que me ha pasado.

—En cambio, anhelo el matrimonio con mi prometido. Mis padres se han querido tanto para tener cinco hijas…

—Considero que cada hija es una esperanza perdida para un heredero, Mildred. ¿No te parece lo más lógico? Tú quieres romantizar algo que de romántico tiene muy poco y más sabiendo que has sido el primer error.

—No creo que sea de esa manera. Mi padre era el menor de los hijos del conde de Walton, no había nada para él. Se casó con una joven de campo, un poco acomodada, pero no lo suficiente para una gran educación. A su modo nos educó primero y después lo hizo la institutriz. Es evidente que fue un matrimonio sin mayores ambiciones de ambos lados, más que la compañía y el afecto.

—Ajá, es por lo que decidiste ser embaucada por un hombre que te llenó los oídos de miel.

Créeme que hay muchos. No te preocupes que no soy uno, no me gusta el romance, no creo en el enamoramiento y menos en que eso me cegará o me perturbará alguna vez. Si quiero algo soy directo, sin tener que mentir sobre mis intenciones. Pueden decir que soy malvado, pero logran ver mis sinceros escrúpulos. Conmigo no hay mentiras, no requiero de eso para conseguir lo que quiero, si digo o prometo algo es porque lo haré.

—Está decidido a echarnos de la propiedad sin compasión.

—Sí, sin piedad alguna, aunque tu presencia tan fresca y agradable ha hecho que considere un par de puntos de mi pedido de expulsión.

Capítulo 7

¿Cuáles eran los puntos que el conde había reconsiderado de su postura de expulsarlas?

—Si le pregunto no me dirá, ¿cierto? —indagó Mildred que volvió a sorber un poco del vino.

—Cada minuto que pasamos cerca es un poco más de conocimiento que adquieres —la felicitó chocando su copa con la de ella sin que Mildred se diera cuenta.

—Halagar a las damas no es algo que se le dé con facilidad, ¿no es así?

—La verdad es que mi convivencia con damas de sociedad es muy escasa, aunque mis amantes sean de mi círculo.

—¿Cómo puede ser posible?

—No lograron casarse y necesitan mantenerse. No pienso ir a burdeles vulgares, por lo que con gusto pago una pequeña fortuna por…

—Por un poco de afecto, ¿no es así?

El rostro burlón de Daniel se desvaneció. Mildred no solo se volvió más perspicaz, sino también más punzante y taimada. Eran los defectos de las personas que estaban atentas, pero en esta ocasión le resultó desagradable su comentario, porque prácticamente lo había llamado mendigo.

—No, por sexo. ¿Sabes lo que es eso? No me importa el amor, ni el afecto de nadie, solo quiero retozar entre las piernas de una mujer bella. Mi placer es lo más importante.

A Mildred esa respuesta no le había gustado, porque se lo dijo en un tono y con una cara que no dejaba mucho a la imaginación, casi podía jurar que le estaba insinuando que era o que al menos sería parte de ese grupo.

—No sé en qué consiste eso, milord…

—Es cierto, recuerdo que a las niñas vírgenes se las mantiene ignorantes hasta el último momento de su soltería, pero si quieres te puedo ayudar con eso.

Avergonzada, ella bebió su copa de un trago. Las palabras de lord Cholmondeley, hacían que ella sintiera calor.

Estaba conforme con lo que hacía, dejaría que ella bebiera todo lo que quisiera.

Mientras conversaban, un ida y vuelta de acusaciones disfrazadas se arrojaban entre ellos. Mildred había bostezado tantas veces que Daniel había perdido la cuenta. De repente, ella se durmió, entonces, él le quitó la copa y también dejó la suya en un lado. Observó a la joven que había llegado a su casa ese día y se pasó la lengua por los labios, deseando devorar ese festín que

tenía frente a él.

Acercó su boca al cuello de Mildred y comenzó a besarla. Ella se removía sonriente, parecía disfrutar del contacto y a él le encantaba la piel tersa de la joven. No era un caballero, ni un hombre decente, pedirle que no se aprovechara de la inconsciencia de una joven era algo imposible, pero no tendría la misma diversión si ella estuviera despierta, aunque siguió devorando su piel con devoción.

El carraspeo incómodo de su sirviente hizo que el conde se detuviera. Humbert quería salvar a la joven de cualquier cosa que amenazara con hacerla perder su virginidad.

—¿Quiere que lleve a milady a su habitación? —preguntó Humbert.

—Puedo llevarla, Humbert, ¿no crees?

—Por supuesto, milord…

Daniel tomó en brazos a la joven como si ella no pesara nada. En verdad estaba delgada y en parte era su culpa, por no tener sentimientos por nadie. Lo mejor hubiese sido que la enviara a la calle, pero ahí estaba él, llevándola en brazos porque se había emborrachado con muy poco vino.

Su sirviente abrió la puerta de la habitación y él entró con la joven para depositarla en la cama. Una vez que lo hizo, Humbert tapó a Mildred y se dispuso a salir, pero vio al conde recorriendo la habitación.

—¿Y sus demás ropas? —curioseó al abrir el armario y solo ver un vestido ajado y manchado como el que tenía.

—Es todo lo que ha traído, milord. No tiene pensado quedarse mucho.

—Pues sus planes cambiarán, Humbert…

Después de decir eso, salió a largas zancadas de la habitación, dejando a su sirviente en aquel sitio. Aquel miró a Mildred, deseando saber en qué estaba pensando su amo. Esperaba que no fuera nada malo.

Cuando Daniel entró en su habitación, se sentó en un sillón. Su habitación era enorme con otro recibidor antes de llegar a su dormitorio. Él estaba ahí, pensando en Mildred, sus necesidades, su belleza y lo que podía conseguir de ella. Le importaba poco que estuviera comprometida con alguien, pero por lo que presentía, el compromiso era una mentira para que él se mantuviese al margen, mas por lo que ella había dicho, el hombre le mintió e hizo que creyera una mentira de que se casaría. De ese estilo conocía varios casos en Londres. Las mujeres solían ser tontas con la ilusión del matrimonio y lo que él buscaría era convencer a Mildred de que nadie la esperaba y de que estaba sola, que su única solución era ser su amante de turno, pues siendo pobre no le esperaba nada. Trabajar en esa idea le llevaría tiempo, que conseguiría otorgándole lo que ella deseaba y aprendería a que todo en esta vida tenía un precio.

Pasó la noche con un libro en la mano, su ánimo no era suficiente para beber hasta el

amanecer y tampoco tenía ganas de dormir, por eso se apoyaría en una lectura poco ambiciosa que le diera sueño. Eso no tardó mucho en ocurrir, cuando su sirviente entró, lo vio descansando en el sillón, el conde no había llegado hasta la cama. Lo dejó en ese lugar para que le diera un buen dolor de cuello después de pretender tomarse muchas libertades con una dama que no podía defenderse de nada en su estado. Aquel era malicioso, ningún acto de generosidad podría ser visto como verdadero viniendo de aquel ser vil.

***

Al día siguiente, Mildred despertó con un fuerte dolor de cabeza, pero no podía quedarse en la cama a descansar, ese día era decisivo para ella, pues podía apelar al conde. La joven se acercó a la jofaina. El agua estaba helada y eso pareció acrecentar el dolor en lugar de calmarlo. Luego, miró su cara en el espejo y distinguió algo extraño en su cuello, era como un moretón. ¿Qué significaba eso? No recordaba mucho de lo que había conversado con el conde la noche anterior.

Salió de su habitación, somnolienta, bostezando a cada paso que daba. La molestia en su cabeza se atenuaba a medida que pasaban los minutos. Llegó hasta el comedor, pero aquel estaba vacío.

—Buen día, milady —saludó el sirviente del conde.

—Buen día, ¿y lord Cholmondeley?

—Sigue dormido, milady. Usted ha despertado temprano.

—¿Cómo sigue el clima?

—Puede mirar por usted misma…

Él se acercó a la ventana y corrió la cortina. La nieve se extendía a lo largo y ancho de la propiedad con varios centímetros de espesor.

Mildred suspiró. Estaba atrapada en Derbyshire, en casa del conde de Cholmondeley y eso no parecía ser bueno para nadie, ni para él ni para ella. Por unos minutos peleaban y por otros parecían mejores amigos, pero a la joven le atormentaba la cercanía y lo inapropiado de la situación en la que dos personas solteras estaban conviviendo sin nadie que pudiera hacer de carabina.

—Supongo que hoy no podré irme…

—Tal vez toda la semana, milady…

—Oh, no. Si milord no me da una buena noticia hoy, quedarme aquí será un suplicio.

—No piense en cosas malas. ¿Quiere que le sirva un té? La cocinera se encuentra preparando pan… Lo hacemos un poco tarde para que milord lo coma crujiente.

—No se preocupe, ¿puedo ir a la cocina? Le aseguro que puedo ayudar.

—Usted es una visita de milord, tal vez se enfade con nosotros por dejarla quedarse en un

lugar en el que no debería estar.

—¿Por qué los reprendería? Gracias a él sé preparar panes, quesos, mermeladas y mantequilla. Si él fuese generoso, estaría en mi casa, estudiando mis lecciones para conquistar a un gran candidato, pero no es así. Deje que me distraiga con algo.

Humbert desconfiaba de que eso fuese lo correcto porque no sabía cómo podría reaccionar el conde, ya que parecía tenerle una inusual admiración a la recién llegada. De forma inmediata, aseguraba que lady Mildred Hess podría representar la caída del tirano, pues hacía cosas que por ninguna otra había hecho antes. De hecho, no acostumbraba a llevar mujeres en esa propiedad. Durante el invierno, este era su oasis de paz, su descanso después de tanto descontrol durante la temporada social. Solo llevaba a sus amigos más jocosos para emborracharse unos días y aquellos se retiraban a los días siguientes, el resto era soledad para ese hombre.

La joven se sentía bien en la cocina, estaba sonriente ayudando con los quehaceres. Mildred vio que tenían bayas en conserva y de eso preparó una pequeña mermelada que alcanzaría incluso para el té de la tarde. En aquel lugar olvidaba sus preocupaciones, a la vez que esperaba que el tiempo pasara más rápido hasta obtener lo que había ido a buscar.

Daniel despertó y ahí ya se encontraba su sirviente, parado junto al dosel de su cama. Si no le pagara el sueldo, creería que era un asesino por el rostro tan serio que tenía.

—Buen día, milord… —pronunció Humbert con las prendas de Daniel en la mano.

—No son tan buenos cuando todavía sigo teniendo sueño. Apuesto que Mildred sigue durmiendo.

—Milady está en la cocina, ha insistido con ayudar a la cocinera con el desayuno. Al parecer es una dama que no puede mantenerse quieta.

—¿En mi cocina? Sácala de ahí ahora mismo —ordenó molesto—. No quiero que tenga olor a leña o comida.

—Sí, milord. Tenga en cuenta que será difícil hacerlo.

—Entonces la sacaré yo.

El conde se vistió con presteza y fue hacia la cocina sin perder tiempo. Ahí vio a Mildred, sonriente, colocando una mermelada en un frasco.

—¿Qué demonios haces aquí? —increpó Daniel.

Eso sobresaltó a los demás sirvientes que creían estar en un terrible problema y también a la misma Mildred.

—Buen día, lord Cholmondeley, solo vine a ayudar porque no sabía qué más hacer para distraerme… —Ella se limpió las manos con el delantal.

—No debes estar en la cocina.

—Siempre estoy en la cocina de la casa de la que nos ha expulsado a mi familia y a mí. No quiera darse baños de pureza o decencia conmigo, cuando ambos sabemos que es una mala persona.

—¿Mala persona? Ni siquiera sabes qué determinación he tomado. Lo primero que debes saber es que me has enfadado y que no te quiero en esta cocina. Me molesta y es todo. Lo segundo, es que mi decisión la conocerás después del desayuno. Sal de aquí —ordenó con determinación. Mildred dejó el delantal y salió—. Si ella vuelve a entrar aquí, los arrojaré a ustedes en la ventisca.

Al terminar de decir esa amenaza para sus sirvientes, él fue tras la joven que lo esperaba en el comedor, enfurruñada y los brazos cruzados bajo el pecho.

—Buen día, Mildred, ahora puedo hablar con alguien de mi misma clase social —espetó Daniel que le sonrió, olvidando que antes le había dicho un par de cosas desagradables.

—Me niego a saludarlo después de semejante humillación, milord. Solo he querido ser amable, encontrando algo que hacer, mientras lo esperaba.

—¿No te apetecen los libros de la biblioteca? ¿No hay suficientes lienzos en el salón de arte? No puedo decir que tenga algo de costura, pero para lo único habilitado que tiene la cocina es para preguntar por algo similar a eso.

—La verdad es que no lo pensé.

—Tu prometido debe ser un hombre sin fortuna y sin condiciones de darle algo digno a la hija de un conde, por eso te rebajas a hacer estas cosas.

—¿Es sordo? Lo he acusado a usted por lo que ha pasado. Si todo seguía normal, estaría en mi casa ejecutando el violín para deleitar a mi familia, pero no tengo tiempo porque debo aprovechar la luz del día para hacer comida y buscar carne. ¡Es por su culpa! —acusó con vehemencia, perdiendo el norte de su objetivo.

Él no sentía culpa o pena, sonrió y fue a correr la silla para que ella se sentara.

—Estás tensa, querida, siéntate.

—¿Tensa? ¡Tensa! —escupió accediendo a sentarse en donde Daniel le sugería.

—Sí, tensa. Desayunamos y después hablaremos de tu vida. Solo te ordeno que no vuelvas a levantarme la voz, porque tengo mucha paciencia contigo, que no he tenido con nadie más.

Capítulo 8

Ella agachó la mirada, aceptando la crítica. Si no lo hacía, las cosas serían más difíciles para Mildred. Gritando y gruñendo no lograría conseguir que su familia tuviese un mejor pasar.

Los sirvientes la miraron con mucho cuidado, como si le temieran. Al parecer el conde había dicho algo más después de que ella salió de la cocina.

—La mermelada la hice yo… —comentó Mildred con la voz dulcificada.

Los ojos de Daniel fueron hacia la mermelada de la que se jactaba la joven. Untó un poco de ella en un pedazo de pan crujiente. La sensación que lo invadió era algo indescriptible, no era un hombre que gustaba mucho de los dulces, pero esa mermelada lo estaba llevando al cielo. Nunca había probado una tan deliciosa como esa.

La joven miraba con orgullo cómo el conde cerraba los ojos, deleitándose en los sabores de esas bayas cocinadas. Su rostro no parecía el de un hombre rudo u hostil, más bien parecía alguien jovial y divertido.

—Lamentablemente tienes una mano interesante para la cocina. Digo que lo lamento, porque no es un lugar para alguien como tú, puedes darle la receta a mi cocinera para que pueda prepararla para nosotros.

—Al menos le gusta algo de lo que he hecho. Me siento conforme.

—No se ve tan tensa después de un halago. No soy alguien que halague con frecuencia, pero tú… no sé si es lástima o mmm… no sé —repitió queriendo entender su propia lógica de trato hacia ella.

—Tal vez sea culpa, milord.

—No, yo no siento culpa de nada y por nada. Desayunemos para ir a conversar a mi despacho, tendrás una respuesta a tu pedido.

El corazón de Mildred estaba latiendo con fuerza, lleno de esperanza, ese desayuno podría ser el más suculento y delicioso del mundo. No podía evitar mirar al conde con emoción, él le daba mucha felicidad sin saberlo. Que le dijera esas palabras le daba expectativa de que pronto llevaría la buena nueva a su familia.

Tan diferente eran los pensamientos de lord Cholmondeley con los de Mildred, pues tenía pensadas otras cosas para la inocente joven que llegó a él como si lo hubiese pedido a las estrellas. Era la compañera que necesitaba para atravesar el crudo invierno, la mujer para la que tenía un par de planes trazados de manera meticulosa.

Terminaron el desayuno y los dos fueron en silencio hacia el despacho del conde. Mildred entró y observó todo a su alrededor. Sobre el escritorio tenía muchas hojas esparcidas y unos libros negros y grandes, como los que había tenido su padre.

—Son libros contables que pertenecen al título que fue de tu padre. Han servido para que me distraiga mucho. Es interesante cómo han crecido las finanzas de la propiedad —dijo Daniel al ver que ella cogía uno de ellos.

—Mi padre era talentoso. Le gustaba su trabajo de administrar propiedades. Antes de que tuviera el título, trabajaba tan arduamente, que con eso podía hacer maravillas para sus hijas y su esposa. Autum Hall se ha agrandado gracias a lo que él ganaba como administrador. Como último hijo solo le dieron esa propiedad como herencia. En los primeros tiempos fue un hombre acomodado, pero después fue muy rico y próspero. En ese tiempo Albert me prometió que se casaría conmigo después de juntar una fortuna, no se sentía suficiente para pedirme matrimonio sin dinero y yo prometí que lo esperaría.

—La historia de tu padre me ha inspirado, pero la tuya, Mildred, me hace dudar de tu inteligencia. ¿Cuándo supiste algo de él por última vez?

—Hace más de un año.

—Oh, lamento decirte que te ha olvidado. Eras una niña. Las promesas a los niños no les importan a algunos —se burló acercándose a la ventana de su despacho para correr la cortina—. ¿Ahora puedo decirte lo que he decidido?

—Me honraría escuchar lo que tiene que decir respecto a eso y no a mi vida privada.

—Mildred, tu corazón compite con el mío para saber cuál es el más gélido, pero no puedes competir conmigo, pierdes por mucho —se burló—. Decidí que dejaré a tu familia en la casa, le daré la pensión a tu madre y le daré una pequeña dote a tus hermanas…

Mildred se llevó las manos a la boca, emocionada por lo que estaba oyendo de los labios del conde. Quería gritar y saltar, ya que era más de lo que había pedido y esperado.

—¡Milord, no puedo creerlo! —exclamó con una sonrisa que iluminaba su rostro por completo.

Daniel dejó que Mildred siguiera festejando su logro. Era tan hermosa cuando sonreía de forma genuina, aunque ella tendría que saber que su generosidad traía consigo condiciones.

—Debes creerlo. Con eso tu familia recuperará su brío y hasta tendrán un protector como yo… —Él se idolatraba para que ella se sintiera aún más en deuda con ella.

—Es más de lo que esperaba. No sé la razón por la que decían que era alguien tan malvado, cuando es obvio que no lo es del todo.

—Las personas tienen razón en algunas cosas, Mildred, y lo sabrás ahora. Lo que te otorgo será bajo mis condiciones. Si quieres ver bien a tu familia, te prometo que jamás les faltará nada y será gracias a ti…

—¿Condiciones? ¿Qué condiciones? —Esas preguntas que hizo le daban temor. La generosidad no parecía ser el fuerte del lord Cholmondeley.

—Es sencillo. El señor Sinclair me ha pedido que me encargue de ti para darle oportunidad

a las demás, y es lo que haré. Tu familia recibirá toda mi generosidad a cambio de que vivas aquí conmigo, siendo como una preciosa y obediente pupila. —Él se acercó y fue a hablarle cerca del oído—. Te prometo que no les faltará nada si cumples, pero si no lo haces, seré implacable, las arruinaré a todas, Mildred… Quédate aquí, sé mi compañera por todo el invierno, después decidiré qué hacer contigo. Piensa en lo que ganan por tu sacrificio… Eres una gran hermana.

Los ánimos de Mildred estaban en el suelo. No estaba comprendiendo nada de lo que ocurría, solo entendía que esto que le daba lord Cholmondeley era un intercambio de prisión para ella y libertad para el resto.

—No estoy entendiendo, lord Cholmondeley… —confesó buscando los ojos de aquel. Cuando los halló, vio en ellos determinación y frialdad, aunque aquellos bailaban observando el rostro de ella, turnándose entre su boca y su mirada.

—Me agradas, Mildred, y es por lo que haré por ti cosas que no haría por nadie más. —Él acarició ambos brazos de la joven—. Vivirás aquí con todas las comodidades, tendrás lo que una jovencita de tu edad desea, solo debes complacerme.

—¿Cómo lo complacería? —La respuesta a esa pregunta le daba miedo, ¿qué podría decirle? ¿Cómo pudo pensar que los demás estaban equivocados? Por supuesto que tenían toda la razón respecto al demonio que era este conde.

—Qué pregunta tan incómoda de responder para cualquiera, pero no para mí. Te diré la verdad, me pareces hermosa, Mildred, y me encantaría llegar más allá contigo, aunque sin ningún compromiso. Tú tienes tu corazón puesto en algo inútil y yo no tengo corazón, ni alma. Nos complementamos a la perfección, eres lo que espero como compañía en este solitario rincón en Derbyshire.

—¿Está demente? Jamás sería su amante —masculló escandalizada por las insinuaciones de ese caballero.

—Entonces eres libre de irte, pero con las manos vacías, como viniste a esta casa. Adelante, las puertas están abiertas para que mueras en la miseria. Te sentirás tan mal sabiendo que en tus hombros estaba la oportunidad de salvar a cinco personas inocentes, pero preferiste salvar una fantasía. ¿Qué será de vosotras? Tus hermanas serán doncellas o mujeres de la vida galantes. No sabes cómo apreciamos a las damas con educación caídas en desgracia, son las que más desean salir del infierno y hacen todo lo que se les solicita.

Las lágrimas bañaban las mejillas de Mildred al darse cuenta de que su sacrificio podía salvar a su familia, pero ella no quería ser un sacrificio. Sintió que un pañuelo suave y oloroso limpiaba el agua salada que la mojaba.

—Me duele verte llorar, Mildred, eres tan encantadora. Me agrada tu fortaleza y entereza. Te trataré bien, lo prometo. Son dos promesas las que te hago. Tu familia tendrá a sus sirvientes de vuelta, dinero, posición, educación…

—Pero a cambio de mi libertad, mi futuro y mis anhelos…

—Si no estás dispuesta, lo comprendo. Me dolerá tu rechazo, pero todo seguirá igual.

Depende de ti escoger. Tienes varios días para hacerlo, aunque déjame decirte que faltan pocos para que salgan de la propiedad.

—Le daré una respuesta esta noche…

Lord Cholmondeley creía que su ideal de estar en compañía de Mildred peligraba, por lo que se arriesgó de una manera en la que no debería si en verdad buscaba tenerla en su cama.

—Puede poner una condición para permanecer aquí y la cumpliré. Para un caballero, su palabra es todo. Soy un sinvergüenza, pero alguien de verdad.

—Gracias por su falsa generosidad. Disculpe que me retire. Tendré en cuenta lo que ha dicho.

Mildred salió de aquel lugar, tambaleándose por todo lo que había oído. El conde no tenía escrúpulos. Lo peor era que nadie la había preparado para convivir con alguien así. No podía creer que un hombre tan atractivo y poderoso utilizara esas tácticas para convencer a una dama de ser su amante, pero ella no cedería. Debía pensar en lo más conveniente para ella y su familia. Lo bueno era que aquel mismo hombre despiadado le había dado una ventana de oportunidad que ella debía aprovechar de la mejor forma posible.

Por un instante, Daniel vaciló y le dio una opción, solo esperaba que Mildred no fuese tan inteligente para darle vuelta al juego que él mismo había construido. Puso las cartas sobre la mesa y esperaba que ella sintiera la suficiente culpa para aceptar el trato tan ventajoso que ofrecía. Había decidido subir más la apuesta y por eso no solo le había dicho que las dejaría vivir ahí, sino que tendrían sirviente y unas pequeñas dotes. El título se lo podía permitir sin inconvenientes. Suponía que dándole más de lo que había pedido, sería más fácil tenerla comiendo de su mano. En un primer momento no creyó que aceptaría y era lo que estaba ocurriendo, pero confiaba en que era un alma tan noble y sacrificada que lo haría. El único inconveniente que Daniel encontraba para tener a la joven en donde quería, era el famoso Albert. Llevaba mucho tiempo sin aparecer, pero lo preocupante era la lealtad de Mildred. Quería que esos pensamientos fueran para él y no descansaría hasta que esa joven que tocó su puerta fuera suya. No desistiría, pues era alguien que siempre se salía con lo que quería. Ella podía resistirse, aunque tarde o temprano terminaría cayendo. Podría ser como una serpiente esperando la oportunidad perfecta para atacar, enroscado en su rincón frío y oscuro, como siempre lo había hecho. Para él esto era un trámite, como si estuviese comprando un costoso caballo, Mildred le pertenecería de una u otra manera. Llevaba solo un día en su casa; sin embargo, ella lo había deslumbrado al punto de desear utilizar toda su influencia para que permaneciera a su lado. Vio un valor extraño en la dama.

Desde un principio no quiso saber nada de las hijas de lord Walton, pero en ese momento, estaba completamente viciado por la mayor de sus hijas, una que no comprendía el poder que podría tener sobre él, si llegara a descubrirlo, quizá hasta pudiera convertirse en su esclavo. Tenía un encanto innato que la ponía en una situación aún más vulnerable ante su persona. Era un cazador y ella una presa inquieta que paseaba frente a él tentándolo con su aroma a carne. Cuando la devorara se daría un festín con Mildred y no importaba a quienes tuviese que sacar del medio para obtener lo que deseaba.

Capítulo 9

En la habitación, Mildred solo podía observar el techo. Las lágrimas que salían de sus ojos corrían hasta casi entrar en sus oídos al pensar en que sería la prisionera de un hombre desalmado y rico, a cambio del porvenir de su familia. Las amaba mucho, pero también se amaba mucho para un sacrificio de esa magnitud; sin embargo, su amenaza era tan malvada que las dos situaciones la llevaban a la miseria. Albert no la querría si sabía que ella vivió con un hombre soltero y más aún siendo su amante. Qué miserable le hacía sentir esa idea. ¿Quién podría creerle que no la hubo tocado en ese tiempo de convivencia? Le haría la vida imposible a ese hombre, pues lo único que deseaba era destruirla, pero ella no estaba dispuesta a irse al infierno sola, lo arrastraría si hacía falta.

Unos golpes la interrumpieron y Mildred quiso limpiar su rostro por si era el conde, no quería que se regocijara en su dolor.

—Disculpe la intromisión, milady, ¿se encuentra bien? ¿Necesita algo? —indagó el sirviente, preocupado—. La vi llorando en el pasillo mientras venía hacia aquí.

—Dígame que lord Cholmondeley no es tan malvado como se ha presentado…

—Milord es peor de lo que ha visto, pero con usted es como un joven malicioso que nunca fue tan cruel. Ha disminuido su nivel de maldad.

—No puede ser cierto… —dijo Mildred con sorpresa. En ese hombre la bondad no existía.

—Lastimosamente lo es. Llevo muchos años a su servicio, esperando que tenga un accidente para notar algún cambio. Usted no se da cuenta de su poder, milady. Si es inteligente puede lograr muchas cosas.

—¿Poder? Él es quien tiene el poder.

—Esa mancha en su cuello, se la hizo un vampiro con título. Lo ha impactado, milady, y debe ponerlo a sus pies.

Mildred acarició su cuello en donde había visto el moretón.

—¿Cómo puedo salvarme de él?

—Sea inteligente y consiga lo que quiere. A milord puede darle migajas de lo que espera.

—Quiere que sea su amante.

—Pues juegue con eso. Usted ha venido aquí con entereza a conseguir algo, no se vaya con las manos vacías. Es la única que puede darle una lección de vida a este hombre que no cree en nada. Su corazón es tan duro que solo he visto debilidad por su persona.

Ella recordó la opción que le había dado el conde. Las palabras del sirviente mezcladas con la oportunidad de salvarse se habían juntado para darle una forma segura de conseguir lo que

esperaba para su familia. Debía averiguar cuánto tiempo pretendía retenerla.

—Él me dijo que puedo proponer una opción y eso me dará la forma de moverme sin que me toque sin mi consentimiento.

Humbert sonrió.

—Esa opción no se la hubiese dicho a nadie más. Usted le importa demasiado a lord Cholmondeley, puede llegar a ser su debilidad y eso significa una gran oportunidad. Incluso puede conquistar a una de las amistades decentes de milord para tener un buen matrimonio diciendo que es su pupila.

—No estoy interesada en ningún matrimonio, estoy esperando por alguien que puede tardar mucho en aparecer.

—Esperemos que tarde mucho para sacarle más recursos a milord. Usted puede defenderse de ese depredador.

—Agradezco tanto sus consejos. En verdad me estaba ahogando en lágrimas sin encontrar una salida.

—No pierda su encanto y su inocencia, lord Cholmondeley quiere eso de usted. Sea pícara, pero manténgalo a raya.

—Lo tendré en cuenta.

El sirviente hizo una reverencia antes de salir. Después de que ella cerrara la puerta, sintió un gran alivio. Debía aprovecharse de lo que le había dicho aquel hombre. Lord Cholmondeley no había sabido cosechar lealtades y eso era algo que aprovecharía, solo debía dejar de tener tanto miedo a lo nuevo, su supervivencia era lo más importante. Debía asegurar el dinero de la dote para sus hermanas por más que fuese pequeña. Eso iría a parar al mismo lugar en el que estaba enterrado el resto del dinero que él no tocaría.

Respiró profundo y comenzó a buscar las cosas buenas, aparte del dinero. Citaba en su mente que no todo podía ser malo por más que Daniel fuera miserable y quisiera aprovecharse de ella y de su inocencia. El conde era inteligente, atractivo y belicoso, de cierta forma, a Mildred le gustaba discutir con la gente e intentar tener la razón, lo había hecho durante años con su familia y sabía que eso le gustaba de ella. También podría sacarle ropas, joyas y dinero para sí misma. Podía ver todo oscuro o, de la misma forma, distinguir más claro.

A medida que pasaban las horas, había cogido seguridad. Sus lágrimas sirvieron para lavar su cara y dar paso a otra Mildred, una que sería tan parecida a lord Cholmondeley, que no sabría qué lo había golpeado una vez que ella acabara.

Para su tragedia, no tenía prendas que la ayudaran a verse mejor, aunque podría utilizar eso a su favor, porque se suponía que el interés del conde en ella era bastante.

Se colocó el otro vestido y arregló su cabello para ir junto a él y decirle que quería tomar el té. Nunca había sido manipuladora, pero por su seguridad necesitaba hacerlo.

En el pasillo encontró al ayuda de cámara del conde y fue hasta él.

—¿En dónde se encuentra milord? —curioseó.

—En su despacho, milady. A él le gusta mirar los números y más si estos son positivos. Se ve radiante…

—Gracias. Estoy confiada. Iré a por él para tomar el té.

—Si usted consigue que tome un té sin estar obligado, el conde debería hacerle una escultura en el jardín.

—¿No bebe té?

—Escasamente, milady.

Esa era otra forma de resaltar para ella. Si podía persuadirlo, tendría una pequeña victoria y también se aseguraría de que iba por buen camino.

Sin perder más tiempo, golpeó la puerta y esperó una respuesta que se negaba a presentarse, la educación era escasa en ese caballero. Abrió sin esperar nada más y lo vio levantando la mirada.

Daniel fue sorprendido por la grata presencia de Mildred en ese lugar. Le notaba algo diferente en el rostro. Sus mejillas estaban más sonrosadas, quizá porque estuvo llorando en su habitación.

—¿Qué quieres? —preguntó con tranquilidad.

—Quería pedirle que me dejara tomar el té. Es un hábito que tengo…

—No acostumbro a hacerlo, pero eso no significa que no lo disfrute. Todo depende de la compañía.

—Entonces me lo permite. ¿Puedo pedirle eso a su sirviente?

—Le pediré que lo traiga aquí, compartiremos la hora del té para que sepas que no soy un demonio…

—Aunque lo parezca, ¿no es así? —acusó aprovechando la situación.

—Aunque lo parezca —afirmó para darle más énfasis a sus palabras. Agitó la campanilla y el sirviente entró al despacho.

—¿Necesita algo, milord?

—Sí, Mildred desea tomar el té. Sírvenos aquí.

—¿También para usted?

—Dije sírvenos, se entiende que estoy incluido, Humbert.

—Es solo que usted no bebe té.

—Pues estoy empezando con un buen hábito. Dejé el whisky por otro líquido.

—Por supuesto, milord. Lo traeré en un momento.

Una vez que Humbert se retiró, los ojos de Daniel se dirigieron hacia Mildred.

—Siéntate. Si has decidido algo podríamos hablarlo… —dijo deseando saber lo que la joven había resuelto sobre el asunto de quedarse.

—Todavía puedo pensar hasta la noche. Usted cree que es más inteligente que yo…

—No lo creo, lo soy.

—Sospechaba que respondería algo semejante, es usted tan predecible. Es como ver nubes de lluvia en el cielo.

—¿Con cuántos hombres como yo ha convivido para decir que soy predecible?

—Hablo sobre lo que veo, milord.

—Pues lo que ve es muy poco para juzgar. Además, su opinión no cuenta, pues tiene mi atención y un trato preferencial.

—¿Trato preferencial es ofrecerme lo que ha hecho?

—¿Piensas que obsequio dotes a cualquiera? No, querida mía, solo a personas de las cuales sacaré algo. Tus hermanas son el camino para llegar a ti. Ahora, ¿quién es más inteligente entre nosotros?

—Aunque no lo crea, sigo siendo yo.

—Eso es lo que me interesa de ti. No te rindes, pero no podrás resistir mucho tiempo, puedo ser muy bueno contigo si me concedes lo que quiero.

—También puedo ser muy buena si obtengo lo que deseo.

No iba a rendirse ante él. El conde pensaba que la tenía comiendo de su mano y como le había aconsejado el sirviente, ella aprovecharía cada cosa que provenía de su generosidad. Podía escoger ser la víctima y llorar en un rincón o ser inescrupulosa por sobrevivencia, escogió el camino de los sobrevivientes. Lo miraba con desconfianza, quería odiarlo por lo que hacía, pero sus ojos no tenían rastros de frialdad, parecían juguetones y divertidos. Lord Cholmondeley era alguien que no tenía corazón porque no había sido amado, era un ser que desconocía de afectos y lo único que sabía era presionar, chantajear y amedrentar para conseguir lo que deseaba. Esperaba no equivocarse sobre su percepción de él.

Daniel intercalaba su mirada entre los papeles que tanto lo distraían y la joven preciosa que estaba frente a él, aburrida. Era tan bella, se dijo mientras recorría cada rincón de su despacho.

—¿Le gusta mucho el orden? —indagó la joven.

—Y la limpieza —replicó Daniel para que comprendiera que su debilidad no era solo el orden—. Todo debe estar en su lugar, limpio, simétrico y ordenado.

—Si quito uno de los libros de su biblioteca y lo coloco en otro sitio, ¿podría notarlo?

—Sí, todo está ordenado de una manera en que me permita encontrarlo pronto. Filas, columnas, títulos, colores, géneros y tamaños… —Él sonrió—. Está inventariado.

—Mi padre era ordenado, pero no alguien que llevaba las cosas al extremo. A veces lo ayudaba con los números, me gustaba hacerlo.

—Tu padre no podía ver gente ociosa. ¿Cómo puede pensar que una mujer está capacitada para un libro contable? Es absurdo. Esto que tengo en mi mano puede estar adulterado gracias a alguna mala suma o un gasto absurdo.

—Me destaco con los números, milord. Puede ver ese libro desde el principio de los tiempos y se dará cuenta de que no tiene un solo error. De cierta manera soy muy perfeccionista.

—Pues su vestimenta deja mucho que desear. No dice nada de lo que usted alega ser.

—Es por su culpa. Si quiere podríamos discutir la razón de mi miseria, otra vez.

—No, soy el culpable porque ustedes han sido tacañas. Acabo de tomar las riendas del título y ustedes se mataban con la austeridad.

—Es que debíamos prepararnos y teníamos razón. No sabíamos cómo sería el próximo heredero, ajeno a la rama de nuestra familia.

—Son cosas que pasan. Ser mujer es una desventaja en un mundo dominado por los hombres, no podemos hacer mucho con eso y tampoco me importa, no tengo mujeres en mi familia.

—Algún día la tendrá cuando se case.

—Mis hijos serán varones. No me interesa tener niñas, aunque, créeme, Mildred, no me casaré pronto. Las temporadas sociales son aburridas, siempre iguales, matan la libido o te dejan lívido con las tonterías de las debutantes.

—¿Si me quedo con usted no me hará debutar?

—¿Por qué desearía que alguien te viera, Mildred? Soy celoso de lo que me gusta. No quiero compartirte con nadie.

—¿Y qué será de mí cuando se aburra de mi compañía?

—Te daré dinero. El dinero todo lo puede comprar y yo lo tengo a manos llenas. Puedo comprar lo que gustes, mantenerte y más. Soy un caballero que cuando promete cumple y puedo demostrarlo. No hago promesas vacías.

—No creo en las promesas de un majadero como usted que quiere perjudicar a las damas porque hemos nacido desfavorecidas, pero déjeme decirle que nos necesitan, porque sin nosotras no hay herederos varones.

—Es una vuelta del juego interesante, Mildred, pero llamarme majadero es un poco arriesgado. Soy un conde y merezco tu respeto.

—Y yo soy la hija de un conde y no merezco que me ofrezcan menos que un matrimonio. Ser la amante es algo humillante e indigno. No me arruinará, milord.

Capítulo 10

—Lo que menos quiero es arruinarte, si no que vivamos juntos algo interesante…

—¿Así convence a las mujeres para que lo acepten?

Él comenzaba a sentir la provocación de Mildred, era alguien que jugaba al límite de sus posibilidades. Daniel era paciente, pero no sabía hasta donde toleraría las impertinencias de ella.

—Puedo usar otras artimañas que no requieren consentimiento, milady —dijo en tono de advertencia.

El sirviente abrió la puerta con la bandeja que contenía una tetera, dos tazas y unas mazas acompañadas con mantequilla y la mermelada de la mañana.

—Disculpen la intromisión, milord, aquí traigo el pedido de milady.

—Gracias —musitó la joven frente a la mesa en la que Humbert dejó la bandeja.

—Déjanos solos, Humbert, Mildred sabe lo que tiene que hacer con esa bandeja… —alegó el conde que quería estar con ella sin ningún acompañante más.

—Sí, milord. Con permiso. —Humbert miró a la dama y le hizo una inclinación de cabeza antes de salir. Con eso quería indicarle que estaba haciendo las cosas bien.

Mildred no perdió el tiempo para servir el té y untar un par de panecillos dulces con mantequilla y mermelada para el conde. Los colocó en el platillo y lo llevó al escritorio en el cual él estaba trabajando.

—Espero que lo disfrute. Es una lástima que no pueda probar la mantequilla que yo preparo… —comentó antes de bajar lo que llevaba sobre la madera rígida, tallada y brillante.

Para Daniel era algo extraño ser atendido por una mujer fuera de una noche apasionada y no se parecía en nada a esto que vivía en compañía de Mildred. Ella era una dama para una casa. Tenía la dosis exacta para combatir en el día a día y para mantener avivada cualquier llama.

—No volverás a entrar en mi cocina, porque si lo haces despediré a todos en esta casa. Se lo advertí a ellos y ahora te lo digo a ti. Tu lugar no es ahí.

—Ah, sí, mi lugar es calentando la cama de un hombre soltero, ¿verdad? Eso es hipócrita.

—¿Cuándo dije que no era hipócrita? —Rio condescendiente.

—No me sorprende que a cada insulto que diga le coja un cariño interminable.

—Me endulzas con esas palabras. Siéntate y acompáñame, probaré el té que has preparado para mí. Solo porque lo ha traído mi sirviente, no me atrevo a desconfiar de ti.

—Con lo incordio que es no debería confiar en nadie. La gente puede escupirle en la

comida y eso será más satisfactorio que decirle sus verdades en la cara. Los sirvientes son un arma de doble filo.

—Es un buen punto. La verdad que no debo subestimar tu capacidad de envenenar y sembrar desconfianza en la gente —musitó con cierto criterio razonable.

—Ninguna de mis capacidades, milord. —Ella regresó a su lugar y realizó el mismo paso para servir su té. Lo disfrutaba mirando a Daniel bebiendo de su taza. Era evidente que la mermelada de bayas no le resultaba indiferente.

Carraspeó su garganta observando a Mildred. Sabía que le resultaba deliciosa esa mermelada que ella había preparado. Veía en aquella dama un oscuro disfrute, como si fuera que lo tenía en sus manos. Confiaba en sus propias habilidades, pero debía comenzar a tomar en cuenta que esa mujer que estaba bajo su techo era astuta como un roedor. Él podría ser el depredador, pero ella era una presa rápida, ágil y peligrosa como los cuernos de un toro. Lo más razonable era burlarse, aunque a la vez prepararse para una embestida salvaje de su parte.

Ambos disfrutaban de la hora del té a su manera, aunque Mildred estaba más aburrida que él porque aquel hombre no quería compartir con ella sus actividades.

—¿Quiere que sea su compañera para ignorarme cuando estoy presente, lord Cholmondeley? —inquirió la joven, burlona.

Sus palabras llamaron la atención de Daniel, que la miró con suspicacia.

—Por supuesto que no.

—Estoy terriblemente aburrida. ¿Me deja ayudarlo con sus libros?

—Los únicos libros que verás serán los de la biblioteca, Mildred. Esto es trabajo de hombres.

—¿Tiene miedo de que demuestre que puedo ser mejor que usted en la contabilidad?

—Qué irritable eres, Mildred. Si tu padre murió debe ser por tu irreverencia. Debiste estar zumbando en su oído. Como una mosca hasta hartarlo.

Ella rio por lo que él había dicho y lo hizo con sinceridad, pues le divertía su ingenio perverso para responder. Ese hombre no admitiría debilidad alguna, tal vez ni en su lecho de muerte. Le resultaba gracioso cómo se comportaba cuando estaban juntos. Tentar al conde era algo que podría convertirse en un vicio que la sacaría del aburrimiento. Mildred se levantó de su asiento y fue a mirar hacia la ventana. La nieve no dejaba de cubrir todo con su color blanco. Todo parecía estar cubierto por ese manto que saturaba sus ojos con su blancura.

—¿Cuándo cree que bajará la nieve para que pueda regresar a mi casa? —preguntó pensativa.

—¿Es una respuesta implícita a mi propuesta? —interpeló Daniel que dejó de lado los libros.

—No, no dije que fuese una respuesta a su locura, solo es curiosidad.

—¿Te gusta montar?

—Sí, es una de mis aficiones preferidas junto a la lectura.

—¿Y qué hay de los juegos de mesa?

—Muy poco de ajedrez y demasiado triste para dar un juego de cartas —confesó con un deje de diversión en sus respuestas.

—Te convertiré en una experta en todo eso si permaneces a mi lado.

—Qué oferta poco tentadora. ¿Y a usted le agrada montar?

—Sí, y más en invierno, aunque no en las tormentas, eso podría ser una tontería y no quiero morir aún, tengo mucho que disfrutar en esta vida.

—Usted es el hombre que vi a caballo en el campo ayer…

—Adivinaste y tú eras quien venía en ese carruaje para intentar cambiar las cosas. Qué desagradable sorpresa me llevé al ver a una mendiga en mi salón. Nadie merece algo así y menos alguien como yo que prefiere lo exclusivo. Ahora, cuando aceptes el trato, tu vida cambiará y volverás a tener el mismo brío que desconozco y que ansío conocer.

—Siempre he sido una joven del campo. He ido a Londres un par de veces y vi mujeres glamorosas. No crea que soy así. El campo no deja que una se vea tan elegante y más cuando las largas caminatas sobre el rocío son la constante.

—Sí, por eso nunca me ha gustado la gente del campo, pero tú eres diferente, tampoco me agradas mucho, solo que no eres igual.

—Gracias, usted tampoco me agrada. Llevaré la bandeja a la cocina. —Ella se acercó a recoger la taza vacía del conde.

—¿Qué crees que haces? ¿No ha sido clara la instrucción de no debes hacer nada en esta casa? —increpó molesto, cogiendo la muñeca de la joven antes de que tocara algo.

—Solo quiero ayudar.

—No ayudas a los sirvientes. ¿Quieres darle techo a tu familia dejando sin uno a mis sirvientes? Dependen de ti y de tu obediencia.

—Nunca pensé que tantas personas dependieran de mí.

—Ahora sabes lo que se siente cargar con el peso del mundo en los hombros. ¿Crees que como hombre me divierto pensando en la producción para ser rico? Existen cientos de personas esperando comer cada día, no me importan, pero son los que sostienen mi riqueza. No es divertido, Mildred. Tu familia es una carga, una raya adicional al tigre. Quieres hacer cosas de caballeros, pero no sabes cargar con las responsabilidades y no lo sabrás nunca.

—Entiendo —asintió sacudiendo su mano para librarse del conde. Una vez que lo logró, salió raudamente del despacho.

Aquel hombre estaba decidido a que ella no se involucrara en nada para que se mantuviera aburrida y al margen de todo, pero no quería morir de aburrimiento. Prefirió recorrer la casa para conocer cada rincón. Esperaba que eso no incomodara al carcamán con el que convivía en ese momento.

En la planta baja, tenía una biblioteca decente, suponía que esa era solo una residencia solariega y que no acostumbraba a hacer nada ahí. Dentro de su mente, se le ocurrió hacer algo malicioso. Cogió uno de los libros de tapa negra que abundaban en ese lugar, y lo intercambió por otro casi idéntico. El conde no podría saber cuál había sido intercambiado. Esa era una pequeña diversión porque la habían dejado sola. Ella no acostumbraba a hacer diabluras; sin embargo, Daniel ameritaba un comportamiento un poco menos serio como el de sus hermanas. Frances acostumbraba a hacer jugarretas insoportables, era malvada, aunque en estos últimos meses había estado distante como todos en la casa, no era lo mismo vivir en zozobra que saber que un hombre las protegía bajo sus alas. Ellas estaban desprotegidas, pues no tenían a un varón que las protegiera de nadie. ¿Por qué la vida debía ser tan difícil por el hecho de ser mujer? ¿Qué pecado tan imperdonable habían cometido para carecer de derechos y pasar a ser propiedad de alguien?

Pese al paso del tiempo, Mildred trataba de mantener viva la llama del afecto por Albert, pero se daba cuenta de que él pudo haberse olvidado de su promesa. Llevaba mucho tiempo sin escribirle y eso a veces la desconsolaba. Leía sus cartas con frecuencia para recordar todo y no olvidarlo. Debía corresponder a su cariño, se sentía obligada a hacerlo por haber dado su palabra al igual que él.

Después de su pequeña jugada, salió de ese lugar y entró a otro en donde encontró un salón con dos sillas y una mesita. Ese debía ser el salón del té. El sitio se sentía más frío que la biblioteca. Se acercó a la chimenea y se dio cuenta de que nadie usaba ese sitio para nada. No había vestigios de cenizas o madera quemada. Era cierto que lord Cholmondeley no acostumbraba a beber té. «Qué amargado», pensó, acariciando sus brazos antes de salir de ahí o moriría congelada.

Regresó al calor del pasillo y después entró al salón de música, otro lugar tan helado como el corazón del dueño de esa casa.

—Un violín —dijo corriendo hacia él. Aquel estaba impecable, al igual que el resto de los instrumentos. Aquel sería un paraíso para sus hermanas que adoraban la música. Era una pena que las últimas Navidades fueran tan miserables sin la presencia de su padre para oírlas cuando le dedicaban piezas grupales con ella a la cabeza con un solo del violín. Acostumbraba a hacerlo desde pequeña, pero la vida había cambiado para ellas y ya no existía ese hombre que las había cuidado y amado.

Con aquel instrumento en sus manos, sollozó por un instante. Se quebraba al pensar en su amado padre y en la falta de él. Estaba desamparada, en manos de un verdadero sinvergüenza que deseaba su ruina. Se burlaba de ella de la manera más espantosa del mundo. No estaba Albert para protegerla, ni nadie más. Estaba sola, con la decisión más difícil; no obstante,

esperaba que todo saliera bien y pudiera salir sin inconvenientes del yugo de lord Cholmondeley.

No estaba dispuesta a dejar el violín en su lugar, por lo que había decidido tomarlo y no le importaban las consecuencias. Si Humbert tenía razón, ella podría manipular los deseos y hasta los pensamientos del conde.

Con eso terminó su recorrido de ese día, continuaría en otro momento, porque sabía que pasaría mucho tiempo sola y aburrida gracias a los deseos de lord Cholmondeley. Miró a su alrededor para que nadie se diera cuenta de lo que llevaba con ella escondido en su falda. Desde la planta alta, vio al conde que se encontró con su sirviente al pie de la escalera. Mildred se escondió para oír.

—Prepara el ático, iré a practicar un poco… —avisó.

—Sí, milord.

—Quiero ropa limpia… También consigue algo para Mildred, no quiero que ande mugrosa por aquí…

—Por supuesto, milord.

Mildred entrecerró los ojos antes de ir a su habitación, molesta.

—Mugrosa es tu conciencia, lord Cholmondeley —farfulló. Aquel siempre se creía con el derecho para menospreciarla. Deseaba tenerlo a sus pies para humillarlo con lentitud por lo que hacía. Él necesitaba alguien que le diera una lección.

Capítulo 11

Daniel dejó los documentos después de que intentara inútilmente concentrarse en ellos, pues Mildred no lo había dejado tranquilo durante el té que habían compartido en el despacho. Con todo lo que ella le había dicho, se sintió lleno de frustración, por un lado, porque parecía no estar resultando su plan para que permaneciera con él. Mildred parecía ser tan arisca como un caballo sin domar. Eso lo desesperaba, pero a la vez alentaba su locura, una que desconocía hasta el día que la vio en su casa. No creía posible que alguien quedara al desnudo como él, después de fijarse en sus bellos ojos y esa tez pálida y delicada que tuvo la osadía de besar la noche anterior. Se dejó llevar por una oportunidad que surgió con malicia, él era un oportunista. Nunca se definiría como un caballero recto e intachable. Era un crápula en toda regla, no se lo conocía por ser alguien decente, adinerado y poderoso, sí, pero decente, no. Solo lo procedía un buen nombre tras una sombra triste. La mayoría de las personas lo recordaban por no haber derramado una sola lágrima por la muerte de sus padres y ni siquiera aparecer en sus funerales. Solo se presentó para asumir el título y buscó cambiar todo a su alrededor, despidiendo a los sirvientes más fieles de su familia. No quería a nadie ahí, juzgándolo por lo que él creía correcto. Si nunca le dieron afecto, ¿por qué les debía respeto?

Con esos pensamientos rondando su mente, vendó sus manos y comenzó a golpear aquella bolsa de cuero llena de arena que usaba para sacar todas sus frustraciones cuando sentía que no podía más. Su cuerpo necesitaba esa liberación por medio de la violencia.

Golpeaba con ánimo y gruñía como si fuese que tuviera un rival frente a él, burlándose de lo que era. El sudor corría por su frente y bajaba por su espalda y su pecho, mojando sus prendas. Siempre empezaba así, pues no sabía cuánto tiempo duraría quitándose la frustración de encima. Necesitaba ese desahogo para continuar su vida convencional de ser un ser malvado y desalmado, porque si no lo hacía, sabía que se vería enfermo o preocupado. No quería que lo percibieran como débil, no lo era.

Siguió golpeando con fuerza hasta que cayó de rodillas, sin fuerzas, respirando agitado. Se acostó en el piso y miró hacia el techo en donde estaba la viga que sostenía la bolsa para boxear. En medio de su respiración acelerada, se sentía revitalizado. No tenía un oponente físico, pero golpear algo era satisfactorio, parecía pelear contra sus tonterías y pensamientos que lo amenazaban.

Su mente viajó de nuevo a lady Mildred Hess, la razón por la que él necesitaba ese desahogo o terminaría haciendo una tontería imperdonable.

Los pasos de su sirviente lo interrumpieron.

—Milady estuvo recorriendo la casa —contó acercándole una toalla al conde.

—¿Y qué quería en su paseo?

—Vi que sustrajo algo de una de las dependencias, no sé de cuál.

—Eso no es problema, todo está inventariado. No sería quien soy si me descuido en esas

tonterías. Si algo se ha perdido, lo pagará.

—Considero que usted le agrada a milady. Cada vez está más cercana a su persona.

—Tengo algo que le interesa… dinero para sus hermanas y una propuesta que no puede rechazar, porque si lo hace, la arruinaré y no solo a ella, sino a toda su familia. Es demasiado bella para dejarla ir y divertida para dejarme aquí solo en este largo invierno. Haré lo que sea por retenerla y lo primero que espero es que ceda ante mi chantaje, su resignación será mi paga por lo que gastaré.

—¿Por qué no toma a milady como esposa?

—¿Estás demente o has bebido algo que no deberías? ¿Casarme con una criatura tan simple como ella? Estuvo preparando mermelada en la cocina. Una dama que se respete jamás hubiese pisado ese lugar, salvo para dar órdenes o despedir personas, pero es ahí donde entro yo con mi crueldad inexistente. No les he cortado el dinero, aunque tampoco lo he liberado en un año gracias a ti. Tú, que eres un sirviente irresponsable…

—Usted no leyó la carta al ver de dónde venía, milord. Recuerdo el día exacto en que se la entregué y usted la descartó arrojándola a la basura, pero la recogí y la coloqué cientos de veces en la bandeja hasta que la curiosidad de su amigo lo ayudó a descubrir el mundo oculto en el que vivía milady.

—Por una vez en tu vida has hecho algo que me complace, tenerla aquí es algo distinto, que me alegra, me emociona, me divierte… —confesó con una sonrisa.

Aquel gesto desconocido sorprendió a Humbert, pues nunca lo veía sonreír de esa manera. Su felicidad por lo general se basaba en la desgracia de otros, pero desde que había llegado esa joven las cosas cambiaron y ese gesto era el primero en contar una historia distinta en la vida de lord Cholmondeley.

—Le prepararé un baño caliente, ¿necesita algo más?

—Recuerda conseguirle algo de ropa decente a Mildred. No encaja su belleza en esos harapos hediondos que trae.

—También le prepararé un baño a milady.

—Si ella me responde que se quedará conmigo aquí, mañana mismo necesito una modista, un joyero y una doncella. Ten en cuenta mis pedidos.

—Estaré atento a su orden, milord. Con permiso.

Humbert salió del ático, sonriente. El conde de Cholmondeley no era tan fuerte como quería aparentar, el puñal que podría matarlo tenía cuerpo de mujer. Ella lo destruiría si lo rechazaba. Tal vez con eso, el conde aprendiera una valiosa lección, una que le dijera que no podía seguir pisoteando a los demás como si no existieran. Confiaba en que la recién llegada pondría orden en esa casa, sacándole la petulancia.

El sirviente fue hacia la cocina y se sentó antes de coger un par de recipientes para calentar

agua para el conde.

—Necesito ropas de mujer para milady… —dijo Humbert a la cocinera.

—Tengo tela, puedo confeccionar algo rápido para que lo use. Milady es tan humilde y tierna.

—Que no merece los chantajes de nuestro amo. Espero que él sufra un poco.

Mildred se sentía aburrida. Se había acostumbrado a trabajar demasiado en Autum Hall y ya casi no recordaba su vida de ocio, siendo una joven acomodada con el mundo por delante. La vida daba muchas vueltas y ella había quedado en el lado malo, siendo chantajeada por un hombre sin decencia que la quería como amante. Jamás imaginó semejante destino, pero si todo salía bien, podría manipular la situación a su favor, aunque no sabía cuánto tiempo él soportaría no tocarla. Mildred creía ser fuerte, aunque algo en su interior le decía que no provocar al conde, porque podría llevarse una desagradable sorpresa. No debía estirar la paciencia de Daniel, pues entendía que él solo tenía consideración con ella y abusar de las cosas quizá lo llevara a retirar la oferta y cumplir con su amenaza de hundirla más. Cualquiera podría decir que no podían caer más bajo, pero era evidente que seis mujeres viviendo en una cabaña pequeña era caer en lo más profundo.

La falta de una vivienda decente la llevó hasta Derbyshire, a rogar. Recorrieron tanto los alrededores del condado que no consiguieron nada. Lo único que se le había ocurrido era apelar a la generosidad de un desconocido; sin embargo, no imaginaba el precio que debía pagar por una buena vida para su familia.

Mientras estaba triste mirando hacia el paisaje gris, pues estaba oscureciendo, recordó cuando molestaba a Daniel. Una sonrisa se formó en su rostro. Le divertía pensar en que podría hacerlo sufrir un poco en sus delicados nervios. Él no demostraba el hombre que realmente era. Detrás de su fachada de persona insensible se escondían heridas y ella pudo notarlo al preguntar por sus padres. Ese era el punto de inflexión del conde.

El sonido de unos golpes en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Disculpe, milady. He traído algo para usted —habló la cocinera que entró al dormitorio, cautelosa.

—¿Qué es? —preguntó acercándose a la mujer.

—Un par de vestidos que confeccioné para mi sobrina y también una camisola gruesa para que no tenga frío.

—¿Por qué me trae algo que es para su sobrina?

—Milord ha exigido que consigamos ropa para usted, pero como el clima adverso no nos deja salir, tuve que usar lo que tenía aquí.

—Oh, lo lamento. No es necesario.

—Acepte por nuestro bien, milady. Ya sabe cómo se pone cuando lo contradicen.

—En verdad lo siento, prometo devolver las ropas sin daño alguno. —Ella cogió lo que la mujer llevaba en las manos.

—Lo sé, milady. Si quiere puedo ayudarla a vestirse.

—Por favor, no se moleste, ha sido suficiente molestia la que he causado sin darme cuenta al entrar en la cocina.

—Milord es un ogro la mayor parte del tiempo, pero con usted no es la mitad de lo que puede llegar a ser. Tenga cuidado.

—Lo tengo. Estoy tomando precauciones.

—Si se quedara, espero que Dios la proteja.

—Si los ha protegido a ustedes, también lo hará conmigo porque tengo fe.

La señora asintió e hizo una reverencia antes de salir de la habitación.

Pese a que su ropa estaba ajada, lo que le había llevado la mujer era algo muy inferior en lo que se refería a telas que ella acostumbraba a vestir. No era exquisita, pero se sentía la diferencia. Al verse en el espejo supo que le faltaba un delantal para parecer del servicio, pero lo importante era que la ropa era nueva y cumplía con las expectativas de lord Cholmondeley en lo que se refería a no llevar harapos.

El sirviente del conde fue a la habitación y de la joven para anunciar que bajara a cenar, pero al verla con la ropa que llevaba puesta, sintió que el alma dejaba su cuerpo. Lord Cholmondeley lo despediría por darle trapos a una dama, a su dama, a su futura amante, a la luz de sus ojos.

—Oh, Dios... —murmuró Humbert.

—Los dos necesitamos hacer esa invocación para que milord esté conforme —comentó la joven al notar el rostro alarmado del sirviente.

Este, horrorizado, caminó detrás de ella, rezando todas las oraciones que podrían salvarlo de la traición de la cocinera. ¿Cómo pudo ofrecerle semejante ropa a una dama?

El conde estaba en el salón, esperando que la joven apareciera en las escaleras. Tenía en su mano una copa de vino como aperitivo antes de la cena. Cuando vio que Mildred estaba vestida con una ropa que no lograba descifrar, escupió lo que estaba bebiendo.

—¿Quién demonios es el responsable? —increpó Daniel, impactado por lo que veía. Una ropa gris de la servidumbre era lo que Mildred llevaba ataviado.

Tanto Mildred como el sirviente tragaron saliva.

—Fue la única ropa que encontraron los sirvientes para que no me colocara las otras que le molestan.

—Pero la idea era mejorar, no empeorar, Mildred —la reprendió.

—Al menos no tiene un montón de manchas ni está maltratado por los lavados.

Las palabras de Mildred no convencieron al conde que miró a su sirviente con desconfianza. Tal vez aquel quería enfadarlo y lo estaba consiguiendo. De todas maneras, le mostró su mano a ella para que la tomara y pudieran ir al comedor.

—Me desharé de esa ropa tan horrenda apenas tenga la oportunidad.

—No son mis ropas —se defendió Mildred que cogió su mano para que pudieran partir.

—No importa, lo que interesa es que tú uses lo que corresponde a tu altura de dama.

—Una dama arruinada, milord.

—Arruinada porque quieres, tienes una salida y espero mi respuesta, mientras tanto, el tiempo corre.

—No volveremos a discutir esto, milord. Aquí existen culpables.

—Claramente soy el culpable, según su mente. Le recuerdo que he aparecido hace muy poco. Puede culparme de cualquier cosa después de estos días, no antes. Supongo que el buen señor Sinclair liberaba dinero para ustedes.

—Solo lo que era la pensión de mi madre. Eso no alcanza para sumar dotes, comprar vestidos o tener sirvientes. Tampoco alcanza para la renta de una propiedad que nos hemos visto obligadas a buscar. No hubo más dinero por parte de él, porque no tenía autorizado darnos más.

Capítulo 12

—Con más razón, no soy el demonio. Agradece a mi sirviente inoperante que todavía tienen donde estar, porque gracias a él no he recibido de manera temprana la carta —se justificó con arrogancia, llegando al comedor para mover la silla en la cual se sentaría Mildred.

Humbert solo podía negar con la cabeza. Ese hombre ni titubeaba al mentir, pero ya estaba acostumbrado a las tonterías de lord Cholmondeley y lo único que le quedaba era soportar y cobrar su buen salario cada mes.

Mildred tomó asiento y miró a su compañero, aquel parecía más tranquilo que horas atrás. ¿Qué había hecho en el ático para parecer un adorable joven? Pues ella y todos los demás sabían que lo único que tenía de esa palabra era la letra «a» de abominable.

—Sirvan la cena y retírense —ordenó el conde a los sirvientes. No quería tenerlos pululando por ahí si Mildred le daba una respuesta humillante. No quería que le perdieran respeto a causa de eso.

Los sirvientes se apresuraron a servir y salieron con presteza cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Has descansado lo suficiente para pensar en mi propuesta? —preguntó el conde.

La joven se tensó al oír esa pregunta y bajó su mirada hacia la cena.

—No he dormido para consultarlo con la almohada como hizo usted, pero tengo mi respuesta...

—¿En qué momento me lo dirás?

—Es muy ansioso, lord Cholmondeley.

Él sonrió con suficiencia y comenzó a picotear su cena, pero no sin dejar de mirar a Mildred. Debía admitir que le gustaba demasiado esa mujer, pese a que su vestimenta en ese instante pudiera ser comparada con la de una doncella. Tenía tanto interés en ella, que esperar su respuesta carcomía su poca alma.

—Es anticipación. Tengo mucho tiempo libre para pensar en usted y yo. He hecho planes grandilocuentes. Me gusta soñar en grande, pues estoy acostumbrado a conseguir lo que quiero.

—¿Y si en este caso no gana? —cuestionó Mildred para hacer que tambaleara su confianza, pero eso solo hizo que el conde pareciera más divertido.

—Mi anticipación es tal, que estoy preparado para todos los escenarios. Es resultado de años de estudio solitario y de negocios prósperos, Mildred. Tú tienes la gracia de agradarme y la audacia de agredirme con la espera. Tan poderosa, pero ignorante de ese poder...

¿Ignorante de poder? No se llamaba ignorancia, se llamaba honestidad, inocencia y buenas

costumbres, cosa que ese hombre no tenía por ningún lugar. Era un rufián con dinero, acostumbrado a que todos doblaran una rodilla ante él, pero cuando llegara el momento de la verdad, Mildred le demostraría que eso estaba lejos de ser así.

—Verá que no soy ignorante de ese poder. Que no lo use, no significa que desconozco lo que hace. No haga conclusiones apresuradas. Su castillo de naipes puede caer con solo un suspiro mío.

Lo que ella dijo hizo que sus ojos brillaran ante la espera de una respuesta. Necesitaba saber lo que tenía pensado para contrarrestar su oferta. Debió pensar de manera meticulosa para poder responder. ¿Sería posible negociar con una dama? Eso no existía en el mundo de los negocios, no estaban preparadas para eso, sino para cosas más sencillas.

—La trato como una paloma, cuando lo que puedo tener aquí es un cuervo. —Rio con burla.

—Milord, soy una paloma, pero que, si es tentada, solo picotea con fuerza, mas si fuese un cuervo, le arrancaría los ojos.

—Dos días en mi compañía y has cambiado. Cuando llegaste rogabas por ayuda, ahora resulta que quien debe rogar por ello soy yo.

—No es así. Hablaremos de eso después, no se agobie ahora...

Mildred destilaba confianza, pese a que sabía que todo podría salir muy mal una vez que propusiera lo que tenía en mente.

Mientras cenaban, el conde la miraba con un rostro que, más que cariño, ansiedad u odio, era de rechazo. La ropa lo carcomía por dentro, produciendo en él sentimientos muy cercanos a la locura. Era tan perfeccionista, que podría tener un desmayo cuando algo le molestaba. Le causaba gracia, pero ella sabía que jugaba al límite de la paciencia de un libertino. Debía tener cuidado.

En cierta manera, Daniel quería observar a Mildred, pues era preciosa, pero en ese momento, tenía ganas de quemar aquella tela gris que ocultaba todo el encanto de ella. Esperaba su respuesta para proceder como quería, mientras tanto, toleraba lo que tenía puesto porque no tenía la culpa de la inoperancia de su personal. Ellos debían saber que, si hacía falta que robaran, debían hacerlo por él. Le lastimaba ver la belleza de la joven oculta con los trapos más ordinarios, era la hija de un conde, no podía vestir esas cosas, era un insulto.

Cuando acabaron con la cena, los dos fueron hacia el salón, pero Daniel se detuvo antes de sentarse.

—Es mejor que vayamos a mi despacho para hablar de manera privada —alegó el conde.

En ese instante, Mildred estaba pálida como una nube. ¿Para qué querían que estuvieran tan solos?

—Ve ahí, Mildred, y espérame en el despacho. Iré a por una botella de vino.

Sin darse cuenta, ella asintió y tocó su cuello, recordando la marca que Humbert le había dicho que le había hecho un conde apasionado. Se sonrojó pensando en lo que había pasado en su inconsciencia. Entró al despacho y comenzó a recorrerlo de la misma forma que antes, aunque se detuvo más tiempo en la ventana, que le mostraba un cielo gris que parecía alumbrar la noche. Después de esperar por unos minutos, la puerta se abrió y Daniel entró con seguridad a la estancia. Tenía una botella de vino descorchada y dos copas, además, llevaba consigo lo que parecían ser telas.

Sirvió el líquido en silencio, como si ella no estuviese ahí. Sin embargo, cuando él levantó la mirada hacia ella, las cosas cambiaron.

—Te escucho, Mildred. Sé que tienes todo pensado y que muy probablemente tengas forma de neutralizar mis intentos porque te he dado una salida.

Eso había tomado por sorpresa a Mildred, su corazón latía más apresurado que antes. ¿Cómo respondería a eso?

Ella carraspeó su garganta y cerró la cortina antes de ir hacia donde el conde estaba sirviendo las copas.

—Es cierto, he tomado una decisión. Acepto las condiciones que ha citado antes para mantener a mi familia; no obstante, también he decidido utilizar la salida. Quiero que vivan bien, que tengan todo como si mi padre nunca hubiese muerto.

—Cumpliré con mi promesa. Ahora quiero escuchar tu salida —dijo pendiente, pues no quería que fuese inconveniente. Su primera afirmación la mantendría con él, pero su forma de salvarse era lo que deseaba saber.

—Es sencillo: no tocará mi virginidad de ninguna manera, jamás, pues me debo a una promesa de matrimonio.

Él rio al saber que eso era tan predecible, pues porque si él fuese una mujer, lo hubiese escogido.

—Una promesa inexistente o que al menos solo vive en tu memoria, Mildred. ¿Sabes algo? No necesito obligarte a que te entregues a mí, confío en que lo harás sola.

—Me ha prometido que cumplirá con mi familia. No puede hacer nada más para obligarme a estar a su lado sin desearlo.

—Como te dije, no necesito obligarte, tú misma estarás en mi cama. No utilizaré mi poder para presionarte a eso. Soy un hombre suficiente y confiado para tenerte cuando lo desee. Esperaré con paciencia a que abras los ojos y te des cuenta de que pertenecerme es lo mejor que puede pasarte.

—No, no quiero tener nada que ver con alguien tan despreciable.

—¿Crees que esas palabras me duelen? No sabes lo que es el dolor, Mildred querida.

—No le duele porque a usted le hicieron demasiado daño en el pasado, sus sentimientos

están muertos y es irreversible.

—Me alegra que lo entiendas. Entonces, ¿no puedo acostarme contigo? ¿Qué más incluye tu prohibición? Quiero saberlo para preparar mi estrategia. —Rio.

—Eso incluye el tiempo que permanezca con usted. La única manera en que alguien me tendrá, y ese alguien tiene un nombre, es por la vía del matrimonio.

—¿Crees que después de que dos solteros permanezcan en una casa por meses podrás encontrar un esposo? Oh, Mildred, desconoces mucho de la vida. Nadie te querrá, no te queda más que aceptar un buen trato como dinero hasta el último día de tu vida. Tendrás eso cuando dejes de hablar del mentiroso ese que te vendió una nube.

—No me ha mentido. Mi deber es esperar y le explicaré toda la situación en la que me ha colocado.

—Ah, me dejarás como un villano, cuando en realidad estoy siendo generoso con gente con la que no tengo un solo lazo, más que una perturbadora atracción por ti.

—Eso no lo exime de ser una mala persona que se aprovecha de las necesidades ajenas.

—¡Es la naturaleza de la vida, Mildred! No seas tonta. Me pongo en tu posición y por supuesto que aceptaría, pero tú no te pones en la mía… Hazlo y verás que no es tan fácil ser generoso con los recursos.

—Con esto puede ser generoso, porque le ha caído del cielo, pero como es un ser impío y carnal, prefiere la maldad.

—Hasta me estás asustando con esas palabras que me dedicas. Soy un ser abominable. No estás obligada a permanecer aquí, recuerda que tenías la opción de irte sin nada, como has vivido hasta hoy, con solo la pensión de tu madre. Es suficiente, ¿para qué más ambición, querida?

—Es por mis hermanas, necesitan esta oportunidad.

—Mmm… Acepto el trato, pero si no cumples, hubiese sido mejor que no te quedaras y lo digo por el bien de todas las personas de Autum Hall.

—Cumpliré —dijo con determinación.

Era un riesgo, pero estaba dispuesta a soportar sabiendo que su promesa debía valer.

—Mañana mismo el señor Sinclair recibirá nuevas instrucciones que tú misma me dictarás para que quede a tu gusto.

—Gracias…

—Ahora… —Él le entregó la copa a ella—. Brindaremos por un trato justo.

—Sabe que no lo es, pero brindaré con usted. —Ella cogió el cristal y sorbió un poco de él.

Él soltó un poco de aire contenido en sus pulmones, cogió un abrecartas y se lo mostró.

—¿Sabes para qué sirve? —curioseó dando vuelta el contenido de su copa.

—Para las cartas.

—No siempre.

Después de decir eso, tomó el hombro de la joven y comenzó a rasgar esa ropa que llevaba puesta.

—¡Lord Cholmondeley! —exclamó cubriéndose o quedaría sin ropa.

Pese al reclamo de la joven, él continuó hasta que aquello quedó inutilizable. Daniel se alejó y observó su obra.

—Ahora sí estoy conforme. Estaba harto de esa porquería que no deberías vestir, es indigno para ti. Ahora sabes que soy perfeccionista, y si algo no me agrada, acabo con ello.

—¡Me lo prestó la cocinera! ¡Era de su sobrina y prometí que lo devolvería intacto! —masculló cubriéndose como podía—. ¿Qué me pondré ahora? ¿Cómo lo devolveré? —Mildred todavía estaba consumida por la sorpresa de lo que había hecho. Él tenía una verdadera animadversión por esa prenda.

—Acabo de hacerle un favor a la sobrina de la servidumbre. Conseguiré un vestido mucho mejor… —Daniel cogió las telas que llevaba, tomó una mano de ella y la besó antes de entregar lo que tenía—. No era digno de ti, Mildred, porque tú mereces algo mejor. Usarás mi ropa hasta que una modista pueda venir. Mañana, como sea, alguien aparecerá aquí y sabes que no me quedaré de brazos cruzados. Todas mis artimañas están puestas en tu beneficio —declaró con una vehemencia desconocida.

—Es ropa de hombre, no puedo vestirla…

—A mi lado puedes hacer lo que quieras, Mildred, y disponer de lo que desees…

Observó la mirada de Daniel y en él observaba algo extraño, un brillo especial, algo que podía confundirse claramente con la devoción. El conde estaba obsesionado con ella y, aunque debería tenerle miedo por lo que había hecho antes, no podía. Sus palabras eran hipnotizantes y sus halagos verdaderos. ¿Qué le deparaba el destino junto a este hombre?

—Me asusta su generosidad…

—Esto no te lo cobraré, lo prometo. Cumplo todas mis promesas y, de hecho, las puedo escribir para ti. Soy malo, Mildred, pero mi palabra jamás la pisaré. Como te dije antes, no te obligaré a nada, pero no dudes que soy capaz de doblegar tu espíritu con mi sola presencia…

Capítulo 13

La seguridad en las palabras del conde a veces la asustaba, porque se veía tan seguro de lograr romperla, que ella no sabía si sería tan fuerte. Aceptó un trato indefinido con el diablo, uno que, si no cumplía, podría ser peor de lo que tenían ahora.

Con las prendas en la mano, ella no sabía qué hacer, pues él no dejaba de mirarla.

—Necesito cambiarme… —dijo con la voz entrecortada.

—Puedo salir y te cambias. Porque tú y yo nos quedaremos aquí a celebrar este trato que, pese a que quizá no te agrade ahora, agradecerás en el futuro.

Él salió del despacho, dejando que se cambiara de ropa, era penoso tener que hacerlo. Casi estaba desnuda después del salvaje y sorpresivo ataque que sufrió por llevar aquella inocente ropa ajena. Tendría que darle una lamentable explicación a la cocinera. Mientras se cambiaba, pensaba en que la ropa masculina parecía más cómoda que la femenina, aunque Mildred no se quitaría su camisola. Una vez que terminó de vestirse, abrió la puerta para que el dueño de la casa pudiese pasar.

Él estaba en el pasillo, con un cigarro en la mano. Había tardado tanto, que le dio tiempo suficiente para fumar.

—Puede pasar, milord —anunció la joven que estaba parada en el umbral.

Daniel perdió el aliento y el humo de su cigarro amenazaba a llenar sus pulmones al ver a Mildred con su ropa. Si antes le gustaba con harapos, con eso que llevaba puesto, enloquecía. No podía dejar de mirarla. La escrutaba sin disimulo, con los ojos maravillados por tanta perfección. Ella era el obsequio más perfecto que había recibido en su vida.

—Qué decencia, qué preciosa —halagó después de tomar su mano para llevarla a los sillones en los que antes se sentaban.

—No es apropiado vestir ropas de hombres, pero como usted ha tenido un ataque de ira con las demás, es lo único que hay.

—Me parece tan apropiado. Deja ver lo hermosa y perfecta que eres.

—Las damas rebeldes se visten así y no es algo halagador, me parece indecente.

—La indecencia es encantadora. —Él no soltaba sus manos, estaba embelesado, perdido en los ojos esmeralda de Mildred.

Esa era la mujer que le haría perder la cordura si no tomaba los recaudos necesarios. ¿Por qué en este momento de su vida cuando era más próspero, rico y lejos de las sombras del pasado que lo enterraron en la tristeza? ¿Por qué ella tenía que ser como una herencia maldita?

Desde que leyó la carta del letrado, supo que debía deshacerse de ella y de su familia, pero

ahí estaba él, perdiendo la cordura. Daniel sabía que nunca podría sentir afecto, amor o compasión por otros seres, pues nunca recibió más de lo necesario para seguir respirando. Esos sentimientos eran accesorios que no eran indispensables para la supervivencia de un hombre fuerte como él. No por nada era conocido como un ser desalmado entre las personas.

Nunca quiso ser así, lo convirtieron en esto por voluntad, para que continuara ese camino de su padre, que se casó con una mujer igual de fría que él. Cuando consiguieron el heredero, lo dejaron a merced de niñeras, preceptores, instructores y más sirvientes. Ninguno tampoco se había involucrado dándole cariño, todos eran igual a sus amos, solo cumplían con una obligación. Su vida dio un vuelco cuando conoció la noche y lo que Daniel creía que era el afecto. Las mujeres con las que galanteaba lo llenaban de atenciones y le daban una gratificación inmediata, inundando sus sentidos. Sin embargo, con los años, eso tampoco lo llenaba. Se alejó de esa vida y se dedicaba a las amistades leales con las que compartía gustos y pasatiempos. Mildred era algo desconocido, quiso ser malvado, salvaje e impasible, pero ella consiguió desarmarlo de alguna forma. Su mirada, su determinación, sus peticiones que la hacían sacrificarse por algo que él jamás tuvo: una familia.

Quería odiarla, despreciarla, mas no podía, quería admirarla siempre, tenerla ahí como algo que lo convertía en otra cosa.

—No es encantadora, debería soltarme —pidió incómoda por el acercamiento del conde. No sabía a qué le tenía miedo, si a sus amenazas o a que ella pudiera fallarle a su promesa.

—¿Por qué te soltaría? —Él sonrió—. Nos relacionaremos más íntimamente desde ahora.

—No puede forzar las cosas.

—Lo sé, pero siento que tomar tu mano, no estoy forzando nada, pues tú me estás sosteniendo ahora…

Al darse cuenta de eso, Mildred lo soltó como si el contacto la quemara.

El conde se burló de ella e hizo un gesto de cabeza. Estaba tan feliz y conforme con lo que veía que esperaba que la misma Mildred deseara permanecer más que solo por el invierno. Consideraba que ese tiempo era prudente porque era lo que solían durar sus amoríos con su amante, después de eso conseguía a otra y así continuaba el ciclo.

—No me di cuenta… —se excusó cogiendo su copa para beber el contenido.

—Mis manos cálidas te gustan…

—Es lo único cálido que puede tener, porque de su corazón no hablaremos.

—Mildred, soy tan generoso contigo que me sorprende que todavía siga con vida después de tanta bondad que se desprende de mí. No soy capaz de soportar tanto, aunque es por tu causa, porque no he podido resistirme a ti. No eres lo que escogería en Londres, pero para aquí eres una joya.

—No soy igual que sus amantes de Londres y tampoco me interesa serlo. ¿Hasta cuándo me

quedaré?

—Tres meses o lo que dure el invierno. Es lo que dura mi interés por una mujer.

—Entonces saldré de aquí intacta en tres meses —escupió con molestia. Prefería escuchar sus halagos que sus asquerosas comparaciones con mujerzuelas. Esa era otra razón para no hacerle caso de ninguna manera. Sus convicciones para estar con Albert estaban correctas.

—No estaría tan seguro. Eres fría, Mildred, y no te has dado cuenta. Puedes compararte a mí.

—No, tengo una promesa que cumplir y esperar por alguien. Usted no conoce de fidelidad, de sentimientos y afecto.

—Debería castigarte por eso, pero me agradas a veces —musitó con calma.

—Es un sinvergüenza y aprovechado, un verdadero majadero. Espero que cumpla su promesa.

—Y yo espero no cumplas la tuya de esperar a alguien que te hará envejecer y se llevará tus mejores años que pudiste entregarme.

—Serán solo tres meses con usted, estoy esperando hace años al hombre de mi vida, con quien tendré lo que espero. No logrará nada conmigo.

—Eso lo veremos con el tiempo, tengo tres meses para poner a prueba tu voluntad o la mía. Si me canso de ti, te liberaré antes sin descuidar a tu familia…

¿Si se cansaba de ella? ¡Qué gran idea le había dado! Debía hartarlo hasta que le gritara que se fuera. Si lo hacía pronto, se quedaría a su lado por poco tiempo. Ese hombre era cruel, pero no era muy inteligente. Le daba muchas maneras de evitarlo y eso era lo que ella necesitaba.

—Por nosotros, Mildred —pronunció con su copa, invitándola a brindar.

—Por sus promesas, milord —replicó chocando su copa con la de él.

Los dos sorbieron el contenido y se miraron.

—Tendremos mucho tiempo juntos. Tengo la biblioteca, el salón de arte y música, la sala del té y otros lugares que supongo ya experimentaste por tu cuenta…

Mildred se sintió un poco acusada por lo que él decía porque sabía que había hecho una maldad.

—Sí. Esta casa es grande y me queda el invierno para conocerla. Me gusta el arte y la música.

—¿Sustrajiste un instrumento del salón de música? Todo está inventariado, no soy alguien que pone las cosas en un lugar solo por hacerlo.

—Tal vez…

—Mañana devolverás ese instrumento y lo tocarás en el lugar que corresponde. ¿Pensaste que serías discreta con algo que hace barullo?

—¿No se enfada porque tomé algo?

—No, todo es tuyo, yo soy tuyo y puedes usar lo que gustes. Eres libre de hacerlo. Mientras estés bajo mi techo, podrás tocar las estrellas.

La halagaba y la insultaba con una facilidad poética. ¿Cuál era la verdadera personalidad de lord Cholmondeley? ¿Era el hombre grosero que se mostraba ante todos, o era esa persona que deseaba consentirla y hacer promesas a cambio de un cariño efímero? Era un ser carente de sentimientos porque nunca sintió amor de nadie. Era como un perro abandonado, asustado, nervioso y a la defensiva cuando deseaban tocarlo. Esa era la descripción correcta del conde.

—Poetiza su maldad, lord Cholmondeley, no me queda más que felicitarlo —exaltó la joven que siguió bebiendo el contenido de su copa.

Daniel dejó a un lado la suya y fue a pegarse a la figura de Mildred. La cogió de la cintura y la estiró hacia él. Sin previo aviso, aquel volvió al cuello de ella, aquel que había abandonado la noche anterior.

No había podido defenderse del ataque del conde, solo sentía como aquel casi la devoraba por completo, haciendo que abriera la boca hasta el máximo, tratando de salvarse de las extrañas sensaciones que recorrían su cuerpo.

—¡Milord! —exclamó tratando de zafarse de su agarre, pero él se esmeraba aún más en jugar al cazador y la presa. Era evidente que el conde era el depredador que cogió a la pobre víctima por el cuello, para asfixiarla y devorarla después. No podía decir que la sensación era desagradable, pero sí la llevaba a contorsionarse de manera extraña para intentar que eso que sentía no estallara en alguna cosa desconocida. El escalofrío recorría su columna y la debilitaba en su lucha por liberarse de la pasión de su acompañante.

—Solo te dejaré si prometes darme un beso… —musitó el conde que seguía con la boca en el cuello de ella.

—¿Un beso?

—Un beso no es infidelidad… —Él volvió a morderla con suavidad y ella dio un grito ahogado en medio de su risa por las cosquillas que sentía cuando le hablaba sobre su piel húmeda por su saliva.

—¿Cómo sé que no está mintiendo por conveniencia? —interpeló tratando de cubrir su cuello, pero la tenía tan sujeta, que eso parecía imposible.

—No necesito de esas artimañas, prefiero conseguir tu consentimiento, aunque se me vaya la vida en eso.

—Solo uno, pequeño, porque me parece incorrecto.

—¿Acaso sabes lo que es un beso?

—No muy bien porque nunca lo he experimentado.

—Te enseñaré muchas cosas, Mildred, y un beso será lo primero. Cierra los ojos… —pronunció el conde.

—No quiero cerrarlos…

—Entonces tampoco yo los cerraré…

Daniel se alejó del cuello de la joven y después la cogió del mentón para mantenerla quieta y guiarla hacia él.

Los ojos de Mildred denotaban su temor a lo desconocido. Ella no tenía ninguna experiencia y mucho menos una forma de defenderse de alguien como él. Lo vio acercarse con sus labios y después fijó sus astros en la mirada de Daniel, aquel tenía la llama de la picardía y de la diversión encendidos. Sin darse cuenta, cerró los ojos y sintió el contacto de la boca del conde. En ese instante, su corazón se desbocó. Sentir el suave roce con sabor a vino era capaz de nublar su buen juicio. La suavidad con la cual la incitaba a seguirle los pasos en aquel beso era inquebrantable y no podía rechazarlo. Con timidez fue abriendo la boca un poco más hasta sentir que su lengua hacía un recorrido demasiado íntimo dentro, tocaba la suya y se liaba con la de ella para incitarla todavía más. ¿Esto era un beso? Pensaba que era de otra manera, solo dejando los labios juntos, como solía ver a su padre y a su madre cuando estaban felices. Lo que el conde hacía era algo completamente ajeno a lo que creía, pero no le disgustaba.

Él cogió a Mildred por las mejillas y ahí solo necesitaba fuerza de voluntad para detenerse y evitar que la joven terminara devorada, pero era incontrolable lo que sentía estando a su lado. Era algo tan turbulento e invasivo que le impedía pensar con claridad.

Capítulo 14

Si bien siempre estuvo rodeado por una multitud de mujeres con las cuales se había dado más que besos, ninguna había logrado lo que Mildred le daba. Para su sorpresa, ella era la que lograba encenderlo. ¿Por qué las personas inadecuadas podrían hacer que cuestionara tantas cosas a la vez? Debería creer que era tan común como cualquier otra mujer, pero no, la joven no era de esa manera. Su inocencia, su humildad y su sencillez lo estaban desarmando con lentitud y lo peor era que no le interesaba protegerse, quería saber qué era lo distinto con Mildred, ¿por qué era tan condescendiente con ella? Conoció a mujeres bellas e incluso más, por lo que concluía que la belleza no era lo que le llevaba hacia ella, aunque ayudaba. ¿Qué podría tener de interesante la hija de un noble del campo? Tal vez fuera su fuerza de voluntad, su sacrificio y la fidelidad que esperaba romper para tenerla para sí.

—¡Es suficiente! —exclamó Mildred que alejó su rostro de él para poder respirar. Se sentía tan extraña, pues dentro de ella, una llama comenzaba a arder cuando la besaba con tanto ahínco.

Quiso beber el contenido de su copa, pero vio que estaba vacío, entonces se levantó a coger la botella y, temblando, la llenó hasta la mitad.

El conde solo sonreía y le daba un sorbo a su copa, aunque vio que su acompañante no estaba siendo consciente de su consumo rápido, lo que podía hacer que cayera más pronto que tarde en sus garras.

—Si bebes de esa manera amanecerás en mi cama y no será mi culpa. No me haré responsable por nada, pero me encargaré de que tengas y eso lo prometo… —Sonrió ladino y le enseñó su copa para que le sirviera un poco más.

—Tan confiado está que puede conmigo, milord. Tengo mucha entereza para defenderme.

—El alcohol desinhibe, Mildred. Con eso confesarás que te encanto y te fascino como nadie. Hasta puedo decir que tus lealtades cambiarán y se dirigirán a mí —musitó confiado.

Le sirvió la copa y después continuó bebiendo la suya. Lo que él decía carecía de cualquier valor moral. Ella era incapaz de cambiar su voluntad por el alcohol o por un beso.

—Ya tiene el beso, ahora puedo irme…

—Ese es solo el principio, dime si te ha gustado, Mildred.

—Me iré a dormir. Que tenga buena noche, milord —se despidió e intentó hacer una reverencia con su vestido, pero no tenía ninguno. Se sonrojó al recordar cómo aquel hombre lo había rasgado. Con la vergüenza contenida en su rostro, cogió la ropa que se había quitado para llevarla.

—¡Que sueñes conmigo, cariño! —expresó burlón cuando ella salía raudamente del lugar.

Siguió bebiendo solo y sonriendo, mas después fue a su escritorio y colocó una lámpara cerca. Sobre un papel, con pluma y un tintero de lado, comenzó a redactar sus pedidos para la

familia de Mildred. No le costaba nada deshacerse de un dinero que había caído del cielo y con el cual no tenía ningún enamoramiento particular. Era cierto que quería Autum Hall para ciertas actividades que no eran apropiadas para compatibilizar con una familia que viviese. De hecho, la idea, que en un momento le pareció excelente, ya no tenía sentido. No era por compasión hacia desconocidos, era la joven que llegó a su vida por alguna razón. No era creyente del destino o de los cambios en las personas, aunque Mildred era alguien diferente y especial porque él le daba ese valor desconocido.

Una pensión más grande para la condesa, sirvientes necesarios, inversiones en mantenimiento, una institutriz capacitada y de preferencia con mucha experiencia para que las niñas fuesen exitosas, carruajes, caballos, vestidos y joyas necesarias para sus presentaciones. También incluía la dote de las cinco jóvenes, incluyendo a Mildred por si llegara a necesitarla; no obstante, Daniel quería hacerse cargo de ella en el futuro, se casara o no. Era responsable por una reputación y sabía que la de ella quedaría manchada por más que nunca pudiese tocarle un pelo de su rubia cabellera.

La sociedad era cruel y despiadada, de hecho, él formaba parte de las personas que primero lanzarían piedras a matar y después preguntaría. Cualquiera diría que era demasiado para unos desconocidos; sin embargo, podría ser que Mildred y su familia representaran una redención para Daniel que nunca pudo tener una familia real.

Cuando acabó con su pedido para el señor Sinclair, agitó la campanilla de su despacho y al poco tiempo apareció Humbert.

—¿Se le ofrece algo, milord?

—Dile a Mildred que prepare una carta para su familia, una en la que anuncia que no regresará al menos hasta el inicio de la primavera.

Dentro de Humbert, algo pareció suavizarse, pues tenía la esperanza que ese hombre despreciable que le pagaba el sueldo cambiara gracias la joven necesitada de recursos. Dando consejos de cada lado podría lograr algo, aunque también podría jugar al filo del desastre si el conde llegaba a odiar a Mildred.

—Milady se quedará mucho tiempo, milord —opinó sin querer.

—Sí, como mi supuesta pupila, pero tú y yo sabemos que lo que deseo es que sea mi adorable compañía de turno.

—Eso es injusto para una dama, milord.

—Aquí dice que le daré un futuro y si yo prometo algo o si lo firmo es porque así será. Mi única preocupación aquí es que ella me acepte de buen grado, el resto no importa. Vete.

El sirviente se apresuró a salir y fue escaleras arriba para buscar a la joven en la habitación. Golpeó la puerta un par de veces hasta que ella solo le mostró sus ojos a través de la apertura entreabierta.

—Disculpe que la moleste, milady, pero milord le pide que redacte una carta para su

familia, diciendo que se queda como su pupila. Él ha escrito una para el señor Sinclair con un par de instrucciones.

Entreabrió aún más la puerta.

—¿Entonces es cierto que cumplirá?

—Milord tiene muchos defectos, demasiados para contarlos con los dedos de las extremidades, pero jamás miente en asuntos de importancia y sepa que usted le importa hasta un punto desconocido.

No sabía si eso era un halago o de temer. Después del beso que habían compartido el conde y ella, las cosas ya no estaban tan claras en su cabeza, sus pensamientos se habían nublado y no podía distinguir la verdadera naturaleza del conde de Cholmondeley. No sabía si era malo, bueno, burlón, necesitado, desagradable o simplemente triste. Si fuese el ser cruel que describieron todas las personas con las que se había cruzado, no le hubiese dado salidas para que no terminara en su cama, tampoco se comprometería a ocuparse de ella si algo le pasaba. Le había prometido un futuro seguro como soltera. Sin embargo, como cualquier otra joven criada para dirigir un hogar, quería su propia casa y familia, cosa que no conseguiría siendo la amante de ese hombre. Necesitaba mantener su pureza y era evidente que aquel intentaría por todos los medios que tuviera, quedarse con lo único que poseía y que podría proporcionarle un matrimonio. Cuando Albert regresara, esperaba que le creyera que nada pasó. No podía decirle que había aceptado un trato infame que la ponía en peligro a cambio de que su familia tuviese un mejor pasar.

—Gracias. La escribiré ahora mismo.

Cerró la abertura y fue hacia el escritorio pequeño de la habitación, en donde colocó una lámpara para poder escribir mejor. Tampoco podía decirle a su madre lo que ocurría. La pobre estaba perturbada a causa de las preocupaciones y, decirle que era probable que una de sus hijas nunca se casara, podría ser una carga que quizá no pudiese soportar.

Con inteligencia colocó cada palabra disfrazando aquella locura como una preciosa bendición para la familia. Esperaba que su progenitora no ahondara en la situación y que tampoco el señor Sinclair sembrara en ella algún atisbo de duda sobre las palabras que escribiría. Mentiría con gran convicción para que nada pudiera quedar en duda, mas recordaba la reputación que precedía a lord Cholmondeley, sobre ser una persona malvada. Sobre eso solo diría que no lo era si les daría todo lo necesario para vivir tranquilas.

Dejó que su carta terminada se secara para sellarla al día siguiente y que pudiera ir con la del conde. Este era el principio de asegurar el futuro de sus hermanas arriesgando el propio.

Mirando que la ropa no era suya y sintiéndose tan extraña, sabía que desde ese día su vida había cambiado para siempre y lo único que le quedaba era luchar para no caer en la tentación, pues no sabía qué pruebas pondría ese hombre para ella.

Durmió tarde esa noche, sopesando el beso y su promesa hacia Albert. A la única conclusión que había llegado antes de dormir era que se sentía con el peso del mundo en sus hombros y eso apenas empezaba.

Despertó por la mañana y fue a buscar su carta, pero no la halló. Desesperada, se arregló como pudo y salió con presteza de la habitación. Fue hasta la planta baja en donde Humbert cerraba la puerta de entrada a la residencia de lord Cholmondeley.

—Buen día, milady… —saludó el sirviente al verla agitada al pie de la escalera con la vestimenta del conde. Eso sí lo sorprendió.

—Mi carta no está en mi habitación.

—Ah, sí, milady. Lord Cholmondeley se encargó de sacarla de su dormitorio para poder entregársela al mensajero.

—¿Cómo se atrevió a hacerlo sin mi autorización?

—Milord no necesita autorización en su casa. El problema es el tiempo del mensajero. No podíamos esperar que despertara, pues la nieve apenas dejará que llegue al condado vecino en varios días. El conde tomó la decisión más conveniente y la selló antes de entregarla. No se preocupe, me aseguré de que su misiva estaba con el resto.

La joven le dio la espalda y fue hacia el despacho, el único lugar en el que podía estar alguien como lord Cholmondeley: revisando cuentas. Abrió la puerta con violencia.

Daniel levantó la mirada y sonrió.

—Buen día, Mildred.

—Ha tocado mis cosas —lo acusó.

—¿Y tus modales fueron sustraídos con tus cosas? Puedes regresar cuando te eduques, Mildred.

—No va a echarme de aquí con tonterías, porque la única educación cuestionable es la suya por tocar cosas privadas, ajenas, en el dormitorio de una dama.

—¿Has terminado con tu berrinche? Cálmate, el mensajero se llevó todo. Es una bella carta la que has escrito para tu madre, hasta me sentí conmovido al leer el concepto en el que me tienes.

—¡Fueron mentiras las que escribí y usted lo sabe! —replicó airadamente.

—Pensé que me convertí en una buena persona, menos mal que no es cierto. Gracias por aclararlo —dijo burlón. Para Daniel todo era un simple juego de sarcasmo.

—No vuelva a poner sus garras en mi habitación sin mi permiso y más aún para tocar cosas que no le pertenecen.

—Uno de mis sirvientes fue a buscar a una modista para que traiga lo necesario para que te vista y te tome medidas para confeccionar un par de vestidos. No serán tan elegantes como los de Londres, pero lo importante es que te vistas con ropa decente, de una dama. La ropa de hombre parece hacer estragos en tu cabecita.

—¿En mi cabecita? Estoy enfadada con usted. No necesito sus estúpidos diminutivos —escupió molesta.

Daniel abandonó su silla y se acercó a ella con una sonrisa.

—Parece que la dama está molesta, ¿qué te parece si arreglamos este asunto? —Él cogió su mano y dejó un beso en ella—. ¿Quieres un poco más de mis atenciones?

—¿Sus atenciones? Puede meterlas por su nariz si le place.

Él no se detuvo ahí y con una de sus manos acarició el rostro de la joven. Suspiró y siguió sonriendo.

—Te falta una institutriz.

—¡Lo que me hace falta es respeto por lo ajeno! —Ella golpeó la mano del conde con el ceño fruncido.

El conde se alejó y regresó a sentarse.

—Pide que preparen un buen desayuno para los dos. Mientras estés aquí puedes dar las órdenes como si fuese tu casa, al menos lo será por un tiempo.

—¿Ignorándome cree que todo se solucionará?

—No, pero dándote algo que hacer estarás mejor. Ser ocioso no es beneficioso. Te pone en contra de la mano que no solo te da de comer a ti, sino a tu familia. No quiero exigirte respeto, deseo que tengas menos tiempo para pensar en tonterías. Esta casa debe estar impecable bajo tu gestión, demuestra que serás una buena esposa para el tal Albert.

Capítulo 15

—Con lo que usted dejará de mí, dudo que alguien quiera casarse conmigo —espetó.

—¿Entonces asumes que te rendirás ante mí? —curioseó con un tono burlón.

Ella gruñó y salió del despacho, dejando sonriente a Daniel. Nunca se había despertado tan bien una mañana y discutir. Esto era refrescante y lo hacía sentirse vivo. Mildred era una mujer de carácter, que prefería morir a pedir disculpas por su actitud, aunque en eso eran tan parecidos, él tampoco estaba dispuesto a mover un dedo para admitir sus errores. Hizo lo que debería en ese momento y no la despertó por respeto. Prefirió coger la carta y verla mientras dormía. Mildred era hermosa en cada uno de sus estados y enfadada era algo que le gustaba demasiado, tanto que podría verse en la necesidad de llevarla a los extremos.

Lo importante de todo no era que ella estuviera molesta, sino que las cartas se fueron de Derbyshire, lo que significaba que estaba cumpliendo con su promesa. Mildred desconfiaba de él y eso no era algo que lo satisficiera. Era evidente que ella se tomaba a pecho algunas tonterías propias del apuro. El mensajero no era su sirviente y no podía tardar una vida. Aquel tenía un itinerario que cumplir y no podían fallar o esperarían más días o semanas en invierno.

Mientras él seguía concentrado en los números que tanto le divertían, su sirviente entró al despacho.

—Disculpe, milord. Milady dice que el desayuno se servirá con o sin usted —comunicó Humbert que quería burlarse, pero lo soportaba por el salario.

—Qué audacia de mi estimada amante. No debe estar feliz con que piense darle una mejor vida a su familia, lo más probable es que quiera mi muerte para mendigar al próximo heredero.

—Está enfadada. La vi dando órdenes a diestra y siniestra con sus prendas, milord. No me diga que ustedes…

—Ojalá le hubiese prestado mis prendas porque dormimos juntos o algo similar, pero déjame sacarte de tu error. Solo me harté de verla con esa desagradable ropa gris. Ella no merecía esos trapos, es por lo que pedí que alguien fuese al pueblo a buscar a una modista que le hiciera algo decente. Si no me complace lo que hace para Mildred, me enfadaré.

—No creo que una modista se atreva a decir que no quiere vestir a la pupila de lord Cholmondeley.

—Le dije a mi sirviente que si alguien se negaba que lo trajera a punta de pistola. La gente juzga sin conocer a los demás. Tampoco soy tan abominable como le he hecho creer al mundo. Merezco el beneficio de la duda.

—Lo mejor es que vaya al comedor o milady le dará la sobra de los perros.

Daniel no se atrevió a dudar de esas palabras. Cualquier otra persona en su lugar hubiese enviado a Mildred a un castigo seguro, pero él estaba encantado con esa diferencia en su vida

que se sentía tan contento que era difícil ocultar su sonrisa. Se levantó de su silla y se dirigió al comedor sin dejar de sonreír. Al entrar vio a Mildred junto al lugar que había tenido ayer.

—Espero que no le guste lo que he pedido para el desayuno —manifestó Mildred, molesta.

—Para tu mala suerte, no tengo un paladar demasiado exigente en cuanto a comidas, pero sí a los buenos sabores. Confiando en que es la cocinera que lleva muchos años cocinando para mí, no temo del sabor —habló confiado haciendo un gesto para que ella tomara asiento.

—He pedido algo sencillo, como lo que comemos en mi casa, para que sepa de las carencias que existen.

—¿Quieres darme una lección después de que envié al mensajero con la carta para el señor Sinclair con instrucciones para que su familia viviera mejor que nadie en este país? Déjame decirte que te dispararás en el pie. Eres vengativa, pero en lugar de enfadarme, eso me parece revitalizante para mi vida.

—Prometo hacer su vida tan miserable si vuelve a burlarse de mí…

Él no lo pudo soportar y rio en una fuerte carcajada.

—¿Mi vida miserable? Me das vida, Mildred. El clima está mejor el día de hoy, podríamos cabalgar juntos, podría mostrarte un par de lugares de la propiedad, no importa que esté cubierto de nieve.

—¿Me está escuchando? No saldré con usted a ningún lugar.

Con un gesto de la mano, el conde pidió que sirvieran todo y se retiraran, pues no le gustaba que lo reprendieran en público y tampoco le diría nada porque esta mujer agarraba cualquier cosa para tomarlo como un arma contundente contra él.

—Está bien, nadie te obligará a salir a divertirte, siempre he hecho todo solo, un día más no me hace daño. Te convertirás en un ogro si quieres quedarte sola aquí.

—¿Un ogro como usted?

—No me considero un ogro por no simpatizar con todo el mundo. Elijo con quien me quiero relacionar, es todo.

—Lo mejor es que no me escoja a mí para simpatizar.

—Ese consejo llega un poco tarde. Si te hubieses mantenido conforme en tu casa, tu vida seguiría siendo miserable sin mí, Mildred, y no solo la tuya, la de tus hermanas también. Agradece lo que tienes. Tengo una pregunta que me ha estado rondando la cabeza. ¿Por qué has venido tú y no tu madre a dar la cara por sus hijas?

De cierta forma, Mildred bajó la cabeza queriendo explicar la situación, pero primero cogió un poco de pan con un trozo de jamón.

—Desde que mi padre murió, mi madre no ha sido la misma. Está despistada, viviendo una

zozobra constante, pensando en que está sola con cinco hijas con las que no sabe qué hacer. No es fácil para nadie la desgracia que nos aconteció. Nuestro padre era todo, y no solo algo económico. Él nos mantenía unidas. Como el gallo en el gallinero, ponía orden en donde la locura reinaba. —Mildred sonrió al recordar episodios de su vida.

Pudo notar la vulnerabilidad en Mildred que antes había tomado una postura defensiva con su enfado; sin embargo, en los ojos notaba algo que él nunca conoció: la añoranza por tiempos antiguos, por la familia o por el afecto.

—He tenido que ser el sostén de ellas en el aspecto emocional. No todas podíamos derrumbarnos, he sido un pilar que… —Ella continuó y cerró los ojos, estaba a punto de derrumbarse.

La fortaleza de Mildred era algo digno de admirar, metiéndose como cabeza de su familia, que era algo que un hombre debería hacer. Las damas no estaban facultadas para llevar esa carga en los hombros. Cinco hijas no eran fáciles para nadie, ni siquiera para un noble con posibilidades.

Guardó silencio por un momento antes de continuar.

—Cuando vi la horrible misiva que envió, en lugar de ver todo oscuro como mi madre y el letrado, vi una luz de esperanza y dije que lucharía por conseguir algo para mi familia…

—Y lo conseguiste porque eres segura de ti misma. No acostumbro a halagar demasiado, contigo la vida es diferente.

La fortaleza de Mildred era algo digno de admirar, metiéndose como cabeza de su familia, que era algo que un hombre debería hacer. Las damas no estaban facultadas para llevar esa carga en los hombros. Cinco hijas no eran fáciles para nadie, ni siquiera para un noble. Las mujeres eran un gran gasto y eso, multiplicado por la cantidad, era aún peor, pero esa joven no dejaba que la responsabilidad le quedara grande, tomó al toro por los cuernos y lo buscó para obtener ayuda, que era lo mejor dentro de sus posibilidades.

—Espero que cumpla su promesa, porque lo que he puesto en juego es demasiado —alegó Mildred que miraba a los ojos del que era su verdugo. Su mirada brillaba como si él tuviese sentimientos, pero su lógica le decía que las personas sentimentales jamás la pondrían entre la espada y la pared, poniéndola a elegir entre su futuro o el de sus hermanas y todo eso con el objetivo de conseguir algo tan efímero como el placer.

—Podremos comprobarlo al ir a la propiedad en un mes, ¿qué te parece?

—¿Nos quedaremos ahí? —inquirió con una sonrisa ilusionada.

—Unos días, quizá. No anunciaremos sobre nuestra visita para sorprender a tus parientes, aunque no veo algo emocionante a estar con tantas personas. En tu casa debe ser desesperante…

—¿Qué cosa es desesperante?

—Soportar las caras, mañas y reproches.

—Eso no existe en mi casa. Es cierto que he tenido roces con mi madre por algunas discrepancias que tienen que ver con salvar a esta familia por medio de un matrimonio.

—Tu madre no tiene escrúpulos para cargar a un inocente con sus errores.

—No somos errores.

—Tú no, pero el resto y más la última, sí debe serlo.

De cierta manera Alethea era como el último suspiro de su padre, pues cuando vio que no era un varón, el alma se le cayó a los pies. Fueron tantas decepciones seguidas, que tal vez por eso su corazón estuviese debilitado y por eso su muerte se adelantara.

—Si usted tuviese una hija, ¿la consideraría como una decepción?

—Es una pregunta tramposa, pero responderé como cualquier hombre que cuida su patrimonio lo haría. Puedo ser juerguista, pero jamás apostaría un chelín. Las mujeres cuestan y no solo al padre, también al esposo. La dote no es nada por soportarlas, solo un hombre quebrado, sin ambiciones en la vida se casaría por una dote miserable.

—Espero encontrar a un hombre con un poco de ambiciones y que desee tener cuatro cuñadas.

—Si puede ocultar esa información, sería mejor. Así, cuando veamos su cara será algo que nos divertirá por mucho tiempo.

Los dos rieron con complicidad. Aquella tensión de las primeras horas del día se había desvanecido, al menos para Mildred, pues el conde ni siquiera había mostrado algún atisbo de molestia, siempre estuvo dispuesto a mantener la paz de cualquier manera hasta que consiguió lo que deseaba. Ella podía ser un poco belicosa a veces y esa era la causa de enfrentamientos con sus hermanas y su madre. Queriendo poner en orden las cosas no siempre terminaban bien.

Continuaron desayunando y una vez que acabaron, el conde miró a Mildred cuando se levantaron de la mesa.

—¿Qué harás ahora, Mildred? —preguntó Daniel, curioso.

—No lo sé. Quizá ir a la biblioteca, leer hasta el almuerzo o ejecutar el violín que sustraje del salón de música —confesó bajando la cabeza.

—Te acompañaré a la biblioteca. Puedes usar el violín, pero no debes hurtarlo. Como dije, el inventario es parte importante de mi vida en todas mis casas y se hace una vez al mes. De hecho, habrá uno en Autum Hall. Es para proteger las pertenencias de la mansión. Cuando la vi, dije que dentro debían existir cosas interesantes.

—¿Ha estado ahí?

—Solo la he visto de lejos, pero mi buen ojo sabe que hay cosas de valor. Cuando fui a ver al señor Sinclair, pasé por ahí antes de regresar aquí. Es imponente y estaba seguro de que ahí haría grandes fiestas, mas todo eso se ha venido abajo. Ahora tengo a varios administradores

haciendo inventario en todas las propiedades que pertenecen al título que fue de tu padre. Eso es lo que estoy viendo en estos días. Es interesante el número y el valor.

—¿Por qué le gustan tanto los números?

—Han sido mi diversión. Me destaco en eso desde que era un niño. Mi padre me mostró todo lo que debía saber para administrar mi propia fortuna y yo pude duplicar eso. Compré propiedades, invertí dinero y… para mí las monedas no son una prioridad, la tengo a manos llenas, pero me gusta ver esos números que me mantienen tan feliz. Es mejor vivir con holgura que en la hambruna.

—Ni siquiera lo diga. Qué afortunados son los caballeros al saber tanto de contabilidad. Mi padre me dejaba solo copiar lo que él tenía, era mi forma de ayudarlo para que pasara más tiempo con su familia.

—Me llama la atención el concepto que tienes de tus progenitores.

—Mis padres —lo corrigió—. Mi padre era un hombre serio y emotivo que amaba mucho a su familia. Estoy segura de que no quería morir y dejarnos así. Mi madre, en cambio, es un tanto menos educada y más ignorante. Era de una familia del campo, pero no tan adinerada. Sus habilidades aprendidas durante su vida han sido de ayuda en este año para nuestra supervivencia. No todo es para lamentarse. Se esforzó para ser una dama como lo que mi padre merecía. Nos educó con una institutriz para que no fuéramos como ella. Es demasiado emocional, tanto que le cuesta asimilar que su esposo ya no está.

—No comprendo de los sentimientos que hablas, pero me parece una existencia lamentable depender de otros para seguir.

Capítulo 16

—Es porque usted no ha sido… —Ella se detuvo antes de decir una tontería ofensiva.

—Dilo, no he sido amado y sigo sin ser amado por nadie. ¿Piensas que no sé que mis sirvientes me detestan? Lo veo en todos ellos, incluyendo a mi ayuda de cámara. La gran parte de mis amigos están conmigo por las fiestas que hago y lo sé. Siempre he vivido alrededor que finge todo, desde amistad hasta respeto.

Mildred dirigió sus ojos al suelo, avergonzada y entristecida, por lo que el conde le contaba. Era una existencia desgraciada, pero no quería decirle eso. De repente, sintió que Daniel levantaba su mentón para que pudiera mirarlo a los ojos.

—No sientas pena o lástima por mí, porque si veo eso en tus ojos, te expulsaré de mi casa. Es la realidad y soy consciente de lo que pasa a mi alrededor. No me dejo seducir por la amabilidad, todo lo que me rodea es falso. Lo único verdadero y diferente aquí, eres tú, Mildred.

Soltó su mentón con cuidado y él siguió el camino hacia la biblioteca. Mildred corrió tras el conde para alcanzarlo.

—¿Qué leerás? Yo dejaré mi actividad para ti. Así como tú te aburriste conmigo ayer, me aburriré contigo hoy.

Aquel hombre tenía la capacidad suficiente para cambiar de conversación apenas uno giraba el cuello. Esta vez era mejor dejar ese tema de lado. Esa amenaza le hubiese gustado escucharla ayer; sin embargo, ella interpretaba que él sacrificaría su tiempo en algo que amaba para aburrirse y pagar de esa manera lo que había pasado el día anterior en el despacho. Eso le parecía algo tan tierno y condescendiente que lo cogió del brazo para que ambos cruzaran sus extremidades y llegaran juntos a la biblioteca.

El caballero sintió el agarre de Mildred y miró aquella mano como un gesto tangible de que estaba yendo por buen camino para conseguir lo que deseaba de ella, y no era tan difícil, solo le decía la verdad. Se sentía atraída por su sinceridad y él no tenía problema en que lo desarmara para saciar su curiosidad. Para Daniel, asumir la realidad no era símbolo de debilidad, de hecho, llevaba implícito el mensaje de la conciencia. Nadie podría engañarlo sabiendo que no era capaz de despertar amor en nadie, tampoco quería que la gente creyera que era infeliz. No sabía qué fue lo que notó en los ojos de Mildred, pero esperaba que no fuese lástima, porque eso lo que haría era desatar su furia y molestia en su contra. Sabía que era sentimental a causa de tener una familia extraña y no quería que esos sentimientos se pegaran a él como una costra difícil de sacar.

Entraron a la biblioteca y apenas cruzar el umbral, Daniel observó todo con atención. Mildred lo vio quieto, observando a su alrededor. Tragó saliva al recordar lo que ella podía definir como una obra macabra: cambiar de lugar los libros. Como un cazador siguiendo a su presa, lo vio acercarse con exactitud al libro que había movido para desquiciarlo. Lo oyó hacer un sonido con la lengua.

—Esto es claramente algo que tú has hecho, Mildred. La maldad se ha notado en tu acto de desafío hacia las reglas de mi casa. Todo está inventariado y yo recuerdo cada lugar de las cosas, aunque en este caso, lo que he notado, es un poco de polvo. —Aquel movió el libro como si nada y lo colocó en su lugar—. Dije que estaban ordenados con ciertos criterios. Tal vez te parezca un poco mañoso, pero no soporto el desorden ni las cosas que no estén en su lugar, con sus colores, su tamaño y la forma más similar posible. Es una obsesión. Mi madre decía que era un niño raro y que lo peor que le había pasado fue juntarse con el conde de Cholmondeley.

—Qué palabras tan horribles le ha dicho esa mujer.

—No me importaba. Era inmune a sus insultos, los sabía de memoria y se los repetía cada vez que se trababa al momento de insultarme.

—¿Fue un matrimonio concertado? —cuestionó sonrojada después de ser descubierta.

—Por supuesto, como todos.

—Mis padres se enamoraron.

—Esas son argucias, tonterías que inventan los pobres para justificar la desdicha del hambre.

—Ellos tenían dinero.

—No tanto para educarte bien, Mildred. En verdad te gusta el conflicto y yo soy una persona conflictiva. En eso coincidimos.

—No lo veo como alguien conflictivo. Me asusta menos que hace dos días.

—Eso es malo, debería castigarte… —Él se acercó con los ojos fijos en los de Mildred. La miró con fijeza hasta creer que la hipnotizaba, pues ella no desvió la mirada de la suya.

Mildred se quedó tan quieta, anticipándose a lo que ocurriría. Sospechaba que la besaría de la misma manera en que lo hizo por la noche. Cuando su afirmación fue sustentada con pruebas, ella siguió aquel beso con los ojos cerrados y su mano colocada en el pecho de Daniel. No entendía la razón por la cual estaba en esta situación, siendo besada por alguien que la coaccionaba. Era una verdadera tonta o le tenía mucho miedo para poder resistirse, aunque suponía que el temor no haría que lo devorara o se dejara devorar.

Después de unos instantes, él se alejó limpiando con un dedo la comisura de sus labios en el que había quedado un poco de saliva luego de besar a Mildred. La vio cubrir sus labios con las manos y alejarse un poco.

—Te recomendaré esta lectura —dijo el conde cogiendo uno de los libros—. Léelo para mí.

—¿Usted no debería aburrirse? —preguntó tratando de olvidar lo que acababa de pasar.

—Nadie dijo que ese libro me daría diversión. —Sonrió con suficiencia y fue a sentarse a uno de los lugares disponibles—. Leerás hasta que venga la modista. Ropa para ti es la prioridad. Te ves preciosa con mis vestiduras, pero mereces las tuyas propias.

—No olvide el vestido para la sobrina de la cocinera.

—Tú lo pedirás, dejo todo en tus manos. Pide la cantidad que quieras, eres mi pupila temporal y nadie debe pensar lo contrario.

Sí, era cierto, nadie debía pensar lo contrario. Esa era una manera de protegerla de las malas lenguas que podrían pensar que ella era la amante y, en efecto, él quería convertirla en eso. No la obligaba a nada, pero era alguien demasiado inteligente y manipulador para usar ese tipo de tácticas. Consiguió que se quedara ahí bajo presión, mas el resto del esfuerzo por convencerla de cualquier cosa, lo estaba haciendo. Mildred sabía que no se acostaría con él, porque si llegara a ocurrir, nunca se casaría. Con el cuento conveniente de que era su pupila, nadie pensaría que aquel pudo atreverse a algo. Sabía que debía soportar el tiempo que creyera el conde que le duraría el cariño por ella y después rezar para que Albert regresara para cumplir su promesa.

Ella se quedó de pie para leer. Tenía una manía que cuando leía algo, lo quería hacer caminando de un lado al otro.

Para Daniel no era un inconveniente que Mildred no se sentara. No sabía si ella hacía eso con la malicia de tentarlo, pues caminaba frente a él como si fuera inmune a sus encantos. No podía concentrarse en la dulce y melodiosa voz de la joven porque su cuerpo, contoneando sus caderas con ese pantalón, no lo ayudaba a interesarse en nada significativo de la lectura. Sus ojos iban de un lado al otro buscando más perfección.

El sonido de unos golpes en la puerta hizo que Mildred detuviera la lectura y el conde por fin dejara quietos sus ojos.

—Disculpen la interrupción, pero ha venido la modista —comunicó Humbert que entreabrió la puerta.

—Ve junto a la mujer, Mildred, recuerda pedir lo que desees y un vestido para responder el harapo de la sobrina de la cocinera. —El conde se levantó de la silla.

Mildred colocó el libro en su lugar y miró a Daniel.

—Es un libro entretenido, regresaré a por él más tarde —dijo y se retiró.

—¿Y la doncella que pedí para ella? —cuestionó a su sirviente.

—Estamos en eso, milord. Es difícil conseguir alguien con este clima.

—Recuerda decirles que ofrezco mucho dinero por el tiempo que Mildred permanecerá aquí.

—¿Cuánto tiempo será eso, milord?

—El invierno, para empezar…

El conde también salió de la biblioteca y fue hacia su despacho para continuar con sus números, pero lo haría pensando en Mildred. Esa mujer no tenía idea del poder que tenía para mantenerlo entretenido. Ella generaba en su mente y su cuerpo, sensaciones desconocidas y

reacciones igualmente extrañas. Eso era lo que le mantenía tan interesado que ni él mismo podría reconocerse. Si esto lo veían sus amigos, quedarían anonadados y hasta le preguntarían si estaba enfermo por tratar a una mujer con tanta cortesía. Daniel se destacaba por ser educado con las damas que no exaltaban su mal genio y con las que se acostaba, pero como nunca se involucró con alguien de manera sentimental, la gente podría ver su comportamiento como extraño y condescendiente.

Admitía ser demasiado condescendiente con Mildred. Ella tenía una chispa especial y atractiva que no había visto en otras mujeres, por eso se comportaba así. No le sorprendería que quienes lo conocieran dijeran que se había golpeado la cabeza con algo. Hasta le daba risa pensar en algo similar.

Mildred fue al salón del té en donde la esperaba la modista. La joven entró con una sonrisa, pero la mujer estaba seria y hasta enfadada.

—Buen día —saludó dudosa.

—Buen día, milady. Lord Cholmondeley quiere que tenga un excelente guardarropa. —Aquella miró a Mildred de pies a cabeza al ver que esta vestía ropa de hombre.

—Sí, lord Cholmondeley es mi tutor…

—Su tutor, por supuesto… —pronunció la señora que en ese momento sonrió al pensar que eso no era cierto conociendo la reputación de ese hombre. Aquel debió recoger a la joven de algún lugar.

La mirada de Mildred leyó lo que no deseaba en los ojos de la mujer. Era evidente que pensaba que era la amante y no la pupila.

—Sí. Heredó el título de mi padre y con eso vinimos mis cuatro hermanas y yo. Lord Cholmondeley es un caballero que se está encargando de nosotras. Como la mayor de cinco hermanas, puedo decirle que es un verdadero valiente, alguien de gran corazón a quienes las personas han juzgado mal. Él me ayudará a debutar para conseguir un esposo.

Esperaba que con esa explicación cambiara su pensamiento de una manera en que no le permitiera desconfiar de ella ni de él, por más que la realidad fuera otra.

—No puedo creer que lord Cholmondeley sea un hombre generoso. Me han amenazado con un arma para venir. Tenía la tienda cerrada, pero al sirviente de este hombre eso no le importaba.

El rostro de Mildred estaba pálido. El conde se había excedido en su pedido de conseguir una modista. El pobre sirviente también debía estar tan asustado como la trabajadora.

—Es cierto que milord tiene algunas formas extrañas de hacer pedidos, pero le aseguro que le recompensará y le pagará muy bien. Se lo prometo.

Después de que la mujer asintiera y comenzara a tomarle medidas para confeccionar los vestidos, Mildred se sentía un poco avergonzada. Daniel debería aprender a ser más amable y solo ofrecer más dinero o algo de interés para la persona, ¿por qué utilizar la violencia?

La modista también ajustó un par de vestidos a la medida de Mildred para que pudiera usarlos antes de confeccionar el resto. Después de que la mujer se fuera, ella fue al despacho del conde sin tocar la puerta. Aquel levantó la mirada y de paso movió una ceja.

—Mildred, interrumpes lo que hago sin ninguna educación. No me hagas contratar a una institutriz para ti.

—¿La traerá con una pistola en la frente?

—Espera que llegue la doncella.

Ella quedó boquiabierta con lo que él decía.

—¿También la amenazará?

—Por supuesto. ¿Quién demonios quiere salir de su casa cuando este frío es capaz de calar los huesos? Nadie por su propio pie, entonces les doy una motivación. No morir es algo perfecto.

—No puedo creer que haga esto. Al menos espero que pague bien a estas personas.

—Mildred, soy generoso. Pagaré para que tú tengas lo que deseas.

Capítulo 17

Cheshire…

Había pasado más de una semana desde que Mildred fue a buscar un futuro para sus hermanas y la condesa no dejaba de pensar en que algo le ocurrió a su hija.

—Por favor, madre… —pidió Frances que trataba de calmar a su madre, que no había dejado de llorar.

—Mildred debería estar aquí —declaró tapando sus ojos con su brazo derecho. Aquella no se levantaba de la cama.

—Es inútil, Frances, nuestra madre solo tiene una hija: Mildred, el resto podemos morir de hambre —dijo Penélope.

Hannah lloraba en un rincón viendo llorar a su progenitora y Alethea solo dibujaba círculos en el suelo con sus dedos.

—Debe levantarse, no puede seguir aquí. Moriremos de frío y de hambre. Penélope y yo hemos traído leña, pero parece que usaremos eso para golpearla y levantarla de esa cama.

—No me faltes al respeto, Frances. Es que pudo pasarle algo a Mildred.

—Ella puede estar muerta. El letrado dijo que lord Cholmondeley era muy malo. Tal vez la mató y sus malvados sirvientes enterraron su cuerpo en el jardín, donde plantarán rosas —dijo Hannah, sollozando entre lágrimas.

La condesa comenzó con un llanto aún más fuerte, por lo que acababa de escuchar. Su penúltima hija hizo el peor comentario del mundo y lo único que eso significaba era combustible para que no salieran de esa habitación.

Los hipidos de Hannah no dejaban pensar a Penélope que era impaciente para las tonterías. Sus hermanas eran demasiado tontas para darse cuenta de que no ayudaban. Debían levantar al adulto de la casa de esa cama.

Alethea se levantó con presteza del suelo y corrió la cortina. Entre la fina nieve que caía pudo ver un carruaje que se le hacía conocido.

—El señor Sinclair está afuera —comunicó sin duda.

El resto de las hermanas de ella corrió para mirar si era cierto.

—Es cierto, madre. Debe ir a recibirlo —pidió Frances con la esperanza de que ella se levantara.

—¿Y si trae más malas noticias? Nos queda solo una semana para abandonar esta casa —siguió Hannah que estaba hundida en la negatividad, tanto como su madre.

—¡Te daré una bofetada si no te callas, Hannah! —amenazó Penélope, impaciente—. Es suficiente, nos estás asustando a todas. ¡Basta!

Mientras las cuatro discutían, Alethea fue hacia el salón para recibir al hombre al ver que las otras preferían masacrarse entre ellas.

La doncella le abrió la puerta al señor Sinclair que llevaba una capa que se había cubierto de nieve al bajar de su carruaje.

—Oh, buenas tardes, lady Alethea —saludó el hombre con una reverencia al ver acercarse a la peque.

—Buenas tardes —correspondió—. Quería pedirle que, si trae malas noticias, se vaya —pidió la niña sin rodeos.

El letrado miró a la niña con sorpresa y después sonrió.

—Tranquila, milady. Traigo una noticia que le encantará a la condesa —afirmó con una sonrisa.

La pequeña asintió y le mostró el lugar en el que podía sentarse a esperar. Al poco tiempo, se oía el sonido de las damas de esa casa mientras bajaban discutiendo.

—Buenas tardes, señor Sinclair —dijo la condesa viuda.

—¿Está bien, milady? La veo un poco desmejorada.

—Mildred no ha vuelto de la casa de ese hombre y Hannah dice que él la mató.

—Qué imaginación tiene su hija, milady, pero para su buena fortuna, he traído una carta de ella. Sigue en casa de lord Cholmondeley. Él me ha escrito para decirme que se hará cargo de ustedes en todo lo que necesiten. Usted tendrá una pensión generosa, sus sirvientes pueden regresar a trabajar al igual que la institutriz, tendrán guardarropas nuevos y lo más importante, el conde ha decidido dotar a todas sus hijas. Al parecer su hija mayor ha conseguido ablandar el corazón de ese hombre.

—¡Niñas! ¿Oyeron? ¡Oh, qué bendición! Ahora podré morir tranquila sabiendo que mis hijas estarán bien cuidadas por ese hombre.

Las cuatro niñas corrieron a abrazar a su madre, a quien una sonrisa se le había dibujado en el rostro. La carga de no saber qué ocurriría con sus hijas le había resultado demasiado pesada, pero Mildred era indomable, ella era diferente a sus hermanas. Tan firme e inteligente como su padre y eso hacía que le tuviera gran respeto a la mayor de sus hijas.

—Déjenme con el señor Sinclair —pidió la condesa para que fueran a hacer barullo en otro lugar—. No puedo creer esto que me cuenta, ¿cómo hizo Mildred para que este hombre recapacitara?

—No lo sé, milady, pero no considero que sea algo normal —confesó el letrado.

—¿Qué quiere decir, señor Sinclair?

—Ese hombre tiene una reputación que lo precede. Es cierto que le sugerí que se hiciera cargo de la mayor de sus hijas, pero se negó rotundamente. Creo que tiene segundas intenciones después de haber conocido a la joven. Es inescrupuloso.

—No está aclarando el panorama.

—No creo en ese cuento de que lord Cholmondeley sea un tutor desinteresado. Todo esto debe ser una artimaña, y presiento que su hija está corriendo serio peligro a su lado. Es un mujeriego.

—No me asuste después de esta buena noticia. Mildred es juiciosa y estoy segura de que en esta carta me lo dice. —La mujer la abrió y comenzó a leerla.

Querida madre,

Primero que nada, quiero que sepa que estoy bien, no he tenido inconvenientes para llegar a casa de lord Cholmondeley.

Sobre lo que me trajo aquí, solo puedo decirle que él ha sido amable y muy agradable, contrario a lo que han dicho todas las personas con las que me he cruzado. Conversé con milord sobre nuestras necesidades y se ha mostrado empático y colaborador, pero, sobre todo, muy generoso. Estoy tan contenta por saber que he conseguido lo que nadie creyó que podría. Sin embargo, me temo que no podré regresar hasta el final del invierno. Quiere tenerme como su pupila y ha prometido que será un caballero en toda regla. Pronto regresaré a casa, madre, no se preocupe por mí. Abrace a mis hermanas en mi lugar.

Las quiero mucho,

Mildred.

—Aquí claramente dice que es un hombre generoso, un caballero. No hay nada que temer, señor Sinclair. Mildred es confiable.

***

Derbyshire…

En casa de Daniel, aquel sentía que las cosas iban viento en popa con Mildred. Ella había correspondido a todos sus acercamientos, pues él no había demostrado sus verdaderas intenciones. Era impaciente, pero quería que ella se acostara con él por gusto, porque le resultaba atractivo, tal como ella.

Con los nuevos vestidos, ella había tomado otra forma y hasta cara. Se veía hermosa, era una tortura estar sin poder tocarla. Desde que apareció la doncella, él sentía que Mildred tenía un sabueso pegado a la falda, iban de arriba hacia abajo pegadas como la sangre a una herida. Eso comenzaba a frustrarlo mucho.

Valoraba la compañía de Mildred en cada momento. Gracias a ella, tenía el hábito de tomar el té, cosa que no acostumbraba, pero con tal de estar con la joven era capaz de tomar agua de charco. Él comenzaba a desconocerse, porque estaba tan pendiente de cada respiración que ella

diera, de cada cosa que hacía. Era como un halcón acechando un nido para robarse a los polluelos. Solo la doncella era un gran problema, pues el tiempo íntimo entre ellos se había reducido demasiado por su causa. Comenzaba a pensar que esa sirvienta era la protectora de la virginidad de Mildred. Le disgustaba y quería despedirla, pero debía reprimir su demonio interior, entonces, prefirió ir a buscar algo valioso para su acompañante, a quien no podía convertir en su amante y a la que solamente le había robado un par de inocentes besos.

Mildred había visto salir al conde en medio de aquella nieve tenue que caía. Frunció el ceño con molestia y fue a sentarse frente al tocador ante la atenta mirada de su doncella, Diana.

—Se ha ido a pasear sin mí —gruñó Mildred que intentaba poner sus bucles en su lugar.

—Es lo que usted siempre desea, milady, que él se vaya para dejarla respirar.

—Eso es solo cuando se vuelve un poco burlón. Sabes que siempre tiene alguna manera de enfadarme, pero al menos debió invitarme al campo por cortesía —manifestó creyendo que él había ido de paseo.

Si bien era cierto que la presencia de Diana le servía para mantener a raya al conde para que no se acercara demasiado, prefería que las cosas estuviesen como antes. Cuando ella sentía que se rendía ante las atenciones de Daniel, leía las cartas antiguas de Albert para que no perdiera el norte de su vida y no cayera en el afán de aquel hombre por convertirla en su amante. No quería perder sus convicciones. Daniel tenía algo que le fascinaba, era tan despreciable, que al final le resultaba encantador, y con esos días ahí, aprendió a descifrar su personalidad.

—Debería disfrutar del tiempo lejos de él. Las cartas de su prometido son tan hermosas, mientras que lord Cholmondeley es desagradable y temible. No hay punto de comparación entre ambos, milady.

—Hay un punto de comparación, Diana, conozco más a lord Cholmondeley de lo que alguna vez pude conocer a Albert…

Esa confesión era dura, pero la verdad no se podía esconder. ¿Qué sabía Albert de ella si durante un año no se había comunicado? El insensible conde de Cholmondeley le había contado más cosas de su vida que de lo poco que sabía del que ella consideraba su prometido. La gente cambiaba en años y ya no eran niños, aunque la convicción de una promesa los uniera. Era una gran atadura para ambos, al menos pensaba eso desde que conoció a Daniel, con sus ideas macabras del libertinaje y eso le impedía que pudiese pensar en él como alguien a quien querer. No podía amar a una persona sin sentimientos afectuosos por los demás, no amaba a nadie más que a sí mismo.

Ese pensamiento la hacía sufrir, porque en muchas ocasiones se descubrió apreciando al hombre despreciable que la chantajeó para ayudar a su familia, pero ella ya sabía que no era una persona cruel, sino que era desconfiado y no creía en la unión de los parientes ni en el amor a causa de eso. Aquello le dejaba comprender que no porque su familia fuese amorosa y perfecta antes sus ojos, la de los demás era de la misma forma.

La joven intentaba ponerse su cabello de una manera que quedara bien. Quería estar siempre presentable para Daniel, pues a ella le gustaba verla bien vestida y arreglada, para eso

invertía y a Mildred le gustaba mucho todo lo que él le daba. Cuando terminara su tiempo en esa casa, podría llevar todo lo que le había dado, aunque la llegada de ese momento no deseaba que llegara jamás. Vivir con Daniel era idílico y no quería que su sueño terminara.

Unas horas después, Daniel regresó con un presente para la joven. Al entrar a su casa y dejar su capa y sombrero con su sirviente, fue al salón y ahí encontró a Mildred, bordando en compañía de su doncella.

—Tú… —masculló él mirando a Diana—, vete.

La doncella miró a Mildred para saber qué orden seguir y ella solo asintió para que obedeciera, entonces se retiró.

Ella miró con recelo a Daniel que tenía las manos hacia su espalda.

—Te daré algo si estás bordando algo para mí —pronunció Daniel con una sonrisa en los labios.

—No bordaré nada para alguien que ha salido a pasear y no me ha invitado —replicó Mildred, molesta. Ni siquiera lo miró para responder.

—Querida, eso no es cierto. Salí, pero para traerte algo que pensé que te encantaría.

Al oír esas palabras, Mildred dirigió su mirada enfadada hacia él y después hacia lo que ponía frente a ella. Era una caja y no sabía lo que contenía. La cogió y abrió, dándose cuenta de que dentro había un par de aretes y una gargantilla de diamantes que brillaban sin cesar. Levantó la mirada hacia Daniel que le sonreía.

—¿Es para mí? —curioseó emocionada.

—Sí, es para ti. Tu primera joya. Es tuya, cuando te vayas de aquí la llevarás contigo, formará parte de tu joyero —alegó conforme al ver el brillo en los ojos de Mildred.

Capítulo 18

—Es tan hermoso —declaró tocándolos.

—Te pondré la gargantilla —habló el conde que sacó la pieza de su lugar en la cajita y la ayudó a levantarse del sillón.

Mildred dejó su bordado a un lado y, con entusiasmo, le dio la espalda al conde para que le colocara la joya.

—¿El bordado es para mí? —insistió Daniel, burlón.

—Sí —confesó—, aunque no pensaba dárselo porque no lo merecía.

—¿Todavía crees que no lo merezco?

—Merece muchos pañuelos —respondió sintiendo la fría joya sobre su piel ardiente. Luego, la sensación de los dedos del conde pasando por su clavícula hizo que se le erizara toda la piel y sus pechos se irguieran.

Daniel estaba encantado tocando la piel de Mildred, era tan paciente que le sorprendía no haber pegado el grito al cielo por esperar tanto. Nunca había tenido semejante paciencia con una dama, de hecho, no había hecho demasiados esfuerzos por conquistar a nadie, pero con esta joven, él estaba enseñando su plumaje vibrante para poder llamar la atención de la hembra. Para Daniel era el momento ideal para hacer una propuesta e ir más allá con su plan de conquista.

—Me alegro. Mildred, te invito a que ocupes el aposento que correspondería a la condesa, así podría visitarte durante la noche, en privado, ¿no crees que merezco eso por el obsequio que te doy?

La joven se giró sobre sus talones y colocó ambos brazos cruzados bajo el brazo.

—Casi me dejo convencer por su falsa falta de insistencia —agregó entre dientes—. Me quedaré en mi habitación. No quiera pasarse de listo.

Él levantó las manos en señal de rendición, aunque no se daría por vencido.

—Esa no es mi intención, Mildred. Hice esa inocente propuesta solo para tenerte más cerca. —Él cogió la mano de ella y se la llevó a los labios—. Estoy a punto de hacer con tu doncella lo mismo que hice con el vestido del horror.

—Milord, le recuerdo que este trato me protege…

—¿No confías en ti misma, en tu fuerza, por eso quieres mantenerte lejos de mí? Soy tan inofensivo como una larva.

—No es que no confíe en mí, no confío en usted. Además, usted quiere mantener su reputación como tutor, porque sabe que puedo ser una carga muy pesada si la gente sospechara

que besa a su pupila. Los sirvientes hablan y eso podría perjudicarme.

—¿A mi pupila le gustan los besos que le doy? —inquirió juguetón volviendo a besar sus manos.

—Eso no es objeto de nuestra discusión, milord, sino su afán de desear hacerme daño con sus decisiones desacertadas. Sea razonable.

—Soy razonable, aunque cambiaré de estrategia. Mildred, déjame entrar a tu habitación, a la que tengas dentro de esta casa o fuera de ella. No importa si quieres vivir en un agujero de conejo, solo necesito no ver a tu doncella pegada a tu falda como una sanguijuela.

—Ella es mi forma de mantenerme segura de usted, es la que tiene en su poder mi futuro. Puede probar despedirla, pero sepa que, si lo hace, mi puerta permanecerá con llave hasta el día en que me vaya.

Los dos se miraban con fijeza, defendiendo sus posturas. Entonces, Daniel soltó su mano y le dio la espalda.

—¿Sigues pensando que ese pobre diablo volverá? —increpó con molestia y un atisbo de celos.

—No es un pobre diablo, sé que cumplirá.

—La gente cambia, Mildred, ¿qué te hace pensar que para él eres especial, única y valiosa? Debió perderse en el mundo de las mujeres de la vida galante. Créeme que eso pasa con los tontos que tienen dinero.

—Él no sería capaz… —alegó sin convicción.

—Te lo dice un hombre que es capaz de controlarse, que no caerá en esas tonterías porque ya conoce la porquería, pero por lo que sé, el hijo de un terrateniente pudo haber juntado un poco de dinero, y a estas alturas buscar una dama con alta dote, alguien que le permita tener dinero y otro estilo de vida. Tal vez la hija de un burgués. Puede que hasta ya esté casado, mientras tú desperdicias nuestro valioso tiempo en pensar en alguien que te ha olvidado apenas salió de Cheshire.

—En todo caso es mi tiempo, milord, no el suyo. Seguiré firme y no importa lo que pase. No me entregaré a usted porque lo perderé todo.

—No, tú no te entregarías a mí porque tienes miedo de que comprendas que tengo razón con respecto a ese hombre. Él te olvidó, Mildred, es mejor que lo entiendas.

—Es tan vil y cruel cuando quiere conseguir algo, lord Cholmondeley…

—Te duelen mis palabras, pero sabes que yo he cumplido con lo prometido. Conmigo tienes todo.

—Tengo cosas, pero no un matrimonio ni una familia que formar. Usted no piensa en eso y a mí no me interesa perder el tiempo con alguien que me usará y me desechará. Merezco ser una

buena esposa para alguien y nadie merece que sea deshonesta si quiero casarme y para eso debo conservar algo que usted quiere. No me ofrece nada, milord, nada importante para una dama.

—Esta vez has ganado, Mildred, pero no me daré por vencido. Termina el pañuelo para mí, lo querré para limpiar tus lágrimas cuando te des cuenta de que tengo razón. Por cierto, haces que esa joya sea más valiosa. Antes era bonita, ahora se ve espectacular.

Él se retiró y Mildred arrojó su cuerpo al sillón. Era tan difícil resistirse al acercamiento del conde que no sabía cuánto tiempo más soportaría en esa posición que no tenía sustento, más que la espera de una ilusión, algo que ella misma suponía que para Albert ya no tenía valor, pero no por eso se desgraciaría con Daniel. Debía cumplir su promesa y esperar por el que sería su esposo. Si ella era incapaz de ser fiel a sus creencias, la vida no valía nada. Su reputación y sus convicciones significaban todo. Su padre le enseñó a ser una mujer honesta y decente. Así continuaría, esperando el regreso de su prometido, porque eso era.

Mildred cogió la cajita y miró el resto de las piezas y después cerró los ojos con fuerza. No sabía qué hacer ni si era correcto aceptar esas joyas.

—Milord es un verdadero ser perverso, milady —murmuró su doncella que había llegado con pasos suaves hasta ella.

—¿Por qué dices eso?

—Le da joyas a una mujer. Es evidente que quiere comprar sus favores.

—Estaba pensando en devolverle esto.

—¿Por qué lo haría?

—Porque aceptar esto, es como darles la entrada a otras cosas y lo mejor es que no acepte nada.

—Disculpe que le diga esto, pero sería una verdadera tontería si le devuelve eso al conde. Debe aprovechar el presente.

—Lo único que ganaré aceptando esto es que él tenga esperanzas de que cruzará mis límites.

—No sea tonta...

—No me trates de tonta, Diana, sé lo que hago. Iré a devolverle esto, pero después de terminar mi bordado. Él quiere un pañuelo y yo lo puedo hacer con presteza.

Se acomodó en el asiento y apresuró su elegante bordado. Mildred no tenía forma de devolver la cortesía de Daniel, lo único que podía hacer era darle un poco de su tiempo con el servicio en la casa, controlando que todo estuviera en orden, aunque no había mucho que hacer. Los sirvientes sabían qué hacer y cómo. El conde los había adiestrado durante años para convertirlos en sirvientes tan eficientes y coordinados como soldados.

La doncella fue hacia la cocina para lavar la ropa de Mildred, pero antes de llegar, la figura

de Humbert cerró su camino.

—No arruinarás las cosas, Diana —advirtió el sirviente.

—¿De qué hablas, Humbert? —inquirió.

—No te hagas la tonta que no te queda. Eres una avivada que busca sacar provecho de milady.

—¿Yo? Tu amo es quien quiere sacarle provecho a una dama, ¿no lo ves?

—Es exactamente lo que queremos que pase y tú no lo arruinarás.

—Milady no sabe que está rodeada por gente tan baja como tú...

—Puedes decir lo que quieras, pero no interfieras con el galanteo de lord Cholmondeley, no sabes el bien que le hace la presencia de milady.

—Por supuesto, porque se aprovecha de su dolor y de sus necesidades.

—Eres una estúpida. Están enamorados y mi esperanza es que milord rompa su coraza y baje una rodilla para pedir matrimonio. Nunca lo he visto así y la idea es que se case y con eso sea un mejor amo.

—Buscas tu beneficio egoísta con el sacrificio de una inocente, eres tan ruin como lord Cholmondeley... —Diana lo hizo a un lado y siguió su camino.

Humbert frunció el ceño con molestia y fue al salón en el que estaba Mildred, sentada con aquella calma que ayudaba a las personas de la casa a vivir más tranquilos. Lord Cholmondeley ya no tenía tiempo para ver los errores de sus sirvientes, porque estaba ocupado siguiendo la falda de una bella y humilde jovencita.

—Esa gargantilla se le ve tan hermosa, milady —halagó Humbert, sonriente.

—Gracias, Humbert, pero se la devolveré a milord.

—¡Oh, no, no, no, milady! No puede hacerle ese desplante a milord. Le aseguro que él ha comprado eso para usted sin segundas intenciones y si le ha propuesto algo es por oportunismo puro.

—Pues ha pedido que me cambie a la habitación de la condesa. Cuánta desfachatez...

—Usted sabe que tiene el control de la situación con él. Hace todo lo que usted quiere y, si se ha dado cuenta, la respeta, pues de lo contrario, ya hubiese logrado lo que quería de cualquier manera, pasando por encima de su voluntad.

—Estoy segura de que devolver la joya es lo correcto, aceptarla es un acto que le dejará una ventana abierta para escurrirse en mi conciencia.

—Si no puedo convencerla de que está cometiendo un error, tendré que apoyarla —alegó el

sirviente sin querer resignarse y no lo haría. Estaría ahí al pie del cañón hasta que el conde le pidiera matrimonio a esa mujer.

Mildred estaba decidida a que esa joya era el problema y no su falta de determinación para mantenerlo lejos de ella. Quería evitar todo lo que podría ser peligroso para su virginidad y la generosidad del conde era el mayor peligro.

Después de terminar el elegante bordado para él, fue hacia el despacho en el que aquel hombre pasaba la mayor parte del tiempo, perdido entre el afán y los números.

Cuando Daniel escuchó que la puerta se abría y notó que era Mildred, solo se hizo el desentendido, como si no la hubiese visto.

—He terminado con el pañuelo para usted —dijo ella, acercándose hasta donde él estaba y se lo extendió.

—Déjalo en el escritorio —ordenó.

El tono que usaba con ella era uno que solo oyó cuando llegó a esa casa. Por lo general, el conde era juguetón con su vocalización. Hizo lo que ordenó y después también puso la cajita frente a él y se quitó la gargantilla.

—Aquí le dejó sus joyas, no las aceptaré, hacerlo significaría vender mi alma.

Eso parecía digno de discutir cuando Daniel dirigió su mirada a la joven.

—Lárgate... —mandó Daniel con el rostro visiblemente molesto.

—Es que yo...

—¡Dije que te vayas! —gruñó—. ¡En esta casa no acepto este tipo de ofensas! Me retiré dándote una victoria, Mildred, y la desaprovechas de esta manera, insultándome en mi hombría.

—¡No es un insulto! Solo no quiero deber nada.

—¿Te lo cobré o te dije que me lo pagarías? ¿Te he exigido algo para que digas esa tontería? No estás obligada a corresponder nada, te hice el obsequio para halagarte y sé que he sido atrevido al pedirte que te mudaras de habitación. Si rechazas este presente, quiero que lo arrojes al fuego ahora, porque a mí no me sirve...

—¿Qué...?

—¡He dicho que lo arrojes ahora mismo o lo haré por ti!

Sin darse cuenta, cogió la caja y protegió las joyas.

—Has hecho lo correcto. No te pediré retribuciones de nada y fui claro contigo de que todo lo que te dé, será tuyo. Si yo quiero o no llevarte a la cama, lo conseguiré de otra forma.

Capítulo 19

—¡Usted es tan arrogante! —espetó Mildred—, cree que puede comprar todo con su dinero, por eso le quería devolver su obsequio.

—No, Mildred, no creo que pueda comprar todo con mi dinero, tú lo crees, me das ese poder sobre ti, pero en realidad no lo tengo. Desde un primer momento dejé claro todo y no he intentado cambiar o tergiversar algo. Tú vives a la defensiva creyendo en el supuesto poder que me atribuyes. Cumplí mi promesa con tu familia y estoy cumpliendo contigo, pero en esa promesa nunca estuvo especificado que yo dejaría de persistir para convertirte en mi amante. La joya tal vez influye y un vestido también, pero tú das el valor que merecen. No me agrada gastar dinero en vano, pero creo que mereces llevar todas las mejores joyas que puedas. El obsequio es tuyo y mi única retribución es verte hermosa, ah, y un pañuelo.

La joven salió del despacho de Daniel, furiosa, pero con las joyas. La había puesto en una terrible situación y al final, ella se sentía avergonzada por lo que había hecho, aunque se sintió ofendida después de que ella fuese echada con tanta animosidad. El sirviente del conde le advirtió sobre lo que ocurriría, pero le gustaba hacer el ridículo por creer que tenía la razón y la única verdad, cuando en realidad el conde fue simplemente generoso, por más que confesara que quizá tuviese intereses ocultos tras el obsequio. Ella lo sabía, pero quería pecar de inocente, mas terminó pecando de tonta.

Humbert, que había escuchado los gritos en el despacho, necesitaba que esos dos volvieran a estar juntos de alguna manera, por lo que tendría que recurrir a otras tácticas menos generosas para lograr su objetivo de cambiar al conde de Cholmondeley.

Después de que la joven abandonara el despacho, Humbert puso en marcha parte de su arriesgada idea. Golpeó la puerta esperando que el conde lo autorizara a pasar.

—Con permiso, milord. ¿Se le ofrece algo? Lo he oído gritar un poco.

Daniel levantó la mirada con rudeza hacia su sirviente.

—No deberías escuchar conversaciones ajenas.

—Le juro que he intentado cerrar mis oídos, pero entre usted y milady se debatían por la cumbre de quién podría gritar más.

—No tienes autorización para juzgar lo que hago. Si quieres conservar tu trabajo, guarda silencio —amenazó con molestia.

—Creo que milady sabe que lo tiene en su mano y por eso se da el lujo de gritarle a usted que no debería dejarse avasallar de esa manera. Debería hacer que ella sintiera su ausencia. Está siempre disponible, a merced de cualquier pequeña necesidad de la joven, pero aquella valora más las ausencias...

Los ojos de Daniel observaron a su criado con curiosidad. Estaba a punto de despedirlo,

pero dijo algo que revolucionó sus pensamientos. Él necesitaba que ella sintiera su ausencia, pues era lo que más le gustaba, esperar por un ausente.

—Por primera vez en tu triste existencia, has pensado en algo útil, Humbert —alegó esbozando una sonrisa ladina.

—Nunca es tarde para dar una buena idea.

—Que preparen mi caballo, pero no con mi silla habitual —dijo—. Ofrécele un caballo a esa mujercita egoísta si le apetece salir. Hoy me reprendió por haber salido sin ella. Perdí mi tiempo en comprarle algo.

—¿De verdad cree que perdió el tiempo?

—Mmm... no lo sé, pero así me ha hecho sentir. Tú sabes que nunca he comprado nada para nadie, pero a ella estoy a un paso de bajarle las estrellas.

—Tiene una obsesión insana con milady, milord. Quizá lo más conveniente sea que la devuelva a su casa.

—No me rendiré, quiero tener a Mildred en la palma de mi mano. Es la persona más inteligente, divertida y belicosa que conozco. Es una nueva forma de vida.

Oírlo decir eso daba una luz de esperanza a Humbert. Estaba seguro de que el conde estaba perdidamente enamorado de la joven, pero como no sabía lo que eran los buenos sentimientos, los asociaba con las cosas que él pudiera comprender. El hecho de que le agradaba la compañía de ella ya era el primer síntoma de enamoramiento y, dejarse pisotear por aquella era el siguiente.

—Entonces la invitaré de su parte, milord.

—No, solo menciona que iré y tal vez, por envidia o por molestar, quiera ir. Está enfadada conmigo, pero no más que yo con ella.

—Sí, milord.

El sirviente se retiró dejando una idea maquiavélica en su mente. Haría que su ausencia fuera dolorosa para Mildred, al menos esperaba que se interesara en él de esa manera. A veces cuestionaba qué tan fuertes eran las convicciones de ella para que no pudiera darle paso en su mente. Era como un témpano de hielo junto a él, salvo cuando compartían besos. Esa fuerza con la que defendía un compromiso inexistente, lo dejaba perplejo. Había sido abandonada y engañada, pero su fidelidad era solo comparable a la de un perro que pese a que otros lo recogieran jamás olvidaría a su amo.

Mildred despertaba en Daniel muchas cosas desconocidas, cuando la veía se llenaba de emoción, gracia, generosidad y ambición, sí, ambición por conseguir ser el centro de su mundo. Quería ser esa persona por la que ella luchaba, pero no quería arriesgarse a lo que él consideraba algo desconocido. Esos latidos de su corazón al verla, al besarla y al tocarla, eran comparables a morir y revivir. ¿Cómo alguien podría darle esas sensaciones tan extrañas? ¿Qué significaba eso?

Aquella no tenía que ser tan especial ni tampoco debería darle un lugar tan privilegiado en su mundo; sin embargo, así era la realidad, ella era todo lo que le importaba en ese entonces junto a una de sus grandes pasiones: los números.

Aquel sirviente de conde fue hacia el dormitorio de Mildred, golpeó la puerta antes de entrar.

—Disculpe, milady, pero creí que podría interesarle que lord Cholmondeley saldrá a cabalgar después del almuerzo...

Ella, que estaba guardando las joyas que el conde le había dado, ni siquiera miró al sirviente antes de responder.

—Espero que se caiga del caballo para nunca volver a verlo.

—Considero que, si algo malo le ocurriera a milord, su familia y usted perderían la protección que les ha otorgado. Usted ha ganado mucho, milady, y no valora lo que ha conseguido, en especial con lord Cholmondeley.

—Lo sé, solo lo digo por malicia, estoy enfadada con él por este asunto de la joya. ¿Por él es así?

—No apele a amor o a conocer un corazón porque no lo encontrará. Él es un hombre frío, de conciencia momentánea, pero no sabe de cariño familiar. Nunca podrá empatizar con sus necesidades, mientras más rápido lo entienda irá al próximo nivel.

—¿Cuál es el próximo nivel?

—El matrimonio. Considero que lord Cholmondeley le pedirá que se quede y eso vendrá acompañado de una propuesta interesante que no debería rechazar.

—No puedo casarme con nadie más que no sea Albert, porque he dado mi palabra, al igual que él dio la suya, es imposible. Además, no sé de dónde ha sacado esa idea de que el conde me propondría matrimonio. Lo único que quiere es utilizarme hasta que se canse para después darme una jugosa pensión. ¿Qué hay de mis sueños del amor y de una familia propia? No son vendibles por unas joyas o vestidos caros.

—Milord no sabe de eso que usted habla, pero entiende lo que le reconforta y usted ha hecho milagros con él. Eso es suficiente para que no se vaya nunca de su lado.

—No quiero ser su prisionera por siempre. Debo regresar a Cheshire con mi familia, en donde Albert me encontrará.

—Créame que él podrá encontrarla si habla con su familia, pero si no le envía ni una sola carta o un recado, déjeme decirle que pierde su tiempo esperando a alguien que la ha dejado en el pasado. ¿Dejará pasar una gran oportunidad con lord Cholmondeley por perseguir una ilusión?

—No intente ilusionarme o llevarme hacia donde cree que es conveniente. Sé cómo funciona esto. Mis hermanas hacen este truco siempre, repiten algo hasta que la otra persona se lo crea y termine cayendo en la tontería. No en vano soy la mayor y la más inteligente. No hay

fuerza que me convenza de que desista de esperar por mi prometido.

El sirviente asintió y se retiró. Él había hecho lo que creyó correcto, que era sembrar la semilla de la duda en ella.

Saber que el conde saldría a montar era un desafío, ya que otra vez no la había invitado, sabiendo que ella deseaba recorrer los rincones desconocidos de la propiedad cada vez que tuviera oportunidad de hacerlo. Buscó uno de los vestidos para montar y se lo colocó, esta vez saldría cerca de él, aunque no iría por el mismo camino.

Ella bajó las escaleras con una fusta en la mano, miró hacia ambos lados de los pasillos y el salón esperando ver a Daniel, pero él estaba detrás de ella. Pasó a su lado sin decirle nada y salió de la residencia por la puerta frontal. Mildred lo siguió a largas zancadas.

Para su sorpresa, afuera estaban dos caballos que sostenía uno de los mozos.

—Sabía que te gustaría salir a montar, no lo hagas cerca de mí —expresó Daniel que subía a su caballo. Azuzó al animal y partieron a todo galope perdiéndose entre el paisaje blanco.

Mildred alzó el mentón con orgullo. Aceptó el caballo que le ofrecía el hombre. Ella fue al lado contrario a explorar.

La propiedad era hermosa, amplia y diversa, desde campos que en época de cosecha eran productivos hasta una gran laguna. A ella le emocionaba ver aquella cantidad de agua congelada. Amaba verlo, le tenía mucho respeto al agua, porque no sabía nadar y a ella le resultaba peligroso intentar acercarse; sin embargo, con el líquido congelado todo cambiaba.

No se alejó mucho de la propiedad, pues no sabía si podría retornar. No era tonta para perderse y terminar muriendo de frío. Mientras recorría, pensaba en lo que le había dicho el sirviente y su propia actitud respecto a lord Cholmondeley. De cierta manera, le hacía ilusión pensar en que él pudiera estar interesado en ella, ya que a Mildred le gustaba tener toda la atención de Daniel y ser consentida en todos los aspectos. Sus besos la llevaban a tocar el cielo, aunque después debía retornar a la tierra, pues lo que tenía con el conde era un trato conveniente, un tira y afloja para mantener lo único valioso que tenía. Si la virtud no fuese necesaria para casarse, ella ya se hubiese entregado a él para conocer las mieles perversas que prometía.

Una propuesta de matrimonio era algo tan hermoso que sería lo mejor que le podría pasar; no obstante, jamás la podría aceptar y la rechazaría con todo el dolor de su corazón. Ser la condesa era mejor que ser la esposa de alguien sin título, pero si no podía ser fiel a sus convicciones, el único lugar que le esperaba era el infierno.

La nieve volvía a caer sobre aquel lugar en Derbyshire y la joven decidió regresar, esperando encontrar al conde en la casa otra vez, mas esto no ocurrió, él todavía seguía recorriendo la propiedad.

Lejos de su casa, pero con la malicia retratada en sus ojos, Daniel tenía un puñal en la mano, con aquel cortaba la silla de montar que estaba sobre su caballo. Quería poner a prueba a Mildred, si ella iba a buscarlo, era porque algo más allá de la promesa de cumplir con su familia lo llevaría hasta él, una preocupación genuina.

—Es hora de irte —dijo el conde dándole unas palmadas a su caballo para que este partiera y llegara solo a las caballerizas.

Sus caballos sabían qué hacer si se perdían, estaban adiestrados. Él tomó la ruta de adiestramiento para que aquel pudiera regresar sin inconvenientes. Mientras tanto, el conde se sentó a esperar. Haría su actuación una vez que alguien viera lo que le interesaba. No sabía si su plan funcionaría, se estaba arriesgando, pero en el fondo sabía que valía la pena. Ser solo el amante de manos sudorosas no era una opción para Daniel, cada vez se ponía más ambicioso para tener a Mildred.

Capítulo 20

Un par de horas después, Mildred estaba en el salón del té esperando a que su doncella fuera a acompañarla para conversar. Aquella apareció con la bandeja, la infusión y unas masas con mantequilla y mermelada.

—La nieve cada vez está más fuerte, milady. Menos mal que ha regresado de su paseo. Sus mejillas se han quemado con el frío.

—Lord Cholmondeley es afortunado al tener esta propiedad tan hermosa.

—Le gusta tanto que no ha regresado ni siquiera con la tormenta de nieve.

—¿No ha regresado? Él y yo salimos al mismo tiempo y yo regresé hace horas.

—No lo he visto, sería bueno preguntarle al sirviente metiche.

Mildred dejó a un lado su taza de té caliente y abandonó la estancia. Fue hacia el comedor en donde veía a Humbert observando a través de la ventana.

—¿Es cierto que lord Cholmondeley no ha regresado? —indagó colocándose a su lado.

—Es cierto. Debió regresar hace tiempo. Sé que le gusta este clima, pero no es normal.

Los sonidos de unos pasos apresurados los sobresaltó a ambos. Al girar sobre sus talones vieron a un mozo que doblaba nerviosamente su sombrero.

—Disculpen la interrupción, milady, pero el caballo de milord ha regresado sin él. El cuero de la silla estaba roto. Quizá el conde esté enterrado en la nieve o se desorientó al caer.

La joven se cubrió la boca con las manos ante esa revelación. Debía ir a buscarlo.

—Debemos ir a buscarlo. Que preparen otros caballos —mandó el sirviente.

—Iré con ustedes —dijo sorprendiendo a Humbert.

—Milady, es peligroso para usted.

—No importa lo que me digan, no cambiaré de parecer, iré a por él y nadie me lo impedirá. Cogeré mi capa. Quiero que ensillen un caballo para mí. Saben que, si no hacen lo que pido, el conde los hará pagar —amenazó para que lo hicieran, pues tenían órdenes de consentirla en todo lo que deseara. Si a ella se le antojaba que cogieran una mosca con dos dedos, ellos debían acatar.

Diana alcanzó a Mildred y la siguió a la habitación con prisa.

—Iré a buscar a milord —avisó a la doncella que se colocó frente a ella para abrirle la puerta.

—¿No es mejor que lo busquen sus sirvientes? Usted debería agradecer que puede que él esté muerto, así ya no podrá obligarla a nada.

—Si vuelves a insinuar algo así y cuando lo encuentre le pediré que te despida porque eres una arpía. Él no me obliga a nada, tiene paciencia conmigo y eso es noble de su parte. Estoy angustiada por él y no quiero escuchar sandeces.

—Sí, milady —acató Diana que agachó la cabeza, avergonzada por lo que había dicho. Se apresuró para ayudar a la joven y que esta pudiera partir con el resto.

Cuando Mildred llegó a la entrada de la residencia, cuatro mozos con el ayuda de cámara esperaban a que ella los acompañara.

—El conde fue en dirección contraria a la mía. Se fue por allá —señaló para que todos fueran hacia ahí.

—El caballo también vino de esa dirección —agregó el mozo que comunicó el hecho.

—Es momento de que marchemos —anunció Humbert que ayudó a Mildred a subir al lomo de una yegua.

Espolearon a sus caballos y fueron con presteza. Mildred se sentía tan tonta al ir en una silla de amazona, como una dama. La situación ameritaba que ella pudiera ayudar y no ser una carga. Disminuyó el ritmo y aprovechó para cabalgar como un hombre. Así tendría más agilidad para la búsqueda, no estaba para lucirse, necesitaba hallar a Daniel y que estuviese con vida. Era difícil avanzar con la nieve y el frío quemando la poca piel expuesta, pero lo importante era encontrar al conde.

Daniel estaba sentado en una roca bajo un árbol cubierto de nieve, esperando ver algo desde la colina en la que se encontraba. El camino casi desaparecía por la cantidad de nieve que había caído y aún nadie se había percatado de su ausencia. En un primer momento consideró llegar a su casa y despedir a todos, pero recordaba que dependía de la memoria de un caballo. Guardó la calma y fue paciente. Él era casi un experto ejercitando su paciencia, además de calculador.

Escuchó relinchar a varios caballos, lo que significaba que algo de su plan había funcionado, solo le faltaba saber si Mildred estaría preocupada o muerta de emoción al saber de su posible muerte. Al notar que se acercaba, se arrojó a una parte del camino y cubrió parte de su cuerpo con la nieve. Debía estar frío, al punto del congelamiento y de ahí fingir debilidad.

Tanto Mildred como los demás buscaban al conde, entonces, ella notó algo diferente entre la nieve y su corazón se detuvo. Espoleó con más fuerza a su yegua hasta que le dio una ventaja sobre el resto y llegó primero. En efecto, ahí notaba una bota y debajo de la nieve acumulada se encontraba Daniel.

—¡Daniel! —exclamó arrojándose del caballo para cavar y sacarlo. Una vez que lo hizo, sus ojos se llenaron de lágrimas al ver su rostro blanco totalmente rojo por culpa de la nieve que lo cubrió—. ¡Abre los ojos! —Ella se abrazó con fuerza a él.

Esa escena en donde ella lloraba no solo le hizo darse cuenta de que había llevado esta

mentira al extremo, pero no podía arrepentirse, debía continuar y también, le indicaba que le tenía mucha consideración y eso era suficiente para que él entendiera que Mildred no era cualquier mujer, era una demasiado valiosa para convertirse en la amante de alguien y de esa manera malograr su futuro. Ella debía ser la esposa de alguien importante, y Daniel se consideraba por demás importante para ocupar el puesto de esposo por más que comprendía las implicancias de un matrimonio y de que podría cansarse con el tiempo de Mildred, mas de la misma forma sabía que no podría huir de esa obligación y que era mejor estar con alguien que lo extrañara que con alguien que resultaría igual de frívola que su madre.

Los demás llegaron junto a ella y la vieron llorando sobre el conde.

—Milady... —pronunció Humbert.

—¡Está tan frío! —expresó sollozando. Sus lágrimas calientes rodaban su mejilla hasta que se enfriaban y le daba más frío.

—Déjenos ver si lord Cholmondeley se encuentra con vida —pidió el ayuda de cámara para que ella se hiciera a un lado, pero aquella se negaba a dejarlo solo. Cómo pudo, Humbert tocó el pulso de Daniel—. Él está vivo, milady. Debió quedar inconsciente al caer del caballo.

—¿De verdad está vivo? ¿Por qué no abre los ojos? —inquirió limpiando sus lágrimas.

—Porque sigue inconsciente. Debemos llevarlo a la residencia.

Ella, de inmediato, se quitó la capa para cubrirlo y le acarició el rostro.

—¿Cómo lo llevaremos? —cuestionó Mildred, preocupada sin dejar de mirar el rostro perfecto de Daniel.

—En dos caballos. Por favor, milady, póngase su capa, no queremos que enferme.

—Él necesita calentarse, yo estoy bien. Lo importante es que milord pueda recuperarse de esto.

En su interior, Daniel se revolcaba incómodo por hacerle pasar algo tan horrible a Mildred solo por ponerla a prueba por un capricho, pero lo más resaltante era que ella pasó la prueba con excelencia haciendo más de lo que él había pensado. Darle su único abrigo era algo que jamás esperó, superando así todas sus expectativas. Jamás debía decirle que esto había sido solo un teatro o corría riesgo de enfrentarse a su ira. Con la convivencia aprendió mucho de Mildred y sabía cuál era el límite, esto que había hecho lo rebasó por mucho.

Entre dos de sus sirvientes lo tomaron para colocarlo sobre los dos caballos. Daniel pensaba que pronto sería cierto que estuvo a punto de morir, pero era evidente que sería a causa de la incompetencia de aquellos que lo golpeaban por todas partes. Lo único bueno de todo era la devoción de Mildred, el resto no importaba, solo ella.

—Me apresuraré a llegar a la residencia para que tengan mantas, té caliente y una sopa —comunicó subiendo a su yegua sin ayuda de nadie. Azuzó al animal y pronto se perdió entre el paisaje blanco y el cielo gris.

A Mildred no le importaba que sus dientes castañearan sin cesar por el frío, quería que Daniel estuviese caliente y que no tuviese problemas más adelante. Lo mejor sería buscar a un médico, pues sabía de casos de personas que perdieron partes de sus extremidades por haberse congelado. No deseaba que eso le ocurriera a él, no lo merecía. Para ella, aquel podía tener tantos defectos, pero no le importaba, porque le parecía encantador con todo eso encima de su persona, la hacía sentirse única y especial con sus atenciones y su halago. Él sabía cómo tratar a una dama una vez que superaba su etapa de prepotencia.

Dejó a su yegua frente a la residencia y corrió hacia dentro, pasando a la cocina sin dilación.

—Hemos encontrado a lord Cholmondeley. Quiero que pongan mucha agua a calentar, que se prepare sopa y un té que sea capaz de despertar a un muerto —ordenó—. También necesitamos mantas en la habitación del conde, todas las que existan en la casa, incluso la mía de ser necesario.

—Sí, milady —dijo la cocinera que puso manos a la obra para seguir la orden.

Mientras tanto, Mildred fue a la habitación del conde. Era la primera vez que entraba ahí. Era tan grande y espaciosa, lujosa y un poco fría. La cama estaba bien acomodada, pero ella buscó todas las mantas de esa habitación. No era una sorpresa que todo tuviese el aroma de él. Colocó uno de ellos cerca de su pecho y lo abrazó con fuerza, inundando sus sentidos. Eso no podía hacerlo con él por ser inapropiado. Una mujer comprometida no podía comportarse de esa manera, dándole tanta importancia a otro hombre ajeno. Sin embargo, su mente trataba de justificarlo, diciendo que no veía a Albert en años, tampoco recibió más cartas suyas, era decepcionante.

Unos minutos después de acomodar todo cerca, fue a buscar unas sales para despertarlo si seguía inconsciente.

Al regresar a la habitación, los sirvientes estaban acostando a Daniel y Humbert le sacaba las botas para acomodarlo. Sin perder tiempo, ella abrió el frasco con las sales y la colocó cerca de la nariz de él.

Daniel se sentía intoxicado por ese fuerte olor, no perdió un segundo para toser, poniendo en riesgo su teatro.

—¿Qué demonios es eso? —increpó con presteza.

Al escuchar eso, Mildred sonrió y tapó el frasco.

—Sabemos que lord Cholmondeley está bien. Al menos no ha perdido la memoria —bromeó la joven que se puso a su lado—. ¿Le duele algo?

—La cabeza... —mintió.

El ayuda de cámara sospechaba que algo no estaba bien con la actitud del conde, había despertado demasiado rápido, por lo que suponía que había estado fingiendo.

—Por favor, quédese quieto. Puede ser malvado, malicioso y perverso más tarde. Quisiera

que un médico lo viera.

—No hace falta, solo tengo frío —replicó. No quería que un médico lo desenmascarara.

—He pedido que le preparen un té y sopa. No se preocupe que yo lo atenderé. —Mildred le colocó varias mantas encima y después cogió la mano de Daniel—. Descanse, regresaré en un momento. Traeré un libro para entretenerme mientras lo acompaño. Usted, encárguese de que traigan el agua caliente para que pueda bañarse. Necesita calentar su cuerpo —ordenó al sirviente.

—Por supuesto, milady. Ayudaré a milord a acomodarse mejor y me encargaré.

Tanto Daniel como el sirviente vieron que la joven se retiraba, entonces se miraron con suspicacia.

—¿Estaba fingiendo, milord?

—Por supuesto, solo que casi termino inconsciente a causa de lo ineficientes que son para mover a alguien, son unos idiotas.

—¿Por qué lo hizo?

—Quería asustar a Mildred, que me necesitara. Ha pasado mi prueba, entonces merece todo lo que le doy.

—Debería cuestionarse si ella lloraba por usted o por pensar que tendría que lidiar con un próximo heredero del título —musitó su sirviente.

—Le haré esa pregunta, pero estoy seguro de que ella me tiene en alta estima y para mí eso es lo importante.

Capítulo 21

Mildred fue a la biblioteca y su doncella la siguió.

—¿Qué está ocurriendo? Vi que trajeron a lord Cholmondeley en brazos —dijo la joven frotándose las manos mientras iba detrás de su ama que miraba cada libro con interés.

—Se ha caído del caballo. ¿Crees que este le gustará? —curioseó Mildred enseñándole uno de los libros.

—¿Ha despertado?

—Sí, y un poco malhumorado. Estoy pensando en consentirlo un poco. Sé que hoy he sido grosera y egoísta.

—¿Se está oyendo? Él le obsequió joyas con segundas intenciones.

—Las únicas intenciones que tenía era darme algo valioso y yo, como tonta y desconfiada, fui a armarle un escándalo en el que terminé expulsada de su vista. He sido orgullosa en lugar de valorar lo que hace por mí. Pensé que moriría y hasta ahora no puedo describir la opresión en mi pecho cuando lo vi sepultado.

—Me temo que usted está irremediablemente enamorada de un canalla y patán.

—Por supuesto que no es amor. Tengo un prometido al que espero, tal vez lo que siento por él es un cariño sincero por haber cedido ante mi pedido. Nadie más lo haría. Él es bueno.

—Bueno para mentir y chantajear, hasta hacerle creer que usted está equivocada. Él es muy hábil.

—Solo busca su objetivo y lo hace de la mejor manera posible. Iré a dejar el libro en la habitación hasta conseguir que lo pongan en agua caliente. Pedí que le prepararan sopa para que el frío abandonara su cuerpo y también un té.

—El frío es parte de su corazón, milady, no creo que una sopa ayude demasiado a ablandar algo en su interior.

Mildred sonrió ante las palabras de la criada y se decidió a llevar el primer libro que había cogido para acompañar al conde. Su doncella seguía tras ella como un sabueso.

Dio unos toques a la puerta de Daniel y el sirviente entreabrió para hablar.

—Estoy desvistiendo a milord para meterlo al agua, milady, no es aprop...

—Me encantaría que Mildred me arrojara agua caliente en la espalda —lo interrumpió Daniel.

El rostro de ella se tiñó al imaginar esa escena. Verlo sin nada era algo tan inapropiado que

le llamaba la atención, pero debía resistir la tentación.

—Volveré después por decencia, milord —replicó entregándole el libro al sirviente—. Dígale que recuerde que está convaleciente, iré a por el té.

Humbert hizo una inclinación de cabeza y la despidió, después miró al conde que se estaba quitando la ropa solo.

—Milord, es el peor actor de todos los tiempos. Debería fingir estar convaleciente y no insinuarse de una manera tan evidente.

—La servidumbre me recrimina mi comportamiento, esto es el colmo. Ven que trato con benevolencia a Mildred y todos quieren eso. Haré lo que me plazca y la quiero aquí, conmigo. Me convertiré en la víctima más dulce del mundo con tal de tenerla a mi lado. Aprovecharé todo el tiempo para disfrutar de mi momento.

—¿No le importa que le gritara esta tarde?

—Tengo poca memoria para lo inconveniente —justificó caminando hacia la bañera.

En aquel lugar cerró los ojos y pensó en lo que estaba haciendo. Primero sintió un poco de remordimientos, pero a medida que pasaban las horas y se sentía más cuidado por Mildred, pese a lo incorrecto, había hecho lo mejor por tenerla cerca. Era una forma de limar las asperezas después del altercado que tuvieron por las joyas.

Un par de minutos después, salió del agua que comenzaba a enfriarse y Humbert le acercó una toalla para que se secara. Después lo vistió y Daniel, como alguien que en verdad estaba enfermo, se acostó en la cama con todas las mantas que había colocado Mildred en un esfuerzo por ser alguien que ayudara. Se había visto tan preocupada por él que algo dentro de sí se conmovía. Ella había logrado tantas cosas en tan poco tiempo que no estaba dispuesto a perderla con facilidad. Estaba cansado de oír de su fidelidad hacia otro hombre, quería que le fuese fiel a él, que con esa devoción lo cuidara cada día y lo acompañara. Le molestaba verla esperando por aquel joven que no tenía consideración con alguien como Mildred.

—Dile a Mildred que la estoy esperando... —ordenó Daniel que se arregló el cabello para verse inmaculado cuando ella estuviese ahí.

—Sí, milord. Recuerde seguir siendo un joven que estuvo enterrado en la nieve.

El sirviente se retiró y fue hacia el salón en donde estaba la joven sentada, mirando hacia las escaleras. Cuando lo vio descender, se acercó a él con premura.

—¿Cómo se encuentra milord? ¿Cree que quiera verme? —indagó un poco nerviosa.

—Considero que lo único que desea es que usted visite su habitación, milady. No olvide el té.

—No lo haré. Lleve la sopa a las siete. Se lo daré yo.

—Milord quizá se enfade porque lo trata como un niño.

—Créame que a milord le gusta que le den atención. No me hace daño estar a su lado. Nos hacemos compañía mutua. Iré a por el té.

Fue a la cocina y cogió una bandeja para llevarle aquella infusión caliente. Esperaba que con eso él se sintiera mejor. Fue a la habitación de Daniel y golpeó antes de entrar. No espero que le respondiera, solo lo hizo.

Al ver a Mildred en la habitación, sus ojos se iluminaron. Beber té no era una de sus aficiones, pero desde que ella estaba a su lado, era una de las actividades que más disfrutaba. Dejó la bandeja cerca de él y se sentó en la cama a mirarlo con aquellos ojos dulces que tenía.

—Oh, mire su rostro, aún sigue quemado por el frío... —lamentó la joven que alzó una mano para tocar la mejilla de él.

Daniel no perdió tiempo en coger su mano y dejar un beso en ella.

—Tú también estás quemada. Ha sido mi culpa porque fuiste a buscarme cuando no era tu obligación hacerlo. Supongo que fue porque tuviste miedo de que muriera y la buena vida de tu familia se perdiera.

No soy una persona tan ruin —dijo sorprendida ante la insinuación de que le importaba más la comodidad de su familia ante la vida de él.

—Tal vez. Te juzgué con la misma vara con la que me mido con frecuencia, porque yo sí soy un ser ruin.

—No dudé en ir a buscarlo porque... —Ella quedó en silencio sin saber qué decir—. Es una persona que merece respeto y nada más. No hay un interés particular en salvar su vida, solo hacer el bien sin mirar a quien.

—Me sentí especial por unos segundos cuando escuché que me llamaste Daniel, ¿o fue un sueño en el que mi nombre en tus labios sonaba a gloria?

—Lo siento, ha sido algo repentino, lo mencioné al verlo tirado en la nieve. No pude pensar en mi educación.

—Quisiera que me llamaras Daniel. —Él cogió la mano de la Mildred y la acarició.

—No puedo hacerlo. No es correcto, soy una mujer…

—Comprometida… Ese cuento lo sé desde que llegaste a esta casa y, ¿sabes algo? Me tiene cansado. No lo veo aquí pidiéndote amor, tampoco enviándote cartas disculpándose, salvo que las estuvieses ocultando de mí, que es algo que también dudo, me lo hubieses restregado en la cara para que nunca te volviera a besar.

—Este cuento lo he escuchado muchas veces —alegó la joven con ánimo condescendiente, retirando su mano del agarre del conde—. Es mejor que beba el té. ¿Cómo se siente?

—Cada vez que recuerdo a ese hombre que no conozco me siento encolerizado —admitió.

Ella rio con lo que él le había dicho, pues no le preguntaba sobre Albert, sino cómo se sentía en términos de salud.

—Me refiero a su salud, milord.

—Ah, pues me siento mejor con una cuidadora tan atenta como tú. No recuerdo mucho de mi accidente, estaba cabalgando y, de repente, mi caballo me tiró. No sé qué habrá visto, pero es así.

—Su silla estaba cortada, es lo que dijo uno de los mozos.

—Entonces quizá la cuerda ya estaba gastada. A veces tenemos sillas favoritas…

Mildred asintió y sonrió enseñándole el té para que lo bebiera.

Daniel miraba a la joven mientras tomaba lo que ella le ofrecía. Después la vio coger un libro.

—Leeré para usted hasta la hora de la cena.

—Me estás malcriando, Mildred, ¿qué haré cuando te vayas? —Daniel dio un sorbo a su té.

—Usted tenía una vida antes de conocerme al igual que yo, solo retornaremos a eso.

—Qué respuesta tan gélida, querida. ¿Acaso no he tocado tu vida?

—No me refiero a que no dejará una huella imborrable en mí, sino que me refiero a que debemos continuar mirando al frente. Tengo objetivos que deseo cumplir y usted tiene muchas obligaciones que atender. Me gustaría decir que tiene metas, pero no he notado eso en su comportamiento, no le apetece una familia ni un compromiso, entonces continuará como hasta hoy…

¿Ese era el concepto en el que lo tenía Mildred? Qué triste que pensara que no tenía objetivos en la vida. Ella ni siquiera imaginaba lo que pasaba por su mente, ni qué planes estaba urdiendo en silencio. Parte de eso está esto de estar en cama siendo mimado. Nadie nunca se había preocupado por él y aquella dama casi había perdido la cabeza creyendo que algo malo le había ocurrido. Sentirse cuidado era algo que él no conocía, pero comenzaba a gustarle lo que significaba estar convaleciente en buenas manos.

—Estaba pensando que podríamos ir a Autum Hall cuando la nieve se calme un poco. Así podrás ver que no te he mentido respecto a mi promesa. Quiero que veas que no tengo malas intenciones.

—Usted es el mismo demonio, pero me encantaría ir…

—Entonces iremos. Aquí tus deseos siempre son órdenes y no solo para mí, sino para todos.

Aquella joven le leyó el libro, quizá el más aburrido de la historia, mas a él lo único que le importaba era la voz de ella que lo hacía perderse en pensamientos que nunca había tenido. Era como soñar despierto a su lado. Imaginaba que iban juntos por un precioso campo en primavera,

cabalgando como dos almas libres que rompían el viento con sus habilidades. Ella se veía hermosa despeinándose y él le entregaba una sonrisa que no reconocía que fuese suya. Mildred cambiaba todo lo que tocaba, incluso su corazón endurecido por los años de soledad y rechazo. Se sentía blando a su lado, esperando que aquella mujer lo notara de una manera especial. La creía demasiado valiosa para que estuviese esperando a un tonto que jugaba con sus sentimientos, mientras que Daniel estaba pensando en ofrecerle el cielo y las estrellas si se quedaba a su lado. Jamás le faltaría nada, ni siquiera emociones para enfrentar. A veces temía darse cuenta de que su sola presencia era suficiente para debilitarlo y desarmarlo. Él era temperamental y por causa de aquello habían tenido un violento choque verbal gracias a su presente opulento que, pese a que también era para ganarse su afecto, era más para adornarla, ya que verla hermosa hacía que su vida fuese más placentera.

Humbert entró a la habitación para que ella pudiese darle la sopa.

—Aquí traigo la sopa y un poco de vino… —comentó el sirviente.

—¿Vino? —cuestionó la joven cogiendo la copa para sacarla de la bandeja—. El conde solo beberá agua.

—Espera, mujer, el vino es necesario para mí —alegó Daniel que defendió su bebida con vehemencia.

—No, usted está enfermo. Reposará. El vino tal vez le haga daño en este momento —justificó la joven.

—Eres una tirana, Mildred…

—No, solo me preocupo por usted.

A Daniel no le gustaba que lo dejaran sin beber, por lo que haría lo suyo antes de dormir. Se comportó de manera obediente y dejó que Mildred le diera la comida en la boca como si él no tuviese brazos. Disfrutada de su compañía y sentía que eso le daba derecho a inventar las dolencias necesarias para tenerla a su merced.

Capítulo 22

Habían pasado dos semanas de su supuesto accidente y para Daniel se había convertido en el tiempo perfecto para partir rumbo a Cheshire. Estaba bastante apegado a Mildred, tanto que besarse para ellos comenzaba a ser como una rutina encantadora; sin embargo, no podía ocultar su temor de que todo eso terminara y regresara a ser el mismo ser desalmado de antes. De repente había olvidado lo que era, porque ella fue a esa casa para cambiar todo.

Los dos se encontraban en la hora del té. Ella le servía en una taza la humeante infusión, mientras él sostenía el último periódico que le había llegado desde Londres.

—No tienen nada nuevo más que chismes, matrimonios escandalosos, solteros empedernidos y… en fin, esto es una pérdida de tiempo —gruñó el conde que dejó a un lado aquellas hojas que no le habían llevado nada interesante, solo a estar al día con los cotilleos.

—No conozco a las personas en Londres, fui años atrás en compañía de mi familia. No teníamos mucho que hacer ahí, pero me interesan los cotilleos y más si son escándalos —musitó la joven que cogió el periódico que él había dejado de lado.

—Eres puritana, esas cosas te escandalizarán.

Los ojos de la joven recorrieron el primer párrafo. A medida que avanzaba su rostro se enrojecía aún más. Era cierto que era muy escandaloso, pero viviendo con lord Cholmondeley, esto parecía algo de todos los días.

—¿Qué significa que la serpiente mordió la manzana? —cuestionó al encontrarse con un obstáculo en la lectura.

—Oh, nada, Mildred. No le des importancia —musitó sorbiendo el té.

—Las serpientes no muerden manzanas.

—Desde que te conozco también deseo morder tu manzana, pero eres demasiado buena para darme el gusto.

Cuando él ejemplificó la frase, el asunto comenzaba a cobrar forma y mucho sentido. Se sentía muy avergonzada, porque ella sabía cuánto Daniel se esforzaba por llegar a su lecho por cualquier vía. Agradecía que respetara sus negativas y que se limitara a darle pequeños sustos.

—Por favor, milord, tenga un poco de recato.

—El recato y yo no vamos de la mano y menos si tú estás en medio. Quería decirte algo importante, he decidido que mañana partiremos a Autum Hall…

—¡Mañana! —Ella se levantó de su silla y fue a abrazar su cuello desde la espalda—. ¡Estoy tan emocionada al poder ver a mi familia!

—Debería darte noticias buenas con más frecuencia para que fueras más emotiva conmigo

—bromeó acariciando las manos que rodeaban su cuello. Después sintió que ella le dio un beso en la mejilla antes de volver a sentarse. Suspiró al verla feliz. Ella cogió la campanilla y la agitó con más entusiasmo del necesario. Su doncella y Humbert se presentaron al mismo tiempo, mirándose con molestia cada uno.

—Diana, Humbert, preparen los baúles, milord y yo visitaremos a mi familia.

Los dos asintieron y se retiraron una vez que ella dio esa orden.

—Conocerá a mis hermanas y a mi madre. Verá que son encantadoras. Considero que es probable que mi madre quiera hacer una gran fiesta para recibirlo. Se entusiasmará tanto al conocer a nuestro benefactor. Sin querer, usted representa un héroe para nosotras.

—Persuada a su madre para que no intente nada. No me gusta llamar la atención. Soy una persona de perfil bajo en la mayoría de los aspectos y más cuando mi reputación pudiera verse afectada.

—¿En qué podría verse afectada si usted solo ha demostrado su compasión?

—Oh, no, no. No quiero que la gente piense que puede aprovecharse de mí. ¿Piensas que hago caridad? Es evidente que no sabes cómo se comportan las personas cuando creen que alguien es débil, buscan aprovecharse y no tengo paciencia para escuchar tonterías.

—Quiere ser tan malvado, pero sé que tiene una alcachofa en lugar de corazón.

—No te confundas, querida, tú me importas, los demás no. Es incomparable. ¿Todavía no quieres estar pegada a mi habitación?

—Hemos hablado de eso y no quiero que vuelvas a enfadarte.

—Solo no me devuelvas lo que te he dado y eso es suficiente para mantenerme tierno como un gato.

—No puedo hacerlo, usted pasaría a mi dormitorio.

—Qué descubrimiento, Mildred —dijo con sorna—. Es exactamente lo que quiero.

—Lo sé, no soy tonta. ¿Qué pasaría si me mudo ahí y dejo que me visite?

—Me harías el hombre más feliz del mundo. Querida, haces preguntas absurdas.

—No me refiero a eso, milord. Cuando consiga lo que quiere de mí, sus atenciones mermarán y me convertiré en una mera invitada de la que querrá deshacerse, pues habrá completado su objetivo, mientras que yo tendré que vivir con el peso de mis decisiones.

—¿Crees que perderé el interés por ti?

—Está llegando el tiempo en que usted mismo ha dicho que se cansa de las mujeres. Tres meses...

—Otra vez he caído como pez en el anzuelo. ¿Me creerías si te dijera que me equivoqué?

—No, porque usted no se equivoca.

—Es cierto, pero tal vez a veces exagere. Creo que, en lugar de tres meses, serían unos tres años, sí...

—No son tres años. Usted dijo...

—No acepto discusiones, Mildred. —Él se sirvió más té, sabiendo que había cometido un error del cual no quería hablar. En algo no podría ser capaz de mantener su promesa y eso era para dejarla ir. ¿Qué sería de él sin ella?

Después de terminar el té, Mildred fue a su habitación, emocionada al recordar que iría a ver a su madre y sus hermanas.

—¿Guardo todas sus ropas o dejo algunas, milady? —indagó la criada que estaba guardando todo con cuidado en los baúles.

—No lo sé, pero mejor pon todas...

—Puede que lord Cholmondeley la deje en su casa con su familia, ¿o cree que es algo demasiado bueno para ser cierto?

¿Dejarla en su casa? Esa idea hizo que su corazón latiera con rapidez. Retomar su vida anterior no sería fácil para ella y más aún después de acostumbrarse a la vida junto a Daniel, pero como sabía que era imposible algo entre ellos aparte de tener esos encuentros casuales con besos y también porque tenía un compromiso que asumir por más que su corazón discrepara con su mente sobre sus sentimientos.

Su corazón le decía que debía cumplir su palabra, pero su cabeza le repetía que Albert ya no era el de antes y que quizá tampoco esperaría por ella. Esas ideas la destrozaban, pero no porque estuviese perdidamente enamorada, sino porque cualquier oportunidad con Daniel era inexistente por dos obvias razones. La primera, él solo la veía como una potencial amante y la segunda, los ánimos de la misma Mildred por aferrarse a una promesa de niños.

Sus padres siempre supieron que Albert y ella habían prometido esperarse y su padre le expresó su deseo de que cumplieran con eso, porque la palabra era lo que hacía a las personas. No obstante, su madre era más escéptica al respecto, no porque despreciara a Albert, sino por la edad de ambos. El joven explotaría el mundo, mientras ella se prepararía para darle sus mejores años como una esposa sumisa y complaciente, pero ella creía que él la olvidaría, siempre lo dijo. Su padre pasó parte de su tiempo defendiendo la palabra que había dejado aquel diciendo que no faltaban las cartas y que por eso la palabra continuaba en pie. Por años fue así, pero después de la muerte de su padre, no había recibido noticias.

La doncella guardó todas las prendas de ella por si acaso la joven se quedaba. También la misma Diana quería salir de esa casa para poder vivir en un paraíso lleno de mujeres, como imaginaba que sería la casa de su ama.

En la hora de la cena, Mildred estaba más callada que de costumbre y eso llamó la atención de Daniel que la miraba con curiosidad.

—¿Te sientes mal? Se dice que cuando una dama no tiene apetito, está más callada de lo normal y tiende a ser exagerada, es porque está en esos días terribles... —comentó para aflojar la lengua de la joven.

—Lamento decirle que no es eso. Es solo que estaba pensando en...

—No, no lo diga, déjeme adivinar... Está pensando en él...

—Se equivoca. Quería saber si me dejará en casa con mi familia.

—Pese a que me equivoqué con mis medidas de tiempo. —Él se aclaró la garganta—. Eso no significa que no se entienda que pasarás una larga temporada a mi lado, por lo que dejarte ahí nunca ha sido una opción para mí.

No sabía si sentir alivio o un poco de tristeza por su respuesta. A ella le gustaba la rutina que tenía a su lado, pero extrañaba no estar pendiente de si en algún momento alguien entraría a su habitación si ser invitado.

—Tenía la ilusión de quedarme en casa con ellas —mintió antes de seguir cenando.

—Pues es momento que te desilusiones. Ah, quería decirte que lleves las otras joyas que te compré, las más sencillas.

—¿Cuáles son esas si todas se ven grandes y valiosas?

—Las esmeraldas, tal vez —opinó un poco dudoso—. No quiero que crean que te tengo viviendo aquí como una sirvienta o te tengo mal alimentada.

—Jamás lo pensarían. Quisiera verlas a ellas, no sé si mi madre sigue desconfiando de todo y por eso puede que siga haciendo trabajar a mis hermanas.

—Qué bueno que mencionas eso. Le prohibiré volver a esclavizar a esas niñas.

—Sí, porque la única esclava de la familia Hess soy yo.

Él la miró un poco disgustado, pero no dijo nada, todo fuera por mantener la paz. Mildred siempre aprovechaba el tiempo para dejarlo como el villano de esta historia. El cruel caballero que la sometía a sus atenciones innecesarias. Ella merecía lo mejor, pero Daniel también quería que viera más allá de la víbora que era. Podía seguir siendo un reptil sin morder a nadie, algo así como mascota de Mildred y no le molestaba, pues muchos podrían considerarse privilegiados.

Lo que hacía Daniel era tragar toda la presión que sentía al oír a Mildred reprocharle con palabras condescendientes o con acusaciones directas. Tendría que sacar afuera esas frustraciones.

Al acabar con los platillos, ella se levantó de la mesa al igual que Daniel, pero este agitó la campanilla. Los dos sirvientes de ellos se acercaron con presteza, cualquiera podía ser requerido.

Aquellos se empujaban y miraban con molestia.

—Humbert —pronunció el conde haciendo que Diana se detuviera. En este caso nadie necesitaba de ella. Su sirviente se acercó y él le susurró al oído—: Prepara un baño para mí después del ático.

El sirviente asintió y golpeó a Diana en el hombro para que se fueran.

—¿No irá al salón? —curioseó Mildred.

—Hoy no —respondió con tranquilidad.

—¿Fue algo que dije?

—¿Dijiste algo que pudiese molestarme?

—Digo muchas cosas todo el tiempo —justificó.

—Te daré un tiempo a solas para que hagas lo que gustes y no me rindas tributo por ser mi esclava —escupió antes de salir del comedor.

Mildred se entristeció al saber que sus palabras lo habían ofendido. Lo último que deseaba era ser malvada, pero a veces quería borrar la sonrisa burlona que tenía cuando se refería a ella o a su familia. Sabía que no era porque él fuese un alma bondadosa, sino se debía a que tenía malas intenciones. No podía evitar ser de esa manera. Los conflictos y ella iban de la mano, mientras que era evidente que Daniel no estaba interesado en las peleas. A él le gustaba dejar todo claro y resolver cualquier asunto con prontitud.

Ella fue hacia el salón y lo vio subir hacia las habitaciones, pero también vio a su sirviente con esa actividad que lo mantenía ocupado cada cierto tiempo. ¿Qué hacía lord Cholmondeley en el ático?

Esperó a que pasara un buen tiempo y subió a aquel lugar al que no había ido: el ático. Ahí oyó unos fuertes golpes y gruñidos. Entreabrió la puerta y vio al conde sin la parte superior de la ropa. Aquel golpeaba un costal grande y lo hacía con rabia, hasta quedar agotado. Con un último golpe cayó al suelo de rodillas y después se acostó en el suelo con la respiración agitada por el esfuerzo.

Daniel vio un destello de luz en la puerta y vio a alguien ahí. Un sirviente jamás se quedaría ahí a observarlo.

—¿Qué quieres, Mildred? —increpó sin mirar.

La joven se sobresaltó y corrió con rapidez por el pasillo para después esconderse en su dormitorio.

Capítulo 23

Se había llevado un susto de muerte al oír su nombre. Ni siquiera se percató cuando él la vio, ya que ella estaba distraída mirando su cuerpo. Eso era algo tan extraño que despertaba sensaciones desconocidas en ella. Un ardor supremo subía hacia sus mejillas, haciéndola sudar. No sabía si se debía a la locura de la huida o ver la figura de Daniel sin tanta ropa.

Su doncella abrió la puerta con un par de ropas limpias para seguir empacando las maletas y Mildred se sobresaltó.

—¿Está bien, milady? —preguntó Diana al notarla extraña.

—Pensé que podía ser lord Cholmondeley… —confesó colocándose una mano en el pecho.

—Milord estaba bajando del ático cuando lo vi. —La doncella se sonrojó al recordar que aquel iba con el torso descubierto—. Es un hombre escandaloso que anda sin mucha ropa por su casa. Él debería ser consciente de lo inapropiado de su comportamiento…

—¿Seguía con el torso descubierto?

—¿Usted lo vio?

Ella cubrió su rostro con ambas manos inmediatamente después de que su doncella le preguntara aquello.

—Él estaba en el ático y yo... yo tenía curiosidad por saber lo que hacía ahí, entonces fui y lo vi sin ropa en la parte de arriba —confesó. La vergüenza la consumía por completo.

—Es difícil no observar el cuerpo de un caballero como lord Cholmondeley, pese a que es despreciable en el trato, es tan atractivo...

Sí, era cierto. Lord Cholmondeley era demasiado atractivo y, por más que Mildred intentara ignorar su propia atracción hacia él por conservar su decencia, no lo admitiría públicamente. Su atracción por aquel debía ser un secreto bien guardado que no debía salir de su boca.

—No hables así de él —masculló—. Lo mejor es que me vistas para descansar. Además, deberías olvidar lo que has visto. Lord Cholmondeley no quiere gente que lo ande fisgoneando.

—¡Pero si se ha cruzado en mi camino, milady!

—Haz como si nunca lo hubieses visto. Eso haré yo. No es saludable andar observando a los caballeros, Diana, ten un poco de decencia.

—Mire quién habla, milady...

—No puedes criticarme, soy tu ama. Busca un camisón para vestirme —ordenó alzando la barbilla con suficiencia.

Su doncella la atendió con el rostro enfurruñado y después se retiró.

Mildred no podía dormir. Escuchaba el movimiento de los sirvientes que iban hacia la habitación del conde para atenderlo y ella no podía concentrarse. Imaginaba a ese hombre casi desnudo. No podría beber té de la misma manera ni mostrarle sus talentos con el violín después de descubrir lo que era la verdadera tentación.

Al no poder dormir, sus ojos no estaban puestos en el paisaje congelado que estaba afuera. Apreciarlo hacía que se perdiera un poco de sus pensamientos intrusivos. Escuchó unos golpes en su puerta y pensó que debía ser Diana con sus tonterías. Esa doncella era demasiado cotilla y estaba acostumbrada a hablar demasiado cuando nadie le pedía su opinión, por eso solo pronunció la palabra mágica: «adelante».

Para su sorpresa, la persona que entró a la habitación no era Diana, sino que se trataba de lord Cholmondeley, con el cabello húmedo y el torso descubierto.

Al instante su rostro fue consumido por el sonrojo.

—¿Desde cuándo espías a las personas, Mildred? —indagó cerrando la puerta a su espalda.

Lo primero que hizo Mildred fue bajar la cabeza para evitar ver el cuerpo de Daniel. Eso no era correcto.

—Yo... Fui solo para saber lo que usted hacía ahí. ¿Siempre acostumbra a eso? —Trató de preguntar para que él se distrajera respondiendo. No obstante, aquel se acercó aún más hasta colocarse frente a ella.

—Oh, me entristece que solo sea tu curiosidad actuando, Mildred, pensé que eras más ambiciosa —alegó él cogiendo la mano de ella para colocarla sobre su pecho.

Los ojos de Mildred se abrieron con sorpresa cuando sintió su mano tibia en el pecho caliente del conde. Se sentía desarmada, sin fuerzas para nada. Intentó sacar su mano, pero él se lo impedía.

—Milord...

—¿Tienes miedo de mí? No deberías temer. Hago esto desde que era pequeño, pero ahora sin hacerme daño.

—¿Sin hacerse daño? —inquirió con la voz temblorosa.

—Porque la frustración me llevaba a golpear las paredes. Las personas se enfrían por la carencia de algo, toda la vida carecí de lo que tú valoras: una familia. Un día me rendí y dejé de esperar, el resto me lo ha dado el dinero. Lo que puedo comprar con él, es lo único de lo que no puedo carecer.

Sabía que, lord Cholmondeley no era petulante por maldad o porque se creía más de los demás, solo estaba frío porque no esperaba nada de nadie, pues en el pasado ya lo habían decepcionado, no fue una mujer, ni un amigo, fue su propia familia la que nunca lo amó para convertirlo en alguien mejor.

—En Autum Hall mi familia puede ser la suya. Usted necesita que lo cuiden y nosotras quien nos cuide.

—Es tarde, Mildred, lo que me interesa eres tú —confesó antes de tomar sus labios entre los suyos, pegándose a ella que intentaba resistirse con las manos contra su pecho, mas lentamente la joven se rindió y lo besó con tanto ahínco, acariciando su torso desnudo.

Había buscado ese acercamiento de alguna manera. Sabía que Mildred estaba asustada y no sabía si era por su fechoría o porque creía que en algún momento la golpearía. En su mente no estaba vigente hacerle daño a nadie y menos a ella. Era la única persona capaz de domar a su fiera interior. La mejor manera de hacerlo era besándola, así se sentía querido, correspondido y confortado. En los brazos de Mildred la vida tenía otro color.

Perdida en el beso con Daniel, olvidaba su palabra hacia Albert, quería rendirse y sentir lo que esos besos y el acercamiento prometían; sin embargo, la única perjudicada sería ella por solo unos minutos de afecto efímero que tal vez la dejarían con un vacío eterno y del cual nunca podría recuperarse.

Dejarse llevar por esa pasión que comenzaba a consumirla gracias a que aquel utilizaba su atractivo, era un grave error. Por más que estuviese encantada, acariciando y disfrutando de todo, no debía perder la cabeza. Su objetivo no era ser la amante de nadie.

—Milord… —Ella liberó su boca para poder hablar y decirle a Daniel que debería irse.

—Mmm… —murmuró viajando por su cuello.

—Debe irse, mi dormitorio es un lugar que no puede invadir. No ha sido invitado.

—¿En verdad quieres que me vaya o es solo uno más de tus ataques de decencia? No creas que me enfado. Conozco el límite que has puesto. Si no me quieres aquí, me iré, pero solo sabiendo que existe indiferencia hacia mí —susurró siguiendo su recorrido.

—Eso no es válido, usted es un ser tramposo.

—Tardaste mucho en descubrirlo, Mildred. Entré a tu habitación porque tú me diste permiso…

—¡No es cierto! Pensé que era Diana.

—Es un error. Deberías tener cuidado con eso si no quieres que entre aquí. ¿No te apetece la idea de que me quite el pantalón?

Mildred se alejó de él, mirándolo escandalizada.

—Supongo que eso significa que no. No tenía muchas esperanzas —dijo con una sonrisa lobuna, aunque sintiéndose huérfano al sentir que el frío lo envolvía cuando perdió la cercanía de Mildred.

—Mantenga su pantalón puesto en sus piernas, milord. —Ella caminó con presteza hacia la

puerta y la abrió para que él saliera.

Daniel obedeció hasta cierto punto, aunque se quedó en el umbral.

—¿Estás segura de que deseas que me vaya? —La joven no respondió, solo alzó el mentón y señaló hacia afuera del dormitorio—. Me iré, pero con una condición…

—Usted no me pondrá condiciones en mi dormitorio, que es mi territorio.

—Técnicamente estoy afuera, pero te recuerdo que soy el dueño de todo esto, mas eso no está en discusión. Solo quiero un último beso. Sabes que no podré besarte por varios días, es solo un acto de compasión de tu parte, Mildred, ¿me dejarás perecer sin tus atenciones? Tú que eres un ángel con todos, no puedes ser un demonio conmigo.

—No puedo creerlo, lord Cholmondeley…

—Estoy apelando a esa parte de ti que quiere a todas las criaturas vivientes…

La mirada de Mildred se posó en la de él que parecía un cachorro. La frialdad característica del conde de Cholmondeley no estaba ahí, le parecía alguien muy tierno. Masculló un par de maldiciones poco dignas para una dama y accedió a darle un beso a él.

—Solo uno, milord. Corto, pequeño…

—Por supuesto… —Él se acercó a su boca y se apoderó de ella. También, la tomó en brazos y la apretó contra su cuerpo con fuerza, como si quisiera absorber su espíritu.

Cuando la bajó, ella comenzó a respirar profundo, Daniel casi la asfixió.

—Te veré mañana en el desayuno. No olvides escoger unos libros para leer por el camino. Debemos mantenernos entretenidos en algo. —El conde le dio la espalda antes de desaparecer en la penumbra del pasillo.

La joven se recostó en la puerta para respirar tras semejante ataque, después sonrió al recordar que había tocado su figura. Se sentía tan extraña, pero lo había disfrutado demasiado, como una niña que había cogido su fruta favorita de la cocina.

Lord Cholmondeley sabía cómo desagradarla, aunque de la misma manera sabía cómo volverla loca. Sin embargo, ella misma era suficiente para enloquecer con sus propios pensamientos. Estaba confundida, ya no distinguía lo correcto de lo incorrecto ni los sentimientos puros de los impuros. Ese hombre había transformado su mente de una forma en la que no sabía si podría recuperarse más adelante. Esperaba poder seguir con su vida después de dejar esa casa y a él.

Dentro de esas ideas, no imaginaba cómo sería recibir a Albert, ni siquiera imaginaba cómo se vería. Llevaba años sin verlo e incluso, quizá olvidara sus facciones, tal vez no podría reconocerlo si lo viera.

Durante la noche apenas pudo dormir recordando todo, mas le emocionaba un encuentro con su familia. Además, quería que sus hermanas y su madre hicieran sentir bien a Daniel. Era

probable que cuando sintiera cariño familiar, él terminara cambiando y buscara esposa para construir su propia familia. Esa idea era hermosa, pero le aterrorizaba pensar que podría casarse. Sabía que era egoísta, aunque no podía evitarlo. Imaginar que él besara a otra mujer con tanta pasión le hacía daño. Debía superarlo, porque no existía un futuro juntos después de esos tres meses. Ambos tenían caminos diferentes que debían tomar.

A la mañana siguiente, ella fue al comedor entre el movimiento de idas y venidas del personal de la residencia para ultimar los detalles de la próxima salida. Daniel aún no se encontraba ahí.

—Buen día, milady, ¿se encuentra bien? —preguntó el sirviente del conde.

—Buen día, ¿y milord?

—Despertará un poco tarde. ¿Desea que le sirvan el desayuno?

—No. Iré a por los libros que él me pidió para que le lea durante el camino. Esperaré para desayunar con milord.

—Por supuesto, milady. Le informo que tenemos todo listo. Diana y yo los acompañaremos en este viaje para que estén cómodos. Milord necesitará apoyo de alguien masculino entre tantas féminas.

—Él se sentirá muy bien con mi familia, lo puedo asegurar. Somos muy amables y sociables.

—Es lo que me temo, milady. No está acostumbrado al agobio, por lo que puede tener alguna reacción indeseable. Espero que su familia esté preparada para lidiar con alguien como él.

—Espero que sí. El señor Sinclair ha hablado mucho de la fama de milord. Ellas deberían estar preparadas para todo.

—Van sin previo aviso, no sabemos lo que podrán encontrar.

—Yo tampoco sé lo que estarán haciendo en casa, pero me muero por saber si están bien.

—Milord puede tener todos los defectos del mundo y ser un incordio, pero nunca lo he visto incumplir su promesa. Si dijo que ayudaría a su familia, así lo hará.

Sé que no debo dudar de él, pero es que deseo ver algo diferente a lo que dejé antes de venir.

Capítulo 24

Una hora después, Daniel se despertó y fue al comedor. Ahí no estaba Mildred, aunque cuando giró sobre sus talones, la vio entregándole los libros a Humbert para que los llevara al carruaje. Sonrió con sinceridad y se acercó a ella.

—A lord Cholmondeley se le han pegado las sábanas —comentó burlona.

Él cogió una de las manos de Mildred y dejó un beso en ella, aunque no la soltaba.

—Buen día, Mildred. Ese traje de viaje te queda a la perfección —halagó perdiéndose en la figura.

—Y no ha visto el sombrero y los guantes —exageró sonrojada.

—No me tientes que comienzo a arrepentirme de moverme de esta casa para compartirte con otras personas. No me hace mucha ilusión que tengas que partirte para complacernos a todos. Espero que no me ignores.

—Espero que comprenda que llevo tiempo sin ver a mi familia.

—Y yo tengo una vida de no conocerte. Ten compasión.

Ella no pudo evitar sonreír ante las palabras de Daniel. Era inútil luchar contra él. Cuando quería tener razón, la tenía y no había forma de cambiarlo. Mildred tampoco estaba interesada en llevarle la contraria porque todo lo que aquel decía le favorecía.

—Desayunemos para poder partir —pidió el conde que llevó a Mildred al comedor de esa mano que no había soltado.

Desayunaron con tranquilidad, hablando del largo viaje que los esperaba. Cuando llegó el momento de subir al carruaje, Mildred tenía una gran sonrisa que partía su cara en dos. Le emocionaba saber que cada minuto que pasaba estaría más cerca de llegar a su casa.

—Que no parezca que quieres deshacerte de mí, querida —musitó el conde que la ayudaba en su ascenso al carruaje.

—Es que no puedo evitarlo. Se llevarán una gran sorpresa al verme llegar y más aún a usted.

—Supongo que mi presencia puede no ser tan grata como la tuya.

—Pues usted debe cooperar para que las cosas salgan bien.

—No moveré un solo músculo para conseguir respeto si son desbocadas, tú sabes que si tienen dotes es gracias a tu encanto.

—Espero que no piensen que existe algo entre nosotros.

—¿Por qué no quieres que lo piensen? Todo puede quedar en familia. La mayoría guarda secretos por el bien de los demás. Así de sacrificados son, ¿verdad?

—Los criados no saben guardar secretos, milord.

—Ciertamente tiene razón.

Subieron para poder partir rumbo a Autum Hall en Cheshire, lugar en el que Mildred y su hermana habían nacido.

Durante el trayecto, Daniel estaba dormido, Humbert acompañaba al cochero, Diana estaba aburrida junto a Mildred y esta última solo deseaba mirar hacia la nada con una gran sonrisa, aunque la doncella se había dado cuenta de que aquella joven pasaba demasiado tiempo contemplando a lord Cholmondeley y comenzaba a suponer lo peor: que aquel había conseguido su objetivo y si no lo había hecho, estaba cerca.

Hicieron una parada en el camino para que Mildred pudiera descansar un poco, pues Daniel se sentía como un verdadero caballero al concederle cualquier cosa que él creía que ella pudiera necesitar. Nunca había sido tan atento y se deshacía en atenciones para la joven que creía era la más perfecta.

Siguieron el camino después de descansar en una posada. La doncella iba a todos lados con Mildred para mantener las apariencias. Apenas llevaban un día de lentitud a causa de la nieve, pero Daniel sentía que era una eternidad, ya que no podía estar más cerca de la mujer que lo volvía loco. Permanecer en Autum Hall por más de una semana lo convertiría en un demente si solo podía ver a Mildred, pero no tocarla. Eso era jugar con su buen juicio, como una venganza del destino por ser una persona ponzoñosa.

Tuvo que tragar su propia bilis del malhumor que lo amenazaba cuando no podía siquiera tocar a su querida Mildred. Aquella le leía los libros y sonreía. Estaba feliz por ir a casa de su familia. Daniel debía entender que la familia Hess no era igual a la suya, ellos amaron a sus hijas y a él nadie lo amó. Era solo el resultado de una unión triste para todos.

—Estamos cerca —dijo Mildred emocionada al reconocer el paisaje pese a estar cubierto por la nieve.

—Pues sería bueno llegar pronto. Ya no soporto estar encerrado aquí. El camino ha sido más largo de lo previsto —se quejó con una mueca de molestia en el rostro.

Mildred comenzó a notar que el viejo lord Cholmondeley se asomaba en esa cara. Sus ojos volvieron a ser desconfiados, desprovistos de ese brillo que últimamente tenía y que a ella le encantaba. La curva que hacía su boca denotaba desagrado y pronto esto estallaría si no llegaban a la casa, o quizá ahí se agravara el asunto.

—Por supuesto, milord. Le daremos una buena habitación… —habló Mildred para tranquilizarlo.

—No quiero cualquiera, deseo la que fue de tu padre. Es evidente que deben darme esa habitación por respeto a mi posición.

—No sé si mi madre estará de acuerdo —alegó Mildred con dudas, pues ese lugar era casi un santuario para su progenitora después de que su esposo falleciera.

—Pregúntale si quiere seguir viviendo ahí. No estoy diciendo que cortaré el dinero, pero sí que las relegaré a otro condado si existe reticencia o desobediencia hacia mí.

—Comprendo…

Sí, ahí estaba el conde de Cholmondeley que ella había conocido semanas atrás, tan irritable como siempre, amenazando a diestra y siniestra, a cualquier criatura que se resistiera a sus órdenes. A ella no le molestaba, porque comenzaba a conocerlo, pero alguna de sus hermanas era capaz de escupir en su comida, las conocía tan bien que la travesura era un medio de diversión bastante utilizado, en especial por la menor.

Autum Hall se alzaba ante ellos desde aquella pradera congelada. La emoción en el rostro de Mildred era incontenible, estaba a punto de salir del carruaje por la ventanilla. Desde lejos pudo distinguir que los sirvientes sacaron a pasear a los caballos con sus mantas de lana. Notar aquello la remontaba a la época en la que su padre hacía lo mismo para que aquellos tuvieran un mejor pasar en el invierno.

El carruaje del conde llegó antes que el de la familia Hess que la había llevado. Su madre estaría contenta al recuperar el coche más lujoso.

Dentro de la casa, la nueva institutriz, la señorita Carlington notó un carruaje que se había puesto frente a la residencia.

—Usted sea juiciosa, lady France, lady Hannah, baje los pies del sillón, lady Penélope, colóquese en posición de lectura y usted, lady Alethea, procure no hacer tonterías, mientras busco a su madre —pronunció la institutriz. Estar con aquellas niñas era algo terrible, pero soportable por la buena paga de lord Cholmondeley a través del señor Sinclair. Llevaba ahí una semana y era difícil convivir con las mañas de las niñas, pero aún peor con las de la madre.

Se acercó a la condesa que estaba en el salón de costura, cosiendo con tranquilidad una de sus prendas viejas que le gustaba usar para hacer panes.

—Disculpe que la interrumpa, milady, pero hay un carruaje frente a la residencia.

—¿Un carruaje? ¿No es el señor Sinclair?

—No, milady. Reconozco el carruaje del letrado y este es muy lujoso.

—¡Lord Cholmondeley! —exclamó la mujer, asustada. Dejó lo que estaba haciendo para apresurarse y caminar como un animal enjaulado por el salón, tratando de arreglarse el cabello y alisar su falda—. Vaya junto a las niñas, póngalas en orden y que se queden calladas, que solo hablen para saludar. No queremos que arruinen la visita.

—¿Está segura de que es del conde?

—No, pero es el único carruaje lujoso que puede visitar esta propiedad a millas de distancia, señorita Carlington.

—Entiendo, milady. Iré a encargarme de las niñas.

La condesa viuda salió del salón con prisa para abrir la puerta y aquello no pasó desapercibido para las niñas, en especial para Alethea que corrió hacia ahí y vio a su hermana mayor.

—¡Es Mildred! ¡Es Mildred! —anunció alborotando a las demás que rompieron fila para mirar por la ventana.

—¡Niñas! ¡Niñas! —gruñó la institutriz tomando a cada una de ellas del brazo para volver a colocarlas en sus lugares.

Al bajar del carruaje, Mildred oyó el grito de Alethea. Estaba tan emocionada que dejó atrás al conde y fue hacia la puerta, en donde encontró a su madre. El llanto se hizo inminente y el abrazo no podía faltar.

—¡Oh, madre! ¡La extrañé tanto! —exclamó abrazándola con fuerza.

—Mildred, nosotras también te extrañábamos tanto. Has conseguido un gran beneficio para tus hermanas, estoy tan orgullosa de ti...

Ella se alejó un poco de su madre y la observó. Llevaba un vestido nuevo y elegante. Después se fijó en sus hermanas y todas ellas se veían deslumbrantes. Valía la pena cada día que había pasado con el conde.

—Me alegro de ver que las cosas por aquí han mejorado —dijo queriendo encontrar un pañuelo, pero la mano enguantada de Daniel le entregó aquel que ella misma le había bordado.

—Sea bienvenido, milord. Por favor, pase —saludó la condesa.

Daniel hizo una inclinación de cabeza como saludo para la dama. Después miró hacia dentro de la casa y vio a un par de niñas idénticas a Mildred, era como un lugar en donde plantaban a su querida acompañante. Las miró con interés y cierta sorpresa.

Frances, Penélope y Hannah se escondieron detrás de la institutriz, mientras que Alethea se quedó impresionada viendo a aquel hombre.

—Es un placer estar aquí. Mildred, presenta a tu familia —ordenó Daniel para darle prisa a ese asunto—. Después, quiero que los criados bajen nuestros baúles para acomodarlos en las habitaciones. Permaneceremos aquí una semana —comunicó con su voz gruesa e intimidante.

No solo las niñas sentían temor, también la institutriz y la misma lady Walton.

La sonrisa nerviosa en el rostro de Mildred decía mucho de la situación. Daniel quería que todo fuese rápido e indoloro.

—Le presentaré a mis hermanas, por favor, sígame —pidió Mildred que sin darse cuenta había tocado mucho el brazo del conde y eso no pasó desapercibido para la condesa viuda.

La institutriz volvió a poner en fila a las niñas para que pudieran ser presentadas.

—Milord, le diré en orden. Ella es Frances, esta de aquí es Penélope, Hannah y, ¿dónde está Alethea? —cuestionó buscando a la menor.

—Soy Alethea. ¿Usted es el prometido de Mildred? —inquirió la pequeña.

Las mujeres en la sala se sonrojaron, al igual que el mismo Daniel al oír las palabras de la niña que estaba de pie junto a él.

—Alethea, él es lord Cholmondeley, nuestro tutor —aclaró la joven.

—¿Es el hombre malo de que habló el señor Sinclair?

El desmayo pronto podría convertirse en un efecto inmediato y colectivo entre los presentes en el salón.

—Sí, soy ese hombre —admitió Daniel—, por lo que deberías ir a tu lugar antes de que se me antoje beber tu sangre...

—Milord... —Lo reprendió Mildred en tono dulce.

—Estaba probando su persistencia, pero como sigue parada aquí estoy seguro de que es idéntica a ti.

—Ve a formarte, Alethea —ordenó la condesa, avergonzada.

—La institutriz debe tener más mano dura con la última, es evidente que las involucrará en algún problema indeseable en el futuro. Es un gusto conocerlas a todas.

—¿Está seguro de que es un gusto? —gruñó Penélope, mas un codazo de su hermana Hannah fue necesario para callarla.

Una sonrisa divertida cruzó el rostro de Daniel. Aquella hermana de Mildred era la hostilidad hecha carne.

—Sé que mi misiva no ha sido agradable, pero Mildred me ha convencido de que deben permanecer aquí y así seguirá, por supuesto, si siguen las normas.

—Lo harán, lord Cholmondeley —intervino la condesa—. Pediré que preparen el cuarto de invitados...

—Madre, el conde desea el cuarto que fue de mi padre, es el único digno de albergarlo —pidió Mildred que con su mirada parecía hablarle a su progenitora.

—Oh, sí. No se preocupen. En un momento estará listo. Con permiso...

—Mildred, pídele a la institutriz que apriete el nudo con estas niñas —pronunció Daniel—, o terminarán como tú, irrespetando la autoridad.

—Mis hermanas son especiales, pero pronto verá cómo progresan —justificó Mildred

mirando a sus hermanas con una mirada de advertencia.

Capítulo 25

Le ofrecieron un asiento al conde, pero este lo rechazó por el momento. Estaba bastante cansado de estar sentado en el carruaje, todavía sentía las nalgas acalambradas.

Las hermanas de Mildred se reunieron en un rincón como buitres, observándolo como si fuesen a devorarlo en cualquier momento apenas la mayor de ellas los dejara abandonado. Lo que aquellas no sabían era que no necesitaba de la protección de nadie, más bien las niñas la necesitarían después de que las colocara en su lugar si hiciera falta.

—Llévame a conocer la casa, Mildred. Nuestra última parada será mi habitación —pidió el conde.

—Sí, milord. Lo acompañaré. Le daré un par de indicaciones a los sirvientes que han venido con nosotros, usted solo siéntase como en su casa.

—En mi casa nadie me mira como si fuese el almuerzo —gruñó.

—¿Lo dice por mis hermanas? Son niñas buenas.

—De buenas tienen lo mismo que yo de inocente. Considero que nuestro viaje será más corto de lo previsto si esas pequeñas viboritas no se mantienen a raya.

—No las juzgue, por favor. Déjeme hablar con ellas —pidió acercándose a él para tocar su mano, pues eso siempre lo ablandaba.

El conde apretó la mano de Mildred con cariño y eso en verdad pareció calmarlo.

—No dudes en endemoniarme al hablar con ellas. Deben saber que aquí siguen por ti y no por sus buenas obras.

—Lo sé. Haré que sean conscientes de ello.

Mildred se alejó un poco para hablar con Diana y Humbert. El sirviente de Daniel sabía que lo más probable era que el conde saliera de esa casa con menos paciencia con la que había entrado y eso no era bueno para él ni para los demás sirvientes. Además, si dejaba ahí a lady Mildred, todo sería aún peor.

—Lleven todo a las habitaciones en donde mi madre les indique. Traten de no acomodarse demasiado, lord Cholmondeley no se siente muy bien aquí.

—Lo lamento, milady, pero usted sabe que él no ha estado rodeado de tantas personas, en especial damas en un ambiente familiar. Esto podría ser desafiante para milord —justificó su sirviente.

—Espero poder convencerlo de que no juzgue de manera apresurada. Mis hermanas pueden ser juguetonas.

—Eso no le gustará a milord —apoyó Diana a Humbert.

—Pues nada le gusta. Eso es algo de todos los días. No es extraño que refunfuñe y se enfurruñe por todo. No deberíamos permitirle ser de esa manera —justificó Mildred, que quería dar a entender que sus hermanas eran buenas y el otro solo un engendro enfadado.

—Milord no cambiará de parecer en una semana, es más, creo que irá más convencido de que solo usted vale la pena en esta casa —siguió Humbert.

Mildred ya no quería hacerles caso a los sirvientes, entonces fue para hablar con sus hermanas, pero contando cabezas encontró solo a tres de ellas.

—¿Y Alethea? —indagó.

—¿Tienes una doncella solo para ti, Mildred? ¿Te vas a casar con él o se casará con nuestra madre? —curioseó Alethea que apareció parada detrás de ella.

—¡Maldición! —exclamó haciendo desaparecer a la dama que había en su interior. Su hermana la asustó—. Te aprovechas de tu tamaño para desaparecer, Alethea.

—Responde... —exigió la menor.

—Ni conmigo ni con nuestra madre. ¿Complacida?

—¿Por qué te dice Mildred y no milady? La señorita Carlington ha dicho que ese trato entre personas solteras es inaceptable —habló Hannah.

—¿Nos llevará a todas o solo a ti a su casa? —cuestionó Penélope.

—¿Por qué tantas preguntas? —interrogó Mildred que no sabía a qué responder primero.

—Es que queremos saber todo, Mildred. Este asunto es sospechoso —acotó Frances.

—Aquí no hay nada sospechoso. Dejen la suspicacia de lado y entiendan que están en una situación privilegiada gracias a ese hombre. Espero que lo traten con respeto, es el que nos da todo.

—Es cierto, aunque veo que a ti te han dado más cosas. Ese vestido es más fino y tienes joyas —reclamó Penélope que tenía la viveza en la sangre.

—Soy la mayor y la que ha conseguido esto. No lo cuestionen. En poco tiempo regresaré y todo lo que tengo es mío y lo compartiré con ustedes, ¿eso las hará felices?

—Tal vez deberías pedirle más joyas para que cada una tenga un juego —dijo Frances para echar más leña al fuego.

—¿Si él les da joyas serán buenas niñas?

—¡Seremos tan suaves como una liebre! —replicó Penélope.

—No puedo creerlo que estén condicionadas por el interés...

—La única que espera un marido pobre eres tú, Mildred, no nosotras —la corrigió Frances.

Esas palabras hicieron que se diera cuenta de que sus hermanas no eran como ella, tal vez se parecían, pero la diferencia estaba en la estrecha relación con su padre y los valores de la fidelidad y la palabra. Las otras estaban inmersas en otra cosa, en la frivolidad y en una vida de actos convenientes. Y pensar que había sacrificado su libertad por un tiempo y puesto lo más valioso en riesgo por ellas. Alzó la barbilla y buscó al conde para que fueran a ver las dependencias de la casa.

—Estoy lista para darle un recorrido y para darle la razón sobre mis hermanas, son unas víboras —pronunció colocándose a su lado.

—Te lo dije. No soy una persona que odia por odiar, la gente hace que los odies apenas las miras.

—Parece ser que nuestra estadía aquí será más corta de lo esperado.

El conde sonrió con suficiencia, sabía que él tenía la percepción correcta. La madre era una aduladora, las niñas eran pequeñas arpías encubiertas con el jarabe de la juventud y la única persona honesta en esa casa era Mildred que jamás ocultó nada. Desde un principio había dicho todo lo que necesitaba y también lo que no, si había algo que él odiaba de ella, era el tal Albert. Aquel era un molesto fantasma que no daba señales de remitir en la vida de Mildred y eso ocasionaba que las cosas entre ellos no funcionaran como deberían.

Ella le enseñó cada rincón de la casa y también la galería familiar en donde solo había retratos de la familia Hess: madre, padre, hijas y mascotas.

—¿Y el resto de la familia? —preguntó Daniel.

—Todos estamos aquí, incluso la menor cuando era una bebé. Espero que usted permita que nos sigan pintando...

—¿Esta no era una residencia de generaciones?

—No, era parte de la herencia de mi padre y no estaba vinculada al título de conde. Si quiere una galería con las generaciones pasadas está en otro lugar. ¿Quiere poner su retrato aquí?

—Este lugar tiene demasiado espacio ocioso. Lo llenaría con arte sobre ti, Mildred. Tal vez tú y yo juntos...

—La gente decente no retrata a sus amantes.

—Serías mi amante en el momento en que decidieras entregarte a mí, pero veo eso muy lejano en este instante y más aquí en esta casa. Hay tantos ojos que ni siquiera se puede respirar bien.

—No respira por los ojos, milord —dijo Mildred haciendo que el conde se carcajeara un segundo. Él no dejaba de sorprender a Mildred, pues de la amargura podía pasar a la felicidad en poco tiempo, al menos cuando estaba a su lado.

—Me haces reír, Mildred —expresó tocándole los antebrazos y luego los frotó.

—No deben vernos, milord... —justificó Mildred tratando de separarse de él.

—Estamos alejados de todo, del sonido y de la gente... —Él se acercó para darle un tierno beso y después se alejó de ella.

La condesa viuda había ido hacia la galería para acompañar a su hija y al conde, pero su sorpresa había sido tan grande al encontrarlos juntos, hablando en murmullos y lo peor era lo que había visto: un beso. Por un minuto el pánico se apoderó de ella, pero al poco tiempo inhaló y exhaló varias veces para calmarse y pensar en que Mildred estaba siendo inteligente al intentar cazar al heredero de su padre. El conde podría ser despreciable, mas era rico y le daría una gran vida a ella, al igual que le favorecería tenerlo en la familia para que las demás niñas fueran bien ubicadas en la sociedad. Apenas comenzaba a dormir tranquila gracias a lo que la mayor de sus hijas había logrado. Con esta probabilidad en puerta no podría dormir de la emoción con una joven tan exitosa como Mildred. Nunca tuvo fe en Albert y más aún desde que supo que había dejado de enviar cartas para ella. Aquel la había olvidado, pues las cartas seguían llegando para el padre de aquel hombre. Lo único que pudo hacer como madre preocupada por el futuro de su hija fue hablar con el progenitor de aquel y exigirle una carta en donde o le daba esperanza a Mildred o mejor la dejaba volar. La pobre vivía anclada a esa promesa y no podía avanzar.

Al final, la condesa prefirió alejarse para hablar con su hija después de la cena. Quería saber la naturaleza de esa relación que tenía con lord Cholmondeley.

Los dos continuaron el recorrido por la enorme residencia. Daniel había olvidado para qué deseaba esa casa, pues era perfecta para el fin que tenía de albergar a una gran familia con muchos criados. También era ideal para tener a muchos invitados, pero ¿para qué le serviría a él si podía contar con los dedos de una mano los amigos que tenía?

Aquel lugar no solo era grande, sino que tenía un lujo silencioso que hacía que fuese aún más valioso. El antiguo conde tenía aquel sitio como el hijo pródigo de sus propiedades y entendía la razón. Entrar a la galería le decía que aquel hombre estaba loco por esas mujeres.

—Han vuelto, Mildred —habló su madre al verla llegar al salón en compañía del conde—. Querida, deja que el conde descanse, tú también ve a hacerlo. Solo bajen para la cena que se sirve a las siete. Haremos un gran banquete.

—Lo acompañaré a su habitación, milord. —Se ofreció Mildred. Las miradas de sus hermanas no se hicieron esperar para criticar su servilismo.

—Acepto tu compañía, Mildred. Hasta la cena. Con permiso.

Daniel se hizo a un lado para dejar que Mildred pasara. Quería observarla caminar, ese era un vicio que no se negaría. Estar cerca de ella era lo mejor que le podía pasar.

—No puedes dejarme un segundo, ¿no es así, Mildred? —se burló cogiendo la punta del listón del vestido de la joven, pero ella inmediatamente lo retiró con una sonrisa socarrona.

—Compórtese. No lo dejo solo para que no se desoriente y que no lo aborden mis hermanas

con preguntas absurdas.

—¿Crees que debo que tener paciencia para la hora de la cena?

—Si puede comprar paciencia con mi familia, hágalo. Tendrá que tolerar muchas cosas.

—Eso no se escucha bien, ¿le han dicho algo?

—Tal vez un adelanto de las preguntas que tienen, pero es algo normal hasta cierto punto.

—Descansa conmigo... —pidió Daniel cuando llegaron a la habitación que le correspondía a él.

—No, milord. Debe dormir solo como siempre. Lo veré en la cena. También iré a descansar.

—No dormiré bien sin ti...

—Siempre duerme bien sin mí, deje de dar excusas. —Ella abrió la puerta de la habitación de él y señaló para que entrara.

—Apenas pruebas el poder del territorio y te transformas, querida.

—Le recuerdo que es su casa y que todas estamos viviendo de su caridad, aunque admito que me siento más confiada aquí en medio del apoyo familiar que en su territorio rodeado de lagartos.

Él sonrió a Mildred y después entró al dormitorio.

Ella suspiró y fue hacia su habitación. Al entrar ahí, observó todo con anhelo. Ese era su lugar, desde la cuna hasta la cama estuvo ahí, creció en ese sitio y lo añoraba tanto. Abrazó su almohada que olía a hogar, familia y paz. No estaba triste por oler de manera diferente en la casa de lord Cholmondeley, pues esos aromas transmitían cosas distintas. Con él todo era diferente, con Daniel los sentimientos eran fuertes, aunque confusos, porque iban contra sus buenas prácticas de vida.

Capítulo 26

El cansancio del viaje hizo que tanto Mildred como Daniel se rindieran en sus respectivos lechos. Solo la interrupción de los sirvientes para que fueran a cenar había hecho que ambos despertaran.

Humbert se encontraba colocándole el frac al conde, aquel lo hacía en silencio y con el rostro cansado, a la vez que su amo bostezaba.

—¿Qué piensas de la familia de Mildred? —curioseó el conde.

—La madre es una mujer educada y las hijas son un poco extrañas.

—Irreverentes, diría yo. La más pequeña es una arpía y las otras unas víboras enroscadas esperando tirar su veneno. No tengo muchas expectativas respecto a la cena, solo sé que me atacarán, pero estoy listo para lo que sea. Una familia de mujeres no podrá vencerme.

—Tal vez no lo venzan en muchos aspectos, pero su paciencia puede verse seriamente afectada.

—Mildred me lo advirtió, entonces es cierto, pero como no tengo paciencia, utilizaré otras tácticas. —Daniel se acomodó el pañuelo anudado en el cuello y sonrió. A él nada ni nadie lo haría retroceder.

Daniel y Humbert salieron de la habitación con rumbo a la planta baja en donde no escuchaba mucho barullo, sino órdenes ignoradas por las niñas y una pobre institutriz sobrepasada.

No intervino ante las faltas de respeto, al menos aún no lo haría en ese instante.

Pasó de largo y fue hacia el comedor. La mesa estaba bien arreglada y con un banquete digno para él. Al menos la madre de Mildred era una persona que merecía la pena en ese sitio.

—Milord —habló Mildred que se presentó detrás de él al comedor.

—Mildred... —pronunció con una sonrisa.

—Por favor, siéntese, milord —pidió la condesa que movió la silla de la cabecera para dársela a él—. Mildred, busca a tus hermanas.

—Mildred, deja que Diana busque a tus hermanas. Tú no eres criada para esas cosas. Además, las niñas deben saber sus horarios. Es tarde y no están aquí.

La condesa y Mildred se observaron y la madre de ella le dio un asentimiento para que le hiciera caso a él.

—Diana, ve a por mis hermanas...

—Sí, milady.

—Mientras tanto, nosotros nos sentaremos... —La progenitora de Mildred se sentó a la derecha de Daniel, mientras que Mildred fue a sentarse junto a su madre.

—Ven a mi izquierda —ordenó a la joven.

—Es el lugar de Alethea —excusó.

—Es el lugar de Mildred el tiempo que permanezcamos aquí. Si la niña hace un berrinche, la mandaremos a su habitación. He visto que la institutriz es insuficiente para la insubordinación de esas jovencitas. ¿Cuánto tiempo llevan sin ser educadas? Son salvajes.

—Solo un año, milord. Mildred las iba a continuar educando si usted no fuese tan generoso —alegó la condesa, nerviosa.

—Mildred es educada, pero ni siquiera en una próxima vida podrá con la energía de estas señoritas. Le pido que las controle, milady. No puede dejar que todo dependa de Mildred, en algún momento se casará.

—¿Quién se casará? —inquirió Hannah que entró corriendo antes que las demás. Estaban haciendo una carrera para saber quién llegaría primero.

El llanto de Alethea hizo que los demás le prestaran atención. Fue la última en llegar y para colmo, Mildred estaba sentada en su lugar.

El conde se cubrió los oídos al oír ese estruendo tan horrible. Nunca había oído llorar a una niña y era algo desesperante.

—Lady Alethea, deje de llorar —mandó la institutriz que la cogió por los hombros.

—¡Me dejaron atrás y Mildred está en mi lugar! ¡Sal de ahí, Mildred! —vociferó golpeando sus faldas, zapateando caprichosamente.

—Puedes sentarte en otro lugar, Alethea, el conde me ha pedido que me sentara a su lado —justificó Mildred tratando de mantener la calma.

—¿Por qué todas las atenciones y las mejores cosas son para Mildred? —cuestionó Penélope.

—Es momento de sentarse para cenar, niñas. No hagan que me ponga de mal humor.

—¡Saque a Mildred de mi lugar, madre!

La menor de las Hess lloriqueaba, mientras que las demás mujeres discutían, incluso Mildred comenzó a hablar alzando la voz. Daniel estaba a punto de volverse loco. Trataba de mantener la calma, pero en ese ambiente era imposible. En un impulso, golpeó la mesa con ambos puños, logrando que aquellas escandalosas se callaran.

—¡Silencio! ¡Si quieren seguir gritando, vayan a un gallinero! ¡Esta es mi casa y si quieren

permanecer aquí viviendo de mi generosidad, dejarán de quejarse y se sentarán a cenar sin decir una sola palabra más que pueda agobiarme! —expresó, después dirigió su atención a Alethea y la señaló—. Si esa enana no se queda quieta y callada, no permanecerá en esta casa y es mi última palabra.

Las demás hermanas Hess se sentaron con presteza y la más pequeña dejó de llorar como por arte de magia y cogió una silla junto a Hannah. La condesa y Mildred se acomodaron en sus asientos y se sonrojaron por la vergüenza que habían pasado por culpa de las demás.

—Así me gusta. Ahora cenemos tranquilos... —declaró Daniel.

La servidumbre comenzó a servir los platillos. La gran pata de cerdo era la estrella de la noche, al igual que el pastel de carne y las patatas asadas.

—Este pan no tiene el mismo sabor que uno que me hizo Mildred —comentó degustando aquello, dirigiéndose a la condesa.

—Gracias a usted no hace falta que volvamos a los oficios, milord. Lo que suministra el señor Sinclair es más que suficiente para cubrir nuestras necesidades. Hemos comprado vestidos nuevos, aunque no tan elegantes como los de Mildred. Cuando Frances debute será la próxima en tener vestidos de seda...

—¿Podemos preguntar o mantener silencio es algo obligatorio, milord? —indagó Penélope, curiosa.

—Ya está preguntando, milady. Lo que importa es no agobiarme con tonterías.

—¿A todas nos llevará cuando sea nuestro momento de debutar y nos comprará joyas y vestidos tan elegantes?

—No, y en cuanto a cómo cacarean considero que se quedarán solteras.

—Milord... —lo reprendió Mildred.

Él rodó los ojos y regresó a contestar lo que le había preguntado Penélope.

—Me conviene que no se queden solteras. Si la madre de ustedes es juiciosa, pedirá una institutriz más o quizá podríamos autorizar a la que está ahora para que les dé un par de lecciones más físicas para que aprendan modales.

—¿Dejará que nos golpeen? —preguntó Hannah, asustada.

—Si se portan bien nadie les hará daño, pero por lo que he notado aquí no existe autoridad de nadie. Sin dudas, como le dije a Mildred, creo que ustedes mataron a su padre. Espero que no hagan lo mismo conmigo, porque se volverán a quedar sin tutor. —Daniel cortó un poco de su pierna de cerdo y lo saboreó.

—Milord, ninguna de nosotras ha sido culpable. Fue la edad... —habló Frances.

—¿Quién dormiría tranquilo con cinco hijas a cuestas?

—Gracias, milord. Me siento comprendida por usted. He tenido momentos en que el pánico se ha apoderado de mí.

—¿Por eso envió a Mildred?

—No, milord, yo fui por cuenta propia —interrumpió—. Nadie quería que fuese, porque no tenía buena reputación.

—Ahora sabemos que el señor Sinclair dijo la verdad sobre lord Cholmondeley. —Rio Penélope, burlona.

—No pienso desmentir eso. Si ya están advertidas sobre mí, supongo que tomarán sus recaudos.

—Por favor, no entremos en discusiones que no nos llevarán a ningún sitio —rogó Mildred que estaba cansada. Un día en su casa se había convertido en un infierno y Daniel era como la leña que acrecentaba las llamas.

—¿Usted le conseguirá un esposo a Mildred? —curioseó Frances.

El sonrojo subió hasta las mejillas de la hermana mayor. Su familia se estaba poniendo de acuerdo para hacer el máximo esfuerzo por avergonzarla. No había forma de salvarse de ellas. Sentía tanta vergüenza que quería que la tierra se abriera bajo sus pies.

—A este paso ustedes arruinarán cualquier matrimonio para ella. Asustan a la gente. Si Mildred termina solterona es por culpa de todas aquí.

—Milord, le dije que estoy comprometida.

—Con tu imaginación, Mildred. El hijo de señor Crafton es solo una ilusión a estas alturas. Nadie de nosotras lo recuerda, con suerte a ese hombre lo recuerdan sus padres —alegó Penélope, punzante, ganándose una mirada de reproche por parte de la condesa y de Mildred.

—Por un momento creí que no era inteligente, Penélope, ¿verdad? Usted es de las mías, considera que Mildred persigue un fantasma. Me alegra saber que coincidimos en un mísero punto en este mundo —se burló el conde.

—Gracias, Penélope. Has abierto la puerta de la incredulidad —masculló enfadada, dirigiendo su mirada al plato—. Madre, ¿no ha llegado una carta para mí?

La condesa viuda creía que ese era el momento de sacar a relucir el asunto de Albert.

—No, querida, pero no ha olvidado escribir a sus padres...

De reojo, la mirada de Daniel se dirigió a ella, quería saber cómo reaccionaría a esa noticia. Él pensaba que era cruel como persona, pero su madre era una enemiga en casa.

Ese era un golpe bajo, aunque un tanto revelador. Albert se olvidó de ella y no era algo raro, era esperado y hasta evidente, mas no tenía una carta en donde le dijera que podía seguir su vida sin tener en cuenta esa promesa.

El silencio se extendió sobre ellos como un manto de incomodidad, mas eso había traído cierta calma para todos antes de que terminaran sacándose los ojos.

El banquete que habían preparado se había acabado, solo quedaba el postre, un *creme brulee* que Daniel disfrutó, aunque no lo expresara en su rostro.

—Todas a dormir —mandó la condesa cuando las niñas se levantaron de la mesa.

—¿Y ustedes qué harán? —inquirió Alethea, curiosa.

—Hablaremos, somos los más grandes de la casa —respondió Mildred acariciando la cabeza de su hermana.

—Pero...

—Vete a dormir si no quieres conocer mi ira, niña —espetó el conde haciendo que aquella corriera por el susto. Daniel miró a Mildred y a su madre, se dispuso a justificarse—. Le falta disciplina. Esa enana es malcriada.

—Solo tiene ocho años... —alegó Mildred para que él tuviese compasión.

—¿Tener esa edad es una excusa para ser maleducada? A tu edad será un monstruo, una carga que no quiero llevar. Recuerda que mi obligación no deseada solo comienza contigo, Mildred. Ellas deben entender sus límites y si ustedes no las educan, la vida lo hará de una manera dolorosa.

—Milord tiene razón, Mildred. Hemos descuidado a tus hermanas pequeñas con tal de que olvidaran la pena de la muerte del padre de ellas, dejamos que hicieran lo que quisieran. Como madre admito que he tenido parte de culpa en ese descuido.

Mientras la condesa viuda se culpaba por las actitudes de sus hijas, el conde fue a sentarse al salón, buscando el whisky con la mirada.

—¿Tienen whisky? —inquirió impaciente.

Mildred fue a sentarse cerca del conde para esperar a su madre a que acercara las bebidas y las copas.

—Sí, milord. Lo escondemos de las niñas. A veces son curiosas —justificó la mujer, sonriente.

—Tienen más defectos de los que pensaba. Mildred, cada vez estoy más seguro de que ustedes mataron a su padre y querrán hacer lo mismo conmigo.

—No debería pensar en esas cosas absurdas. Es lo suficientemente mayor para creer en esos cuentos. No podríamos matarlo porque lo necesitamos, lo de mi padre fue desafortunado...

La condesa comenzó a servir un par de copas y le pasó el whisky al conde.

—Mi esposo estuvo enfermo un par de semanas hasta morir. Fue algo repentino, porque

creímos que pronto se mejoraría, pero no fue así —lamentó la condesa—. Nuestras hijas eran su vida. La familia era lo primero para él.

—Para mí es incomprensible ese concepto. Se lo he dicho a Mildred en varias ocasiones. Es tan difícil entenderlo...

—Mildred es una joven maravillosa, milord. Considero que ella podría convencerlo de que una familia es algo bueno. Además, usted pronto debería casarse —alegó la progenitora de Mildred.

—En algún momento, por ahora no tengo planes para eso.

—No es algo que usted quisiera escuchar ahora, lord Cholmondeley, pero puede escoger a una de las niñas para el futuro, tal vez Frances o Penélope. Mildred está enfrascada en esperar a Albert y no estaría disponible.

A Daniel el líquido que estaba bebiendo se le había quedado atorado en la garganta. ¿Qué demonios había ocurrido?

Capítulo 27

La escandalosa propuesta dejó a Mildred en un estado de sorpresa que no podía superar. ¿Cómo su madre podía ofrecer a sus hijas como si fueran mercancía? Cada vez estaba más segura de que estaba perdiendo el juicio.

—¿Cómo puede decir algo así, madre? Por favor, lord Cholmondeley, no tenga en cuenta lo que dice. Considero que ha bebido más vino del necesario en la cena —se excusó con presteza. No dejaría que ninguna de sus hermanas se casara con él.

—Querida, no se me ocurre pensar algo diferente —apoyó el conde—. No me casaría con ninguna de ellas ni si fuesen mayores, en todo caso, la única apta de esta familia para desposar es Mildred. Es inteligente y juiciosa, las otras ni siquiera piensan.

—Fue solo una idea divertida —musitó la condesa sin sentirse avergonzada, pues solo había tanteado el terreno. Cada vez se aseguraba de que Mildred estaba en la mira del conde de Cholmondeley, algo absolutamente conveniente para todas. Era lo que necesitaban en esa casa. Una figura masculina que las hiciera entrar en razón era bienvenida cuando tantas niñas hacían lo que querían. Desde que supieron que Mildred consiguió que volvieran a tener el mismo estilo de vida, todas olvidaron que podrían volver a ser pobres pronto si las cosas no salían bien. Ellas habían olvidado que quien daba la caridad debía ser bienvenido, mas lo atacaron sin piedad con tonterías. Un matrimonio con la mayor de ellas aseguraría que siempre se encargaría de ellas de forma obligada, solo que Mildred podría dejar escapar una oportunidad de oro por alguien que la había olvidado.

—De divertida tenía poca, pero de terror mucho, madre —farfulló acercando su copa de vino a sus labios, para después mirar a Daniel. Aquel parecía más divertido que agobiado por las ideas dementes de su madre.

—Debo admitir que Mildred se asustó de esa idea más de lo que podría asustarme. Quizá ella no quiere que sea su cuñado —insinuó burlón.

—No crea eso. Estaba sintiendo lástima por usted. Esta semana se dará cuenta de que vivir en esta casa no es tan fácil...

La condesa se sentó a beber con ellos al menos por una hora. Después se retiraron hacia sus habitaciones. Cuando Mildred entró a la suya, la condesa la siguió y vio ahí a la doncella que esperaba para vestirla.

—Yo ayudaré a mi hija, puede retirarse —ordenó la mujer a Diana.

—Ve, Diana, mi madre ha hecho esto muchas veces... —dijo la joven para que ella se fuera.

La doncella dejó a ambas mujeres solas. La condesa comenzó a aflojar el vestido de Mildred, mientras ella se quitaba las horquillas del cabello.

—¿Por qué ha hecho esa propuesta tan absurda, madre? —increpó Mildred recordando el

ofrecimiento.

—Porque es evidente que lord Cholmondeley está interesado en ti. Ni siquiera puede ocultarlo. ¿Te das cuenta de lo conveniente de este asunto para la seguridad de la familia?

Mildred dejó de sacarse las horquillas frente al espejo y a través de este miró a su madre con incredulidad.

—¿Qué dice, madre? Eso es absurdo, entre el conde y yo nunca pasará nada.

—¿Te atreves a mentir, Mildred? Los he visto y oído en la galería. ¿Cómo puedes intentar rasgarte las vestiduras frente a tu madre? Los estaba poniendo a prueba y han caído. ¿Por qué no aprovechas y haces que te pida matrimonio?

—¿Nos estaba espiando? Qué vergüenza, madre, mas debo decirle que está equivocada pensando que él quiere matrimonio. Desea que sea su amante. No me tiene en su casa porque es un alma noble. Me ha chantajeado para darles a ustedes esta vida otra vez, pero ¿a cambio de qué? De mi sacrificio, de que yo caiga en sus garras y termine desprestigiada. ¿Quiere una hija que sea amante de ese hombre? Estoy soportando esto sin que se meta en mi cama. Hasta el fin del invierno intentará que pierda mi virtud. Todo lo que tienen es gracias a lo que él espera obtener de mí.

—Si logras que te haga algo aquí, lo tenemos, Mildred, se casará contigo porque lo presionaremos. No creo que seas infeliz con alguien así, ya que se entienden tan bien. Además, Albert se ha olvidado de ti. Si te estabas reservando para él, más vale que lo pienses dos veces. Hablé con el padre de él y le dije que se comunique con su hijo para que pueda decirte si seguirás esperando o no. Esta oportunidad no la puedes perder por una ilusión.

—¡No quiero ser la amante de nadie, madre! ¡No! —expresó indignada por los planes de su progenitora.

—Nadie te dice que lo seas, puedes conseguir ser la condesa si te lo propones. Él está loco por ti, Mildred. Se nota en su mirada.

—Sé que le agrado, sé que le gusto, pero no es para el matrimonio, madre. Entiéndalo. Esperaré la respuesta de Albert para buscar un esposo de verdad, no a lord Cholmondeley.

—¿Si él quisiera casarse, lo aceptarías?

—Madre...

—¿Lo harías? —insistió.

—¡Sí, sí, lo haría! No puedo mentirle a nadie. Lord Cholmondeley es despreciable, pero sé comprenderlo, entenderlo y controlarlo. Solo que, con mis pensamientos puestos en Albert, no puedo aventurarme a nada. Debo esperar.

—Puedes perder esto por alguien a quien no le importas.

—Basta, madre, me agobia con esto. Estoy tratando de no pensar en el conde y en lo que

debo atravesar por el bien de esta familia. Estoy confundida con lo que es el deber y el afecto. Me gusta estar con milord, pero no quiero faltar a mi compromiso.

—Pobre de ti, Mildred. A veces siento que soy egoísta, pero como madre persigo el bien de mis hijas. Ser la esposa de un conde es mucho mejor que solo ser la pareja de alguien que tiene una riqueza limitada. Tal vez Albert no sea una mala persona, pero tú eres demasiado valiosa para alguien así, eres de la aristocracia y mereces algo que vaya contigo y que no te obligue a dejar esto que conoces por algo inferior.

Aquella conversación trajo un poco de luz a la mente de Mildred, pues su madre hizo algo importante para despejar sus dudas. Esperaba que Albert fuese un hombre razonable y respondiera al pedido de su madre, a través de su padre, para que fuese sincero sobre si debía seguir esperando. Ella debía iniciar su temporada social apenas acabara el invierno para conseguir esposo, pues estaba segura de que por más que Daniel la apreciara, eso no era suficiente para ofrecerle matrimonio. Deseaba que así fuera, pero las posibilidades eran pocas y más aún después de hablar de Albert hasta el cansancio.

Cuando ella se acostó a dormir, no podía cerrar los ojos pensando en toda la vergüenza que su familia le había hecho pasar ese día. Era tan horrible darse cuenta de que en su mente tenía otro recuerdo de sus parientes, como que eran víctimas de la situación; sin embargo, al regresar, se dio cuenta de que su madre era una persona que pensaba solo en lo conveniente y que el oportunismo era la solución. Sus hermanas tampoco quedaban atrás respecto a lo mal que se comportaban. Alethea que siempre había sido una niña buena, se volvió desobediente y caprichosa; Penélope, que antes parecía la más inteligente, era una serpiente frívola y codiciosa; Frances, entre tanto, parecía más alejada de lo que ocurría a su alrededor como Hannah, que parecía más asustada y retraída.

No podía culpar a todas. Su madre fue la primera en colapsar por el temor y apenas podía tener una oportunidad de conseguir tranquilidad y no la desaprovecharía por nada, si debía sacrificar a una de sus hijas, lo haría por el bien de las demás. No le parecía descabellado, pero desde un principio, Mildred sabía que ella sería el señuelo para salvar a la familia.

Negó varias veces antes de levantarse de la cama. Quería ir a la habitación de Daniel, pero se detuvo. No podía hacerlo, no era apropiado. Extrañaba los momentos en los que podían estar solos, conversar y besarse. Debía poder soportar las ganas de estar a su lado. Su madre ya sabía el secreto y estaba segura de que no se lo contaría a sus demás hermanas por miedo a que eso se difundiera y acabara con la reputación familiar.

Regresó a la cama para intentar dormir. Ese era su lugar feliz y debía disfrutarlo, estaría ahí solo unos días.

A la mañana siguiente, Daniel despertó y observó a su alrededor. Sabía que no estaba en su residencia. La habitación que fue del padre de Mildred era acogedora y no tenía nada que envidiar a la suya. La familia Hess en realidad vivía bastante bien.

Después de que Humbert lo terminara de vestir, él salió del dormitorio y ahí encontró a la condesa viuda, vestida con elegancia.

—Buen día, milord. ¿Cómo ha dormido? —saludó la mujer.

—Buen día, milady —correspondió con una inclinación de cabeza—. La habitación es cómoda.

—Me alegra. Milord, quisiera conversar con usted sobre un asunto importante. ¿Podría acompañarme al despacho antes de que despierten los demás?

—Está bien...

—Sígame, por favor.

A Daniel se le hacía extraño que la condesa quisiera hablar con él. Consideraba que había sido suficiente su delirio después de la cena.

Ella abrió la puerta de la estancia y lo invitó a entrar con un gesto de la mano.

—El anterior conde era un hombre ordenado —halagó observando que tenía un orden parecido al suyo, aunque no tan cuidado.

—Mildred lo ayudaba en casi todo. Era su mano derecha, la más apegada a su padre.

—Me contó que solía ayudarlo con los números. Me parece que fue algo arriesgado por parte del conde. Las mujeres y los números no son tan amigos.

La condesa rio por lo bajo antes de abordar el tema.

—Quería hablar con usted sobre Mildred...

—¿Quiere saber la razón por la que me hago cargo de ella?

—No, esa mentira la conozco. El señor Sinclair sugirió que la tuviese como pupila para ayudarla, pero no me refiero a eso, sino a la realidad que nos atañe.

El conde se tensó visiblemente. Al parecer ella sabía o sospechaba lo que ocurría entre él y Mildred.

—¿Qué quiere saber si no le interesa mi versión?

—Dígame la verdad, ¿piensa pedirle matrimonio a Mildred? No soy una tonta. Ayer los vi en la galería, por lo que me parece una situación inaceptable por parte de un caballero para una dama respetable, hija de un conde —declaró la condesa con seriedad.

Las piernas de Daniel se movían por sí solas para que él pudiese salir victorioso de esa situación.

—El matrimonio no está en mis planes en este momento —confesó—. También quisiera dejarle claro que no importa lo inaceptable que le parezca la situación, Mildred me pertenece, ha empeñado su alma por ustedes. No me hable de situación inaceptable cuando está salvando a su adorada familia.

—¿Piensa chantajearme para que me quede callada esperando que desgracie a mi hija con algún bastardo?

—Creo que debería hablar con su hija sobre nuestro trato para que no imagine cosas que no son, todavía...

—Le propongo otro trato: le daré la mano de Mildred a cambio de que la despose y ella deje de vivir de una ilusión. Claramente está enamorado de ella y se nota que no sobrevivirá a un matrimonio de mi hija con otro hombre. Solo considere la situación.

¿Era tan evidente su interés por ella que en menos de un día la madre se había dado cuenta, o era cuestión de atar cabos?

—Lo que Mildred haga de su vida me tiene sin cuidado, milady. No me interesa su mano.

—No me deja otra opción más que conseguir un esposo para ella lo antes posible. Apenas termine el invierno, tendremos noticias de Albert y si él no piensa casarse, tengo al candidato perfecto para Mildred. Con toda la desesperación de la falta de dinero he conversado con tantas familias que una está interesada en tener a Mildred como la esposa de su heredero. Lo mejor es que evite todo contacto físico con mi hija para que se mantenga pura para otra persona que sí cumplirá un papel preponderante en su vida.

Capítulo 28

Las amenazas de la madre de Mildred no deberían tener ningún efecto en él; sin embargo, habían logrado molestarlo, pues tenía una gran debilidad por ella, la adoraba y hasta era seguro que no podría vivir sin tenerla a su lado, mas la palabra matrimonio era demasiado fuerte para alguien como Daniel que, pese a no tomar muchas cosas en serio, sabía que eso era algo que podría destruirlo, tal como destruyó a sus progenitores, dos personas que nunca se quisieron, que más bien se odiaban e hicieron sus vidas de manera separada, aunque, la diferencia con ellos era que él sí apreciaba en cierto grado a Mildred, ella no le era indiferente. Debía pensar en algo para que esta mujer le diera más tiempo para pensar en qué hacer.

—¿Por qué entregarle el futuro brillante de Mildred a gente de este lugar? Con mi influencia puede tener un buen esposo en Londres —declaró intentando frenar los avances agresivos de la condesa viuda.

—Eso no sirve. Usted lo único que quiere es utilizarla.

—¿Y usted no? Dejemos la falsedad de lado. Todos aquí queremos algo de Mildred. Como su madre quiere asegurar el futuro de las otras por encima del de ella y yo quiero tenerla, pero le di una salida a su hija, yo intentaría por todos los medios convencerla de ser mía y si no lo lograba, de todas formas, se quedaría con todo lo que había conseguido hasta hoy, salvo que no tendría mi apoyo financiero más allá de una dote.

—¿Y no le importa el corazón de Mildred? Usted no sabe lo que es tener cinco hijas, no puede juzgarme por eso.

—No puedo pensar en el corazón de alguien si no sé cómo funciona uno, milady. No conozco más sentimientos que la amistad o la lealtad. Respecto al otro punto de no saber lo que es tener cinco hijas, le recuerdo que, de un día para otro, debía hacerme cargo de una familia de mujeres. Mi primera reacción fue la que cualquiera en su sano juicio tendría: echarlas de aquí y no tener relación alguna, porque no eran solo cinco, sino seis contándola. Son cargas que no me sirven. Gracias a Mildred y a su gran persistencia pueden disfrutar de esta vida. No intente colocarnos en contra mutuamente, milady, porque las consecuencias pueden no gustarle. Me encargaré de ella por mi cuenta y le conseguiré el mejor esposo si llegara a hacer falta.

—Usted no le conseguirá un esposo ni si su vida dependiera de ello. Es un ser egoísta que preferiría morir antes que ver a Mildred con otro.

—No sabía que usted me conocía mejor de lo que yo podría conocerme, pero la felicito por incomodarme con su escena de madre abnegada y preocupada por el futuro de Mildred cuando a las demás se las comerán los buitres si no les hace caso.

Daniel había tenido suficiente de la madre de su querida Mildred, por lo que abandonó el despacho y fue al salón para esperar a que ella despertara. No guardaría esta conversación en una gaveta, la tomaría como relevante para poder decidir más adelante. Todavía tendría mucho tiempo para compartir con Mildred y poder escoger qué sería lo mejor para ambos.

—Buen día, milord —habló Mildred que lo vio pasar frente a las escaleras a largas zancadas.

Él se detuvo de inmediato al oír la melódica voz de esa mujer. Cuando la vio ella parecía un ángel, tan ajena a la locura y drama de esa casa. Sin perder tiempo, cogió la mano de ella y dejó un beso al dorso.

—Odio estar aquí, Mildred —confesó como correspondencia a su saludo.

—Pensé que me diría buen día, pero me conformo con escuchar que está igual que todos los días.

—¿Podrías tomarme en serio, querida? Un poco de compasión por mis nervios no te haría daño.

Ella sonrió al oírlo decir eso. Acto seguido, enroscó sus brazos por el suyo y lo llevó hacia el salón.

—Sé que es difícil para usted y también sé que es un esfuerzo convivir con mi familia. Créame que lo entiendo y más aún porque no reconozco a estas personas que ayer nos recibieron. No parecen ser las mismas que dejé aquí hace un par de semanas.

—¿De verdad no eran así?

—La frivolidad ha consumido a mis hermanas y la locura a mi madre.

—Apoyo lo que dices de tu madre. Hoy me ha tomado por sorpresa y me ha dicho que hasta tiene un candidato para ti. ¿No le has dicho que tienes una ventana de salvación para no tener un bastardo? Deberías explicarle todo, ya que nos ha visto besándonos.

—¿Te ha dicho eso? ¡Mi familia no para de avergonzarme! Lo lamento —se disculpó.

—Te dije que este asunto de la familia era una tontería.

—No lo es. Solo que todos somos diferentes, la convivencia es lo que cuesta con tantas personalidades distintas.

—No me convencerás de que es algo bueno.

—Lo sé también, usted es reacio a entender que es mejor vivir en guerra que en soledad.

Él fijó sus ojos en los de ella y sonrió, aunque ese momento de paz y armonía se echó a perder con el sonido de una estampida bajando por las escaleras. Una de ellas rodó los últimos escalones.

—¡Madre! —exclamó Hannah desde el piso—. ¡Alethea me ha empujado!

Las burlas de las otras hermanas y el chillido de Hannah crisparon los nervios del conde casi de manera instantánea.

Mildred tuvo que dejar el brazo de Daniel para observar a sus hermanas con desaprobación.

—¿Qué maneras de bajar son esas? —increpó, después miró hacia la parte alta de la escalera y vio ahí a la institutriz que no podía controlar ni siquiera sus pensamientos en ese momento al ver a Hannah lloriqueando en el suelo.

—¡Oh, Hannah! —exclamó la condesa corriendo para consolar a su hija que estaba en el suelo.

—¡Madre, Alethea me ha empujado! —acusó con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Alethea, tan cuidado! ¡Hannah es frágil!

—Ella no se ha roto nada —reprochó con soberbia.

—¿Cómo pueden comportarse de esta manera? ¿Qué está ocurriendo con ustedes? —espetó Mildred. Estaba sorprendida y enfadada. Sentía que había estafado a lord Cholmondeley vendiéndole la imagen de familia cuando esto era un completo desastre.

—Disculpen, milady. Las niñas han amanecido juguetonas el día de hoy —justificó.

—¿Juguetonas? Yo diría más tontas que ayer —se burló el conde que se sentó en una silla del salón.

—Opina sin conocernos, milord —acusó Penélope.

—¿Qué más necesito ver? Torturan a la pobre Mildred con sus locuras y la mortifican cuando ella fue a buscar un futuro para ustedes. Deberían estar de rodillas ante su hermana mayor, agradeciendo esta oportunidad que no sería posible sin su magnánima intervención —defendió el conde pensando que con eso reprendía las niñas—. Ahora pónganse en fila y saluden como se debe.

Ante la orden de lord Cholmondeley las niñas tuvieron que obedecer. Sabían que estaban jugando en la orilla del desastre, desafiando los límites permitidos.

—¿Por qué Mildred es la favorita? —cuestionó Frances.

—¿Eso es un saludo? Que alguien me traiga un fuete, sabrán lo que es un saludo respetuoso.

—Lord Cholmondeley... —pronunció Mildred que se acercó a él para pedir clemencia para sus hermanas.

—La fusta... —exigió.

Para mala fortuna de las caprichosas hermanas Hess, Humbert estaba cerca y le proporcionó lo que había solicitado.

—Milord... —insistió Mildred con ojos suplicantes.

—No hagas esto, Mildred. Este desbarajuste se arreglará ahora —gruñó golpeando un

mueble con la fusta, sobresaltando a todos a su alrededor—. Llevo un día aquí y ustedes no conocen lo que es la palabra paz. De ahora en adelante quiero paz y obediencia a todas horas. Leerán libros hasta el hartazgo y se educarán para ser damas. ¿Quieren estar siempre bajo mi yugo? Entonces sigan así y me conocerán. No quiero ninguna solterona en esta casa. A la primera que quede soltera la expulsaré a la calle. El éxito de una asegura el de las demás...

Las miradas se dirigieron hacia Mildred haciendo que el peso de sus hombros se cuadruplicara por ser la menor.

—¿Y yo qué haré si estoy comenzando a leer? —curioseó Alethea.

—Ah, tú, pues tengo una tarea especial para ti. Sal a cazar langostas con tus dientes, es para lo que servirás por ser una matona.

La menor se enfurruñó al entender lo que él había querido decir.

—Ahora saluden como deben —mandó con la fusta a punto de golpear de nuevo el mueble.

—¡Buen día, milord! —replicaron al unísono.

—Ahora en esta casa estaremos en paz. No quiero escuchar quejas o comenzaré a disminuir sus dotes para que se casen con gente igual de irreverente que ustedes.

Ellas fueron a sentarse en el salón en el más absoluto silencio.

—No creemos que sea la forma de educar a las damas, lord Cholmondeley —alegó la condesa.

—Si a mí me han educado así que soy un heredero, ¿por qué no se les puede educar así cuando son un gasto? A usted también le faltaba una buena fusta, al parecer —insinuó el conde —. Y tú, querida Mildred, no intentes abogar por tus hermanas, pues saldrás mal parada. No dejes que tus sentimientos te impidan ver la realidad. Estas niñas necesitan reglas estrictas.

—Lo sé, milord, y haremos todo lo posible.

—Dejen que yo haga todo lo posible. Por tu tranquilidad, Mildred, prometo traer un preceptor para ellas. Considero que la señorita Carlington necesita ayuda y otra institutriz solo será otro bufón aquí. Después irán a vivir conmigo cada una por seis meses para asegurarme de que han comprendido todos los conceptos necesarios para respetar y casarse.

Los rostros de las niñas palidecieron al escuchar aquella advertencia. No querían quedarse con él y menos después de ver la fusta. Las cuatro corrieron y se aferraron a su madre para que las defendiera.

—Ustedes se lo han buscado, niñas. Deberían cambiar su comportamiento —dijo la condesa viuda—. La autoridad se respeta y lord Cholmondeley es nuestro benefactor, espero que dejen de hacer esto con malicia y puedan comprender que es todo el bien de ustedes. Compórtense como lo que son: las damas Hess.

—Nuestra madre tiene razón. Debo decirles que desde que llegué, ustedes me han

decepcionado. No parecen ser las niñas que dejé aquí antes de irme a casa de lord Cholmondeley.

—Y tú no pareces la hermana que se fue. Andas con este caballero pegada como una sanguijuela y se dicen cosas a escondidas. ¿En verdad no te vas a casar con él y traicionar tu compromiso? —indagó Penélope, punzante.

Esas palabras ofendieron a Mildred y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, dejando con presteza el salón para ir hacia afuera de la residencia.

—¡Mildred! —la llamó Daniel. Su mirada se oscureció al mirar a Penélope y señalarla—. Tú serás la primera en conocer mi enfado.

Esa advertencia quedó en el aire, después fue detrás de Mildred. Verla llorar era algo que le remordía la conciencia. No podía sufrir, él no lo permitiría.

Salió a caminar por la nieve sin importar que no estuviese con ropa correcta para el frío.

—¡Mildred!

Ella oyó su nombre y giró la cabeza. Era Daniel que iba tras ella con prisa. Siguió su camino sin parar. Por su culpa estaba en esta situación tan vergonzosa de que hasta su hermana más ponzoñosa la atacara. La alcanzó y se colocó frente a ella.

—La desterraré de aquí por lo que ha dicho de ti —musitó para congraciarse con ella.

—Es mi hermana.

—No es obligatorio querer a toda la familia y menos a esa arpía que se atrevió a decir eso. Tú no estás traicionando a nadie.

—Por supuesto que sí. Si me dejo besar por usted es una traición a todo. A mis principios, a mi palabra, a Albert.

—Tu propia hermana dijo que él nunca regresaría. Escucha, ¿te dejarás llevar por la envidia y la malicia de esa niña? Mildred, eres superior a tus hermanas. Ellas quieren lo que tienes, pero no podrían conservarlo ni si se les fuese la vida en ello.

Capítulo 29

No quería pensar que sus hermanas fueran envidiosas, pero algo había cambiado en ellas y necesitaba saber lo que era.

—Hablaré con ellas después del desayuno —aseguró Mildred después de secarse las lágrimas con las manos.

—Desayunarán en la cocina, no compartirán la mesa contigo.

—Milord, no quiero acrecentar las diferencias entre nosotras. Es cierto que sienten celos de mis vestidos y mis joyas, porque ellas no los tienen.

—¿Lo ves? Ni siquiera es bueno que te martirices por ellas.

—Usted debe comprarles vestidos y joyas.

—¿Yo? No, querida. Tú eres mi prioridad, las demás ni siquiera lo merecen. No demuestran ser dignas de nada. Si siguen así, Mildred, no se casarán, ¿crees que andarán pidiendo vestidos y joyas iguales a los de sus cuñadas? Ningún esposo sería capaz de tolerar tanta frivolidad, salvo que estuviese hipnotizado por alguna buena razón y no encuentro una que tenga sentido.

—Alguien que las ame mucho.

—Siempre escuché que el amor volvía estúpidas a las personas, pero no sabía que podría llegar al punto de malgastar una fortuna entera en caprichos frívolos.

—Le falta enamorarse, lord Cholmondeley.

—¿Me dirás qué estás enamorada o te has enamorado de alguien? Dudo que sepas cómo se siente.

—Considero que es de la misma manera que tener un gran sueño, luchar por él hasta conseguirlo y disfrutar de ese momento.

—Entonces he estado enamorado muchas veces; sin embargo, nuestras metas u objetivos no pueden decepcionarnos, solo las personas en las que depositamos nuestra confianza.

—Tiene razón. Entonces no sé lo que es estar enamorada.

—¿Y Albert?

—Jugábamos, era amable, considerado y un caballero conmigo. Creímos que eso era suficiente para querer estar juntos para siempre.

—Tan tontos, tan niños, tan inmaduros. Eso es amistad, no le pediría matrimonio a mis amigos con los que he jugado. Lamento que tu palabra esté mal comprometida con un amigo de infancia. La realidad es que han crecido y cambiado. Tú para bien y él para mal.

—Pero creo que puedo enamorarme si aparece y sigue siendo tan bueno.

—¿Y por qué no te enamoras de mí si lo que te importa es la bondad?

—Porque usted no es bondadoso, no se ofenda, pero los dos lo sabemos.

—¿Y no tengo otra virtud? Sé que la bondad tal vez no sea lo mío, pero soy fiel a mis convicciones.

—Usted no es fiel ni a sus pensamientos, pero me hace reír. Ahora me ha convencido de que debo mantener a mis hermanas en el límite y no complacerlas tanto. La envidia que sienten es porque no saben lo que he tenido que aceptar.

—¿Por qué siempre quieres dejarme como un villano?

—Porque lo es sin duda alguna, solo que no es malo, está equivocado.

Él colocó su mano en el rostro de Mildred y la acarició.

—La equivocada eres tú...

Los dos sonrieron y regresaron a la residencia tomados del brazo. Tal como lo había dicho el conde, no dejó a las menores desayunar con ellos. Lo harían en la cocina, degradadas por sus actitudes egoístas hacia los demás. A Daniel comenzaba a gustarle el poder que tenía para controlar a esas niñas.

—No debería ser tan cruel con las niñas, milord. Considero que han entendido que deben ser más respetuosas y lo cumplirán.

—Hay un lugar adicional si quiere acompañar a las niñas, milady —advirtió tomando un poco de agua para después entrelazar sus dedos—. Solo usted puede creer en esas lágrimas que son tan falsas como un pedazo de vidrio imitando un diamante. A mí no pueden convencerme de nada.

—Madre, sé que usted defiende a mis hermanas, pero no es correcto seguir consintiendo sus comportamientos agresivos entre ellas y con los demás. Las faltas de respeto son inaceptables para milord y lo apoyo.

—Tú lo apoyas porque estás cegada por el afecto que le tienes. ¿Comienzas a cambiar a tu familia, Mildred? —acusó su madre.

—Madre, le recuerdo que es nuestro tutor y benefactor con el que tengo un trato, nos guste o no, muy ventajoso, por él podría cambiar de decisión con tantas groserías que le hemos hecho.

—Las niñas refutarían tu argumento con que él ha sido grosero al enviar su corta misiva echándonos de aquí.

—Póngase en mi zapato. Recibir dinero es una bendición, que venga con problemas es otra historia. Debería decirles a sus hijas que ser varón tampoco es fácil y menos para mí que soy soltero y no poseo una compañía femenina que apruebe o desapruebe mi proceder. Esto es

prueba y error para mí. Tampoco tuve el consejo de ningún familiar porque tampoco tengo ninguno. Me dejé llevar por lo menos problemático para mí. ¿Acaso piensa que vine encantado aquí? Solo traje a Mildred para que comprobara que he cumplido con mi palabra y que jamás defraudaría lo que dije.

—Ahora solo queda que la deje en libertad para que ella no defraude la suya con el hijo del vecino.

—Madre... —gruñó Mildred con los dientes apretados.

—No sé si quiso incomodarme, pero creo que incomodó a otra persona, milady. Además, usted se pronunció acerca de eso diciendo que había conversado con el padre del susodicho y también que quería que me hiciera a un lado para que casara a su hija con algún heredero de la región. ¿Estamos de acuerdo en discutir eso ahora?

La madre de Mildred se tensó al ver la mirada de reproche de aquella.

—Los caballeros no tienen memoria... —espetó la condesa, molesta.

—No la tienen en asuntos íntimos y que yo sepa no he intimado con usted, tampoco me apetece. Coge mucha cuerda de su lado, lady Walton.

—Es suficiente. Nos ponemos unos contra otros. Esto no irá bien, pero hablaremos todos de los asuntos que nos conciernen y llegaremos a la paz —alegó Mildred, decidida.

—Dejaré que solucionen sus asuntos hablando entre mujeres. Yo iré a cabalgar...

—No conoce la propiedad, no puede salir sin mí —afirmó Mildred—, ¿y si se cae y no estoy ahí?

—Prometo no caerme y darle mucha paz con mi ausencia...

Las hermanas de Mildred oyeron que lord Cholmondeley iría a cabalgar. Sus mentes vagaban hacia la idea de causar un accidente y que él muriera, pero la voz de la razón les decía que era peor el remedio que la enfermedad. Tuvieron que dejar ir la oportunidad perfecta para acabar con aquel hombre al que consideraban una escoria.

—Quiero hablar con ustedes y dejar sentado lo que espero para que podamos continuar viviendo tranquilas. La presencia de lord Cholmondeley en nuestra vida será permanente o al menos hasta que todas nos casemos. Les pido que sean inteligentes y dejen las niñerías para otro momento. Es tiempo de enfocarnos en nuestra vida. Hemos enfrentado cambios. La muerte de nuestro padre ha sido tan dura e incierta que nos llevó a vivir un año de miedos e inseguridades que se hicieron realidad por unos instantes, pero milord es un hombre justo, aunque no bueno. Espero que le comprendan y no abusen de su limitada generosidad. Fui con el afán de conseguir un techo y traje mucho más: dotes para todas cuando no es su obligación...

—Hablas de él como si fuese un ángel, Mildred. ¿Sabes lo que nos hizo? Nos amenazó con echarnos de la que siempre ha sido nuestra casa —alegó Frances.

—Entiende, Frances, aquí no hay sentimientos, son deberes y obligaciones. Él hizo lo que

creía conveniente para él, no para nosotras.

—¿Y qué ha cambiado? ¿Tú has cambiado todo? Hemos visto que le importas mucho, ¿acaso piensas que por ser niñas no entendemos cierto lenguaje? —indagó Penélope.

—Piensan mal. Lord Cholmondeley me ve como una gran amiga y compañera, pues ha vivido solo toda su vida sin ser querido, amado o acompañado por la familia. Es alguien que no cree en los demás, por eso trato de justificar sus acciones y hasta las comprendo y empatizo con ellas. En pocos días regresaremos a Derbyshire y no quiero hacerlo sin saber que las hermanas a las que adoro están aquí y comprenden cómo su suerte ha cambiado. Quiero que me den paz ahora y que todo esté bien cuando regrese en un par de semanas.

—¿No te apetece casarte con él? —preguntó Hannah—. Parecen llevarse muy bien.

—No pienso casarme con él. Es la última persona con quien lo haría por muchas razones. También, no olviden que estoy esperando...

—La paciente Mildred... Esperemos que tengas éxito, querida —alegó su madre que estaba ahí con ellas, reunidas en la biblioteca.

Detrás de la puerta, Daniel se sentía extraño al escuchar lo que Mildred había dicho. Ser la última persona en el mundo era algo que no esperaba de la primera persona en su mundo, mas comprendía esas palabras porque él no era alguien adorable, era despreciable por haberle propuesto ser amantes. Esa idea se alejaba cada vez más de su mente, pues respetaba a esa mujer sobre todas las cosas. Dejó de oír lo que no le correspondía y fue a coger un caballo de las caballerizas. No se perdería por salir un par de pasos sin Mildred.

La decepción era palpable para él, pero era evidente que también tenía parte de culpa por su proceder. No podía esperar que Mildred se arrojara a sus brazos después de haber sido grosero y proponerle indecencia con las cuales se estaba rindiendo. Ella era tan valiosa que no podía sacarle su valor. Era un canalla, aunque gracias a Mildred había mejorado en su proceder. No quería perderla, mas no sabía qué hacer para tenerla siempre a su lado. Mentía, sabía lo que debía hacer; sin embargo, temía que una respuesta negativa acabara con todo lo que había construido en su vida, por eso solo estaba tomando valor para que el día menos pensado se arrojara a lo desconocido.

El viento frío siempre lo hacía pensar mejor. No debía tomar a pecho las palabras que Mildred ni siquiera le había dicho directamente, eso era para consolarse a sí misma y no para herirlo a él, pues si ella hubiese querido eso, no lo hubiese dudado ni por un segundo para decírselo en la cara con algún tono malicioso. Esa mujer no era de guardar cosas que la afligieran, lo decía a viva voz y trataba de conseguir que todo se solucionara de la mejor manera posible, por eso ella era alguien tan maravillosa, tanto que merecerla era algo que no merecía por su forma de ser. Era tan sucio y egoísta que fuese probable que no mereciera nada bueno.

Después de un par de horas cabalgando, regresó a Autum Hall, al dejar su caballo, pudo distinguir la figura de Mildred que estaba cruzada de brazos en la entrada.

—Estaba preocupada... —comentó con seriedad.

—¿Por qué? Sé cabalgar, querida. No tuve problemas con mi montura en esta ocasión. —Él le dio un beso en la mejilla.

Eso sorprendió a Mildred y se sonrojó al instante.

—Debería comportarse. Le recuerdo que por aquí hay lugares peligrosos y...

—Yo te recuerdo que soy un caballero preparado para lo que pueda venir.

—No es cierto, ¿o dirá que su entierro en la nieve fue algo que pudo haberse evitado?

—Por supuesto que sí, si hubiese tenido mejores mozos que se esforzaran más. Hablando de otra cosa, ¿pudiste hablar con tus hermanas?

—Sí. Espero haberlas convencido de que se comporten...

—¿Piensas que con eso cambiaré mi idea del preceptor?

—Supongo que sí.

—Pues no. No he cambiado de parecer. Necesitan una mano más firme. No dudo de que la señorita Carlington está capacitada para la enseñanza, pero no tiene una figura de autoridad. O su madre se vuelve a casar o traeré al preceptor.

—¿Volver a casarse? Eso no está en sus planes, se lo puedo asegurar. Lo único que le importa ahora es que sus hijas estén bien.

—Entonces el asunto del preceptor es un hecho. Yo mismo lo buscaré en Londres, le pagaré buen dinero por mantener en orden este gallinero. No sé cómo sobrevivía tu padre a este ambiente tan hostil.

—Porque no peleábamos y porque nos amaba demasiado para impedirnos algo.

Capítulo 30

Para la tranquilidad de Daniel había llegado el día de partir de Autum Hall. Las niñas habían hecho un esfuerzo por comportarse, aunque en ocasiones sin mucho éxito. Pese a que a veces se sentía agobiado, se había divertido un poco. El silencio era algo muy preciado en esa casa, ya que no se conseguía con facilidad.

Mildred se despidió de su familia con lágrimas en los ojos. Cuando él iba a subir al carruaje para esperarla, sintió que alguien tiraba de su capa. Daniel se giró y vio a Alethea.

—¿Qué quieres? —increpó soltando su capa de la mano de ella.

—¿Por qué Mildred no se queda con nosotras?

—Porque no merecen ese premio. Ve a coger algo con los dientes. —La despidió tocándole la cabeza.

Alethea comenzó a entender el sentido del humor un tanto retorcido de lord Cholmondeley. Mencionar a Mildred era como si se tratara de una posesión invaluable.

Una vez acabada la despedida, Mildred entró al carruaje limpiándose las lágrimas con los puños. Daniel no podía ver aquello, entonces le ofreció su pañuelo.

—Eres patética, Mildred. No puedes extrañar a estas personas —la reprendió con burla en sus palabras.

—Pueden tener todos los defectos, pero es mi familia.

—Ay, no. Ahí vamos de nuevo con esa idea que solo es capaz de consultarte a ti para no ver todos los defectos de esta gente.

—A usted también le agradaron, milord. Vi que ha reído con ellas.

—No te confundas, Mildred, me reí de ellas. Son un espectáculo poco entrañable. Mentiras, envidias y decadencia es lo único que encontré ahí, pero lo solucionaremos. No serán un peso muerto en nuestros hombros. Traeré al preceptor.

—No es necesario.

—Es justo y necesario. Me lo agradecerás en el futuro y me dirás: ¡Oh, Daniel, has salvado a nuestra familia del desastre!

—No sé si le diría nuestra familia. ¿Lo ve? Usted le ha cogido cariño a mis parientes.

—Son como una costra que se ha quedado en el tapizado. ¿Qué más se puede hacer? En el caso de la familia no podemos reemplazarla, ¿o sí? No son como un mueble nuevo, lamentablemente.

—Lo importante es que las ha conocido. Estoy segura de que ahora estará más interesado en ayudar.

—No he cambiado de parecer, solo estoy ajustando los planes de esas niñas que están perdidas, les falta educación, pero sus tristes y sencillas vidas cambiarán para bien. A la única persona que quiero que dependa de mí, eres tú. —Él cogió la mano de ella y le dejó un beso—. No sabes cuánto ansiaba estar así de cerca contigo. No hay sufrimiento más perpetuo que no poder estar junto a ti como deseo.

—Lord Cholmondeley... —pronunció sonrojada. Ella también estaba ansiosa por estar a su lado de esa forma, aunque no era bueno que anduviese diciendo aquello frente a Diana que estaba ahí.

—Ni siquiera he sufrido con tu familia como lo he hecho con la distancia que hemos tenido que poner en tu casa. Quería echarlos a todos, pero recapacité en el último momento por ti.

Ella le sonrió. Entendía que esa manera tosca era en la que él se expresaba. No tenía otro lenguaje de afecto, sabía que había llegado al corazón de Daniel, pero no quería usar ese poder para conseguir cualquier cosa que se le ocurriera. El conde no le ponía límites a sus deseos y Mildred sabía que podía manipularlo si lo deseaba, mas estaba feliz con lo que tenía a su lado. Lo que vivían era una alegría tan efímera y una felicidad inusitada, que no sabía qué ocurriría cuando tuvieran que alejarse. Su corazón palpitaba al pensarlo. Por un lado, lo mejor era que cada uno siguiera su camino; sin embargo, no deseaba cortar lo que tenían.

—Si usted sufre así ahora, ¿qué ocurrirá cuando deba retornar o casarme?

—Me has dado con el puñal, Mildred. Qué decisión más difícil, pero no quiero pensar en eso, porque lo más probable es que enloquezca y regrese al ático a morir de cansancio.

Al recordar el ático, ella se sonrojó tanto que era imposible ocultar lo que le aquejaba. La imagen de Daniel en su habitación, dejando que tocara su cuerpo, había aparecido en su mente. Le avergonzaba admitir que le recorría el deseo de tenerlo a su lado. Era algo difícil de explicar, como una sensación de posesión, como si él le perteneciera. Aquel le decía tantas cosas que comenzaba a creer en todo.

—No exagere, milord. Es parte del trato. Ahora, si me permite, leeré un nuevo libro para nosotros. —Mildred tenía las mejillas teñidas del rojo vergüenza.

—Está bien, querida, te escucharé...

Al poco tiempo de iniciada la lectura, el conde se durmió al igual que Diana. Mildred seguía leyendo sin darse cuenta de lo que ocurría. Una vez que levantó la mirada y los vio sumidos en el sueño, cerró el libro y también se dispuso a hacerle compañía a ellos mientras dormían, aunque le costaba mucho. Por un lado, quería quedarse en Autum Hall, pero por el otro moría por estar con ese sinvergüenza. Sus gustos eran imperdonables porque disfrutaba de la compañía y de las atenciones de lord Cholmondeley. Al parecer estaba tan seguro de sí mismo que ella terminó creyendo que no podría sin él. Era absurdo, mas había dejado de insistir y chantajearla para ser su amante. Quizá se aburrió y perdió el interés en ella.

Ante esa idea su corazón palpitaba con fuerza. No deseaba que eso ocurriera, pero pronto recibiría alguna noticia de Albert, pues su madre había tenido la determinación suficiente para saber lo necesario para continuar al frente. Si aquel hombre no deseaba romper su promesa, ella estaba libre para buscar un esposo. Sin embargo, no sabía si estaría feliz con alguien que no sería lord Cholmondeley en su vida. No podía depender de él para vivir tranquila, aunque algo en su pecho le decía que sin él las cosas carecían de sentido. Sentía que, para su desdicha, ella estaba enamorada de él y no lo pudo evitar. Tal vez no perdió la virginidad, pero había perdido el corazón en el proceso. Su fidelidad era solo de palabra, mas en su interior engañaba a su promesa por afecto a Daniel.

Logró dormir hasta parte del camino en el que llegaron hasta una posada. La falta de tormentas de nieve los había dejado avanzar mucho y cada vez estaban más cerca de llegar a Derbyshire.

Daniel ayudó a Mildred a bajar en la posada, pidió las habitaciones y la llevó hasta la suya.

—Te veré mañana antes de partir —dijo Daniel a modo de despedida dándole un beso en la frente.

—Milord, ¿por qué me besa en la frente? ¿Acaso ya ha perdido el interés por mí? —cuestionó con temor en sus palabras.

—Lo que más deseo en esta vida es perder el interés por ti. De haber sido así como dices, te hubiese dejado con tu madre en lugar de cargar contigo. Solo respeto tu distancia cuando estemos en estos lugares, pero una vez que lleguemos a casa, las cosas volverán a ser como antes.

Eso tranquilizó a Mildred por un lado, pero dejó en ella la duda de lo que había dicho. Quería dejar de interesarse en ella, mas no lo conseguía, lo que significaba que comenzaba a esforzarse por sacarla de su vida. No podía confiarse demasiado en que él la seguiría queriendo.

—Buenas noches, lord Cholmondeley.

—Buenas noches, Mildred...

Él le dio la espalda y fue hasta el dormitorio en el que descansaría. Se acostó en la cama y miró al techo de la posada.

—¿Lo ayudo con su ropa, milord? —indagó Humbert que se acercó para sacarle las botas.

—Sí. Me siento aliviado de haber salido de Autum Hall. Es un lugar bello, pero barullento. Mis nervios comienzan a descansar.

—Es comprensible, milord. La casa de milady solo puede ser comparado con Bedlam. No es extraño sentir alivio al dejar ese sitio.

—Lo único que me dejó preocupado es saber que la condesa ha metido su cuchara en la sopa de Mildred al hablar con el padre del tal Albert. Si vuelve y la reclama, soy capaz de matarlo.

—Milord, se ensuciará las manos de forma absurda, ya que usted no pretende nada con milady.

Daniel suspiró y se levantó de la cama.

—Eso era antes. Me temo que mis pensamientos y necesidades han cambiado, Humbert. Solo que no soy capaz de hablar de ello porque no entiendo mis razones, no tengo ninguna para mantenerla a mi lado.

—Le asusta el matrimonio, milord.

—Admito que lo respeto y prefiero mantener distancia con eso, pero esa es la única forma en que podría tenerla. No obstante, aunque pudiera llegar a proponerlo, ese hombre con la promesa me trastorna. Ella está empeñada en cumplir y lo más probable es que me encamine al fracaso con una propuesta. No creo que sea capaz de tolerarlo por mi orgullo.

Los ojos de Humbert brillaron al oír esas palabras del conde, pero también se sintió intimidado, pues la frustración de ese hombre podría hacer sufrir a muchas personas. Todo dependerá de lo que haga la mujer en la habitación contigua, si llegado el momento lo rechaza, esto podría ser considerado el final de los tiempos para los sirvientes de la propiedad o al menos de todas las propiedades.

—Milady está cegada por su palabra y no le deja ver las oportunidades que tiene. No puede desaprovechar la oportunidad de ser la condesa de Cholmondeley.

—Créeme que sí puede hacerlo, por verme rabioso es capaz de cualquier cosa, pero eso es lo que me mantiene interesado en ella, el hecho de que somos diferentes. Puedo tener a la mujer que desee en mi cama, aunque no puedo tener a la que de verdad me importa. Son cuestiones de la vida, quizá castigos por mi irreverencia o simplemente casualidad.

Humbert le quitó el frac al conde y lo acomodó en un rincón. Él nunca había sido tan abierto con sus cosas. Acostumbraba a decirle solo lo justo y necesario. La mujer que había llegado un día a esa casa lo había cambiado para siempre, aunque deberían saber en qué forma lo había hecho, si para bien o para mal.

—Descanse, milord. Mañana continuaremos el viaje y tendrá más oportunidades de hablar con milady sobre estos asuntos que lo mortifican de cierta manera.

—No lo haré, esperaré a ver si esto que me agobia es algo que continuará o es algo pasajero que quizá cuando llegue el momento en que ella se vaya, desaparezca.

El sirviente terminó de preparar al conde para su noche y después fue a la habitación que compartiría con Diana y se sentó en la punta de la cama.

—Tu amo no deja de tirarle indirectas a milady... —comentó Diana quitándose los zapatos.

—Milord está muerto de amor por tu ama que es una tonta —escupió recostándose en la cama.

—Milord no siente amor ni por él mismo, pero si en algo tiene razón, en que pierde el

tiempo en ese tal Albert. Lamento pensar que milady puede perder su vida con aquel dejando ir otras oportunidades.

—El conde ya no le insinúa acostarse, lo que significa que él se arrojará a la idea del matrimonio más pronto que tarde. Es cuestión de días, semanas o meses...

—Perderá el tiempo, milady lo rechazará, pongo mi vida en eso.

—No lo dudo, sobre estima las promesas de un mentiroso y dejará pasar al conde solo por una ilusión que ni siquiera le importa tanto.

Diana asintió. No podía decir que no fuese cierto lo que Humbert decía.

—Si ellos se separan, yo iré a Autum Hall —dijo Diana que miró a Humbert.

—Te unirás al sexteto de arpías, eso suena bien para ti y milady —replicó con un poco de desdén.

—¿Ni siquiera me extrañarás?

—¿A ti? No, ¿para qué? Lo único que extrañaré es la vida que teníamos antes de que el conde conociera a milady. Si le destrozara el poco corazón que ha conseguido en este tiempo, la amargura será peor que antes. No hay nada peor que haber conseguido amor para luego perderlo. Milord aún no ha atravesado eso, pero si lo hace, no habrá vuelta atrás y nuestros días serán nublados.

Capítulo 31

Al día siguiente continuaron su viaje a Derbyshire, esta vez sin quedarse. La nieve les estaba dando vía libre para llegar sin demasiados inconvenientes y paradas.

Mildred continuaba con su lectura, mientras que Daniel apreciaba sus facciones y trataba de seguir el tema del libro. La mayor parte de las veces se perdía en la voz de la joven y no entendía nada de lo que se había leído.

Él meditaba las decisiones que tomaría teniendo a Mildred en su casa. Necesitaba pensar cómo haría para no enloquecer con su presencia o al menos no volverse tan absorbente, porque su objetivo era siempre estar a su lado y necesitaba tomar una decisión delicada en ese tiempo antes de que llegara el fin del invierno, pues si eso sucedía, terminaría en el mismo invierno de su vida.

Después de un largo viaje, llegaron a la residencia del conde en Derbyshire. Mildred sentía que estaba en su casa. Fue hacia su habitación y se recostó en la cama, observando aquel dosel con interés. Las sábanas olían a la casa del conde, un aroma que debería rechazar por todo lo que significaba, pero no podía, pues no era el demonio que todos creían. A ella le había mostrado su lado más hermoso, respetando sus deseos. Él era un hombre maravilloso, con el que podría permanecer si aceptaba recibirlo en su cama. Sin embargo, sentía temor de lo que eso podría significar para su futuro y su reputación. No podría tener una vida decente después de eso, porque, pese a todas las virtudes de Daniel, él no quería casarse aún. Tampoco le aseguraba nada después del invierno. El tiempo se cumpliría y ella regresaría a su casa como si nada, solo llevándose de recuerdo los besos y caricias que habían compartido, como un tesoro en su corazón, algo que únicamente sabría su familia, ya que había sido difícil ocultar ante ellos lo que significaba estar cerca el uno del otro.

Su pecho palpitaba al pensar en el desenlace de la historia de ambos. ¿Qué podría hacer más que disfrutar de lo poco que quedaba y resistir por el bien de su reputación?

Después de dar un recorrido por su habitación, regresó al salón. No se sentía tan cansada para comenzar a dormir. Pediría un poco de té.

—Diana —habló Mildred al verla bajar algunas cosas del carruaje.

—Diga, milady.

—¿Puedes pedirle a la cocinera que sirva té para el conde y para mí?

—Se lo diré.

—¿Y el conde?

—Lo vi subiendo la escalera después de usted.

—Golpearé su puerta. Gracias, Diana.

Ella regresó hacia el pasillo y se quedó de pie frente a la puerta antes de golpear.

Daniel oyó un golpe en la puerta. Él se encontraba observando las joyas de la familia, en especial los anillos.

—¿Quién es? —preguntó con molestia.

—Mildred, milord.

—Adelante —dijo con la voz suavizada y una leve sonrisa.

La joven abrió y metió la cabeza.

—¿Está muy cansado? Pregunto porque he pedido un té para los dos... —contó sonrojada.

—Pasa, Mildred. No te morderé aunque lo desee. Quiero que me ayudes a ordenar estas joyas. Estaba pensando hacerlas por color o por valor...

Agachó la cabeza y dio unos pasos hasta la cama en donde él se encontraba sentado con el joyero abierto.

—Todas son muy hermosas. Yo las consideraría por color y valor... —comentó mirando aquello con asombro. Eran muchas joyas. El joyero de su madre era mucho más recatado que ese.

—¿Puedes ayudarme con eso mientras tomamos el té? —La excusa era más que bienvenida para que ella le abriera los ojos para saber cuál era su favorita.

—Usted dijo que una mujer no podía ordenar nada...

—No dije eso, Mildred, hablé de números. Las mujeres usan un par de palabritas a su antojo cuando les resulta conveniente. En este caso, una dama es lo más acertado para ordenar un joyero, ¿no es así?

—Esta vez sí tiene razón. Me encantará ayudarlo.

El conde cogió el joyero para llevarlo fuera de la habitación. Mildred abrió la puerta para que él saliera primero con la nueva y pequeña diversión que tendrían por unos instantes.

Se dirigieron al salón del té y se sentaron para comenzar a clasificar los anillos.

—¿Qué te parecen estas esmeraldas?

—Considero que quien las use será afortunada, milord. ¿Cuál era de su madre?

—Esta... —Daniel cogió un zafiro impecable y se lo enseñó a ella.

—Supongo que es valioso.

—Sí, considero que es el más valioso de la colección por la cantidad de diamantes que tiene. Pocos anillos se han repetido para cada condesa, al parecer han herido romper algo, algún

patrón, no sé cuál, porque la infelicidad y el matrimonio por conveniencia no ha sido. Todas las generaciones de esta familia fueron infelices.

—Lo lamento, pero no creo que estos anillos tengan algo que ver.

—Muchos dicen que el alma de las personas queda impregnada en sus cosas. Es mejor no tocar el zafiro. —Rio y dejó aquel anillo a un lado.

—No puedo creer que usted cite un mito como una razón. Considero que las cosas de otras personas también pueden servir para la redención.

—Mildred Hess siempre piensa en las cosas buenas. A veces no existen, querida.

—Usted me ha hecho creer que lo malo puede ser bueno.

—Soy débil por ti, Mildred, pero no soy bueno ni lo seré jamás. Esta esmeralda sencilla fue de mi abuela. Este diamante tan magnánimo fue de mi bisabuela, este grandioso rubí, perteneció a mi tatarabuela... Hay otros anillos aquí que nos han sido de compromiso.

—El diamante de su bisabuela es excepcional. El zafiro tal vez tenga más valor por lo que le rodea, pero este diamante es como el agua cristalina que cae como una gota en primavera.

—Entonces, ¿te gusta el diamante?

—Es hermoso. Si tuviese algunas historias familiares sería aún más valioso.

—Puedo decirte que ninguna historia ha sido buena, aunque dicen que mi bisabuela sí apreció a su esposo. Ella era parte de la familia Reynolds, eran poderosos y adinerados, lo que hizo que la fortuna del condado fuera más grande. Mi bisabuelo apreció a una mujer tan valiosa y le dio dos hijos. En cambio, mi madre fue castigada conmigo.

Mildred lo vio con una media sonrisa al conde.

—Usted puede cambiar todo escogiendo a su futura esposa por las razones correctas...

—¿Razones que desconozco? Tú vives en un mundo de fantasía, Mildred. La vida no es hermosa como la pintas, tal vez tenga cosas divertidas, pero es menos satisfactoria al final de cuentas. Siempre persiguiendo algo, ni siquiera el placer del que me jacto es tan importante...

—No desconoce razones, milord, solo no quiere verlas. ¿Por qué debe casarse con una mujer que no soporta, a la que no conoce y con la que no siente gusto de conversar? Busque una compañera...

—¿Es fácil para ti darme consejos, Mildred? Si tú buscaras un esposo... Deja de lado al farsante ese, por favor, o estallaré, ¿qué buscarías?

Era el momento perfecto, el más propicio para sacar conclusiones. Tenía un anillo de preferencia y en ese instante tenía la opción de transformarse en lo que ella buscaba.

—A alguien que me hiciera vivir, sonreír, amar, que me dé la libertad de escoger y me

adore. ¿Qué mujer no quiere ser adorada?

Temía hacer preguntas absurdas sobre si él la hacía reír o tal vez amar. Entonces, frunció el ceño e hizo un gesto con la boca como si algo lo asqueara, pero no había nada, solo su falta de conocimiento en lo que se refería a lo que comentaba Mildred. Él era esencialmente básico, no tenía nada de extraordinario, salvo que aseguraba ser una de las criaturas más atractivas de Inglaterra. No lo decía solo porque el espejo lo insinuase, sino porque algunas mujeres ya lo habían manifestado.

—Hablas de cosas tan idílicas que no comprendo. Para mí el concepto de amor es algo desconocido.

—Tampoco sé lo que es el amor, mas entiendo que se trata de fidelidad, compañerismo y afecto, uno que no conozca límites, que no le tema a los desafíos, que no se deje amedrentar por las tribulaciones. Eso se mide con la lealtad.

—Conozco lo que es la lealtad a un amigo o un negocio, pero no a una dama.

—Debería practicarla.

—¿Contigo?

El sonrojo volvió a teñir las mejillas de Mildred.

—Tal vez...

Él se acercó a ella y le dio un corto beso, después la miró a los ojos sin querer transmitir sus preocupaciones, aunque el mismo Daniel se había dado cuenta de que sus facciones duras habían sido reemplazadas por otras que demostraban su estado de ánimo. No siempre estaba perdido en sus cosas como antes, ni tampoco en la cama de mujeres como acostumbraba. Se encerró en esa casa para conocer a la mujer que cambiaría el curso de sus pensamientos y de su vida por algo que no lograba comprender a la perfección. No quería creer que en su interior se gestaran sentimientos ajenos a lo que él conocía como un poco de gratitud y amabilidad, que era todo lo que podía entregar. No había poder que lo hiciera reflexionar, al menos eso fue hasta que Mildred hizo su aparición en su vida y le abrió los ojos de una forma en que todo lo que conocía parecía estar equivocado.

Después de terminar el beso, Diana se acercó con el té para ambos y no dudó en echar un ojo a las joyas. Quería hacer lo mismo que hacía Mildred al colocarlas en un orden por colores.

—¿Quiere que la ayude, milady? —curioseó, pero la mirada avellana del conde la persuadió de que no necesitaban ninguna ayuda.

Una vez que Diana se fue, Humbert fue el que entró, pero lo hizo con una carta en la mano.

—¿Qué quieres, Humbert? —inquirió irritado.

—Disculpe la interrupción, milord, pero ha llegado una carta de su propiedad en el condado vecino. El administrador es quien se lo envía.

El rostro de duda y de preocupación se hizo presente en Daniel. Eso no pasó desapercibido para Mildred que prestó más atención a lo que hacía el conde.

Aquel rompió el sello con fuerza y comenzó a leerlo. Su ceño se fruncía cada vez más y la preocupación se reflejaba en su semblante.

—¿Qué ocurre, milord? —indagó la joven al verlo preocupado.

—El frío azotó con fuerza. La mortandad de animales es muy alta. Alguien ha sido descuidado. No pueden estar expuestos tanto tiempo por esta razón. Ahora afrontaré grandes pérdidas...

—Oh, no... —Esta noticia hizo que el corazón de Mildred palpitara con fuerza.

—Retírate, Humbert —ordenó acomodándose en el sillón para seguir con su té.

—Dígame que algo se puede hacer... —habló Mildred, preocupada.

—No se puede hacer mucho más que intentar que los demás animales no mueran. Enviaré una carta con instrucciones al administrador y unos días después iré a cortar cabezas. Te quedarás encargada de nuestra casa.

—¿Yo? —inquirió asustada.

—Estás capacitada, todos te aprecian y te respetan. No tendrás problemas con los sirvientes.

—¿Por qué no me lleva con usted?

—¿Y si es algo que puede contagiarse a ti? No me lo perdonaría.

—Pero su vida estaría en peligro, milord...

—He tenido casos como este, pero a los trece años. Sé cómo solucionarlo. Tú solo serías una preocupación ahí. Aquí eres más útil. —Él cogió su mano y la besó—. Te confío estas joyas, escribiré la carta. Ve a dormir pronto, necesitas descansar.

En su pecho latía el miedo de que algo le ocurriera a Daniel, que terminara muriendo. Eso hizo que un calor extraño subiera por su cuerpo, sus pies comenzaban a temblar y su apetito se había ido por completo. Verlo salir del salón del té le daba un mal presentimiento. No quería que nada malo le ocurriera, debía cuidarlo.

No pudo quedarse mucho tiempo en el salón del té. Cogió el joyero y lo siguió. Necesitaba estar a su lado como fuera. Abrió la puerta del despacho sin golpear y entró. Ahí lo vio escribiendo la carta.

—No se preocupe por mi presencia, seré silenciosa, solo quería estar aquí cerca. Sé que no puedo hacer nada, pero no lo dejaré.

Una media sonrisa se dibujó en el rostro de Daniel. ¿Qué más necesitaba para dar ese paso crucial en su vida? Ahí estaba ella apoyándolo. Ella era tan valiosa que debía hacer que

permaneciera con él por la vía correcta: el matrimonio.

Capítulo 32

La vida en la propiedad de Daniel seguía un curso normal con Mildred. Comían juntos, hablaban, ella leía libros para él, mientras Daniel seguía inmerso en números, cabalgaban cada vez que el clima lo permitía y se besaban a cualquier oportunidad que tenían. Mildred apartó más a su doncella para disfrutar de la vida a su lado.

Los sirvientes esperaban que el conde pudiera tomar el paso necesario para casarse con la mujer que mantenía bajo su techo, aunque también estaba el temor de que las cosas no se dieran y terminara todo aquello que era tan hermoso en un verdadero infierno.

Mildred parecía acomodarse en aquella casa cada día que pasaba. Le costaba mirar los floreros vacíos, entonces pedía a los sirvientes que fuesen a buscar del gallinero plumas de los gallos o cuando los mataban para la cena, cuidaban de no maltratar el plumaje, pues ella adornaba la casa con eso. Le gustaba ver un poco de color y su toque entre las paredes de esa residencia tan masculina.

Cuando la joven se encontraba acomodando uno de sus últimos jarrones con adornos, ella miró a Humbert que recién había recibido la correspondencia para el conde. Se veía tenso y apresurado. Mildred dejó de lado lo que estaba haciendo y fue detrás del sirviente hacia el despacho del conde, se colocó junto a la puerta después de que aquel entrara, ella se pegó a la madera para escuchar.

—Disculpe que lo interrumpa, milord, pero ha venido otra carta de su propiedad, tal vez sea la respuesta a la que usted envió —dijo Humbert acercándose para entregarle el sobre.

Daniel tuvo que dejar lo que estaba haciendo para prestarle atención a lo que decía su sirviente. Cogió lo que este le entregaba y leyó en silencio. Su ceño se fruncía más cada vez que descendía en las líneas de la carta.

—Las cosas mejoran, pero no tanto como esperaba. Tendré que ir…

—Pero, milord, las condiciones climáticas…

—Debo ir. No puedo quedarme aquí esperando que las cosas mejoren. Lo único que me duele de tener que dejar mi casa es Mildred, pero las obligaciones son así. Puedes retirarte —mandó pensativo.

Apresurada, Mildred tuvo que tomar otra posición y fingir que venía por el pasillo.

Al abrir la puerta, el sirviente se sorprendió al ver ahí a Mildred.

—Milady…

—Lamento haberte asustado, vine junto a milord...

—Por supuesto, pase. —Se hizo a un lado para dejarla pasar, después cerró tras de sí.

Ella dio unos pasos hacia el escritorio de Daniel. Pocos segundos antes él había dicho que lo único que lamentaba era dejarla ahí. Eso la conmovía.

—Veo preocupación en su semblante… —comentó para que él dijera algo.

—Ven, toma mi mano y consuélame —pidió Daniel. Ella no dudó en acceder. Él besó su mano y la acarició—. Mañana partiré para solucionar este problema que se está haciendo más grande. Es como una bola de nieve. No sé si es el frío o un caballo que enfermó y contagió a los demás.

—Puedo ir con usted para acompañarlo.

—En otras circunstancias te llevaría, pero es peligroso.

—¿Peligroso? Entonces, no vaya.

—Es peligroso por el clima, querida. No quiero llevarte a pasar penurias. Será duro.

—Deje que sus empleados resuelvan este asunto…

—Mildred, en ocasiones hace falta que la figura de autoridad se presente para que la gente no olvide a quién se debe. No temas, estaré bien, solo pensar en estar lejos de ti es una carga pesada, es menos tiempo a tu lado.

—No quisiera que vaya a ningún lugar y más aún sabiendo que puede ser peligroso para usted. Mi padre habría hecho lo mismo. Siempre estaba poniendo el pecho por las personas que confiaban en él cuando era un administrador. No podía delegar esa obligación.

—Qué comprensiva y especial eres, Mildred. A veces te odio por ser así, tan dulce, eres un premio para un malvado como yo.

—No sé la razón por la que se empeña en que es alguien abominable, para mí su coraza ha sido rota. Es alguien amable e inteligente que me ha respetado haciéndome pensar que su interés por mí había terminado.

—El fin del mundo es más probable que perder el interés por ti…

—Debo decir que está mejorando con sus halagos, lord Cholmondeley.

—Me he vuelto débil por tu causa. Cuando algunos dicen que la mujer es la encarnación del diablo, es cierto. —Abandonó su asiento y la estiró hacia él para después descansar su cabeza en el cuello de Mildred.

—Es malvado conmigo. —Mildred acarició con cariño los cabellos del conde. Tenía la extraña sensación de que esa sería la última vez que estarían así. Sentía un leve escozor en los ojos, como si quisiera llorar por algo que ni siquiera estaba ocurriendo todavía.

Aquel momento parecía una conexión eterna entre ellos. Ninguno de ellos quería separarse. Intentaban tapar con un dedo lo que era inminente: una separación. Mientras que a Mildred se le llenaba la cabeza de momentos felices con Daniel, a él lo mataba no saber qué decisión tomar, si

sería apresurado o no lo que su mente le decía que hiciera. En su mente la idea del fracaso lo consumía, no estaba seguro de poder recuperarse del rechazo que pudiera hacer Mildred caprichosamente, por pensar en alguien que no la tenía en cuenta. Le daba más atención a las palabras vacías de dos niños.

—Pide a la cocinera que prepare mi plato favorito para la cena… —musitó Daniel.

—Así lo haré… —Ella besó los cabellos de él, deseando quedarse pegada al conde para siempre. Casi no podía ocultar lo que sentía por Daniel. Esto había pasado de ser un trato con advertencia a convertirse en algo que hacía que le faltara el aire. Estaba llegando a una terrible conclusión: amaba a lord Cholmondeley y no quería separarse. Esperaba con ansias una carta en la que Albert le dijera que no la tomaría por esposa o que quizá olvidó la promesa. Eso la liberaría para tomar cualquier lugar que Daniel quisiera ofrecerle en la vida. A veces se cuestionaba qué tan malo sería ser la amante si lo tendría para siempre a su lado.

Después de compartir ese momento en el despacho, ella fue a hacer lo que él le había pedido. Mildred deseaba hacer una noche especial para Daniel. Pensaba en ejecutar el violín, jugar a las cartas, por más que no mejoraba mucho pese a la insistencia del conde. Beber con él hasta tarde y hablar de caballos, aunque esto último tal vez no fuese una buena idea, ya que por causa de eso debía ausentarse y abandonarla. Eso le pesaba en el corazón tanto a ella como a él. Se habían acostumbrado a la presencia del otro por más que no se dijeran nada. Eso hacía que una separación pesara más que cualquier desacuerdo que pudieran tener.

Se vistió con más elegancia de la necesaria para una cena. Además, se colocó un par de las joyas que él le había obsequiado. Quería que la viera y admirara. Sabía que eso le encantaba. Ella quizá no tuviera un presente para él, pero al ver que el conde la miraba con un brillo especial, sentía que lo pagaba todo.

—Humbert está guardando las ropas de milord en sus baúles —comentó Diana que terminó de arreglarle el cabello.

—¿Él irá con milord? —preguntó Mildred.

—Creo que sí, pues cree que puede ser de ayuda en medio del clima adverso, aunque yo creo que será un peso adicional para milord.

—No quisiera que tengan que irse. Haría lo que fuese para que él se quedara. Diana, me agobia saber que se irá y me dejará aquí.

—¿Le da miedo que los sirvientes la traten mal?

—No, me da miedo estar lejos de él. He caído en su juego y no sé cómo salir de él. Estoy enamorada, esperando que Albert me dé la gran noticia de que no le importo.

—De todas maneras, milady, no podrá casarse con milord. Él no tiene una idea mejor para usted que no sea ser su amante.

—Lo he pensado, sopesando lo bueno y lo malo. Siento que enloqueceré y si lo hago, aceptaré lo que sea por estar a su lado.

—No debe hacerlo. Sus principios y su reputación son más importantes que sus deseos. No olvide que tiene a sus hermanas que dependen de usted. Si no se casa, ellas difícilmente lo harán más adelante por más buenas intenciones que tenga para aquellas. Una hermana amante de un conde no es algo por lo cual sentirse orgullosa.

—Lo sé, pero es mi felicidad. Incluso puedo fingir mi muerte si molestaré a mi familia. Creo en lord Cholmondeley cumplirá con darme una buena vida si acepto ser su amante…

—Por favor, no piense en eso. Milord no puede ofrecerle menos de lo que usted merece.

—Solo quiero estar a su lado y sé cuál es el precio por pagar.

—Debería cambiar de almohada, no la está aconsejando bien. Habla desde la desesperación, pero no es lo que usted haría, al menos no lady Mildred, la dama que llegó a esta casa decidida a salir de aquí intacta y con su objetivo logrado.

—Pero era porque no lo conocía bien y ahora no puedo pensar en algo diferente a él. Deseo liberarme del peso de mi palabra y ser feliz, Diana, siento que eso me ancla y no me deja serlo.

—Lamento que se rindiera. Ojalá lleguen esas noticias que espera, pero no se arroje a los brazos de ningún libertino. Ellos pueden ser buenos para fingir, mas una vez que obtienen lo que quieren, olvidan lo prometido.

No podía obviar el asunto que le decía Diana, era importante tener en cuenta lo que ocurriría si ella se arrojaba a lo desconocido solo por sentimientos y locura.

Una vez que ella salió del dormitorio, fue hacia el salón. El conde estaba bebiendo un poco de whisky cerca de la chimenea. Él acostumbraba a hacer eso para no sentir frío y a ella le gustaba besarlo después de que él bebiera ese líquido.

—No quiero pensar que me ha estado esperando —dijo Mildred, confiada.

Daniel se dio la vuelta para ver a Mildred y sonrió al instante. Sintió un vuelco en el estómago. Se veía hermosa, consolidando su posición en esa casa y en su vida.

—Eres tan bella, Mildred, ¿quieres que no me vaya? Tus intenciones son tan evidentes —bromeó acortando distancia con ella.

—Me encantaría que no se fuese para no tener esa preocupación, pero sé que es imposible. Solo quería que me viera con las cosas que me ha dado para que se sintiera mejor. Ambos nos consolaremos de esa manera en la ausencia del otro.

—Te detesto, mujer. Me haces débil.

—No hay debilidad aquí…

—¿Entonces qué es?

—Sensibilidad.

—Oh, demonios… Eso es aún peor —musitó Daniel que desvió la vista de la joven, pero la risita juguetona de Mildred lo devolvió hacia ella.

—Es mejor que cenemos, tengo muchas cosas que compartir con usted. Le espera una noche larga y acogedora.

Tal y como había dicho ella, esa fue la noche más maravillosa de su vida. Mildred lo deleitó con su talento en el violín y después quiso repetir su éxito con las cartas, pero no pudo. Se divirtió tanto que en su pecho sentía un gran vacío esa mañana en la que partiría.

Mildred estaba en su habitación, sentada frente al tocador, peinando su cabello para acomodarlo. De repente sintió que la puerta se abrió con violencia. Ahí estaba el conde de pie en el umbral. Lo vio entrando a largas zancadas hasta llegar a ella y sin previo aviso se hincó ante la atenta y sorprendida dama.

—Ya no puedo más. Si no digo esto, estallaré. Solo lo repetiré una vez, lo prometo, y sabes que lo cumplo. Si me rechazas no puedes retractarte. Mildred, ¿me honrarías con permanecer a mi lado para siempre aceptando mi mano? Lo he pensado tanto, he sido aquejado por esta locura que me consume cada día de una manera más salvaje. El dolor de no tenerte comienza a ser insoportable. Sé que te he ofrecido algo imperdonable, pero te has mantenido fuerte ante mí. Te admiro y deseo pasar el resto de mi vida contigo y no importa si eso me convierte en un débil, pelele y sentimental.

Capítulo 33

El corazón de Mildred se detuvo en ese instante al notar la vulnerabilidad en el rostro de Daniel. Estaba sorprendida por cómo había entrado, pero más con lo que había dicho. El anillo de su bisabuela brillaba frente a ella para que lo aceptara sin decir nada más que la palabra «sí»; sin embargo, no sabía qué hacer. Esto era lo que quería para permanecer a su lado, pero no había recibido ninguna carta de Albert para romper con eso y continuar. Le daba tanto miedo responder como no debía, pues aquel dijo con claridad que no repetiría la propuesta.

Las palabras no salían de su boca, solo lágrimas rodaban por sus ojos, sin poder contenerlas, y era por lo que debía responder, no lo que quería en realidad.

—Me honra… —dijo entre sollozos sin poder continuar. Miró hacia el techo y apretó sus labios con fuerza, ya que la curvatura de su boca no la dejaban pronunciar nada. Estaba muriendo por dentro al no poder decir lo que tanto deseaba.

Sin perder más tiempo, Daniel entendió que ella no le daría la respuesta que esperaba y que había fracasado estrepitosamente en su propuesta.

—No puedes decirme nada porque un fantasma siempre estará en tu cabeza. Olvida mi oferta, Mildred. —Él se levantó del suelo y dejó el anillo sobre el tocador para después mirar a la joven con esos ojos fríos que solía tener cuando no estaba dispuesto a mostrar su lado más humano.

—Milord, usted sabe lo que ocurre, yo quiero estar a su lado… —Ella quiso tocar su mano, pero Daniel la miró con decepción.

—Puedes disponer de lo que desees aquí para regresar a tu casa cuando quieras. Recuerda que todo lo que te he dado es tuyo. No quiero que olvides nada, no deseo ver un solo recuerdo tuyo aquí.

—Yo quiero estar a su lado —insistió entre lágrimas.

—Mildred, estoy cansado de escuchar sobre esa promesa que pones como excusa cada vez que quieres que las cosas salgan a tu favor. Si me quisieras, te hubieses pasado esas palabras de niños por un lado de la oreja, pero preferiste traicionar a tus sentimientos por tu conveniencia. Tanto que te jactabas del sentir y de tomar las decisiones correctas. He sido un estúpido al confiar en palabras que ni tú misma seguirías. No sé cuándo regresaré, pero cuando lo haga no espero verte aquí. Y una cosa más, no temas a que te arrebate nada de lo que te he prometido, tu familia está segura. Cualquier contacto con ustedes será a través del señor Sinclair. Te dejo el anillo para que te recuerde lo que has perdido. Hasta nunca, Mildred. —Salió con presteza de la habitación, sin dejar espacio a que siguieran diciéndose algo.

—¡Daniel! —gritó Mildred al ver que él se le había escapado. Trató de coger un zapato para correr y alcanzarlo. La puerta abierta en la planta baja hizo que se diera cuenta de que todo estaba listo para partir y que ella se había quedado dormida. Eso lo había confirmado el reloj del salón. Con todas sus fuerzas corrió hacia la salida, pero el carruaje ya había partido—. ¡Daniel!

Mildred cayó entre la nieve en sus inútiles esfuerzos por alcanzarlo.

—¡Oh, milady! —exclamó Diana que se agachó para ayudarla. La dama era un mar de lágrimas. Ella estaba rota, completamente consumida por el llanto—. Vamos adentro, puede enfermarse…

—¡Se ha ido, Diana! ¡No puedo soportarlo! ¡Él me odia!

La doncella no sabía qué hacer con ella. No podía levantarla, estaba aferrada en la nieve. Desesperada, corrió hacia las caballerizas y pidió a los sirvientes que la ayudaran a llevarla dentro de la casa.

Uno de ellos la tomó en brazos, hecha un mar de lágrimas. No podía pensar en nada más que en la impaciencia de Daniel y su propia miseria. Había perdido todo por dudar por un segundo, por justificar sus acciones con cosas que a ella misma la tenían cansada. Había perdido la oportunidad de ser feliz con el hombre que amaba. Sabía que él sentía algo especial por ella, que no era simple amabilidad o locura con que fuese su amante. Mientras Mildred lo había despreciado por sus actitudes que intentaban demostrar quién tenía el control, él trataba de ocultar sus sentimientos detrás de su fachada de siempre, aunque con el tiempo la perdió dejándose ver cómo era realmente. Ella destruyó los sentimientos nacientes de Daniel, alguien que desde pequeño fue decepcionado por el concepto del amor y el afecto. Mildred solo le había demostrado que tenía razón en su forma de ser.

El mozo la llevó hasta la habitación, en donde Diana comenzó a buscarle una enagua nueva, pues la que ella llevaba puesta estaba húmeda y podría enfermar. Despidió a los demás sirvientes y ella se sentó junto a su ama para convencerla de cambiarse de ropa.

—Milady, su ropa está húmeda. Es peligroso enfermar ahora.

—Quisiera morir, Diana, ya no tengo nada de lo que deseo —confesó con la mirada perdida en un rincón del dormitorio.

—¿Qué puede ser tan grave, milady? Usted sabe que ese hombre siempre está pendiente de usted, volverá en un par de días —alegó Diana para consolarla.

—No, Diana. Él me ha pedido matrimonio y no pude responderle que ser su esposa es lo que más deseo en esta vida.

—Lo lamento. —Diana en verdad se sentía apenada por lo que ocurría. Mildred le había contado la verdad y ella la veía siendo tan feliz junto al conde, al igual que aquel era dichoso a su lado. Los principios de su ama le habían jugado en contra, dejando ir lo que más amaba—. Milady, no se ponga así. Todavía seguirá esperando. Piense en que el conde ha sido malvado con usted, consuélese con esa idea para que no piense en ese amor. Sin embargo, él puede repetir su propuesta pronto, tal vez cuando regrese. Se le pasa la furia en cuanto la ve.

—Esta vez no es igual. Él me ha dicho que solo una vez haría la proposición. Lo he perdido para siempre…

El conde se sentía como un verdadero fracasado. No miró atrás cuando dejó su casa. Estaba

decidido a vivir de la misma forma en que lo hacía antes de conocer a Mildred. Sus padres no pudieron destruirlo con el desamor y menos lo haría una mujer. Algo en su interior se rompió y le provocaba una inmensa y desconocida tristeza. Se confió en su atractivo y en los presentes que le hacía, pero olvidaba que su cabeza estaba ocupada por excusas que él no podía seguir pasando por alto para permanecer a su lado.

Pasaron un par de días desde que Daniel fue a su propiedad. Mildred no comía, ni dormía. Pasaba el tiempo entre copas de vino, té y libros. Su espíritu se había ido por completo. Diana estaba tan preocupada que no pudo hacer nada más que buscar a alguien que supiera escribir para que hiciera una carta para que el conde regresara lo más pronto posible o su ama moriría de tristeza por su ausencia.

Para Mildred los días solo eran días. No se animó a pedir a alguien que preparara el otro carruaje para que pudiera partir. El clima era tan adverso que era absurdo salir en esas condiciones. Su mente viajaba hacia donde se encontraba Daniel, queriendo saber si estaba bien ante las últimas tormentas que se habían presentado. A ella no le preocupaba nada más que el conde al que extrañaba con locura y al que no se resignaba a perder. Parecía muerta en vida. No se había movido de su lecho, observando desde esa distancia el anillo que la torturaba. Las palabras que dijo Daniel la habían condenado a vivir con la culpa y el remordimiento.

Su doncella entró al dormitorio con una gran sonrisa y una carta. Creía que eso podía animar a su ama que, si bien no lloraba en su presencia, sabía que se martirizaba en su ausencia.

—¡Es una carta de su familia, milady! —anunció animada. Se la entregó y aquella solo la tomó sin mucho ánimo.

—Gracias, Diana. Espero que estén contentas.

—¿No la abrirá?

—No tengo muchas ganas de hacerlo.

—Ellas pueden levantar su ánimo, milady. No olvide cuánto la quieren. Aquí traje el abrecartas.

Al ver aquel objeto, tragó saliva. Parecía ser una forma de encontrar una salida, pero era una locura pensar en hacerse daño a causa de la pena del desamor. Lo tomó sacudiendo la cabeza y después rompió el sello. De la carta de su madre cayó otra que estaba doblada. Los ojos de Mildred reconocieron la letra, era una carta de Albert.

En lugar de que eso fuese un alivio, le perturbaba tener que recibir una noticia, fuese buena o mala, aunque en su estado, todas eran malas, no importaba si había un rechazo o una propuesta dentro. Su miseria era inminente.

Desdobló la hoja y comenzó su pesada lectura.

Estimada Mildred.

Sé que mi ausencia ha sido larga y soy culpable por ello, por no dar la cara, por ser un cobarde. Mi padre me ha informado que tu madre ha pedido que me pronunciara respecto al pacto que hicimos años atrás.

Debo confesar que en mis intenciones no estaba regresar y menos al saber que has caído en desgracia con la muerte de tu padre. He conseguido una fortuna considerable y también un título de barón gracias a salvar al príncipe en una situación peligrosa. No puedo hacerme cargo de tu familia. No regresaré para cumplir la promesa. En ocasiones, lo mejor es hacerse a un lado. Yo hice mi vida en Londres y estoy a punto de casarme con una rica heredera.

Espero que consigas un buen matrimonio y que algún día puedas perdonar mi sinceridad.

Atentamente.

Albert.

—Necesito estar sola un momento —pidió Mildred para poder desmoronarse como deseaba.

No había vuelta atrás para ella. No existían esperanzas. La carta solo le decía lo que ya suponía y lo que todos le dijeron. La única que se había empeñado en esperar por alguien que no dudó al hacerse el tonto, apenas la desgracia tocó a la puerta. Perdió al hombre que amaba por una estúpida promesa. La palabra no tenía valor para todos.

Cuando Diana se fue, ella se levantó de la cama y caminó hacia la ventana para observar el día. Para Mildred nada tenía sentido. Estaba seca, por eso no podía llorar más. Dentro de sí había tomado una decisión y nada la haría desistir. Ni siquiera leyó la carta de su familia, no quería hacerlo porque nada de lo que cualquiera pudiese decirle la sacaría de aquel hoyo.

Siguieron pasando los días y en uno de ellos, Mildred se arregló un poco y se colocó un buen abrigo. Comió un poco el desayuno después de que la cocinera le dijera que estaba extremadamente delgada hasta el punto de que se hundieron sus ojos. Nunca creyó que el dolor la consumiría de esa manera, ni siquiera la muerte de su padre le había afectado tanto para dejarse morir así.

—Pide a un mozo que prepare un caballo para mí. Milord decía que el frío lo hacía pensar mejor —comentó Mildred con una sonrisa que no alcanzaba a reflejarse en sus ojos.

—¿No quiere que la acompañe?

—No, Diana. Estaré fuera un par de horas.

A Diana no le resultaba algo normal que después de tantos días ella se levantara de la cama como si nada y fuese a dar un paseo. La tristeza se notaba en su miraba y de lo único que hablaba antes de dormir era de tristeza y soledad. Sabía que la carta del tal Albert terminó por ajusticiar la cordura de la joven y se sentía acorralada. Tuvo que obedecer los designios de su ama contra su buen juicio, pues sabía que estaba inestable en el aspecto mental por tantas decepciones juntas.

El mozo le mostró la yegua que solía montar para salir con Daniel. Todo lo que estaba ahí le recordaba al conde ausente. Suspiró y subió a su lomo para partir con rapidez para recorrer la propiedad.

No sabía cuánto tiempo había tardado. Vagaba sin rumbo. Todo a su alrededor era blanco. Cuando llegó a la laguna, bajó de su caballo y con temor fue hacia el agua congelada. Con cuidado avanzaba paso a paso para llegar casi al medio.

En ese momento su respiración se agitó, dándose cuenta de que había estado en una especie de trance. Estaba sobre una fina capa de hielo. Tragó saliva y fue hacia la orilla, pero el hielo se rompió y ella terminó cayendo al agua helada.

Capítulo 34

El conde regresó a lomo de un caballo. Estaba agitado por la prisa. Abandonó al animal y corrió hacia la puerta principal.

—¡Mildred! —gritó desesperado.

Al oír el grito del conde, Diana corrió hacia la entrada con lágrimas en los ojos.

—Milord, milady ha salido esta mañana y no ha regresado —contó entre sollozos.

—Dijiste que ella se estaba muriendo, por eso he venido. Parece que todo ha sido una treta.

—¡No, milord! Milady ha llorado sin consuelo desde su partida y se ha negado a comer. De lo único que habla es de la fatalidad. Desde que no respondió a su propuesta hasta la infortunada carta del que ella creyó su prometido.

—¿Ha recibido una carta de él? —preguntó tratando de recuperar la compostura. Su rostro rígido se alzaba frente a la criada.

—Sí, y le dijo que no cumpliría nada con una dama en desgracia con tanta familia y que se estaba a punto de casar con una rica heredera.

—Debió ser devastador para ella darse cuenta de que se había quedado sin nada. No vuelvas a escribirme por tonterías, Diana. Por tu causa mi carruaje ha quedado atascado en la nieve y he tenido que coger un caballo pensando que esa mujer estaba enferma y a punto de morir.

—Pero, milord…

—Cuando regrese, recuérdale que debe largarse de aquí.

Él salió de la casa y fue hacia su caballo para cambiarlo por otro en las caballerizas, pero en ese momento vio llegar a la yegua que solía montar Mildred. Una punzada de desesperación lo recorrió. ¿Dónde estaba ella?

—¿Saben hacia dónde se fue? —inquirió el conde a sus sirvientes.

—No, milord. Ella pidió que le diéramos el caballo y se fue desde otro punto.

Cogió el primer animal que pudo y lo azuzó con fuerza para buscarla. La propiedad era extensa y no sabía por dónde empezar. Su mente no parecía pensar o encontrar algo. Lo intentaba, pero todo le costaba. Pensar en que le había pasado algo, lo estaba matando. Solo quería saber que estaba viva y bien.

Llegó al lugar de la laguna y vio que algo flotaba, era algo con ropa. Su corazón dio un vuelco antes de detenerse. Sentía que algo escurría de sus ojos al entender que eso podía ser Mildred. Su capa estaba ahí cubriendo todo. No dudó en arrojarse del caballo y tirarse al agua.

Las lágrimas se intensificaron al darse cuenta de que ese cuerpo flotando era el de Mildred. Como pudo, logró sacarla del agua helada y dejarla en la orilla. Su rostro rozagante, delgado y helado no parecía dar una señal de vida. Ella no respiraba.

—¡Mildred! —gritó con impotencia. Intentó hacer todo lo posible para que ella respondiera, pero nada parecía resultar. Después de eso solo pudo abrazar su cuerpo congelado en un llanto que parecía eterno—. ¿Qué estabas haciendo aquí, querida? ¿Por qué no fuiste a tu casa? ¿Por qué debiste darme este golpe, cariño? No puedo seguir sin ti. Antes al menos suponía que vivirías lejos, pero ahora no deseo nada más.

Daniel se desvaneció junto a Mildred. En su inconsciencia escuchaba voces, pero no podía abrir los ojos.

Cuando despertó, vio que estaba en su cama.

—¡Mildred! —exclamó levantándose para buscarla.

—¡Milord, tranquilícese! —pidió Humbert que estaba junto a él—. Milady está en su habitación. Está siendo atendida por un médico a causa de su exposición prolongada al agua.

—¿Está viva?

—Recuéstese, milord. Ella está viva por ahora. Usted la rescató e hizo lo necesario para salvarla. Cuando se desmayó por culpa de la impresión, milady comenzó a escupir agua. La auxiliaron los mozos que lo habían seguido para ayudar en la búsqueda de la joven.

—Necesito verla…

—Usted está débil.

—Eso no me detendrá…

De todas maneras, salió de su dormitorio y fue hacia el de Mildred. Entró con determinación y vio el precioso cabello rubio esparcido en la almohada. Parecía un ángel, aunque su apariencia cadavérica distaba desde la última vez que la vio.

—¿Estará bien? —inquirió al médico que sabía que estaba ahí y al que no veía porque tenía sus ojos fijos en Mildred.

—En unos días, milord. Ahora necesita mucho calor. Hemos puesto más mantas y un par de palanganas con carbón. Necesita recuperar la temperatura corporal. Le di un poco de láudano para que no sintiera el dolor del frío.

Entonces ella viviría. Dejó de lado su arrogancia que quería hacerse presente, pero se acercó al tocador de Mildred y vio algo que al parecer nadie había movido en las semanas de ausencia que tenía en esa casa. El anillo seguía en el mismo sitio en que lo dejó. Cogió aquella joya y fue a acostarse junto a ella. Tomó su mano fría y le colocó el anillo. Pasaría la noche ahí, dándole su calor. Ahuyentaría a la muerte si esta la reclamaba. No podía vivir sin Mildred. Si quería ser feliz, debía destrozar sus palabras y buscar su felicidad.

Humbert y Diana se quedaron en la calurosa habitación a cuidar a quienes descansaban en la cama. Ambos estaban convencidos de que ni la muerte los podría separar en el futuro.

Por la mañana, Humbert llevó el desayuno a la habitación de Mildred para que Daniel pudiera consumir alimentos mientras la cuidaba con tranquilidad. En esta ocasión le tocaba leer el libro a él para que ella pudiera deleitarse en medio de su inconsciencia. El conde solo esperaba que su amada despertara para poder disfrutar de sus ojos verdes otra vez.

Un gruñido que fue desde el cuerpo de Mildred hizo que Daniel detuviera su lectura. La vio abrir los ojos y él no dudó en ponerse frente a ella.

—Mildred… —susurró acariciando su rostro que estaba tibio.

La joven parecía confundida hasta que entendió en donde estaba.

—La laguna… —murmuró.

—Lo sé, no eres un pato, Mildred. Recuerda eso la próxima vez —dijo Daniel con cariño.

—¿Estoy muerta?

—No, te salvé del agua. Diana escribió una carta, entonces vine a buscarte, estaba desesperado al saber que morirías de inanición —confesó.

—Lamento todo lo que hice, milord.

—Daniel, dime Daniel…

—Perdóname por anteponer una estupidez ante mis sentimientos por ti. Debo confesar que te amo y no importa si mañana me abandonas otra vez, al menos te lo he dicho.

—He sido un estúpido, pero no volveré a dejarte. Solo mira tu dedo…

Mildred levantó las dos manos, ya que no tenía mucha sensibilidad para saber si había algo en alguno de sus dedos. Cuando vio el anillo, no podía creer que estuviese viva.

—Estoy muerta, porque tú dijiste…

—Dije una reverenda tontería. No puedo vivir sin ti. En un momento dije que no entendía de los sentimientos que formaban la dependencia hacia otra persona, pero desde que entraste a mi vida te has adueñado de todo lo que soy. Te quiero a mi lado para siempre. Ya no hay impedimentos para que aceptes mi mano. Ese desgraciado rompió la promesa dejándote para mí y no dejaré que mi dolor, mi orgullo y mi miedo al fracaso me consuman. Tú me dirás si esto es amor o no, porque yo solo sé que quiero respirar tu mismo aire para siempre.

—Daniel, sé que te amo, sé que me amas. Perdóname por mi debilidad. He perdido la cordura por un instante y no sabía lo que hacía cuando fui a la laguna…

—Eso…

—Escucha... Pensé que nada más tenía sentido, quería morir, pero fui cobarde y fue ahí en donde oí el hielo resquebrajándose bajo mis pies.

—Olvida eso. Yo me fui por orgullo, por dolor. Sabía que podías rechazarme, pero ahora sé que de nada sirve vivir y hacerlo de manera infeliz.

—Me has salvado como yo te salvé antes…

—Considero que hay algo que tienes que saber de mí. No he sido del todo honesto. Fingí caer del caballo para probarte. Saliste ganadora.

Mildred no podía reclamar o decir nada. Rio como pudo y cogió la mano de él para darle un beso.

—Menos mal que no supiste que deseé que te murieras.

—Vaya malvada con la que me casaré…

Epílogo

Tres años después…

—¡Basta! —gritó Daniel a sus cuñadas al ver que se estaban sacando los ojos queriendo los obsequios que él había llevado para cada una—. ¿Son tontas o ciegas? Todos tienen nombre.

Daniel negó con la cabeza. Era difícil convivir con la falta de seres pensantes en Autum Hall. Ellas eran graciosas, pero descerebradas.

—No te impacientes, querido —dijo Mildred con su hijo en brazos.

—No me impaciento, tus hermanas son insoportables. Solo estoy aquí por ti.

—Cambia esa cara o harás que ellas te devoren.

—El preceptor que contraté las devorará antes. —Rio malicioso.

—Lo que deberías hacer es preocuparte por el futuro de tus cuñadas y conseguir un esposo para ellas.

—¿Quieres que sea el hazmerreír de Londres con estas hienas a mi espalda?

—No, solo te pido que uses tu influencia para Frances.

—Es bonita, aunque carece de mucha inteligencia, lo único que sabe hacer es presumir lo que tiene.

—Si tiene cosas que presumir es porque tiene un cuñado que la consiente mucho.

—Lo hago por ti, tú sabes que todo es por ti.

Ella le entregó a su hijo en brazos y le dio un beso en los labios.

—Cuídalo por un instante.

Él la vio irse y le sonrió a su pequeño hijo Matthew. Casarse con Mildred era lo mejor que le había pasado a Daniel, pues el conde decidió que su vida no sería igual y que su familia tendría amor. Sabía que sus parientes políticos eran importantes para Mildred, por eso tuvo que aceptarlos, aunque no vivían en Autum Hall. Los dos se habían mudado a Londres para hacer vida social. Ahí ella se encontró con el tal Albert que se había casado con una heredera. Los padres de la joven lo hacían sentir miserable y la infelicidad reinaba en su vida, mientras que Mildred prosperaba a su lado. Eran la envidia de la sociedad londinense y de otras personas que lo conocían.

—Eres tacaño, Daniel, ¿cómo pudiste traerle estos pendientes a Frances? —reprochó Penélope, molesta—. Haces diferencias entre tus cuñadas, tienes predilectas.

—De nuevo con esto. Ninguna de ustedes es mi predilecta, si de mí dependiera, estarían en

una escuela de señoritas, en el ejército y tú, en Newgate, Penélope. Estaba hablando con tu hermana y he decidido que a ti te escogeré un esposo, no te daré opciones para que no lo eches a perder.

—¡También quiero un esposo! —pidió Hannah que se acercó a su cuñado para rogar.

—¡Dios! Solo me he casado con Mildred, ¿por qué tanto castigo? —preguntó mirando al techo.

—Newgate puede ser un buen lugar para Penélope —opinó Alethea que seguía revisando obsequios que ni siquiera eran para ella.

—Tú no estás lejos de ir a esa prisión. Nadie tiene paciencia con la menor a la que no le importa nada —replicó Frances.

—Por favor, niñas. Deben comportarse, su cuñado no tiene una paciencia infinita —dijo la condesa viuda.

—Madre, ¿por qué viene el señor Sinclair a esta hora? —curioseó Mildred al ver el carruaje del letrado.

La condesa se sonrojó y no respondió.

—Nuestra madre tiene encuentros furtivos con el letrado —confesó Penélope con la mirada pícara.

Los ojos de Daniel casi salieron de sus cuencas al oír lo que su cuñada viperina había confesado. Mildred también quedó igual que su esposo.

—¡Penélope! —La condesa viuda cogió a su hija de la oreja—. No es bueno decir mentiras.

—Me sentiría culpable si hubiese dicho algo que no fuese verdad —masculló.

Mildred negó con la cabeza y apartó a su esposo para hablar con él a solas, a la par que sus hermanas también iban ansiosas hacia la ventana para ver si el letrado les llevaba algo de obsequio.

—Tu madre quiere quedarse con la pensión… —comentó Daniel que acariciaba a su hijo.

—Exactamente. No asumirá sus sentimientos porque ya sabe lo difícil que es vivir sin dinero y, además, ser viuda de un conde es mejor que ser la esposa de un letrado.

—Menos mal eres diferente a tu adorable madre —declaró sobre sus labios.

—Te amo, Daniel. Sin ti nada de esto sería posible.

—Lo sé. Nadie me vería la cara tanto como lo han hecho las hermanas Hess, pero sabes que todo lo que hago es por ti, porque has cambiado mi mundo… Te amaré siempre, Mildred.

Después ellos se unieron a la recepción del señor Sinclair. Para Daniel el concepto de

familia con todos los defectos y virtudes comenzaba a tener sentido. Sus años de hombre solitario y egoísta habían acabado. Él nunca había sido malo, solo estuvo equivocado sobre los ejemplos que conoció.

Fin.

Conoce la próxima novela serie Las damas Hess

El amor de un granuja.

Lady Frances Hess sabía que su estatus al ser la cuñada de lord Cholmondeley era algo que le daba ventaja en la región, por eso era tan presumida y arrogante que la mayoría de los caballeros la detestaban, lo que hacía que una propuesta matrimonial se convirtiera en una verdadera hazaña.

Robert Kelley, marqués de Torton, autoproclamado nómada había llegado a su próxima parada en Cheshire para conocer el condado y sus maravillas; sin embargo, acabó conociendo a la criatura más petulante de Inglaterra, aunque con un encanto que solo él podía percibir.

¿Será posible que por fin deseara establecerse en ese condado solo para hacerle tragar su arrogancia a Frances o seguirá su camino dejando atrás a esa bella arpía?

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…



Disponible en Amazon.

«Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.

—Mmm... Señor...

—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.

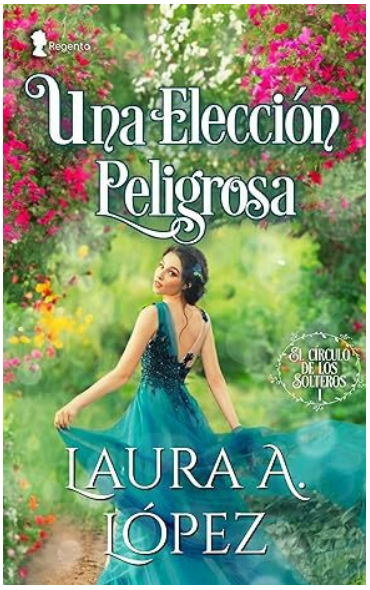
—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.

—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.

—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...

Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.»

Si te gustó La promesa de un majadero, podría gustarte…



Toda historia tiene un comienzo...
George Mountbatten, marqués de Blister, al igual que sus amigos, sabía que el matrimonio estaba a la vuelta de la esquina y que era más inminente que la muerte. El problema, era la elección de la mujer adecuada. Cuando creyó haberla conseguido algo ocurrió.
Lady Brianne Scott, ahijada de su fallecido padre llegó a su vida para ponerla de cabeza. Delicada, bella y brillante, amenazaba con destruir sus planes, puesto que él debía conseguirle un esposo.
El mayor pecado era meter a dos solteros solos bajo un mismo techo. ¡A quién se le ocurría!

¿Cómo hará el marqués para evitar caer en la tentación y ceder la mano de su pupila?

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida*, *Belleza y Venganza, Amor y dolor*, *Entre las sombras*, *Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real*, y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020

salió a la venta *Desavenencias del amor*.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto-publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés, Una elección peligrosa, Una casadera incorregible, Una decisión imperturbable, Mi inocente secretaria, Una situación escandalosa, Un duque codiciado, La dama adecuada, El último soltero y La promesa de un majadero.*

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford.*